



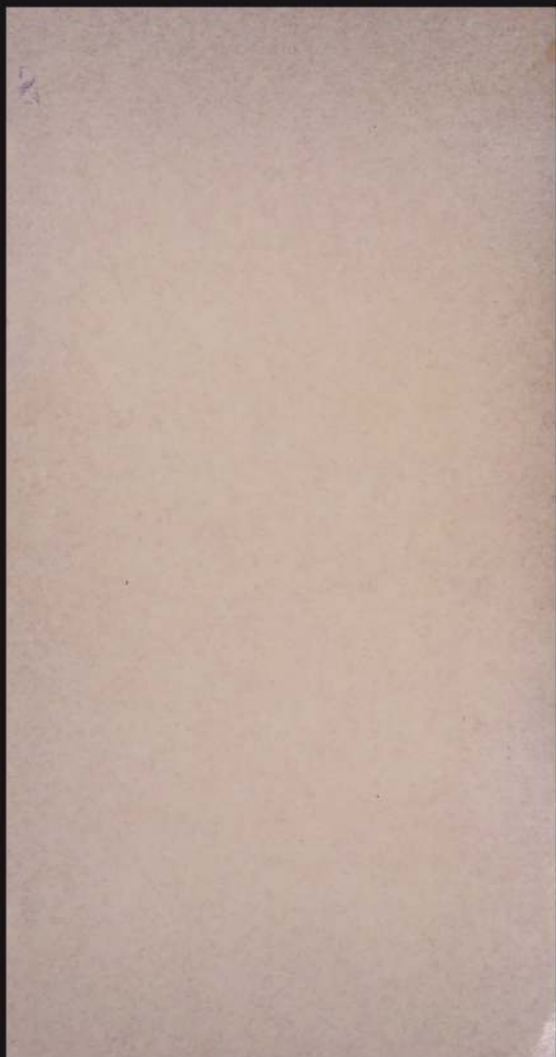
# Las puertas del Paraíso

*Julio Ardiles Gray*



.5)Ardi  
y,J.7  
rtas...  
D.

*Libros de las Provincias*



Las puertas del Paraíso



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
BIBLIOTECA "EMILIO GARILLA"  
REGISTRO N° 99329  
C.D. 360(826.5) Ardiles Gray,  
J. 7 Las puertas... 01

*Libros de las Provincias*



BIBLIOTECA  
VÍCTOR MASSUH

# Las puertas del Paraíso

Julio Ardiles Gray

Para Mary, Gabrielle y  
Victor con todo mi corazón  
Ardiles  
Bs As 68



CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA

© 1968

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S. A.

Avda. de Mayo 1365 - Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

## Los amigos lejanos

*A Amalia y María Elina Gray.  
A Clementina Díaz y Segundo Herrera, en su  
tierra de Rio Colorado.  
A María Delia Paladini con afecto  
y admiración.*

¡Ay flores! ¡ay flores do verde pino,  
se sabedes novas do meu amigo?  
¡Ay Deus! ¿Dond'está?

¡Ay flores! ¡ay flores do verde ramo,  
se sabedes novas do meu amado?  
¡Ay Deus! ¿Dond'está?

Cantar del Rey Don Dinis



Silvestre levantó el farol por sobre su cabeza, pero no vio a nadie. Se quedó un momento pensativo con la luz en alto. Una gota de kerosén caliente cayó sobre su oreja derecha y lo sacó de la reflexión.

*No. Fue un gracioso... Aunque todavía no han salido del tercer turno. Ha de faltar media hora... un gato... quizá...*

Bostezó, dióse vuelta y entró en la casa. El farol, siguiendo el ritmo de la mano, hacía subir y bajar la sombra del viejo y también la de los paraísos cercanos.

—¿Quién era? —preguntó su mujer.

Silvestre se sentó en el borde del catre y bostezó nuevamente.

—¿Quiénes eran? —insistió de nuevo.

—Alguno que pasó y tiró una piedra.

El viejo se metió bajo las colchas. El catre estuvo sonando en las junturas hasta que se quedó quieto.

—El ruido fue cerca de la puerta del fondo —insistió la mujer.

—No había nadie... no había nadie...

—Silvestre...

La mujer tenía miedo.

—Silvestre. El ruido no fue en la puerta de calle. Fue en el fondo. ¿No has ido hasta el fondo?

—No había nadie...

—Silvestre... Puede que hayan hecho ruido delante para distraernos y poder entrar por la puerta del fondo.

—Ya habría ladrado Crispín.

—Levantate, Silvestre —repitió la mujer, esta vez en voz baja.

—No me molestes... No es nada.

—¿No habrán entrado en el cuarto de la chica?

—Mucho van a robar. Como no te roben a vos o a ella...

—Algo encontrarán. Una sartén... una pava... el poncho nuevo... Los rateros siempre venden lo que roban —insistió la mujer, adelantándose a una posible respuesta negativa.

Esperó que Silvestre le contestara, pero éste comenzó a respirar fuerte, como hacen los que están dormidos. La mujer resignada se dio vuelta y se tapó dejando un brazo afuera. De pronto, quizá pensando que los ladrones se lo pudieran tomar, lo escondió bajo las colchas y metió la cara también.

Todo quedó en silencio. En el cuarto contiguo, unos pies húmedos buscaron unas zapatillas al descolgarse de la cama.

La muchacha se alisó el pelo en la oscuridad, imaginándose frente a un espejo. Luego abrió la puerta lentamente. A la mitad, ésta hizo un ruido seco, como cuando se parte una nuez con otra nuez. Esperó un rato. Le pareció que el ruido flotaba todavía en el aire.

Siguió abriendo la puerta, hasta que la hoja se apoyó sobre la pared. Los ladrillos sin revoque y la argamasa de las juntas, le dieron en el dorso de los dedos. Buscó la grampa que estaba clavada en la pared y metió el gancho en la puerta, sujetándola para que no se volviese.

Se deslizó luego hasta el patio. Llegó hasta la puerta del fondo y esperó en silencio.

—Saque el pasador —dijo una voz a través de las hendiduras de las tablas.

—¿Es usted? —preguntó la muchacha.

—Sí. Saque el pasador.

Se quedó en silencio. Un grillo comenzó a cantar debajo de la tinaja rota.

*No. No era debajo de la tinaja rota... es debajo del montón de tejas... ¿Abro?... No. No abro... Si el viejo se entera...*

La luna salió de golpe y alumbró las copas de las higueras de los fondos vecinos, los techos, el patio. Fue como si la hubiesen desvestido. Tuvo vergüenza.

*Grillito... grillito... no vayas a querer dejar de cantar... Tengo miedo de que oigan las voces...*

—Saque el pasador... ¿Qué espera?

—No lo encuentro —dijo por decir algo.

—Cómo que no lo encuentra. Tiene que estar sobre la puerta... Si tiene miedo me voy. ¿Tiene miedo?

Se quedó callada.

*Grillito... grillito, siga cantando... no se pare...*

—Bueno...

—No. Espere. Ya lo encontré.

Sacó la barra de madera. La puerta se corrió lentamente hacia afuera.

—¿Creía que no iba a venir?

—¿Por qué?

—Pero ya ve que vine.

La luna se escondió detrás de un nubarrón negro solo por un momento. Luego salió más brillante y más limpia. El grillo se detuvo. El la tomó de la mano y la sumergió en las sombras que hacían la tapia y unas barricas viejas.

En marzo nació la niña. A la semana su madre dejó de llorar. A los tres meses ya se había ido con el pasaleñas de un carguero. Silvestre decidió adoptar a la criatura: antes había criado a la madre, ahora criaría también a la hija.

—Estoy vieja para esos quehaceres —dijo su mujer.

—Con paciencia todo se arregla.

—¿La paciencia tendré que ponerla yo?

—O yo... veremos.

Para que todo fuese legal, decidieron anotarla como suya en el registro y en la iglesia.

—Pero si estoy vieja para tener niños —protestó la mujer.

—Se han dado casos. Cincuenta años...

—Sesenta —se apresuró a corregirlo.

—Bueno. Cincuenta y cinco para el juez. Para el cura, cincuenta. Como seré yo quien la va a llevar...

—También iré contigo.

—No. Al verte descubrirán el engaño.

—¿Quieres decir que estoy vieja?...

—No lo he dicho...

—Pero lo piensas.

—Bueno. Iremos los dos... Si algo pasa después, no me rezongues...

A la mañana temprano, se pusieron en marcha. Antes, la mujer se puso la falda nueva. Se prendió la manta y cambió los trapos a la criatura.

—Con la manta en la cabeza, no —protestó Silvestre.

—¿Por qué?

—Pareces más vieja. Mejor es un pañuelo.

La mujer dejó a la niña. Cambió la manta por un pañuelo blanco.

Salieron. El tomó la delantera. Marcharon en silencio tres cuadras. Frente al Potrero Lobo, la vieja se le puso a la par.

—¿Qué nombre le pondremos?

—Silvestre, si hubiera sido muchacho.

—El caso es, que es niña. Si hubiera sido muchacho, no me habría importado el nombre.

Comenzaron a discutir.

- ¿Entonces?
- Estaurófila, para cumplir con la santa del día. Y Tomasa, como mi madre.
- Estaurófila... Tomasa... ¡Puah! Parecen nombres de comadre. Muy grandes para una niña tan chica...
- El nombre no es nada.
- Sí, lo es. A las feas les corresponden nombres feos. Jenibera, Feliberta, Estaurófila. Viejas de lunares con pelos en la barba, y con bigotes. Fumadoras de cigarros. No conozco vieja fea con nombre lindo, ni muchacha linda con uno de esos nombres. Es claro. Los padres siempre se esmeran.
- La hija de Martín Restrejón se llamaba Facundina. ¿Era linda o fea? Era linda.
- Una excepción vieja...
- ¡Qué excepción! La mujer de los Zorozabalsa: Leovigilda. ¿Era linda o fea? Linda. ¿Cantalisia, la italiana de la colonia del Carmen?
- Excepciones... Las santas que están en el almanaque con esos nombres eran feas. Sus ahijadas tienen que ser feas. Las santas con nombres lindos eran lindas. Sus ahijadas tienen que ser lindas. No hay forma de violar las leyes.
- ¿Qué leyes? ¿Quién dijo eso?
- No sé. Pero todos lo saben.
- Yo no lo sabía.
- Es que sabes tan pocas cosas... ¿Sabes leer? No. ¿Las cuatro operaciones? No. ¿Has ido a la escuela? No. Entonces, ¿cómo quieres saber si las santas del almanaque eran lindas o feas y qué nombre le toca a sus ahijadas?...
- ¡Alhaja! ¿Has ido a la escuela? Tampoco. ¿Sabes las cuatro operaciones? Menos. ¿Leer? Jamás has podido aprender. Entonces, ¿cómo quieres saber si las santas del almanaque eran lindas o feas y qué nombre les toca a sus ahijadas?
- Lo sé. Felipe, el maestro de azúcar ha dicho...
- ¿Qué sabe ése...?
- ¿Cómo que no sabe? No solo ha ido hasta segundo grado. Hasta segundo grado va hoy cualquiera. En mis tiempos no. Ya lo sé. Pero Felipe ha ido hasta quinto grado. No solo sabe leer y las cuatro operaciones, sino otras muchas cosas también.
- ¿Cuáles son esa muchas otras cosas?
- No sé... Pero después de sumar y restar debe haber muchas otras cosas. Por ejemplo... todos los nombres de las santas del almanaque.
- ¡Bah!



La vieja se calló. El se fijó en las puntas tizadas de sus alpargatas. Levantaban gotas de tierra. No llovía hacia veinte días. Las huellas de los carros que durante la cosecha eran surcos profundos, zanjones interminables, se habían cubierto ahora de una capa blanda de tierra fina, muy fina, en la cual se hundían las alpargatas hasta cerca de las trencillas.

Como seguían en silencio, el viejo se echó a pensar:

*Entonces sí que hubiera ido a la escuela... pero ahora, ya es tarde... Qué risa si me obligaran a ir ahora a la escuela... Con un guardapolvo blanco... un gеме así debajo la rodilla... Los libros... Eso sí: aprendería más rápido... con solo escuchar a los otros. Un grande es más fácil de convencer que un chico. Lo bueno sería la sorpresa del maestro: —¿Cómo? ¿Usted por aquí, Silvestre? ¡Qué raro!... Bueno, se sentará cerca de aquella maceta... ¡Abra los libros! ¡Pase Silvestre! Diga: "Cada nabo soso...", "La bola va sola...", "Numa salta el poste...", "dos por dos...", "tres por tres...". ¿Ven? Es fácil. A los tres meses estaría en primero, a los cuatro en segundo... pronto le enseñarían el nombre de todos los santos y santas del almanaque.*

—“No tan fácil. Usted aprende de memoria lo que le escucha al hijo de Joaquín Salvatierra.”

—“¿Yo?”

—“Sí. Usted.”

—Ahora llevó un rato la criatura...

La voz de la vieja lo sacó del banco. Iban a tocar la campana. Decían: “¡Hasta mañana, señor maestro!” Cantaban: “Aquí está la bandera...”

—Ahora llevó un rato la niña. Estoy cansada. Faltan todavía veinte cuadras.

—Está bien...

—Es justo. La he traído desde la casa.

—Si no digo nada.

—Creí que protestabas en voz baja.

—No. Me acordaba de algo.

—¿De qué? ¿Puedo saber?

—Para qué. No tiene importancia.

—Ya sé. Te acuerdas cuando me caí en el barro esa tarde. En la feria. Delante de todos. ¿Así es como te vengas de lo que te hice hace diez años?

—No me río de eso...

—De eso te ríes. Siempre te ríes. Siempre. Parece que fuera lo que más gracia te causó en la vida. Así parece...

—No. Hay otras cosas que también me han hecho mucha gracia.

—No es verdad.

—Claro que sí. Por ejemplo, cuando Sofonías Paredes estaba en las listas de los mensuales, el capataz, cuando llegaba a él le decía: "Señorita Sofonías Paredes". "Sofonías es nombre de macho", le contestaba el pobre...

—De Sofonías me acuerdo. Pero ahora te has estado riendo de mi golpe. Cuando te acuerdas de mi golpe, te ries en esa forma. Comienzas por estirar el labio de arriba y a esconder el de abajo para que yo no te vea. Pero ahora te vi. Te he visto varias veces...

—Bueno —dijo el viejo, resignado—. Si quieres que me ría de verdad, lo puedo hacer...

—¡Has visto que era verdad! ¡Traiga esa criatura! A mí no me falla el sentimiento. La llevaré yo sola.

Le quitó la niña. Silvestre sintió como si fuera un quirquincho. Le pareció que en cuanto se atrevía a asomar su cabeza de la cáscara, le toreaban muchos perros. Por eso le gustaba vivir siempre dentro, lo más que podía. Allí hablaba con la otra voz que tenía dentro de la cáscara. Eran grandes amigos. Tan amigos como con Esteban Juárez.

—Es claro que me acuerdo de Esteban Juárez —le decía en ese momento la voz de la cáscara.

—Pero... ¿usted lo ha conocido?

—Cómo no. ¿Se acuerda cuando trajeron el trapiche nuevo? Esteban Juárez trabajaba en la cabria. Parado desde arriba, agitaba la mano para que lo reconociera. Entonces sonó el pito de la fábrica. Usted pasaba con el carro por medio del canchón en donde estaban descargando. El pito le tapó la voz a su amigo. El quedó un rato esperando. No se veían desde hacía dos semanas. Eran muy compañeros. Nunca hasta entonces se habían separado. Cuando usted vino a trabajar al ingenio, fue el primero que lo ayudó. ¿Se acuerda? El carrero con el que usted iba descubrió el saludo y golpeándole el hombro le dijo: "Le están haciendo señas." "¿Dónde?", —preguntó usted—. "Un hombre. Allí arriba." ¿Se acuerda ahora?

—Claro que me acuerdo, Pero, ¡qué memoria tiene!

—Así... así... Igual que la suya.

—Me gusta conversar con usted. A veces se acuerda de cosas despintadas, muy despintadas. ¿Y desde cuándo nos conocemos?

—Creo, hace cincuenta años. No. Cincuenta y dos. Ahora en noviembre van a hacer cincuenta y dos.

—Yo en verdad... no me acuerdo bien.

—Fue cuando robamos las pasas de higo que estaban secándose en el techo de la vieja Candelaria Luna... en Santa María... de noche.

—¡Ah, sí! Entonces tenía miedo...

—Cuando ya se iba a volver, le dije: —¿Con miedo? No hay nadie. Solo está la vieja. El hijo se llevó la escopeta para venderla.

—Sí. Sí. Claro. Ahora me acuerdo. ¿Entonces me conoció?

—Desde entonces comenzamos a conversar.

—Desde entonces. Es claro... Es claro...

—La segunda vez que conversamos, fue cuando nos apagaron un tiro de escopeta.

—¿A usted también le alcanzaron las municiones?

—No eran municiones. Era sal. El cartucho estaba cargado con sal.

—Sí. Robábamos uva moscatel rosada. En la viña de Fóscoli. Fue el primer italiano que vino a vivir a Santa María. ¡Era linda la uva!

—Era hermosa. Cuando saltamos el alambre, el gringo hizo el tiro, los granos de sal le dieron en la espalda. Quiero decir: "nos dieron". Ardía una barbaridad. Usted se revolcaba en la zanja del otro lado. Se encomendaba a no sé qué Santo. Pero todo en voz baja para que Fóscoli no lo descubriera.

—No estamos muertos —le dije—. Que "sí", me contestó.

—Sí. El dolor era de la sal. Ahora me acuerdo. Eramos unos sinvergüenzas.

El viejo se sonrió de nuevo. La mujer lo miró de reojo.

—Silvestre. Estás volviendo a reírte de mí. ¿Hasta cuando, Silvestre? Eso pasó hace ya diez años.

—Juro que no me reía.

—¿Otra vez vas a mentir? ¿Te crees que no me doy cuenta?

—Me reía del gringo Fóscoli y del tiro con sal que nos pegó en la espalda por robar uvas.

—A mí nunca me han pegado un tiro con sal en la espalda. Jamás robé uvas. ¿Uvas? Aquí, ¿dónde hay uvas? Te estabas riendo de mi golpe. A cualquiera le pudo pasar eso en un día de lluvia. Si llego a verte cruzando un callejón, lleno de barro y de huellas como aquél, un día de lluvia, te empujaré para que pruebes. Te empujaré para que

quedes como yo quedé, como un escuerzo hinchado.

—Te digo que no. Y por último crea lo que se le baje en gana. ¡Qué, también!

Otra vez se sintió como un quirquincho.

—No digo. En cuanto saco la cabeza, gritería. Si no contesto, gritería. Hay que estar siempre en la cáscara. Pero ahí tampoco lo dejan tranquilo. Lo hurgan a preguntas.

—Paciencia... Paciencia —susurró el amigo.

—Si no contesto, gritería... Si contesto, gritería...

La vieja se detuvo. Olió la criatura. Arrugó las narices.

—La niña está sucia —dijo.

—¿Tan pronto? No puede ser. La cambiaste al salir de casa.

—Está sucia. Yo sé lo que digo.

Silvestre pensó un momento. Luego dijo:

—Quizá comience a tener olor a pobre. Eso debe ser.

—¿Olor a pobre?

—Claro. Olor a pobre. A los pocos días de nacer, los niños que van a ser pobres, comienzan a oler con olor a pobre. Este olor les dura hasta que se mueren. Es inútil. Por más que se bañen y se perfumen. El perfume se va, el olor siempre queda. Algunos se vuelven ricos. Dejan de ser pobres. Algunos pueden llegar a tener una máquina de coser. Tal vez alcancen a comprar una casa. Pero el olor a pobres no se les va. Cuando se va el perfume, el olor vuelve. Así, hasta los nietos lo conservan a veces. Simeón distinguía a los ricos nuevos, de los ricos viejos. Los olfateaba. Después les decía: —“Tu abuelo fue peón”. —“¿Por qué sabe?” —le preguntaban. —“Por el olor. Todo se conoce por el olor...”

—¿Y cómo es el olor a pobre? —preguntó la vieja picada por la curiosidad.

—Un poco a perro enfermo. Otro poco a rata vieja. Más que nada a cama de trapos.

La vieja se detuvo. Volvió a oler a la niña.

—Sí. Algo de eso tiene.

Luego agregó:

—Pero también está sucia.

Casi al llegar se encontraron con el juez.

—¿A dónde van?

—En su busca.

—Por poco no me encuentran.

—Tuvimos suerte.

Volvieron. Una vez allá, Silvestre dijo con timidez:

—Queríamos anotar a la niña... Es la última... Así pasa... Cuando uno cree que no van a venir más, ocurre esto...

El juez se sonrió.

—Recién pudimos venir —prosiguió mintiendo el viejo—. Hace dos días que mi mujer se levantó.

El juez se acercó a la criatura. Levantó el pañuelo que la vieja le había puesto en la cara para cuidarla de las moscas. Se rascó la cabeza y volvió a reírse.

—Ella no quería venir sola... —dijo Silvestre—. Quería venir conmigo... ¿No es así, vieja?

—Así es, —respondió la mujer.

La criatura lloró. Para que se callara la meció de un lado al otro. Al mismo tiempo la zarandeaba.

—Ella no quería... —insistió Silvestre.

El juez cruzó un brazo. Con la mano libre, se tomó la barbilla y volvió a reír mientras se la acariciaba.

—Yo le dije: "Vieja, hay que cumplir con la ley. Si uno no cumple con la ley, no puede hacer nada".

La criatura gritó más fuerte.

—¡Vieja, llevá la niña afuera! Puede ser que así se calle —se interrumpió Silvestre.

La mujer obedeció. Quedaron solos.

—La ley hay que cumplirla. Cuando más pronto mejor... Ella, usted sabe, no me hace mucho caso.

El juez dejó de sonreír.

—Silvestre —le dijo con tono afectuoso—. Silvestre, usted está viejo. Su mujer también. Además todos conocemos lo que pasó con su muchacha. Llévase la niña de vuelta. No importa que la anoten o no como suya. Lo mismo es.

—No es lo mismo. Lo sabemos bien. Antes criamos a Matías, a la muda, y a Carmen. A ninguno lo pudimos anotar como nuestros. Cuando fueron grandes se fueron, como Carmen y Matías. O se murieron, como la muda. Es inútil que quiera vencerme. Lo que la ley ata, nadie desata. Si ellos hubieran sido anotados como hijos nuestros, no se hubieran ido. La fuerza de la ley es tan fuerte como la fuerza de la sangre. Para eso está... Para eso la hicieron...

—Silvestre —dijo el juez poniéndose serio—. Usted me ha dicho: "La Ley hay que cumplirla". Pero



hay que cumplirla bien. La gente sabe y si no sabe se da cuenta. ¿Entiende?

—Entonces...

—No hay nada más que conformarse. Si ustedes no hubieran sido tan viejos... Si las cosas no se hubieran conocido tanto... Bueno, ahora me voy. Tengo que terminar en las colonias unas diligencias...

—Pero...

—Sí. Comprendo. Su mujer no le dirá nada.

—Se dará cuenta.

—Todo dependerá de usted. Hasta luego.

El juez salió. El viejo se quedó pensando.

—¿Qué hago? —consultó con su amigo de la cáscara.

—Lo que dijo el juez.

—¿Y si me descubre?

—El dijo: "Todo dependerá de usted".

—Se dará cuenta... Es muy ladina.

—¿Ya está todo, Silvestre? —gritó de pronto la vieja, metiendo la cabeza en el cuarto.

—Sí. Ya está todo.

La vieja entró.

—¿Y el juez?

—Se fue.

—Bueno, entonces... Vamos.

Silvestre se quedó quieto sin saber qué hacer.

—Vamos. ¿Qué esperas?

—No. Nada. Vamos...

Salieron. Regresaron por donde habían venido. Silvestre iba adelante. Su mujer con la niña detrás. Serían más de las once. A esa hora volvía el carro del despunte, al que encontraron por el camino.

—¡Qué lástima! —dijo para sí el viejo.

—¿Por qué? —le preguntó su amigo el de la cáscara.

—No poder hacer lo que uno quiere...

—Paciencia... paciencia —le contestó.

La vieja se volvió.

—¿Qué dijiste Silvestre?

—Nada.

—Dijiste: "Paciencia". "Paciencia". ¿Por qué "paciencia"?

—¿Dije "paciencia"?

—Sí; lo has dicho. ¿Es por mí? ¿Estás cansado de mí?

—No. No. Al contrario. Después de treinta años, uno se acostumbra...

—¿Se acostumbra?

La mujer lo miró de reojo. Trataba de saber la verdad. Silvestre bajó la vista. Le pareció que todo su cuerpo era una jaula y la verdad un pájaro. Los ojos eran las puertas de la jaula. Estaban siempre abiertas. Por ellas se le podía volar la verdad. Esta revoloteaba dentro, buscando una salida. Se daba contra las paredes.

—¿No le incomoda? —le preguntó a su amigo.

—No. De ningún modo. Ya estoy acostumbrado. ¿O es que no se acuerda ya?

—¿Acordarme?

—Sí. Antes tuvimos muchas otras verdades. También se nos volaron.

—Aquella...

—¿Aquella? ¿Dónde? —dijo la vieja, volviendo la cabeza.

Había vuelto a hablar en voz alta.

—¿Qué? ¿Dije algo?

—Ahora dijiste: "Aquella".

—Lo diría sin querer...

—¡Silvestre!

La vieja lo miró a los ojos con un poco de rabia, otro poco con tristeza. Luego dijo:

—Algo me estás ocultando.

—No, vieja. Nada.

Silvestre cerró los ojos.

—¿Por qué cierras los ojos?

—Me duelen un poco. Creo que estoy enfermo.

—Dime la verdad. Me parece, no sé por qué, pero es algo de la niña. —Silvestre bajó la cabeza.

—¿La anotaste?

—No —dijo con resignación—. El juez no quiso.

—¿Por qué?

—Sabía la verdad.

—No. Fuiste tú quien se la dijiste. ¿No digo? No podías disimular. Te dije. Si me hubieras dejado otra cosa sería. Eres un flojo. A la primera soltaste todo. Para eso te hubieras quedado en casa.

—Vos tampoco habrías podido mentirle —protestó—. Estamos viejos. Si vos...

—¿Ahora soy yo?

—Claro. Primero no querías venir. Después querías. Era mejor solo, como dije...

—No dijiste nada. Al contrario. Me trajiste a la fuerza. Resulta que ahora tengo la culpa. El asunto es que tienes ganas de desquitarte con alguien. Con razón decías "paciencia". Ese "paciencia", era para mí. El "aquella" también era para mí.

—¿Seguirás temando? —preguntó el viejo con fastidio.

—Claro. Porque tengo razón. Venías desquitándote a media lengua conmigo. No podías contener la rabia.

—Bueno, bueno... Vamos ligero. Se hace tarde.

—¿Tarde? No son las doce todavía.

Reanudaron el camino. Eran las doce. El sol caía con fuerza. Las hojas de los pocos árboles estaban blancas de tierra.

Pasaron frente a una casa de madera. Desde su palo, un pájaro de cola larga, lanzó una carcajada fría. A Silvestre le pareció que era su verdad, que desde lejos le hacía burla por haberla dejado escapar.

—*Usted tiene la culpa* —le susurró su amigo.

—*Ya lo creo. Soy un imbécil. Pero antes no era así.*

—*Cuando vinimos de Santa María a trabajar en la cosecha por primera vez. Entonces las cosas me parecían de otro modo.*

—*¿Y cómo le parecían entonces?*

—*No sé. Pero allá todo era tan diferente...*

—*¡Oh, sí! ¡Allá todo era tan seco! Aquí todo es tan verde. Allá las comidas son secas, secas las pasas, el charqui. Seco el campo, la arena, el queso. Aquí en cambio, todo es jugoso. Pastos, naranjas, cañas...*

—*Es verdad... ¿Por eso nada más vino?*

—*Por eso y porque Antonio Páez me entusiasmó. Me dijo: "Cuatro pesos por día es lo menos que pagan". "¡No!", le dije. "Sí. Por pelada y volteada". "¿Y lo demás?" "Depende del trabajo. Puedes llegar a diez y seis pesos".*

—*¿Entonces?* —le preguntó su amigo de la cáscara.

—*Entonces nos largamos. Además de Antonio Páez y yo, venían otros doce. Salimos muy temprano. La primera noche dormimos en una quebrada. La segunda, bajo los árboles en el monte. La tercera, en el ingenio. Pero, ¿sabe una cosa?*

—*¿Qué?*

—*Antonio Páez no se quedó con nosotros en la cosecha. A los pocos días se volvió al monte. Unos hacchadores lo conquistaron para que se quedara con ellos. Allí lo mató una viga mal acomodada. Las ruedas le pasaron por encima.*

—*¿Y ahora cómo le parece esto?* —insistió el amigo.



—¿Después de treinta años? Como si viviera en un higo avinagrado. ¿Ha visto alguna vez un higo avinagrado y partido?

—Claro.

—Bueno. Cada una de las semillas es una de nuestras casas. Todo acomodado alrededor del tronco. Nosotros, alrededor de las chimeneas. Por fuera cubiertos por un pellejo blando. Dentro, vinagre, nada más que vinagre. Somos desperdicios. Como el bagazo. Nos utilizan hasta el último. Si pudieran quemarnos como al bagazo, nos quemarían.

—¿Y no quisiera volver para allá?

—¿A dónde?

—A su casa. A Santa María.

—Ahora ya no. Tuve varias oportunidades, pero no quise. ¿Para qué? No tengo a nadie allá.

Un muchacho montado en un caballo flaco, pasó en silencio. Al pasar se sacó el sombrero. Ni la vieja ni el viejo le conocían, pero igual contestaron el saludo.

—Se parece a Matías —dijo la vieja deteniéndose—. ¿Has visto qué parecido a Matías era ese muchacho que acaba de pasar?

—¿Cuál muchacho?

—Hoy estás dormido. No atiendes a nada.

—No me había fijado. ¿A Matías dijiste? Estaba de espaldas... No lo alcanzo a distinguir ahora... Ya está lejos...

—Sí. Los mismos ojos. La misma frente. Solo la nariz y los labios no eran muy parecidos.

La vieja suspiró.

—Qué hará a estas horas el pobrecito. Tan ingrato el muchacho... Tan ingrato...

—La última vez que lo vieron fue en la cosecha del maíz, en Santa Fe. Villagra me dio la noticia.

—¿Por qué no lo dijiste entonces?

—Porque no me acordé —respondió el viejo.

—Porque te gusta hacerme sufrir. Sabías que esa noticia me daría un poco de alegría. Eres un perverso...

La vieja cruzó la huella y dejó que Silvestre tomara la delantera.

—Matías... la muda... Carmen... Ahora esta niña...

—¿Esos fueron todos sus muchachos? —dijo la voz.

—¿Mis muchachos...?

—Bueno. Los muchachos que usted y la vieja criaron.

—¡Mis muchachos!... Matías era muy travieso y decidido. Nos lo dieron cuando ya era grande. Tenía diez años. A esa edad no lo pudimos anotar como nuestro.

—Usted sería muy joven...

—Hacia dos años que me había juntado con la vieja.

—No. Tres...

—Tiene razón. Porque entonces trabajaba como ayudante en el horno, junto con Esteban Juárez.

—Sí me acuerdo que le consultó a Esteban Juárez.

“Claro que te conviene —le dijo—. Es cierto que vos sos muy grande para ella, pero eso no importa”. “Pero...” “Tendrás quien te lave y cocine” ¿Por qué no se casaron? —preguntó el amigo de la cáscara.

—No tenía plata.

—Eso qué tiene que ver. ¿No da lo mismo?

—No tenía plata para hacer la fiesta. Casamiento sin fiesta es de mala suerte.

—Pero le habría gustado...

—Pues claro. ¿A quién no le gusta? Más cuando son tan pocos los que pueden hacerlo. Solamente los que están mensuales se dan el gusto.

—Parecido era el muchacho a Matías. Si no fuera tan abriboca... —masculló la vieja, mientras volvía a cambiar de huella.

—Matías... La muda... Carmen...

—¿A la muda se la dieron mucho más chica que al otro? —le dijo la voz de su amigo.

—Sí. Tenía como... tres años. La madre murió al querer cruzar un río crecido. Le pusieron una cruz y un porongo. El porongo era para las limosnas, como siempre se hace. Nunca pudieron decirle una misa con las limosnas. Los muchachos se las robaban todas.

—¿Era tonta?

—No sé. Pero debió haber quedado. A los cuatro años, se metió gateando en un corral. Una mula le dio una patada en la cabeza. Estuvo quince días a la muerte. Desde entonces no habló más. Miraba, señalaba las cosas que quería. Cuando no la entendían se reía con tristeza...

—La vieja tuvo la culpa por descuidada.

—No. No la culpe. Cuando van a pasar las cosas...

—¿Se acuerda? A la inocente le gustaba chupar los tientos de las coyundas. En cuanto la descubrían la tomaban de un brazo y la retiraban.

—Hasta grande fue así. “Es falta de sal”, sabía

decir la vieja. "Le pide sal el cuerpo. Dándole sal tal vez hable". Y le daban sal. Sal en la sopa. Sal en la mazamorra. Mate con sal. Pero la niña no hablaba.

—Si. Todo fue inútil. En cualquier descuido, la pobre volvía de nuevo a los tientos.

—Otra vez le dijeron a la vieja que dejándola una noche a la luz de la luna hablaría. La tuvimos atada en el patio. Nosotros nos escondimos con el perro tras la letrina. Desde allí esperamos que saliera la luna. Todo estaba en silencio. Cuando salió la luna, la niña la miró. Tuvo miedo y comenzó a llorar dando ronquidos. Yo tenía al perro apretado con las dos manos para que no disparara. Cuando lloró la niña, sentí que los pelos del animal se erizaban entre mis dedos.

—¿Eso fue lo único que dijo?

—Lo único. No habló más, aunque la vieja siempre esperaba de un momento a otro que lo hiciera.

Un pollo se atravesó en el camino corrido por un perro. Los dos desaparecieron bajo un alambrado.

—¿Y Carmen?

—La trajo Eusebio Díaz.

—¿Tampoco la pudieron anotar?

—Tampoco. Era grande también. Si a todos los hubiéramos anotado, habrían sido cariñosos. Por algo está la ley, como le dije al juez.

—No. Eso no tiene nada que ver.

—¿Usted cree? En cambio yo pienso que sí. La ley da la fuerza que la sangre no tiene. ¿Sabe una cosa?

—No.

—En veinte años me parece haber estado pescando en un río sin pescados.

—No entiendo.

—Desperdiciamos el sentimiento con la vieja. Hicimos fuerzas para que otros nos quisieran. De tanto hacer fuerzas, el poco sentimiento que nos teníamos se fue como agua por los hilos de una red.

El pito de la fábrica dio la salida al turno del mediodía. Eran las doce y media.

—¡La comida, viejo! —dijo la mujer—. No he cocinado. No sé qué vamos a comer hoy. Todavía faltan tres cuadras.

—No hay apuro —le respondió Silvestre.

—Así te veo.

—No tengo ganas de comer...

El pito sonó nuevamente. Esta vez con un silbato más corto. De una casa salió un chico a todo ga-

lope, montado en una caña hueca, castigándola sin piedad. Llegó hasta el centro de la calle y se volvió.

—¿Sabe una cosa? —le susurró el amigo de la cáscara.

—¿Qué será?

—Le tengo una sorpresa.

—No me diga...

—Sí. Pero no se alegre mucho.

—Le prometo.

—Escuche...

El viejo se detuvo.

—No estoy solo aquí adentro.

—¿Con quién más está? —preguntó levemente el viejo.

—Con Esteban Juárez.

—¡No me diga!... Pero... ¡qué lástima!

—¿Qué lástima? ¿Por qué? Verlo no podrá, pero escucharlo sí.

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno! —exclamó Silvestre.

—¡Cállese, que lo pueden oír!

La vieja se dio vuelta.

—¡Vamos, Silvestre! —le gritó—. ¿Qué estás haciendo ahí parado?

Silvestre se puso en camino nuevamente.

—¿Ha visto? Se lo dije.

—Pero...

—¿Pero, qué?

—No poder verlo...

—Eso no le hace. En cambio lo puede hablar. A ver: dígame algo.. Vamos. ¡Atrévase...!

El viejo volvió a pararse.

—¡Esteban...! —dijo venciendo su timidez—. ¿Estás ahí...?

—Sí, viejo; sí. Pero no hables tan fuerte, que pueden oírte.

—¿Y qué no estabas muerto...? Una centrífuga te mató. Yo lo vi.

—Eso ahora ya no interesa.

—Es verdad. No interesa. ¿Y cómo vives ahí?

—Como mi amigo.

—¿Y cómo vive tu amigo?

—Comiendo y bebiendo.

—¿Y qué comen...?

—De tu comida. Bebemos de tu bebida. El vino es un poco feo.

—Es el único que puedo comprar.

—Los bollos sí son ricos.

—¡Ah! A esos no los compro en la proveeduría. A veces pasarán hambre, ¿no?

—Sí, pero no importa. No te aflijas. ¿No hemos pasado hambre ya otras veces juntos?

—¡Es claro!

—Bueno. Ahora volvemos a las de antes.

—¿Con quién estás hablando, Silvestre? —le interrumpió la vieja, mientras abría la puerta de la casa y la sostenía con la tranca, para que pasara el viejo.

—Con Esteban Juárez —le contestó éste, sonriendo.

—¿Con quién? —gritó la vieja, dejando escapar la puerta.

—Te dije que con Esteban Juárez.

—Pero hace como veinte años que Juárez ha muerto. Lo mató una centrifuga. Le tomó mucha confianza al tacho. Juntos fuimos al velorio.

—Sí, me acuerdo. Había poca gente.

—¿Entonces...?

Se detuvo espantada.

—Hablo con Esteban Juárez —dijo Silvestre con orgullo.

La vieja lo miró con desconfianza.

—¿Te sientes bien, Silvestre? —le preguntó—. No hagas bromas. Esteban Juárez está muerto.

—Pero si está vivo. Yo también creía que estaba muerto, ¡pero está vivo!

La mujer lo miró fijamente. Le faltaba poco para gritar. Se retiró un poco y balbuceó:

—Y... ¿dónde está?

—En la cáscara... junto con el otro amigo. Es tan bueno como él, aunque todavía no sé cómo se llama.

—¿En la cáscara?

—¡Sí, hombre! Comen de mi comida. Beben mi vino. El amigo había sabido estar allí desde hace muchos años. Recién hoy me lo ha dicho.

—¿Y los ves?

—No. No puedo verlos, pero los escucho.

La mujer tragó saliva.

—Silvestre...

—Esteban es el mismo —prosiguió el viejo—. Paciente como antes. Ni a él, ni al amigo le estorban las verdades.

—¿Qué verdades?

—¡Las verdades. mujer, las verdades! ¡Las verdades que uno esconde! Y eso que ellas vuelan como los pájaros y se dan contra las paredes.

—¿Y dónde queda la cáscara? —murmuró la mujer, mientras abría la puerta, sin dejar de mirar al viejo.



—Aquí... —le contestó Silvestre, palpándose el pecho y el estómago—. Te reírás..., pero es como la cáscara de un quirquincho.

La mujer no escuchó más. Abrió la puerta de par en par y corrió despavorida por el callejón gritando:

—¡Misericordia!... ¡Misericordia!... ¡Silvestre está loco!... ¡El viejo se ha vuelto loco!...

Silvestre se quedó mirándola sin comprender.

—¡Qué bueno! —dijo Esteban Suárez—. Ya no nos molestará más.

—¿Eso creen?

—Es claro. ¿No ves cómo está muerta de miedo?

—Sí. No vuelve más —subrayó la voz del amigo. Silvestre se rió.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó.

—Nos iremos al monte.

—¿Al monte?

—Sí. A labrar vigas.

—Nunca hice eso.

—Te enseñaremos con Antonio Páez.

—¿Está él allá? —preguntó vivamente el viejo.

—Esperándonos. Desde hace cuarenta años.

—¡Qué lindo! ¡Y yo sin saber! ¡Qué contento se va a poner!

—Ya lo creo. Es mucho el tiempo que te esperó.

—¿Y dónde está?

—Más adelante lo vas a saber.

—¿Vivirá con nosotros?

—Para eso nos espera. Vivirá en la cáscara. ¿A dónde más puede vivir si no es aquí?

—Arregla tus cosas y vamos —dijo la voz del amigo.

El viejo tomó una bolsa y metió dentro un par de alpargatas y una frazada. Al pasar por la pieza se acordó del poncho nuevo. Abrió el baúl y lo sacó.

—Esto es para que caminemos bajo el frío —les dijo.

Luego salió. Tomó por el callejón de los álamos con dirección al monte. Mientras caminaba las puertas de las casas se abrían. Las mujeres tomaban de un brazo y hacían entrar a los niños que jugaban en la tierra. Luego las trancaban. Otras, lo miraban desde lejos, secándose las manos en los delantales o arreglándose los cabellos.

—Si les digo una cosa, se van a reír —les dijo Silvestre a sus amigos.

—Me extraña, Silvestre —les contestó Esteban Juárez—. Parece que ya no me conoces.

—Es que cuando digo una cosa, los otros se rien.

—Nosotros no somos los otros —dijo la voz del amigo.

—Bueno... les quería decir, que sin la ayuda de ustedes, nunca me habría podido librar del capataz, de los muchachos del turno de la noche que me apedrean la casa cuando salen del trabajo y de la obligación de limpiar todos los días el corral de las vacas del administrador. Quería... quería darles las gracias...

—No es nada —repitieron los dos juntos.

El viejo se puso a silbar alegremente.

—Esto que silbo —dijo— me hace acordar a Páez. Cuando veníamos de Santa María para aquí él lo sabía silbar.

Un cascote en medio del camino doraba su panza al sol. Silvestre le dio una patada y lo dejó contra un alambre. Una langosta asustada, que estaba cerca, voló y se perdió entre los cañaverales.

Pronto dejaron atrás los cañaverales. A la entrada del monte Esteban Juárez le dijo:

—Te tengo otra sorpresa.

—¿Otra más?

—Pero espera que entremos un poco más a los árboles.

—No. Ahora nomás.

—Bueno. No grites. ¿Sabes quién es el amigo de la cáscara?

—Si no me dices, no.

—¿Es que se ha olvidado de mi voz? —le dijo el amigo.

Silvestre trató de hacer memoria.

—¿Es posible!

—¡No!... Espere, espere...

—Escuche —le dijo la voz:

El aire en que se mecen  
las cañas indias  
está hecho con suspiros  
de niñas lindas.

El aire en que se mecen  
las cañas javas  
está hecho con suspiros  
de las casadas.

Y los aires que mecen  
a las tacuaras  
son suspiros de amores  
que ya se acaban.

Caña con cañas  
el corazón me dice  
que no me engañas.

—¿Se acuerda ahora? Esto era lo que estaba silbando.

—¡Páez!... ¡Páez!... —gritó el viejo sin poderse contener—. ¡Sinvergüenza! ¡Tanto tiempo y sin decirme nada!

Un hombre que dormitaba sentado sobre el yugo de unos bueyes, con la picana entre los brazos, se despertó de golpe y vio cómo el viejo se perdía entre los árboles gritando:

—¡Páez!... ¡Tanto tiempo, Páez! ¡Ha sido una sorpresa!... ¿Por qué no me has avisado antes?...

## 2

Todos habían salido. La abuela estaba en la iglesia; el abuelo regresaría recién a las ocho. Solo Graciela limpiaba un florero de bronce en la última pieza.

Antes de entrar en el cuarto, Santiago cruzó dos veces por delante de la puerta sin atreverse. Llegó hasta la ventana y volvió.

La pieza estaba envuelta en una semi oscuridad apagada, cálida, somnolienta. La tibieza le invitaba a entrar. El miedo lo detenía. Le pareció que el frío y el miedo eran una misma cosa. Lo sentía en la espalda, y le incomodaba igual que una manta puesta apenas sobre los hombros. Se encogió nerviosamente como queriendo despojársela.

Por fin se decidió. Acercóse hasta la cómoda. En el bolsillo hacía bailar una llave. Estaba húmeda de tanto refregarla contra los dedos.

Llegó hasta el mueble, retiró el florero con rosas blancas que no le dejaba abrir el cajón, metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Sin dejar de sostener la llave retiró el libro que buscaba.

Luego se acercó hasta la ventana. La luz se iba. La pared de enfrente, pintada de cal, aumentaba



un poco su intensidad, pero la luz se iba apagando lentamente. Comenzaba ahora a tener ese color muerto de las primeras estrellas. Pronto no podría leer.

Apurado abrió las primeras páginas. No había ninguna figura. Encontró una cinta de seda de un azul desvaído. La cinta tenía impreso algo en letras doradas: "Recuerdo del Centenario: 1810-1910".

Dio vuelta varias páginas. Creyó encontrar una figura. Era solo una mancha. Parecía una manzana, una gran manzana con el tallo vuelto hacia abajo y con una hoja única que se disolvía herrumbrosa entre las letras.

Se fijó bien, dándose cuenta que allí había estado antes una flor seca.

*Una rosa... un clavel... Más bien parece que fue una rosa...*

Siguió dando vuelta las hojas.

*¿Por qué no nos dejarán que lo leamos? No tiene ninguna figura...*

Llegó a la última página. Iba a cerrar el libro, cuando se detuvo y leyó:

*"El viajero: ¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡La claridad viene! ¡Es necesario que me dejes partir!*

*Jacob: No. Hasta que me digas el secreto...*

*El viajero: ¡Pronto saldrá el sol y no podré regresar jamás!*

*Jacob: Entonces..., ¿cuál es el secreto?*

*El viajero: ¡Suéltame primero!*

*Jacob: No. Primero habla.*

*El viajero: Te habrás de arrepentir.*

*Jacob: He dicho: "Primero habla".*

*El viajero: Está bien... escucha... éste es el secreto... no pierdas una sola palabra: La fuerza de Dios se ha secado. La fuerza de Dios era como un gran río. Corría por las venas de los árboles, por los tendones del viento, por la sangre de los hombres. Pero ahora se ha secado. El se ha convertido en un cansancio. Un infinito deseo de abandonarse a la eternidad. Por eso ya no habrá más eternidad para los hombres y para todas las cosas. Estamos condenados y no nos damos cuenta. Perdidos... abandonados... sin saberlo. Mira a tu alrededor. Es como si un inmenso otoño descendiera sobre todo. Todo cae. Todo se desgasta. Todo muere. Es inútil construir. Es inútil levantar ciudades. Es inútil tallar las piedras y elevarlas para poder con ellas atravesar los siglos. También caerán. Todo*

*caerá vencido por el abandono inmenso. Se irán desmenuzando por las lluvias, por los vientos, por las corrientes. Por todo lo que lame, destroza y avienta...*"

Una madera reseca del mueble crujió. Varias rosas se deshojaron. Los pétalos rodearon blandamente la base del florero.

Santiago sintió un golpe de miedo en la espalda. Pensó:

*Alguien vendrá. Es mejor que me vaya antes que me descubran.*

Salió al corredor. Las flores de la noche comenzaban a salir de su sueño diurno. El aire estaba lleno de su perfume dulce. Las hojas de las plantas se movían blandamente. Como un inmenso pétalo, a lo lejos, el cielo palidecía lentamente. Las estrellas comenzaron a brillar.

Se acordó de lo que un día conversaban con Gabriela de vuelta de la iglesia.

—*¿Cómo te imaginas a Dios?* —le preguntó a la niña.

—*No sé. Como un hombre. Aunque a veces, no sé bien cómo está vestido, si con esas ropas que aparece en la historia de Moisés o con otras, como las nuestras. Esas ropas me parecen tan incómodas... Tan llenas de aire... Siempre volando...*

El la escuchaba.

—*¿No te parece?*

—*Sí. Sí...* —le contestó—. *La ropa es lo de menos. La cara, yo te pregunto por la cara...*

—*Nunca me la había imaginado. Debe ser viejo...*

—*¿Parecido a quién?*

—*No me imagino...*

—*Yo sí.*

—*¿A quién entonces?*

—*A don Lucas, el carpintero...*

—*¡Qué tontera!*

Llegaron a una vereda de piedras lajas. La niña comenzó a saltar en un pie sobre las losas para no pisar las rayas.

—*No pises las rayas. Da mala suerte* —le había dicho.

El seguía pensando:

*Debe tener una casa de madera con un letrero en la puerta que diga: Casa de Dios. Así la gente que llega puede dar con él. Como don Lucas, todos los domingos se sentaría en su hamaca de mimbre a fumar y mecerse. De vez en cuando sonreiría.*

*Entonces es cuando se acuerda de cosas felices. Otras se pone serio, arruga la frente, estira los labios. Entonces se acuerda de cosas serias, tal vez tristes.*

Pensó en lo que había leído:

*El se ha convertido en un cansancio... ahora todo es inútil... Dios era un río, pero se ha secado... se ha secado... se ha secado... Todo muere... todo...*

No. Quería pensar como antes:

*Dios se parecía a Don Lucas. Vivía en una casa de madera. Como don Lucas fumaba, sonreía y se ponía triste... Pero ahora no estaba... El domingo no se sentaría a la puerta de su casa a pensar en sus recuerdos y a mecerse. La casa estaba vacía... Un postigo esperaba una mano y golpeaba insistiendo inútilmente... Estaba vacía... Ahora estaba vacía...*

Volvió a sentir frío. A su espalda, en la penumbra de la pieza, dos ojos lo miraban, brillantes, burlones. Le pareció que eran dos ojos solos, sin cuerpo, sin cabeza, como los ojos de los gatos en la noche cuando un rayo de luz los sorprende en su camino. No quiso volverse para mirarlos. Pero sentía que lo estaban vigilando.

No pudo detenerse. Cuando lo hizo, estaba parado delante de Gabriela.

La niña empañaba un trapo en un plato de agua con ceniza, y con él refregaba el florero.

Al sentir su presencia, levantó la cabeza.

—¡Tonto! Me has hecho asustar —le dijo.

Santiago no respondió. No podía respirar. Tan agitado estaba por la corta carrera que había hecho a través del patio.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada? No parece.

—Te he dicho que nada.

Dejó el florero sobre la mesa y se levantó.

—Estás agitado. Tienes los ojos brillantes.

Se acercó un poco más.

—Estás transpirando...

—No. Estoy bien —le contestó Santiago sin dejar de mirar fijamente el cuadro de un santo que tenía enfrente.

La niña le tomó las manos.

—Tiembblas... No. No estás bien. Cuando vuelva la abuela se lo diré.

—¡No dirás nada! —replicó con voz dura. Con

más dulzura agregó—: ¡Te lo ruego Gabriela, no digas nada!

—Pero... me lo dices como si te fueran a castigar por algo que has hecho. No te pueden castigar por estar enfermo. ¿Qué te pasa?

—No puedo decirte.

—¿Es tan grave?

—Creo que sí...

La niña sintió que la piedad se le derramaba por el pecho como una leche dulce y cálida.

En el zaguán sonaron voces. Era la abuela que llegaba. Gabriela hizo ademán de salir a su encuentro. La quiso detener, pero la niña se zafó con un mohín.

—Si dices algo te pesará.

No se atrevió a correr detrás de ella.

La abuela entró. Dejó caer la manta sobre sus hombros. Hizo a un lado las sillas cercanas a la mesa y tomó asiento.

—¿Qué tienes, Santiago? —preguntó.

—No, no estoy enfermo —respondió el niño volviéndose de espaldas.

—No pregunté si estás o no enfermo. ¿Qué tienes?

—Fue una mentira que dije para hacerla asustar. No le crea a Gabriela.

—Dame la frente —ordenó la anciana.

Santiago inclinó la cabeza. La abuela puso su mano derecha sobre ella. Luego con el dorso de los dedos palpó el cuello, detrás de las orejas y la frente de nuevo. Buscaba la fiebre.

—No tengo fiebre...

—Parece que no. Pero de todos modos irás a la cama.

—¿Por qué? No tengo nada...

—He dicho que irás a la cama.

La niña, asustada, lo miraba por sobre el hombro de la anciana.

—¡Está enfermo, abuela! —insistió—. ¡Está enfermo de verdad! No le crea...

La abuela la interrumpió. Iba a decir algo más para que le creyeran, pero el ademán quedó en el aire.

—Enciende la lámpara —le dijo la anciana.

Fue en busca de la lámpara.

—¿Qué hiciste hoy? —le preguntó a Santiago, mientras sacaba las horquillas de su pelo.

—A la mañana lo que usted me ordenó. Barri

el patio de tierra, armé el espantapájaros de la huerta, que estaba caído.

—Eso ya sé. A la tarde, te pregunto. Mientras yo estaba en la iglesia, ¿qué hiciste?

Santiago titubó.

—Después de comprar los fideos, me senté a la puerta para ver pasar la gente.

La anciana terminó de soltarse los cabellos. Tenía la boca llena de horquillas. Con una tira roja, se los recogió sobre la nuca. Sacudió la cabeza como dando fin a su tarea.

Gabriela llegó con la luz.

—Acércate a la lámpara —le ordenó a Santiago, sacándose las horquillas de la boca—. Estás pálido. ¿Tienes frío?

—Un poco.

—Si. Será mejor que te acuestes.

La niña, siempre detrás de la abuela, miraba con un poco de miedo. Le pesaba la amenaza que brillaba en los ojos del niño.

—Es mejor, Santiago... Es mejor. Mañana ya estarás bien...

Repitió las últimas palabras de la abuela, corrigiendo el sabor duro de la orden con una cadencia llena de ternura.

—Mañana estarás bien... Podremos ir al río a juntar piedras de colores... Mañana es domingo...

El niño seguía amenazándola con los ojos. El no saber cuál sería el castigo la angustiaba.

—No se demore más y haga lo que le digo —ordenó la abuela.

Santiago comenzó a andar con desgano; con desgano se quitó el saco y fue desabrochándose la camisa. Gabriela lo siguió. En el aire flotaba el deseo que la niña tenía de ser perdonada. El niño entró en su cuarto y cerró la puerta.

—Espera —le dijo—. Voy a desvestirme.

La abuela seguía entretenida con sus afanes de horquillas y cintas.

—No le hagas caso —dijo levantando la cabeza—. Si quiere hacerte algo me avisas.

Gabriela se apoyó en la puerta. Después de un rato, Santiago gritó:

—¡Puedes entrar! Pero trae una vela, porque está muy oscuro.

La niña no hizo caso. Entró lentamente, afirmándose en la pared que le sirvió al principio de guía. Todo estaba oscuro. Apenas se distinguían los



muebles y los géneros de colores claros. Santiago estaba callado, esperando.

Tropezó con una silla.

—Por la derecha —le dijo el niño.

Avanzó extendiendo las manos. Presentía la presencia de otros objetos, pero no sabía donde. Por fin tocó con las rodillas el borde de la cama.

—¡Siéntate!

Tomó asiento y se corrió hasta los pies.

—¡Acércate! No voy a hacerte nada.

—¿Verdad?

—Claro. Te prometo.

La niña comenzó a correrse.

—Más acá.

Avanzó un poco más.

—Otro poco.

Llegó hasta cerca del pecho.

—¿Qué es lo que tienes, Santiago? —preguntó timidamente.

—Si te digo, luego lo irás a contar todo.

—Te prometo que no.

—Nada puedo contarte que en seguida no lo sepa la abuela.

—Ahora te prometo...

—¿Ni aun a la abuela?

—Ni a ella.

—¿Como recién?

—Esta vez va en serio.

—Júralo.

—No. No me gusta jurar.

—Entonces, no.

—Es malo jurar.

—Si no lo haces no podré decirte nada.

—¿Qué has hecho?

—No te imaginas. Por eso necesito tu palabra. Cuando lo sepas te vas a asustar. Quiero estar seguro de que no lo contarás después a nadie.

La curiosidad crecía en la niña como una bocanada de humo.

—Necesito estar seguro —insistió Santiago—. ¿Qué dices?

—¿Muy, pero muy grave es?

—No te imaginas.

La bocanada de humo seguía creciendo. De golpe se rompió.

—Acepto —dijo la niña. Luego dejó escapar un suspiro.

—¡Cruza los dedos! —le ordenó Santiago.

Gabriela cruzó los dedos.

—Repíte: "Prometo que no voy a contar a nadie lo que ahora me diga Santiago".

—¡Prometo! —respondió la niña.

—"Ni a la abuela, ni al abuelo, ni a la tía cuando venga".

—"...ni a ella cuando venga".

Gabriela había seguido palabra por palabra a Santiago como si éste la llevara de la mano.

—¡Ah! Me olvidaba. "Ni a ningún amigo, amiga o conocido".

—¡Prometo! —contestó Gabriela cerrando su débil letanía—. Ahora ya puedes contármelo.

La niña corrió las colchas y le acomodó las sábanas arropándolo.

—¿Te acuerdas del libro que siempre lee el abuelo?

—Sí.

—Una vez tú lo quisiste hojear...

—Me costó un buen sermón.

—Te dijo que no era para que nosotros lo leyéramos. Cuando fuéramos grandes, entonces podríamos.

—¿Y...?

—¿Te fijaste dónde lo guarda?

—En el cajón de la cómoda. Siempre está con llave.

—Yo he robado las llaves.

—¿Te atreviste? ¿Cómo?

—En un descuido del abuelo.

—Me imagino...

—Sí. Leí lo que decía.

La curiosidad de la niña esta vez se abrió como una flor de grandes pétalos dorados.

Santiago le contó todo: cómo había logrado las llaves, la cinta de las páginas, la mancha en forma de manzana y las palabras del viajero.

—¿Será verdad? —preguntó al fin.

—¡Tonterías! —le respondió la niña.

Santiago esperaba otra respuesta. No quería estar a solas con su duda. Quería sentir junto a él otra duda, otro estremecimiento igual al suyo.

—¡Tonterías! —volvió a repetir Gabriela—. ¿Sabes lo que es eso? Cuentos para los grandes.

—No, Gabriela. Por algo lo guardan en secreto. Por algo no quieren que lo leamos.

—Quizá... por que nosotros no entenderemos muchas de sus cosas.

—No. Ellos nos ocultan una verdad. ¿Qué es lo

que nos ocultan? Eso es lo que quiero saber. Tienes que ayudarme a descubrirlo.

Gabriela reflexionó.

—Quizá no quieran que toquemos el libro, porque podríamos destruirlo. Somos muy torpes a veces. Quien sabe si no es el único, y el abuelo no puede conseguir otro.

—Sí... —dudó Santiago—. Sus tapas eran finas... El papel muy suave...

Luego agregó:

—¿Será verdad que Dios no existe, como dijo el viajero?

—¿Otra vez vuelves a lo mismo?

—No —dijo dejando de reflexionar—. Cuando quieren que no toquemos algo, nos dicen: "No toquen el jarrón porque lo pueden romper". O si no: "Acuérdense que el reloj es recuerdo de la madre de abuelito". Esta vez no nos dijeron nada. No nos pueden decir. No se atreven a decirnos. Tienen miedo de contarnos la verdad... Entonces... ¿es verdad lo que dijo el viajero!

—¿Tienes miedo, Santiago? Te digo que son mentiras. Mentiras muy bonitas. Todos los cuentos y las historias están hechas de mentiras. Ese libro es de historias para los grandes. Nadie va a creer que eso sea verdad, como nada de lo que a nosotros nos cuentan es cierto...

—Tienes razón... Sin querer has dicho la verdad: "Nada de lo que nos cuentan es cierto..."

—De las historias quise decir...

—Todas son historias. ¿Cómo sabemos que no lo son?

—No. En eso ya no nos pueden engañar...

—No Gabriela. Estoy seguro de que ellos saben algo y nos lo ocultan.

—No tengas miedo, Santiago. Ya preguntaremos.

—¿Miedo yo? ¿Tuve miedo para muchas otras cosas? ¿No fui yo quien te sacó del potrero de la vaca brava? ¿A quién preguntaremos? ¿A ellos? Se darán cuenta que robamos el libro.

—A cualquier otro... A la tía cuando venga...

—Es lo mismo. Se lo contaría en seguida a ellos.

—A Javier, entonces.

—Es muy bruto.

—Pensemos en alguien...

Santiago comenzó a proponer nombres. Luego les encontraba algo y los iba dejando de lado. A Gabriela le asaltó la duda:

*¿Y si fuera verdad lo que decía Santiago?*



Sabía que en muchas cosas los engañaban. Nunca habían querido hablar de sus padres. Cuando lo hacían contaban una historia rara. Muchas veces el abuelo contradecía los detalles que daba la abuela.

También los engañaban con la historia del Retablo. Ella lo había descubierto en la última Navidad.

El niño continuaba enredado en sus madejas de nombres. No lo escuchaba ahora. Pensaba en aquella Nochebuena. Había llovido mucho. Nunca sabía llover en Nochebuena, pero entonces llovió. Los caminos estaban intransitables, aun para el viejo sulky de la casa, que se atrevía en toda hue-lla y con todo pantano.

—¿No iremos a la Misa del Gallo, abuela?

—Este año no, querida.

Luego de la cena, caramelos de limón y vaini-llas. Las manos pegajosas, molestan tanto como las piernas mojadas en invierno.

—¡Es hora de ir a la cama!

Las camas estaban tendidas en el comedor viejo. La pieza tenía el mismo olor fragante a madera de roble del aparador. Jugó un rato con Santiago. A las colchas se le levantaron extrañas jorobas. San-tiago por debajo caminaba a cuatro pies, imagi-nándose haber encontrado una caverna. Esa vez no jugaron con las almohadas.

A lo lejos se escuchaba la risa de los mayores. Además de don Lucas, estaban otros invitados que no conocían.

Luego todo quedó en silencio. Ellos siguieron jugando. Apagaron las luces. Únicamente se escu-chaban sus gritos y sus risas. La abuela vino para hacerlos dormir. Era más de la una y media.

—*¡Cuenta del Niño Dios! ¡Cuenta del Niño Dios!*

La besaron en el cuello y en la cara. Santiago pidió la escupidera. Ella se escondió bajo las col-chas para reírse.

Por centésima vez, la abuela contó la historia del Retablo: La Virgen lloró, el Señor San José la con-soló, los pastores hicieron monerías al Niño para que estuviera quieto, hasta que le trajeran la le-che que habían ido a buscar cerca de Belén.

Los Reyes Magos llegaron y con voz ronca di-ieron:

—*¿Este es el Niño Dios?*

—*Pasen... Pasen ustedes.*

La Virgen les ofreció silla. Conversaron de todo. Se preguntaron por sus familias. Se dieron saludos y recuerdos. Con modestia, el Rey Gaspar sacó un cofre debajo del poncho, como aquel en el cual la abuela guardaba las cartas que llegaban de Betania.

La Virgen no les invitó a quedarse. Era muy pobre y apenas tenían para comer un poco de pan y queso.

—¿Por qué no les daban budín? Si era Navidad... —preguntó Santiago.

Ella lo hizo callar. Este le tiró del pelo. La abuela los besó y prosiguió la historia.

—*Nació en un corral de vacas... Nació en un corral de vacas... en un corral...*

Al otro día dejó de llover. Gabriela se levantó primero que todos y se fue al fondo a ver cómo estaba con la lluvia. Cruzó el segundo patio saltando entre los ladrillos y las piedras que habían puesto como camino.

Cerca del corral sintió un quejido. Se acercó al alambre. Un poco de barro la salpicó.

Volvió a sentir otro quejido. Era la cabra. Estaba tumbada, con el vientre hinchado. Respiraba a grandes soplos. A cada soplido, levantaba la tierra y las pajitas de guano seco que estaban junto a la boca.

Por entre las piernas le salió un cabrito, sucio y mojado. Era igual que los patitos que caían al tanque con melaza para los caballos.

No quiso seguir mirando más. Pensó en la Virgen, en el Niño, en el Retablo. Tuvo miedo de que aquello que estaba pensando fuera cierto.

Al volver a recordarlo se estremeció como entonces.

—Tendremos que descubrirlo solos. ¿Me has oído? Solos...

—¿Has visto? —dijo Santiago—. Nadie nos podrá ayudar.

Le dio un tirón del brazo.

—¿Solos? —preguntó ella—. ¿Solos, qué?

—Tendremos que descubrir la verdad solos. Nadie nos podrá ayudar.

—¿Y cómo haremos?

—No sé. Ya encontraremos el modo. Mientras tanto me avisas lo que logres averiguar.

En el patio alguien tosió. Era el abuelo que llegaba.

—Santiago está enfermo —oyó que le decía la abuela.

—¿Qué tiene?

—No sé. Seguramente indigestión.

—Hay que vigilarlo más. Está en la edad de las travesuras que siempre tienen sus consecuencias.

—Sería andar por detrás de él todo el día.

—¿Y Gabriela?

—En la pieza con Santiago.

El abuelo entró. Estaba preocupado. Quería mucho a Santiago, a pesar que nunca lo demostraba.

—¿Qué has comido? —le preguntó.

—Unas moras a la siesta.

—¿A la siesta?

—Sí.

—Estás indigestado. Te dije que no tenías que comer moras calientes.

—No estaban calientes. Corté las de abajo. Estaban en la sombra.

—Siempre están calientes. A la siesta siempre están calientes.

Le acarició la cabeza.

—Ya veremos mañana cómo te pones.

Luego salió. Los niños quedaron solos.

—Gabriela —murmuró Santiago.

—¿Qué quieres?

—Se me ocurre algo.

—¿Qué es?

—Iremos a la iglesia.

—No. El cura es amigo de la abuela. El le contará luego todo lo que le digamos.

—¿He dicho acaso que vamos a hablar con el cura?

—¿Entonces?

—Ya te dije, no podemos pedir ayuda a nadie.

—No comprendo lo que quieres entonces.

—Te estoy diciendo que tenemos que descubrirlo nosotros mismos.

—¿Descubrirlo nosotros mismos?

—Sí. Después de la novena. Cuando todos se vayan, nosotros nos quedaremos.

El presentimiento de que Santiago pensaba algo grave le nació a la niña como una piel suave y fina.

—¿En dónde? —le preguntó.

—En la iglesia.

—¿Dónde?

—En la iglesia. Buscaremos en el altar. Allí dicen que guardan a Dios. Si es verdad, estará allí.

—No. Allí no voy.  
La niña temblaba.  
—¿Me vas a dejar ir solo?  
—Si no quieres acompañarme...  
—No, Santiago. Eso no...  
—¿Por qué no?  
—Te ruego. Eso no. Cualquier otra cosa. Lo que quieras, pero eso no.  
—¿Me vas a dejar solo? —insistió el niño.  
—En otra cosa te ayudaré.  
Santiago apretó los dientes.  
—¿Y si te obligo?  
—No podrás... no podrás...  
—Claro que puedo. Sé muchas cosas que pueden hacerte venir conmigo.  
La niña titubeó.  
—Lo del florero fue sin querer —dijo.  
—¿Quién habló del florero?  
—¡El dinero del almacén lo perdí! ¡En verdad, lo perdí!  
—¿Con qué compraste la caja nueva de figuras?  
—Junté las monedas que me dio el abuelo y la tía cuando viene. Eso lo sabes bien...  
—Pero la abuela, no.  
—Santiago... Te ayudaré en otra cosa.  
—¿Tienes miedo? Que no se diga...  
—¿Miedo yo? No. No quiero ir y nada más.  
—Sí. Tienes miedo y no quieres confesarlo.  
La niña no respondió. Como gotas de bronce, el reloj de la torre dejó caer sus campanadas. El aire se quedó doliendo un largo rato de los tañidos.  
La abuela en la otra pieza los fue contando uno a uno. Después dijo:  
—Son las nueve.  
—¿Por qué no quieres venir? —insistió Santiago.  
Gabriela siguió callada.  
—¿Por qué, te digo?  
La niña tampoco contestó.  
—¿Me vas a decir o no?  
De pronto Gabriela se llevó las manos a la cara y sollozó. En voz baja dijo luego:  
—Es que...yo también tengo miedo de que sea verdad lo que tú piensas.

Uno de los hombres miró el árbol un momento, palpó su tronco, golpeó con sus nudillos en él, sacó luego el machete y dio dos tajos en la corteza. Al segundo golpe ésta se desprendió. La pulpa se dejó ver blanca y jugosa como una cuajada.

—Dos horas —dijo.

—No. Tres. Es bastante grueso —le contestó el otro.

—Pero es blando.

—No creas. Una cosa es el machete. Otra el hacha.

El más joven recogió las hachas. Entregó una de ellas al otro. Los dos se sentaron en cuclillas. Sacaron unas limas y comenzaron a asentar los filos.

Trabajaron unos minutos. El más joven levantó la cabeza.

—Algüien viene por la loma.

El otro dejó de trabajar.

—¿Animales?

—No. Hombres.

Escucharon. El más viejo se puso de pie.

—¿En la de la izquierda?

—No. En la del frente. Sobre el camino.

Un disparo retumbó en la loma. El eco rebotó como un ovillo de lana, una vez y otra y otra, sobre los cerros vecinos, hasta confundirse con el susurro del viento entre las hojas y las ramas.

El más viejo volvió a sentarse.

—Cazan —dijo.

—En esa dirección no hay nada. Las pavas están más adentro.

—Quizá sean palomas.

—¿Palomas? ¿Con escopeta del dieciséis? Con un rifle les basta y sobra.

—¿Quiénes serán?

El más viejo se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

El otro le tomó del hombro.

—Espérate un momento.

Volvió la cabeza.

—Ahora siento pasos en el camino.

—Será el guardabosques.

—¿Camilo?

—No... No... —se corrigió—. Está en el puesto del Paso. No me acordaba.

—Vamos hasta el camino.

—No. Me quedaré a cuidar las herramientas.



El más joven se abrió paso entre las plantas y se descolgó por la pendiente.

Pasó un rato. El más viejo gritó:

—¿Por fin, quiénes son?

La voz del otro le respondió:

—¡¡Silvestre!!

—¡¡Bah!! —protestó. Luego volvió a gritar—: ¿Viene solo?

—No. Con otro.

—¿Quién es?

—No sé. No lo distingo.

—¿Están lejos?

—Ahora a unos treinta metros.

El más viejo se puso las manos en la boca y gritó:

—¡¡¡Don Silvestre!!!

Escuchó. A lo lejos le respondieron:

—¡¡¡¿Qué quiere?!!!

—¡¡¿Qué anda haciendo?!!!

—¡¡Cazando!!

—¡¡¿Qué?!!!

—¡¡Pavas!!

El hombre tapó las herramientas con una lona y bajó al camino. Al llegar le preguntó al más joven:

—¿Pavas dijo?

—Sí.

—Cada día está peor este viejo. Mire que venir a buscar pavas por estos lados.

—Y eso que sabe bien dónde se asientan.

Silvestre y el otro hombre se perdieron entre unas matas. Después de un momento aparecieron en el recodo. El desconocido calzaba botas, Vestía saco de cuero y llevaba un sombrero negro.

Cuando estuvieron a unos pasos, el más viejo volvió a preguntarle:

—¿Pavas ha dicho? —Volviéndose al desconocido lo saludó—: Buenos días.

El desconocido inclinó apenas la cabeza.

—Es claro, pavas —repondió Silvestre.

—Por aquí no hay. Tienen que ir más adentro. Silvestre protestó:

—No puede ser. Hace una semana vi por aquellos arrayanes una pareja.

—No me parece —le contestó el más joven.

—Casualidad —dijo el más viejo—. Pocas veces bajan hasta aquí.

Silvestre guiñó un ojo.



—¡Bah! —dijo—. La pava es un bicho muy caprichoso.

El desconocido sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente y del cuello.

El peón más joven sonrió maliciosamente.

—¿Cómo anda Juárez? —le preguntó a Silvestre.

—¿Ya no lo despierta de noche? —le dijo el otro. Silvestre movió la cabeza.

—No —respondió—, se porta mejor.

—¿Será el frío?

—Es su salud.

—¿Y Páez?

—El es muy sano. Juárez es tan delicado... A veces tengo miedo de volver a perderlos.

—¿Quieren martinetas? —preguntó el más joven.

El desconocido se apresuró a contestar:

—Cualquier cosa. Hace dos horas que caminamos. Todavía no he visto ni un gorrión.

—Antes de las doce estaremos de vuelta —se disculpó Silvestre.

—Sí. Con las manos vacías.

—¿Está cansado? —preguntó el peón más joven al desconocido. Este le dijo:

—Fíjese. El tiempo que hace que caminamos. No sé por qué se me ocurrió aceptar su ayuda.

Miró fijamente a Silvestre.

—¿Está seguro que conoce dónde hay pavas? —le preguntó luego.

—Seguro, señor. Además mi amigo Páez nos puede decir si hay otros lugares. El conoce mejor que yo todo esto.

—¿Su amigo? ¿Lo piensa ir a buscar ahora?

—No es necesario. Vive en la cáscara conmigo.

—No entiendo.

Los otros dos peones se sonrieron. Silvestre recogió el arma.

—Bueno —dijo calzándose la correa en el hombro—. Sigamos.

Volviéndose a los peones los palmeó en la espalda.

—Hasta luego —les dijo.

El desconocido se despidió, dando las gracias.

Cuando ambos se alejaron un buen trecho, los hombres comenzaron a trepar la loma, hasta el lugar donde habían estado trabajando.

A la mitad el más joven se detuvo.

—¡¡Saludos a Páez!! —le gritó.

Silvestre se dio vuelta. Levantó la mano derecha y agitándola le respondió:

—¡¡Gracias!! ¡¡Gracias!! ¡Serán dados!

Después de media hora de marcha, el hombre preguntó:

—¿Falta mucho?

—No, señor. Allí cerca es. Eso sí. No sé si este año habrá, como el año pasado.

—Espero —gruñó el hombre.

Subieron la loma. Silvestre cortaba las ramas que comenzaban a cerrar el camino.

—¿No podemos ir por otro lado?

—Este es el único camino —le contestó Silvestre.

—Me acabo de lastimar la cara con una espina. Por aquí es muy montoso.

—No es nada. A mi amigo Antonio Páez, una vez un garabato le peló un dedo. Se le hinchó la mano. Tuvieron que operarlo en el hospital.

—¿Su amigo?

—Sí. Mi amigo.

El hombre se detuvo. Sacó un pañuelo nuevamente y se limpió la sangre de la mejilla. Miró el pañuelo y lo guardó.

El camino se volvió más empinado y fatigoso. El hombre miró hacia arriba. En lo alto las ramas de los laureles pasaban unas tras otras rápidamente. Las barbas del monte se descolgaban casi hasta tocar el suelo. Con la mirada siguió una hasta el final. La detuvo en un tronco caído al cual la humedad comenzaba a desmenuzarse. Dos hongos rojos crecían sobre la corteza podrida. Dio vuelta la cabeza para seguir mirándolos hasta que no los pudo ver más.

—¡Cuidado, señor! ¡No vaya a tropezar con ese raigón!

Habían llegado a lo alto de la loma. Debajo de los grandes árboles crecían los arrayanes. Debajo de los arrayanes los helechos reventaban en matas oscuras.

El viejo reflexionó:

—Parece que no hay nada.

—Descansaré un rato —le contestó el hombre.

—Espere... —pensó Silvestre en voz alta—. Tal vez en la loma vecina...

—¿Queda lejos?

—Cerca. Bajando por la izquierda, la primera a la derecha.

—¿Muy alta?

—Como ésta. Quizá menos.

—Estoy cansado.

Miró el reloj. Luego dijo:

—Ya hace tres horas que caminamos. Todavía seguimos sin encontrar nada.

—La pava es así. Nunca está en un lugar fijo. A veces sale. Ocasiones se queda en los matorrales. Es cuestión de suerte.

—Parece que hoy no la tenemos.

—No sabemos todavía.

El hombre hizo un gesto de resignación.

—Sigamos —dijo.

Bajaron la loma. El matorral estaba más tupido.

—¡Diablos! —gritó el hombre—. Me he vuelto a raspar las manos.

—Las llevará sueltas —le contestó Silvestre—. No hay que largar las manos. Las ramas son muy atrevidas. Llévelas delante, apretando la escopeta.

El hombre preguntó:

—¿No podíamos ir un poco más despacio?

—Como quiera.

En la loma vecina gritó un animal.

—¿Qué es eso...? ¿Qué es eso...?

El hombre trató nerviosamente de mirar a través del follaje. Silvestre se encogió de hombros.

—Y... ha de ser una pava —dijo.

—¿Dónde...? ¿Está cerca...?

—Le parece... Está lejos... En la tercera loma.

Siguieron bajando. Al fondo de la hondonada encontraron un hilo de agua que desenvolvía su pereza entre los berros.

Silvestre miró la greda.

—Acaban de pasar —dijo.

—¿Quiénes?

—Dos corzuelas.

El hombre se zafó la correa y abrió la recámara. Miró los cartuchos y la volvió a cerrar.

—¿Dónde habrán ido? —preguntó ajustando el cerrojo.

—Vaya a saber. Estarán en el matorral. Es difícil sorprenderlas.

El viejo lo miró de reojo. Luego dijo:

—Quién sabe si alguna no nos está mirando ahora.

El hombre bajó el arma.

—Hay que tener paciencia —siguió diciendo el viejo.

Cortó unas hojas y las tiró sobre la greda a la orilla de la vertiente. Luego se arrodilló sobre ellas.

—Hacen dar rabia...

Se inclinó y bebió dos sorbos. Después se incorporó, se sentó sobre los talones y agregó:

—Cuando uno lleva armas no aparecen. Cuando no, se cruzan por el camino. Hacen burla.

—¿Seguimos? —dijo el hombre con fastidio.

Silvestre se incorporó. Miró la loma que iban a comenzar a subir y acomodó la escopeta sobre el hombro.

—En diez minutos estamos arriba —dijo.

Comenzaron a subir. El camino se volvió empinado. El hombre respiraba con dificultad.

—Antonio Páez salió un día sin armas —comenzó a contar el viejo—. “Lleve la escopeta”, le dije. No me hizo caso. A la vuelta me contó que de rabia había corrido a pedradas una corzuela más de seis cuadras. La muy pícara disparaba un trecho y se volvía a mirarlo...

—¿Antonio Páez...? ¿Antonio Páez...?

El hombre hizo memoria.

—Mi amigo...

—Es verdad. Lo vino nombrando desde que salimos.

—Es mi amigo. Hace más de cincuenta años que lo conozco. Juntos prestamos servicio en el 12 de línea.

El camino se llenó de un barro colorado y pegajoso.

—Siempre tuvo buen genio —siguió diciendo el viejo—. Nunca se enoja. Un sábado nos dieron franco. A todos menos a él. No sé qué trabajo tenía que hacer en la cuadra. En la ciudad nos desparramos, unos por un lado, otros por otro. Gutiérrez nos avisó dónde podíamos encontrar mujeres.

Las ramas cerraron el camino. Silvestre sacó su cuchillo y comenzó a cortarlas.

—Esta mora del monte... —protestó entre dientes—. Intrusa... No bien te acaban de cortar ya estás creciendo de nuevo.

Terminó su tarea.

—Sigamos —dijo.

Se acordó de su relato:

—Como le decía, nos fuimos de mujeres. Al regreso, cada uno comentaba cómo le había ido.

Desde las ramas de un árbol seco una urraca voló hasta un naranjo.

—En una esquina me despedí de los otros. Quería visitar a unos parientes.

El hombre tropezó. Se detuvo para arreglarse una de las botas.

—Iba por la calle mirando los carteles cuando alguien me gritó: “¡Soldado!”. Me di vuelta. El sargento me miraba furioso. “¡Ordene, mi sargento!”, le dije. “¿Por qué no saluda a un superior en la calle?”. “No lo vi, mi sargento”, le contesté. “Iba distraído”. “¿Cómo se llama?”. “Antonio Páez”, le dije sin saber lo que decía. Usted sabe, fue sin intención... El susto a veces lo hace hablar a uno

lo que no quiere... El sargento sacó una libreta y anotó. "Está bien", me dijo, "Vaya no más". A la noche, cuando volví, Páez estaba en el calabozo. No me atreví a contarle lo que había pasado. Dos meses anduve dolorido. Nunca lo pude hacer. "¿Quién habrá sido el sinvergüenza que dió mi nombre?", decía Páez riéndose. "Una semana de calabozo. Me gustaría saber qué han hecho". Yo, como en misa.

Llegaron a la cima de la loma. Era igual que la otra. El suelo estaba cubierto de hojas secas. A unos cincuenta metros, una bandada de palomas buscaba semillas entre las hojas secas haciendo un ruido como si alguien apuñalara papeles viejos.

Silvestre las vio. El hombre no.

—¡¡Allí hay unas palomas!! —gritó con fuerza el viejo.

Las palomas se callaron. La primera levantó la cabeza para escuchar mejor.

—Cállese hombre. Las va a espantar. ¿Dónde están?

—¡¡Allí!! —gritó más fuerte Silvestre—. ¡¡En medio de las hojas!!

El hombre se echó el arma a la cara.

—¡¡¿Las ve?! —volvió a gritar Silvestre—. ¡¡En medio de las hojas!!

—¡Cállese!! —protestó—. Se van a volar.

Silvestre siguió gritando.

—¡¡No señor!! ¡¡No lo hago a propósito!!

Para que se callara, el hombre se apresuró a decir:

—Ya las vi, ya las vi.

Las palomas levantaron vuelo dejándose caer por la quebrada, hasta los arrayanes de una loma vecina.

—Disculpe —dijo el viejo—. Creí hacerle un favor.

El hombre abrió violentamente el cerrojo.

—Cuatro horas de camino —gritó enfurecido—. ¿Para esto me hizo embarrar entero y rasparme la cara y las manos? ¿Usted cree que le pago para que cuide los animales?

El viejo balbuceó una disculpa. El hombre prosiguió desahogando su rabia:

—Los únicos animales que hasta ahora he visto fueron los de sus cuentos estúpidos.

—Hay que tener paciencia. Mi amigo...

—¡Qué amigo ni qué demonio! Volvamos de una vez. Ya se hace tarde.

Emprendieron el regreso, pero esta vez lo hicie-



ron bordeando las lomas por donde el matorral era menos tupido.

Hacia dos horas que los hachadores habían terminado de comer, cuando Silvestre regresó. Detrás de él, el hombre rengueaba penosamente.

—¿Y los otros? —les preguntó el viejo.

—En el monte. Trabajando.

—¿Habrán comido?

—Parece.

—Prepáreme las cosas —dijo el desconocido—. Ahora mismo me vuelvo.

Silvestre ensilló el caballo. El hombre montó con dificultad. Antes de marcharse le alcanzó un billete.

—Sírvase —le dijo.

—Gracias —contestó Silvestre con humildad—. Otra vez tendremos más suerte.

El caballo se perdió tras los laureles del camino.

El viejo sonrió con malicia. Luego dijo:

—¿Estás conforme ahora Páez?... *Es claro... Cómo iba a dejar que las matara... Es claro... claro... Me acuerdo que te gustaban tanto...*

Se movió perezosamente. Entró en la casa. Al cabo de unos instantes salió con una tipa llena de maíz. Caminó hasta donde comenzaba el monte. Sacó un puñado y lo arrojó al voleo.

—¡Coman... coman! —gritó—. Ya no hay peligro.

Volvió a sonreírse. Luego agregó:

—*¡Pobre hombre!... Tienes razón, Páez... ¿Pero cómo iba a permitir que matara tus animales... tus palomas... tus corzuelas...?*

4

Antes de la cosecha vino la tía. Cada seis meses volvía y se quedaba dos o tres semanas. Siempre traía regalos: miel, tabletas, o una funda deshilada.

Por detrás de ella venía el tonto, fiel, paciente, como un animal lento de mirada tranquila, con esa mirada de los que no tienen conciencia.

—¡Siéntese, hijo!

El tonto se sentaba. Ella le acariciaba entonces la cabeza. Hundía sus dedos en el pelo blandamente, como si estuviera tocando la mansedumbre misma del idiota.



—¡Vamos, hijo!

El tonto volvía a seguirla.

En los veranos, al atardecer, ponía la hamaca bajo el corredor y se apantallaba con su pantalla de palma. Hacía reclinar la cabeza de Santiago sobre sus faldas que oían un poco a incienso y otro a pimienta. El canto destemplado de los mosquitos y el ruido de la hamaca adormecía al niño.

Ella entonces, comenzaba a contar de sus gentes más antiguas. Remontaba un río de nombres y de fechas, hasta lejos, muy lejos, donde los más antiguos eran solo un murmullo, un sollozo o un vaivén de bondad.

—...Y Belisaria se casó con Manuel y tuvieron tres hijos y dos hijas. La mayor se marchó a Bolivia con un comerciante austriaco y nunca más recibimos noticias de ella. La otra murió joven...

Santiago entreabría los ojos y trataba de seguir las idas y venidas lentas de la pantalla.

"...La otra murió joven..."

Santiago la imaginaba:

*Pobre niña, quebrada como un encaje de almidón. Enferma de rubor, meditando siempre silenciosos otoños, sentada a la puerta del cuarto aquel en donde vive para siempre el cuadro de la desconocida...*

En el zaguán alguien barría. El ruido de la escoba se apagaba al llegar al piso de tierra.

*...Seguramente sus siestas serían largas. Escucharía en su soledad el murmullo de los lienzos, la humedad del aljibe, el lino del corpiño...*

La tía suspiraba. Luego proseguía su relato con el mismo tono lastimero, como aquel de los mendigos que en la Semana Santa imploraban sentados en el atrio entre estampas de santos, perros sarnosos y la dulce piedad de niños y mujeres.

La tía regresaba y volvía a partir:

—...José Manuel, no volvió jamás del Paraguay. Segundo se casó y tuvo doce hijos y enviudó a los cincuenta años...

Santiago luchaba en los límites del sueño. Ya no sabía distinguir si era la voz de la tía o la voz del abuelo leyendo aquellos nombres interminables del libro que solía abrir en los atardeceres de los días de fiesta.

*"... Y Ada engendró a Esau y a Elphaz; Basemath engendró Reuel. Y Esau tomó dos mujeres y sus hijas y todas las personas de su casa y sus ganados y toda la hacienda que había adquirido en la*

*tierra... y fuese a otras tierras... Después de esto vivió ciento cuarenta años y vio a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación y murió viejo y lleno de días."*

Antes de la cosecha fue cuando Gabriela supo que la tía también dudaba como ellos. Desde entonces, la miró con más cariño que antes. Santiago no quiso creerlo. El la había escuchado decir otras cosas.

Gabriela, sin embargo, se lo contó todo y cómo lo supo.

Estaba tendiendo las camas en el cuarto de los abuelos. Al lado, en el comedor, la tía y el abuelo conversaban. La discusión comenzó cuando el abuelo le preguntó por qué no dejaba de vivir en un lugar tan apartado, tan sola, acompañada nada más que por el tonto.

Ella, entonces, se levantó de su silla y le dio la espalda.

—Me quedaré allí hasta que muera, o se me antoje —le dijo.

—¡Por favor! Tienes que ser razonable...

—Sé lo que hago.

—No. Sigues como hace cincuenta años.

—No he de cambiar.

—No has cambiado. La misma chica malcriada de entonces, a quien teníamos que vivir cuidando, sigue empeñada en hacer siempre su voluntad.

—Puedes guardarte tu lástima.

—¿Lástima?

—Comprendo tu interés ahora.

—¿Lástima? ¿No puedes pensar que es cariño? Encerrada en tu terquedad, jamás sabemos lo que te hace falta.

—Nunca necesité ayuda de nadie.

Se paseó nerviosamente por delante de la ventana. De vez en cuando miraba el cerro, por cuyas faldas comenzaban a trepar los nuevos sembrados de caña.

—Hace tiempo que vivo sola —agregó—. ¿Recién ahora te das cuenta? Sola, nada más que con el tonto por única compañía. Con él, apenas si puedo hablar de cosas comunes. Las otras no las entiendo. Esas tengo que pensarlas, pero no decirlas, o decirmelas mentalmente y contestarlas yo en la misma forma.

—Es necesario que nos escuches —la interrumpió el abuelo.

—Estuve pensando y conversando sola, treinta

años. ¡Larga conversación! Ahora ya no sé escuchar a las gentes.

—Por momentos creemos que nos odias —dijo el abuelo, sin dejar de quitar la vista de la quebradura de una baldosa.

—No. Los quiero mucho. Ustedes son lo único que me queda de una sangre que se escurrió sin que yo me diera cuenta, dónde, ni cómo, ni cuándo. Pero ustedes no me comprenden.

Quedaron callados unos momentos. Parecía que ambos buscaban nuevas razones para proseguir la discusión.

—Tienes que dejar de lado tu orgullo —insistió el abuelo.

—No es orgullo...

—Entonces... lo que sea. Dentro de poco te quitarán los escasos metros de tierra que aún conservas. Entonces, ¿qué harás?

—Falta poco tiempo —reflexionó la tía.

Su voz tenía el sabor de las nueces verdes.

—Falta poco tiempo —agregó—. Es verdad. Mi tiempo ha sido un gran lienzo. Hebra por hebra lo fui deshilando. Ahora está pequeño, muy pequeño. Apenas si cabe en mi mano. Un poco más y en el aire dejaré la última hebra.

El abuelo comprendió el mundo de reproches que había despertado. Tuvo lástima. Quiso reparar el daño.

—En nuestra casa no te faltará nada. Tendrás tu pieza, tu cama. Todo lo que necesites.

—No vendré. Gracias, Manuel. Te lo agradezco mucho.

—Si te empeñas en ser terca...

—Como quieras. Pero debo quedarme allá hasta que todo termine. Después veré lo que hago. Dios ha querido que sea la última de todos. Debo serle fiel. No puedo abandonarla ahora. Es mi deber.

El abuelo se torció las manos, como queriendo vencer aquella voluntad que le huía.

—No sé —dijo—. No comprendo cómo sigues creyendo en algo que tú misma has inventado.

—Yo no lo he inventado. Es así, simplemente...

—Lo has imaginado, sí. Y esa mentira, ha venido gobernando tu vida. Ha roto tu vida. Por ella, renunciaste a tu condición de mujer. Has hecho trabajos de hombres. Todo por una estúpida idea...

—Espero con todas mis fuerzas que no haya sido estúpida.

—¿No estás segura? ¿Dudas?

—Todos los días trato de creer más y más que tiene que ser así. En cuanto a mi condición de mujer, poco me importa ya. Cuando ha pasado la juventud, cuando ha muerto la carne, importa poco ser varón o mujer. Tengo que hacer de varón y lo hago.

—Has visto. Tampoco estás segura. Comienzas a dudar. ¿Cómo es posible que Dios haya dispuesto las cosas de ese modo? Además, ¿cómo lo sabes?

—A veces nadie nos dice las cosas, y sin embargo las sabemos. ¿Cómo? Yo no sé; nadie lo sabe. Lo que tú llamas mi mentira, la supe así. Siempre creí en ella. Sería tan cruel que un día me diera cuenta que no es verdad, que solo he seguido la voz de un sueño. Por eso debo creer. A veces me cuesta luchar para poder seguir creyendo, para no pensar también, que no es más que un engaño que yo misma he fabricado. Si es que hay un Dios, él me dará la razón. Tiene que haberlo. Sería muy amargo que no lo hubiera. Cuando yo muera tiene que decirme: *"Mujer, es verdad todo lo que pensaste y creíste. Tu tierra, era en verdad como un animal fiel, manso, humilde, al cual había que cuidarlo. Necesitaba de tu cariño. Porque curaste sus llagas, porque cerraste sus costras te pagaré bien. Has hecho bien en no abandonarla..."*

Gabriela terminó su relato. Miró a Santiago.

—Ella dijo: *"Si es verdad que hay un Dios..."* ¿Has visto? Le pasó lo mismo que a nosotros. ¿No crees ahora? —le preguntó la niña.

—No.

—¿Por qué?

—Porque las otras noches la escuché decir otra cosa muy diferente. Además rezaba como si supiera en verdad que hay Dios.

Y comenzó el relato diciendo lo que le había pasado hasta la hora de acostarse. Cómo tardó en dormirse. Cómo se había despertado a la madrugada con una sed seca y ardiente que no le dejaba tragar la saliva.

Decidió buscar agua. Atravesó el primer patio y el zaguán. Llegó hasta la canilla del segundo patio y bebió hasta quedar satisfecho. Con la manga de la camisa, se limpió la boca húmeda. Luego se sacudió las gotas que habían caído en el cuello al agacharse.

Volvió a la cama. Antes de pasar por el zaguán,



sintió que alguien discutía en voz baja. Llegó hasta el cuarto donde dormía la tía y el idiota. Se imaginó otra cosa. Con esa idea se arrimó contentiendo la respiración para escuchar mejor. Abierta en la oscuridad de la noche, la puerta del cuarto parecía una gran boca. De su interior, salía un aliento pesado de voces y un olor a cuerpos cansados.

—Primero diga su oración.

Nadie respondió.

—Sea bueno, hijo. Hágalo por mí.

Tampoco hubo respuesta.

—Bueno... pero después dirá su oración... ¿Me lo promete?

El silencio volvió a descender sobre las cosas. Santiago se arrodilló y apoyó una mano en la pared.

“Un día San Pedro plantó una semilla”...

La historia, llena de ingenuidad, comenzó a fluir de los labios de la anciana. San Gabriel y San Bernardo eran los personajes. San Gabriel era enviado por su Señor. San Bernardo predicaba antes del diluvio.

—¿Le gustó, hijo? —preguntó la tía.

Un cuerpo se dio vuelta en la cama. Santiago decepcionado se incorporó para marcharse. Esperó un momento. La anciana entonces, comenzó a rezar una oración. Asentaba sus palabras con su débil fuerza. Parecía como si quisiera ella sola doblegar el misterio, que como el silencio reposaba sobre todas las cosas en medio de la oscuridad.

5

Silvestre permaneció inmóvil durante un rato. No se atrevió a hacer ningún movimiento. De vez en cuando, el grito de un animal, un ruido, o una voz, rompían el silencio. No podía ver nada más que un pedazo de cielo, lejano, brillante, como a través de una ventana muy alta.

Muy cerca de sus mejillas, percibía algo oscuro, húmedo, que no le dejaba ver las cosas a su alrededor. Comprendió: estaba en un pozo, o en una zanja.

Alguien gritó a lo lejos. El oído se le convirtió en un ojo brillante y puro. Cada sonido despertaba en su mente un borbotón de imágenes frescas.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BIBLIOTECA "EMILIO GARILLA" 51

REGISTRO N°

99329

C. D.

Las voces y los gritos le llegaban por oleadas, con una suavidad de musgo o flor de cardo. Corría viento.

El silencio volvió a extenderse. Tuvo la sensación de haber quedado ciego.

—¿Qué hora será? —oyó preguntar a Páez.

Con pereza le respondió:

—Las seis, las siete... Quién sabe...

Cerca bramó un toro. El aire vibró como una lámina de cobre. Páez dijo:

—¿Estás bien?

—¿Y ustedes?

—Algunos machucones...

—El golpe ha sido fuerte... —comentó Páez.

Silvestre se acordó de improviso.

—¡El caballo!... ¿Qué será del caballo?...

—Está de vuelta en la casa, con toda seguridad —le contestó Juárez para calmarlo.

—¿Y si no fuera?...

—Entonces... no debe estar lejos —respondió, tratando de no dar importancia al asunto.

El viejo guardó silencio. Luego dijo:

—Páez, si no volvemos temprano, creerán que nos fuimos con el caballo.

—¡Bah! —sintió que Páez le respondió con fastidio—. Ya comienzas a imaginarte cosas...

Quiso moverse. En la nuca sintió un dolor quemante, igual que si le hubieran azotado con látigo muy fino.

Trató de levantar la mano izquierda, pero no pudo. Juárez volvió a preguntar:

—¿Dónde estamos?

—En una zanja —le contestó.

Páez se apresuró a corregirlo:

—En la cuneta, a la orilla del camino.

El viejo pensó:

—¿En el camino?

—Sí —le dijo Páez—. En el camino. Ibamos por la orilla cuando se espantó el caballo.

—¡Ajá! —asintió Silvestre—. Tienes razón.

Como entre algodones, la tierra trajo las pisadas de un animal herrado.

—¡Escuchen! —dijo el viejo.

Los cascos se alejaron. Huidos, sonaron todavía un momento a través de la tierra como el hervor de una olla de barro.

—Se fue —comentó Silvestre.

—Sí. Se fue —dijo con tristeza Páez.

Juárez preguntó quedamente:



—¿No te parece que ya es hora de irnos?

—Todavía no—le contestó el viejo—. Espere.

—¿Tienes algo? —insistió Juárez impaciente.

Antes de responder, Silvestre titubeó unos instantes. Temía alarmarlos.

—Creo que sí —dijo.

Luego agregó:

—Pero no se asusten. No es nada.

Con desconfianza, preguntó Juárez:

—¿Herido...?

—No sé... Me duele la nuca... No puedo moverme. Esperemos un rato. Tal vez no sea sino consecuencia del golpe.

Movió la mano derecha. Primero estiró los dedos. Después la levantó hasta la altura de los ojos. La contempló unos instantes. Le pareció que no era suya. Lentamente la fue dejando caer hasta asentarla sobre el estómago. El frío de la mano sobre la piel del vientre, lo hizo estremecer. Suspiró.

Una brisa fresca llegó de pronto y le enjugó la frente. Las voces y los ladridos se hicieron más claros otra vez.

—¡Shhh! Alguien viene por el camino —dijo Silvestre.

Para escuchar mejor, el viejo frunció el ceño. Páez preguntó:

—¿Qué es?

El viejo lo hizo callar.

—No escucho nada —protestó.

Juárez dijo:

—Cantan...

Páez volvió a decir:

—No escucho...

—Si no te callas ¿cómo quieres escuchar? —protestó el viejo.

Juárez agregó:

—Se acerca.

El viejo arrugó más el ceño.

—No. Más bien se aleja —le respondió.

Una oleada de viento trajo un pedazo de música, fresca como una hoja verde.

—El que canta está quieto —dijo Silvestre.

Juárez volvió a contradecirlo:

—No. Camina. Hace rato apenas si se escuchaba la música. Ahora entiendo una que otra palabra.

—Corre viento —le contestó el viejo.

Juárez no le respondió. Silvestre intentó moverse nuevamente. Esta vez el dolor fue más fuerte.

—¡Ay! —se quejó—. Me duele.

Lleno de compasión Juárez quiso calmarlo:

—*Ya te pasará.*

Páez lo hizo callar.

—*¿Qué preguntó Juárez?*

—*Ahora camina.*

El viejo dejó de quejarse y escuchó. Luego dijo:

—*Sigo pensando que está parado. Es el viento.*

Con tono burlón Juárez agregó:

—*¿Te parece...?*

El viejo trató de comprender la intención de la burla.

—*El canto sale de la casa* —le replicó marcando las palabras una a una.

—*¿Qué casa...?* —preguntó Juárez en el mismo tono.

—*La casa de tablas que vimos al pasar. Tenía unos geranios a la puerta.*

—*¿Te parece...?*

Páez intervino en la discusión:

—*Mejor será que esperemos. No sacamos nada con discutir.*

Un caballo pasó al galope. Algunas piedras cayeron cerca del viejo. La tierra se asentó levemente como una neblina suave, llena de ternura. Silvestre se pasó la lengua por los labios resecos.

—*Gusto a tierra* —comentó Juárez.

—*Tengo sed* —dijo Silvestre.

Páez agregó:

—*Yo también.*

El viejo quiso mover la mano izquierda. La levantó un poco acercándola lentamente hasta la cara. Al llegar a la mitad, no pudo más y la dejó caer sobre el pecho, desde donde fue resbalando hacia un costado.

El agua estaba fría. Volvió a estremecerse. Rección se dio cuenta que estaba de espaldas en un charco. Tocó el fondo, suave y resbaloso como la panza de los sapos. Uno de sus dedos tropezó con una piedra. Intentó sacarla. Estaba dura. Con fuerza apuñó el agua y abrió los dedos. Hizo un esfuerzo; la sacó con dificultad. Algunas gotas cayeron en el charco. Otras corrieron por la muñeca metiéndose en la manga de la camisa.

Débilmente dijo Páez:

—*¿Puedes?*

—*Ahora sí* —respondió el viejo.

Juárez agregó como si no le diera importancia:

—*No te dije. No era nada más que consecuencia del golpe. Esperemos un momento más.*

Páez volvió a interrumpirlos:

—*Se acerca...*

—*¿Quién...?* —preguntó Silvestre.

—*El que cantaba* —protestó Páez.

La canción llegó esta vez con más fuerza:

Escarabajo, ay, ay, ay,  
escarabajo.

Bailar descalzo, ay, ay, ay,  
no da trabajo...

Juárez dijo en un tono de triunfo:

—*¿Viste que no era del rancho como decías...?*

El viejo no respondió. Juárez agregó sentencioso:

—*Esa voz huele a vino.*

—*¿A vino?... ¿Por qué?...*

—*Suena muy quebrada.*

El hombre volvió a cantar más cerca:

Escarabajo, ay, ay, ay,  
escarabajo.

Bailar descalzo, ay, ay, ay,  
no da trabajo...

—*Está sobre el camino* —dijo Silvestre.

La voz pasó bamboleándose por el pedazo de cielo que el viejo veía y comenzó a palidecer.

—*¿Por qué no gritas?* —le preguntó Juárez.

—*¿Para qué? Está borracho. No podrá ayudarnos.*  
Páez agregó:

—*Mejor será que esperemos un poco.*

—*Sí.* —comentó el viejo dándole la razón a Páez—. *Todavía me duele la nuca. Además... no creo tener fuerzas para poder gritar.*

Con algo de miedo Juárez se apresuró a decir:

—*Se está haciendo tarde. Cuando más sea de noche, más difícil será que nos encuentren.*

—*Siempre ha de pasar alguien* —dijo Páez.

El viejo refunfuñó y se quedó callado.

En el camino un enjambre de voces chillonas se levantó de pronto como una bandada de pájaros grises, cubriendo la voz del cantor. Páez dijo:

—*Una mujer....*

Las voces crecieron agudas y firmes como varas de cañas:

—*¡Sinvergüenza! ¡Otra vez borracho! ¡Todos los sábados es lo mismo!*

Sonaron dos golpes. El hombre trató de protestar:

—*¿Y qué?...*

La mujer se encrepó como una ortiga.  
—¿Cómo? —gritó más fuerte—. Todavía me  
quieres levantar la voz.

El hombre intentó decir algo:

—Pero...

—¡Camine a la casa! ¡Insolente! ¡Ya estoy cansada!... ¡Camine, le digo!...

El hombre volvió a cantar:

Escarabajo, ay, ay, ay,  
escarabajo.

Bailar descalzo, ay, ay, ay,  
no da trabajo...

—¡Trabajo... trabajo!... ¡Eso es lo que te hace falta! —siguió gritando la mujer—. A ver los bolsillos. Todavía has de tener algo... No rezongues...

Juárez se rió con malicia. Los gritos se aquietaron en un murmullo suave. Después se perdieron. Silvestre quedó pensativo.

—¿En qué piensas? —le dijo Juárez en el mismo tono malicioso.

—En los días de pago —le contestó el viejo con un dejo de amargura en la voz.

Juárez insistió:

—¿En qué más?

Páez entendió la intención:

—La vieja no entendía ciertas cosas —se apresuró a decir—. Para ella el mundo terminaba dentro de la casa. Era una forma de quererte. Pero no entendía... esto, por ejemplo. No sabía que el vino tiene su utilidad... Que la amistad de los amigos necesita del vino. ¿Entiendes, Silvestre?

El viejo contestó algo mortificado:

—Así es... así es...

Páez prosiguió con cierta timidez:

—Es claro... Así como el sol en el verano levanta el tufo sofocante de las lagunas, el vino hace crecer los recuerdos alrededor de las mesas... ¿Sabes, Silvestre? —volvió a preguntar.

El viejo no respondió.

—Porque no habría amistad sin recuerdos —siguió diciendo con cierto abandono en la voz—. Para que haya una amistad fuerte, se necesita tener recuerdos. Cuando más recuerdos se tienen más fuerte se hace... como la nuestra...

El viejo comentó pensativo:

—Es verdad... es verdad...

—¿Te acuerdas de los Castros? —preguntó Juárez, tratando de remediar lo que había hecho.

—¿Los Castros?...

—Vivían a la entrada del canchón... Los sábados los visitábamos... ¿Te acuerdas?

El viejo no respondió.

Juárez siguió insistiendo:

—Una vez la hicimos dormir a la vieja, a la madre de la muchacha... ¿Te acuerdas ahora?

Silvestre contestó lentamente:

—Sí... Sí, me acuerdo...

Con un tono burlón y cariñoso a la vez, agregó Páez:

—Si que te acuerdas... ¿Dónde fuiste con la muchacha esa noche? Cuando quisimos buscarte, ya no estabas.

Con la voz llena de dulzura el viejo respondió:

—Las ropas que me quedaron oliendo hasta el otro día. Esa noche los pastos tenían un olor muy fuerte...

Un caballo se detuvo a mordisquear la hierba a la orilla del camino. Silvestre sintió muy cerca el ruido de los dientes.

—¡Riojano!

Una voz de hombre gritó:

—¡Riojano! Por aquí cerca, no más.

El viejo contuvo la respiración. El caballo se acercó más al borde. Un chorro de agua tibia y espesa cayó por entre las patas del animal, formando un charco espumoso sobre la hierba. Un vaho a heno podrido, se levantó de él. Al sentirlo, el viejo recordó los días del otoño, cuando lo mandaban a trabajar bajo los álamos entre sus hojas caídas, que comenzaban a podrirse con las primeras lluvias.

—¡Riojano! —volvió a gritar la voz del hombre—, ¡No te alejes mucho!

Más allá otra voz le respondió:

—No, hombre. No. Cuida el caballo y las alforjas hasta que vuelva. No te descuides.

El del camino comenzó a moverse y conversar con alguien:

—¡Pobre Bicho! —dijo—. Buena marcha te has hecho. Mereces una ración grande de maíz, alfalfa y melaza. Pero tendrás que contentarte con el pasto del camino y un buen poco de agua. Nosotros ni eso tenemos.

Silvestre sintió que palmeaban algo blando y carnoso. El hombre prosiguió:

—Buscaré agua por aquí cerca. No vayas a querer



ponerte atravesado en medio del camino. Los camioneros son gente sin entraña.

El viejo escuchó pasos cerca de su cabeza. Los pastos y las plantas más pequeñas sonaban quejosamente al ser pisadas por el caminante. Una yerbabuena al ser tronchada, dejó escapar su perfume adolorido. Silvestre cerró los ojos. Los pasos se hicieron más cercanos.

—¡Diablos! —escuchó decir al hombre—. ¡Un muerto!

El viejo contuvo la respiración. El hombre se alejó unos pasos gritando:

—¡Pobre hombre!

Un tufo a tabaco le llenó las narices. El viejo se quejó. El desconocido dijo:

—¡Qué suerte! No está muerto.

El aliento a tabaco se hizo más fuerte. El hombre se incorporó.

—¡Riojano! ¡Riojano! —volvió a gritar—. ¡Vení ligero!

Las plantas del cerco vecino se movieron. Una voz ronca dijo:

—¿Qué pasa?

—En la cuneta hay un hombre. Está herido.

—¿Un hombre?

—Sí, un viejo. Tiene un tajo en la cabeza.

Páez comentó asustado:

—*¿Has visto? Ya me parecía que algo tenías. Ese dolor de cabeza...*

Silvestre se quejó anticipándose a las protestas de Páez:

—*El caballo... El caballo...*

Juárez le interrumpió enojado:

—*¡Qué te importa el caballo ahora!*

El Riojano llegó. Respiraba agitado. Los dos se inclinaron sobre el viejo. Silvestre abrió los ojos y se quejó:

—No me toquen. No me toquen. Me duele mucho la nuca.

El Riojano le preguntó:

—¿Hace mucho que está aquí?

—Dos horas, más o menos. Es lo que creo —respondió el viejo.

—¿Qué fue? —volvió a preguntarle el Riojano.

—Una lagartija... El caballo se espantó con una lagartija... Lo llevaba a herrar. Tengo que volver antes que se haga más tarde.

El Riojano murmuró:



—En ese estado no va a poder. Tendremos que llevarlo al hospital de la Villa.

El viejo protestó débilmente:

—No... No... Tengo que devolver el caballo. Si no creerán que lo he robado.

—Nosotros avisaremos —dijo el compañero del Riojano—. ¿Quién es el dueño?

—Don Moisés. El dueño del almacén de la Villa. El Riojano se incorporó.

—González —dijo—. Traé una manta. Vamos a sacarlo de aquí.

González se puso de pie también y preguntó:

—¿Dónde está?

—En las alforjas grandes.

González se dispuso a caminar. El Riojano lo detuvo nuevamente.

—¿Y el caballo nuestro?

—Lo até a un palo.

—¿Le sacaste el freno?

—Está a medio bozal. Iba a darle agua cuando me encontré con esto.

González corrió hasta donde estaba atado el caballo y regresó con una manta.

—Aquí —dijo el Riojano, señalando el borde de la cuneta—. Bien extendida.

Dirigiéndose al viejo, agregó:

—Si le duele apriete los dientes.

El Riojano saltó dentro de la cuneta.

—De los pies —le dijo a González—. Yo lo tomaré de los hombros.

Con mucho cuidado pasó su brazo debajo de la nuca del viejo. Silvestre se quejó. González le separó las piernas y le tomó de los muslos. Lentamente lo fueron levantando hasta recostarlo sobre la manta. El viejo se quejó nuevamente.

—¡Con cuidado! —dijo González.

El Riojano tomó luego las puntas de la cabecera. González hizo lo mismo con la de los pies. Caminaron despacio. De rato en rato el viejo decía:

—Me duele la nuca.

—Tenga paciencia. Falta poco —le contestaba el Riojano.

Cerca de las alforjas lo depositaron suavemente. González las hizo a un lado con el pie.

—El San Ramón está dentro —le gritó el Riojano—. Es de yeso.

—Es cierto —dijo González recogióndolas.

El viejo suspiró:

—Déjenme así. No puedo levantar la cabeza. Estoy bien. Gracias.

—¿Tiene frío? —le preguntó González.

—Un poco.

El Riojano se acordó:

—En las alforjas hay una botella. Le daremos un trago.

—¿De qué? —preguntó Silvestre.

—De aguardiente. Le sentará bien.

González sacó una botella y la arrimó a la boca del viejo. Silvestre estiró los labios.

—Despacio —dijo el Riojano.

El viejo bebió un sorbo. El trago en la garganta hizo un ruido de agua corriendo entre la greda. Volvió a quejarse.

—¿Es fuerte? —preguntó González.

—Sí —dijo Silvestre—. Quiero agua. Tengo sed.

—Mejor bébase otro trago.

—Me quema la garganta.

El Riojano se incorporó. Tapó la botella y la dejó recostada sobre un borde lleno de pasto. El viejo preguntó:

—¿Qué tengo?

—No es nada —le respondió González—. Un tajo en la cabeza. Es poca cosa.

El Riojano lo interrumpió:

—¿No siente nada más?

—No —dijo Silvestre.

Volvió a acordarse del dueño del caballo.

—¿Le avisarán a don Moisés?

—No se aflija —dijo el Riojano, tratando de calmarlo.

González se corrió hasta el pecho. Le desabrochó el pantalón. Le tocó las caderas, luego las piernas.

—¿Le duele? —preguntó.

—No —respondió el viejo.

—No está quebrado, entonces.

Silvestre insistió nuevamente.

—Es mejor que alguno vaya antes que se haga más de noche. Estará creyendo que me fui con el caballo.

El viejo bostezó. González trajo otra manta y le arropó.

—Si tiene sueño, duerma —le dijo.

El viejo volvió a bostezar. Luego dijo:

—Es el aguardiente.

Sentía en el pecho un peso suave que le obliga a cerrar los ojos.

—Sí. Es el aguardiente —agregó.

El Riojano se levantó.

—Iré hasta el almacén —dijo—. No te separes hasta que yo vuelva.

González asintió con la cabeza. El Riojano se alejó por el camino. El viejo carraspeó y volvió la cabeza hacia el lado derecho.

—Trate de dormir —le aconsejó nuevamente González.

—Esperaré a que vuelva su amigo. —Luego agregó: —¿De dónde vienen?

—De Lules.

—¿Y van...?

—A Simoca. A la feria.

—¿Qué llevan? —preguntó el viejo con curiosidad.

—Algunas chucherías para vender.

El peso volvió a oprimirle el pecho blandamente. Le pareció que tenía los ojos llenos de plumas. Suspiró. Entre sueños sintió que el hombre le arropaba nuevamente. Entonces se acordó de sus amigos:

—Juárez... Páez... —llamó.

—¿Que quieres? —le contestaron.

—Hasta mañana —dijo y dejó caer hacia un costado la mano que tenía apoyada sobre el estómago.

La guitarra sonaba en el silencio de la noche. Las cuerdas parecían las ondas de un agua espesa. El guitarrista las apartaba suavemente con los dedos y sacaba del fondo con cuidado los sonidos húmedos y brillantes como guijarros. Silvestre se despertó.

—¡Juárez! —llamó—. *No veo nada.*

—*Es de noche* —le contestó éste—. *No hay luna.*

Aguzó el oído durante un rato. Después preguntó:

—¿Quién toca la guitarra?

—*Alguno de ellos. González o el Riojano* —le dijo Páez.

La guitarra dejó de sonar. El murmullo somnoliento de una conversación brotó donde estaban los hombres.

—¿Y después?

—Me vine.

—¿A la Villa?

—Sí.

Silvestre reconoció la voz del Riojano.

—¿*De qué hablan?* —preguntó a Páez.

—*No sé. Yo también escucho.*

Páez los hizo callar chistándolos.

El Riojano se levantó. Sacó tabaco de una de las alforjas. Lió un cigarro y volvió a su lugar. Antes

de tomar asiento sobre el apero, avivó el fuego con el pie. Las llamas se encresparon temblorosas.

—A estas horas estará gritando —dijo el Riojano. González se rió.

—¿Cómo hiciste para que no te viera?

El Riojano le dio una fuerte chupada al cigarro. El hombre se le derramó por la barba abandonándose a su ociosidad.

—Fue fácil —dijo—. Entré con el pretexto de que mi mujer estaba preñada. Necesitaba pedirle una gracia al santo. Dentro de unos días iba a nacer el niño. Yo quería que fuera varón.

González volvió a reírse.

—¿Te pidió mucho? —preguntó.

El Riojano se encogió de hombros.

—No cobraba —dijo—. Cada uno dejaba lo que quería. Le prometí el doble si el niño nacía bien.

—¿Entonces? —preguntó González lleno de curiosidad.

—La vieja comenzó a alabarme el santo. “Este San Ramón es muy milagroso”, me decía con grandes aspavientos. “Está reconocido”, le contesté.

González escupió hacia un costado. El Riojano chupó nuevamente el cigarro. La brasa aleteó brevemente como una luciérnaga, pero volvió a apagarse. Prosiguió:

—Yo ponía cara de afligido. La vieja desconfiaba.

—¿Y la Negra?

—Ya viene eso. No te apures —dijo pausadamente. Luego continuó—: En eso llegó la Negra. Le dijo algo al oído. La vieja le ordenó: “Quedate aquí hasta que yo vuelva”. Dirigiéndose a mí me dijo después: “Espere un momento. Tengo que hacer. Ya vuelvo”. Quedamos solos con la Negra. Esta se rió. Me dijo: “¡Vean al casado!” La hice callar. “¿Trajiste el palo?”, le pregunté. Con la cabeza me hizo señas que sí. Saqué el San Ramón de la urna y puse el palo. En eso llegó la vieja. Casi me sorprendió.

González preguntó:

—¿No se dio cuenta del cambio?

—No. Estaba muy oscuro. Era entrada la oración.

González lanzó una carcajada. El Riojano lo hizo callar:

—Vas a despertar al pobre viejo.

La risa de González se transformó en tos. Tragó saliva. Con los ojos llenos de lágrimas dijo:

—Me ahogué con el mate.

Volvió a toser. Luego preguntó:

—¿Y después?

—Después me fui. Estuve escondido unos días. Compré el caballo.

González lo miró de reojo y dijo:

—¿Con qué plata?

—Con la misma del santo —le contestó encogiéndose de hombros.

González pensó un momento.

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo varios proyectos. Primero intentaré suerte en la Feria.

—¿Y el santo?

—Trabajaremos juntos. Mejor dicho: él trabajará para mí. Hace mucho que necesitaba tener un compañero así.

González lo miró con los ojos llenos de risa.

—Vaya un compañero —dijo.

El Riojano hizo un gesto de "qué me importa", replicó:

—Mejor que los de carne y hueso. No come. No protesta. Siempre estará de acuerdo con lo que diga. Además San Ramón es un santo que siempre tendrá devotas. Mientras haya una mujer preñada, yo pasaré hambre.

González bajó la vista y se quedó contemplando el suelo unos instantes. Agregó luego:

—¿Y cuando se acabe la Feria?

—Iremos a otro lado. Hasta que consiga el dinero suficiente para comprar un campito. Desde hace tiempo tengo ganas de arar en una tierra que no sea la de otro.

Levantó los ojos a la noche, y continuó, lleno de nostalgia:

—Deseo probar qué tal es sentirse dueño de una cosecha.

Dio una larga chupada al cigarro, pero éste se había apagado.

Silvestre sintió que Juárez se reía dentro de la cáscara.

—¿Por qué es esa risa? —lo increpó—. ¿Qué es lo que le hace gracia?

—Eso de hacer trabajar a un santo.

Páez protestó con la voz llena de sueño:

—Hace bien. Para eso están los santos, para ayudar a las gentes.

Juárez volvió a reírse. El viejo le preguntó nuevamente:

—¿De qué te ríes ahora?



—De la vieja. Se dejó robar como un turco. Estará haciendo aspavientos y llorando a gritos.

Silvestre protestó indignado:

—¡No fue robo!

—¿Cómo lo llaman ahora?

—El Riojano sacó el santo prestado. Hasta que consiga el campito. Nada más.

—¿Y el caballo? ¿También lo sacó prestado?

El viejo refunfuñó. Páez volvió a interceder:

—También... también. El Riojano es incapaz de robar. Además, ¿qué iba a hacer el santo en poder de la vieja? Quién sabe la vida que pasaría. En manos del Riojano, será otra cosa. Silvestre tiene razón. Cuando compre el campito y hagan algunos pesos lo devolverá.

—Si se acuerda. Lástima que el hombre sea de mala memoria —dijo Juárez, burlándose.

Silvestre se indignó:

—No discutamos más —dijo—. No es posible discutir con gente testaruda. Yo voy a seguir durmiendo.

El viejo cerró los ojos. El fuego se había apagado. González y el Riojano dormían profundamente. Entre las ramas de uno de los árboles salió una estrella azul, y se puso a titilar como una gota.

Pasaron unos instantes. Silvestre abrió los ojos y dijo con ternura:

—Es claro, Juárez... Tenemos que disculparlo... ¡Pobre hombre! Anda tan solo... González parece que es solo un conocido... Necesitaba un compañero.

El viejo esperó una respuesta. Al ver que nadie le contestaba continuó diciendo:

—Aunque te rías... Le tengo lástima... Nosotros, que somos tan amigos, no sabemos lo que es estar solo. En cambio él, tuvo que robar... Nosotros comprendemos eso... No es un hombre de mala entraña... ¿No es cierto, Juárez?

Páez lo hizo callar en voz baja:

—¡Shh...! —le dijo—. Está dormido. No lo despiertes...

El miedo se convirtió en anhelo y el anhelo se volvió esperanza. Las cañas fueron cosechadas, se aró la tierra, los surcos se cerraron y las cañas volvieron a crecer.



Sin embargo, los niños no consiguieron lo que buscaban. Todas las puertas estaban cerradas, todos los lugares vacíos.

La esperanza nuevamente se hizo miedo. Cuando nadie los veía, se juntaban en los rincones para conversar y compartirla como un pedazo de pan.

De Gabriela fue la idea.

—Si él lo sabe, no tardarán en saberlo todos —dijo Santiago.

—No. ¿No ves como siempre anda solo? No conversa con nadie.

—Lo he oído hablar con alguien detrás del galpón.

—¿Quién era?

—Un hombre. No lo pude ver. Discutían sobre la mejor forma de partir la leña.

—¿Cuándo fue?

—El jueves. Al volver del bajo.

—Será mejor entonces que lo vigilemos. Si es como yo digo, recién le contaremos todo.

Fueron hasta el galpón. Se escondieron detrás de unas latas vacías. El viejo partía unas ramas de sauce que el viento había desgajado la semana anterior. A cada golpe del hacha saltaban las astillas. Parecían doradas abejas zumbando en torno a su colmena.

El viejo dejó de golpear y acomodó las ramas buscando la dirección de las fibras. Se escupió las manos y luego se restregó en las piernas. Antes de comenzar su tarea dijo:

—*¿Has visto? Tiene razón Antonio. Así como me dijiste, no iba a terminar en todo el día.*

Volvió a golpear. El hacha quedó trabada en un nudo. Antes de sacarla, el viejo puso una cuña en la hendidura.

—*Antonio sabe más* —siguió diciendo—. *Hace años que se ocupa de esto.*

Levantó la astilla del suelo y sin volverse, la tiró hacia atrás.

Los niños se miraron.

—¿Con quién conversará? —preguntó Santiago.

—No lo puedo ver. Uno se llama Antonio. ¿Oíste?

—Sí. ¿Pero dónde está?

—Detrás del galpón, seguramente.

—Esperemos...

El viejo comenzó de nuevo. Cuando las ramas estuvieron cortadas, se sentó a descansar sobre unos ladrillos. Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—*Esteban* —dijo guardando el pañuelo—. *No*

*tienes que seguir enojado con Páez. ¿No ves? El tenía razón... Tienes que darle la mano... ¿Amigos? Así me gusta...*

Gabriela se estiró para escuchar mejor.

—Parece que no hay nadie...

—¿Hablará solo? —le preguntó Santiago.

—Parece. El abuelo dijo las otras noches que el viejo era algo raro.

—¿Loco?

—No sé. ¿De dónde vino?

—Le contó a la abuela que trabajó en el ingenio Santa Lucia. Después en un obraje. Nadie lo conoce.

Silvestre seguía hablando en voz alta:

—*Eso mismo pasó en el monte* —refunfuñó—

*Cuando se te pone una cosa, no hay razones que valgan. Culpa tuya tuvimos que venir para aquí.*

Se llevó la mano a la oreja como para escuchar mejor.

—*¿Qué dices?* —preguntó— *No... No estoy enojado... Simplemente digo las cosas como son... no me gusta que seas testarudo... Los hachadores tenían razón de reírse de mí. ¿No?... No, hombre no... Pero si hubieras estado mudo, todavía estaríamos en el monte. Podríamos dormir la siesta bajo aquel molle al lado de la quebrada, como le gustaba a Páez... ¿Tengo razón? ¿Sí?... ¿O no?... No rezongues... Sí o no, he dicho... ¿Sí?... Es claro.*

El viejo se levantó. Echó su sombrero sobre la nuca y se rascó la cabeza.

Santiago dijo:

—Será mejor que vayas a ver quiénes son.

—¿Y si se enoja?

—No se va a enojar. Mira: allá abajo está la soga con la cual atan la cabra. La recoges y te vienen. De paso miras quienes son los que están hablando con el viejo.

La niña vaciló un momento. Salió del escondite de mala gana. Pasó por delante de Silvestre y dijo tímidamente:

—Buenos días.

El viejo le contestó con un gruñido.

Recogió la piola y se volvió. Al regresar miró tras del galpón. A pesar de su disimulo, sintió que el viejo la vigilaba.

—¿Quiénes son? —le preguntó el niño.

—No hay nadie.

—Entonces... ¿con quién conversa?

—No sé. Te digo que no sé.

—¿Has visto bien?

—¿Te crees que soy ciega?

—Caramba...

El viejo reanudó su conversación, mientras arrasaba otro tronco:

—*Todavía no es hora de comer* —dijo—. *Cuando oquen el pito del aserradero, recién serán las doce. No has aprendido todavía? Eso que ya hace una semana que estamos trabajando... Bueno... Si te parece...*

Santiago miró a la niña como si de pronto hubiese comprendido algo.

—Habla solo —dijo.

—Tiene razón entonces el abuelo. Está loco —le respondió la niña—. No le contaremos nada.

—Espera... Primero veamos qué hace.

—Vamos. Tengo miedo. No sea que nos descubra se enoje.

—Espera un poco... Todavía no.

—¿Qué estás pensando, Santiago? —preguntó Gabriela, mirándole.

El niño no perdía movimiento del viejo. Tenía puestos en él sus ojos, fijos; las ideas le nacían veriginosamente.

—¿Qué estás pensando? —volvió a decir Gabriela.

—Nada... Nada... Después te digo.

—¿Qué estás por hacer?

—Ya verás.

—Yo no quiero...

—¿Tienes miedo? ¿No era tuya la idea?

—Bueno... pero ahora no me gusta.

—Si quieres te puedes ir.

—Tanto como eso, no...

—¿Te quedas?

—Esperemos hasta mañana. O hasta otro momento. Pero ahora no. No quiero.

—Mañana va a ser lo mismo.

El viejo dejó de hablar. Tomó el hacha y la dejó caer sobre el tronco que había traído. Una vez, otra y otra. Los golpes sonaban a hueco. El aire tenso y brillante del mediodía devolvía los ecos de la madera, como un tambor lejano.

Santiago salió de tras de las latas y caminó unos pasos hasta llegar a unos pasos del hombre. Gabriela se mordía una mano nerviosamente. El viejo insistía en no querer ver al niño. Este esperó pacientemente.

Luego de un rato, Silvestre dijo sin mirarlo:

—Hágase a un lado, le puede saltar una astilla.

Santiago no hizo caso.

El viejo dio dos hachazos y al ver que el niño no se marchaba, repitió:

—Le digo que se haga a un lado. Después no me culpe si una astilla lo alcanza.

Santiago se cruzó de brazos y decidió esperar. El viejo se detuvo nuevamente.

—¿Qué quiere? —le preguntó volviéndose.

—Nada —respondió el niño—. Miro, nada más.

—¿No oyó? Recién le dije que se hiciera a un lado.

—¿Le molesto?

El viejo lo miró fijamente y reanudó su tarea. Santiago encogiéndose de hombros sonrió.

Silvestre descargó el hacha con más fuerza. Las astillas esta vez como semillas rabiosas.

El niño lanzó un grito y se llevó las manos a la cara.

—¡El ojo! —gritó— ¡No puedo ver!

Gabriela salió de su escondite y corrió hacia ellos.

—¿Qué te pasa, Santiago? —le gritó.

El niño se refregaba el ojo con la mano.

—Le dije —protestó Silvestre— Le dije que no se pusiera a mi lado. No diga luego que yo tengo la culpa.

Estaba afligido.

—¿Te duele mucho? —preguntó Gabriela.

—Sí. Pero ya me está pasando.

Sin dejar de refregarse el ojo, sacó un pañuelo del bolsillo.

—¿Quiere mojarlo en el caño de la pileta? —le dijo el viejo.

Silvestre corrió apurado. Cuando estuvo lejos, Santiago bajó la mano. Tenía el párpado rojo. Se dio dos fuertes pellizcones entre la ceja y el párpado. Gabriela lo miró sorprendida.

—¿Dentro del ojo no tienes nada?

—Ni dentro ni fuera —le contestó.

—¿Entonces todo es mentira?

—¡Claro! ¿En qué otra forma, íbamos a hacerlo hablar? Pero no digas nada.

—El viejo tiene miedo. ¿Qué hago?

—Sigue la mentira como si estuvieras muy afligida, pero no hables.

El viejo regresó.

—¿Le duele todavía? —preguntó.

—Un poco —dijo Santiago.

—Póngase el pañuelo en el ojo. Pero no se lo refriegue.

Exprimió el pañuelo y se lo alcanzó. El niño lo tuvo apretado durante un largo rato.

—A ver —dijo—. Muéstreme el ojo.

Santiago levantó la cabeza.

—No es nada —comentó el viejo—. Me hizo asustar. Un poco más allá y la astilla le da en el mismo ojo. Agradezca que fue cerca de la ceja.

Santiago parpadeó ligeramente.

—No se aflija. Me pasará en seguida. Todavía me arde un poco al cerrar el ojo, pero no es nada —dijo tranquilizándolo.

El viejo respiró.

—Póngase una hoja de orégano y no le quedará el moretón —aconsejó el viejo, ya con más confianza.

—Gracias.

Santiago se quedó un rato todavía en el mismo lugar.

—¿No quiere que le ayudemos en algo? —preguntó.

—No. Ya estaba por terminar. Me falta solo este tronco.

Gabriela rondaba entre los dos sin atreverse a decir palabra. De rato en rato miraba hacia el galpón.

—¿Usted es de Santa Lucía? —le preguntó al viejo.

—Sí.

Silvestre comenzó a juntar los troncos de leña desparramados.

—¿De la fábrica o de alguna colonia?

—De la fábrica.

—¿Y desde cuándo vive aquí?

—Hace un mes más o menos.

—Tendrá pocos amigos...

—¿Aquí? Ninguno.

—¿Y en dónde vive?

—En el callejón municipal, pasando el arroyo. A dos cuadras del almacén de José Gutiérrez.

Gabriela se corrió lentamente hasta el galpón. Miró hacia adentro. Volvió a salir. Dio una vuelta por los alrededores y regresó.

—¿Vive solo? —siguió preguntando Santiago.

—Sí.

—¿Y de quién es la casa?

El viejo se molestó.

—¿Para qué quiere saber? —dijo con desconfianza.

—Y... por preguntar...

Santiago sonrió.

—No es de nadie... —le contestó el viejo de mala gana—. Antes, dicen, vivió un hojalatero. Un tal Bautista Pedroza o Troncoso.



—Pedroza —le corrigió el niño—. Si. Era hojalatero. El año pasado lo mató un tren cañero.

—Como el rancho estaba vacío, y nadie lo reclamaba, lo ocupé.

Gabriela se acercó nuevamente. Dio una vuelta alrededor de los dos arrastrando un pie de costado. En la tierra quedó una circunferencia deforme.

—¿En verdad que no tiene amigos? —insistió el niño.

—¿Para qué quieres saber? —le contestó el viejo.

—Para saber...

—Ya le dije.

Silvestre lo miró con desconfianza.

—¿Y no le gustaría tener uno aquí? —le preguntó Santiago.

De pronto se acordó de Gabriela y agregó:

—¿Uno o dos?

—Ya los tengo.

—¿Aquí?

Silvestre pensó un momento.

—No. En Santa Lucía.

Lo miró de reojo.

—Pero me gustaría tener un amigo aquí. Claro que me gustaría. ¿Por qué?

—Por que yo y Gabriela quisiéramos que sea amigo nuestro.

El viejo se rió. Gabriela, que se había alejado unos pasos, al sentir la risa regresó apresurada.

—¿De qué se ríen?

Los dos se callaron.

—Don... ¿Cómo se llama? —le preguntó Santiago.

—Silvestre.

—Bueno... don Silvestre dice que si quiere ser amigo nuestro.

—No le veo la gracia.

—¿Quiere ser mi amiga? —le preguntó el viejo.

—Y... bueno —respondió la niña— No hay inconveniente.

—Seremos amigos... seremos amigos —repitió Silvestre—. Ahora ayúdeme a llevar la leña.

El viejo extendió los brazos y levantó las manos. Santiago fue acomodando a lo largo, los trozos que Gabriela recogía del suelo.

—Basta ya —dijo el viejo.

—Quedan dos todavía.

—Esos los llevan ustedes. Yo no puedo más.

Santiago se quedó con el más grande. El más chico lo llevó Gabriela. Antes de pasar el portón la niña preguntó:



—¿Quiere que vayamos un día a visitarlo a su casa?

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—Después de comer.

—Bueno. Porque a la mañana temprano tengo que terminar de cavar un pozo.

Para poder pasar entre las hojas de la puerta, se puso de costado.

—Cuando baje el sol iremos a pescar —agregó luego.

—Sí, sí —le contestó Santiago cerrando la puerta con el pie.

7

A la mañana siguiente el cielo amaneció nublado. Después de mediodía, el sol logró asomar.

Los niños salieron de la casa no bien terminaron el almuerzo. Santiago puso en el bolsillo varias naranjas.

—Las comeremos por el camino —dijo.

Al llegar al callejón municipal, el sol ya había partido las nubes en trozos más pequeños, como motas de algodón, que emprendieron un silencioso viaje hacia el oeste.

Los niños caminaron callados, comiendo sus naranjas. Cruzaron el arroyo.

Un rato más tarde, la casa de Silvestre mostró su techo. Estaba casi hundida en medio de dos breves modulaciones del terreno, que parecían los dedos de una mano. Si hubieran conseguido levantarse un poco más, habrían formado un valle.

Pronto llegaron a la casa. Entraron sin llamar.

A un costado, el viejo cavaba un pozo. Hacía unos días que el pozo estaba seco. En lugar de cavar otro Silvestre decidió ahondarlo más, en busca de la escurridiza capa de agua.

No tenía brocal. Dos o tres ramas grandes y secas hacían las veces de brocal. Varias veces habían caído dentro pájaros, gallinas y hasta un perro.

Abajo se escuchaba cómo el viejo picaba sordamente en la greda. Se asomaron al borde. Un frío con olor a barro podrido les dio en la cara.

—Buenas tardes —dijo Santiago.

71

- Muy buenas.
- ¿Qué hace?
- Busco el agua. No debe estar lejos.
- ¿Hace mucho que trabaja?
- Desde antes de ayer.
- ¿Y por qué va tan lerdo?
- No tengo quien me ayude.
- ¿Quiere que le ayudemos?
- Bueno, pero se van a ensuciar.
- No importa —dijo Gabriela.
- ¿No le dirán nada luego en la casa?
- No —contestó Santiago.
- Entonces traiga ese tacho y esa piola que están junto a la puerta del nacimiento.
- Santiago corrió en busca del tacho.
- ¿Está con usted la niña?
- Sí —respondió Gabriela.
- Mejor. Así le podrá ayudar a subir el tacho con la tierra. Solo no va a poder.
- Entre los dos niños comenzaron a levantar la tierra que el viejo había sacado del fondo. La volcaron a un costado. Trabajaron un rato. De pronto allá abajo, Silvestre dejó de picar. Se asomaron al borde.
- ¡Agua! —gritó el viejo.
- ¿Agua?
- Sí. Agua. Es buena.
- ¿Cómo sabe?
- La acabo de probar.
- Santiago pensó un momento. Luego dijo:
- ¿Con las manos? ¿Con las manos llenas de barro?
- Es claro.
- Le va a hacer mal comer tierra.
- No. No es malo.
- ¿Quién le ha dicho?
- Así dicen... A los niños chicos les gusta. Por algo es.
- Pero se enferman.
- Hasta que se acostumbran. Después les da fuerza. ¿No sabe que la tierra da fuerza?
- No.
- Entonces, ¿qué comen las plantas?
- Tierra. Pero las plantas son diferentes.
- Las vacas también comen. ¿No las han visto lamer las barrancas?
- Sí, muchas veces.
- Están comiendo tierra para que les dé fuerza.
- ¿Para que les dé fuerza?

—Sí, señor.

—¿Y usted la come? —preguntó Gabriela.

—Claro.

—Es la primera vez que oigo esto —comentó Santiago.

—¿Ha visto los animales muertos? —preguntó el viejo.

—Sí.

—¿Y el barro podrido también?

—También.

—Bueno. Tienen mal olor porque están devolviendo la fuerza a la tierra.

El niño se quedó pensativo.

—Pero... —dijo—. También hay mal olor en otras cosas.

—¿En qué otras cosas?

—Por ejemplo... en el guano de los animales...

El viejo lanzó una carcajada. Santiago comprendió que se había estado burlando de él.

—¡Permiso! —gritó Silvestre—. Voy a tirar la pala.

Santiago y Gabriela se hicieron a un lado. La pala salió por la boca del pozo como si una fuerza sin manos la hiciera brotar desde el fondo mismo de la tierra.

Los niños la recogieron.

El viejo comenzó a trepar lentamente, apoyándose en los huecos que había cavado en las paredes al bajar.

—Ya estoy arriba —dijo afirmándose en el borde. Santiago corrió y le dio la mano.

—¿Ya comieron? —preguntó el viejo.

—Hace media hora —dijo Gabriela mientras se limpiaba las manos sucias en el pasto.

—Yo todavía no. Primero me lavaré. Después voy a comer. Vengan conmigo hasta la cocina.

El viejo se lavó. Seguido por los niños, penetró luego bajo la enramada que servía de cocina. Al pasar, todos tuvieron que agacharse. Se sentaron en torno a unos trozos que ardían lentamente. Un hilo de humo se alzaba con dificultad, tratando inútilmente de lamer las telarañas del cañizo. Un tarro colgaba sobre el fuego, suspendido de una manija de alambre.

Gabriela delectó:

—A... ce... i... te... "El... Fu...

El resto estaba ennegrecido por el humo.

—"El", ¿qué será? —preguntó.

—"El Fuego" —le contestó Santiago.

—No "El Fusil" —lo contradijo ella.

—"El Fusil", ése es el nombre —confirmó Silvestre.

Se acercó al tarro. Con un palo revolvió la comida que adentro hervía a lentos borbotones. A ratos subían a la superficie grasosa, pedazos de carne, fideos, hojas de verdura. Una gota saltó cayendo entre las brasas. El viejo avivó el rescoldo con la otra punta del palo.

Santiago dijo de golpe:

—Estamos en un apuro... ¿Nos podría ayudar?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De lo que sea...

—Si se lo contamos, ¿nos promete no decirselo a nadie?

—¿Han robado algo?

—No. No. ¿Por qué se imagina eso?

—También otra persona me sabía pedir ayuda cuando andaba en una de esas dificultades.

—¿Quién era?

—Mi muchacho.

—¿Su hijo?

—Sí. Mi hijo.

—¿Es grande?

—Ahora sí. Es un hombre. Pero entonces no. Entonces era como ustedes.

El viejo retiró el tarro del fuego. Lo dejó a un lado. Hizo restallar los dedos para quitarse la quemadura.

—¿Adónde está ahora? —preguntó Santiago.

—En la cosecha del maíz. En Santa Fe.

—¿Le escribe siempre?

Silvestre pensó. La tentación de comenzar a mentir se le deslizó por la lengua como un aceite. No la pudo contener.

—Sí. Me escribe unas cartas largas, muy cariñosas. En Santa Lucía me las leía un amigo. Yo no sé leer. Aquí no tengo quién me las lea.

—Nosotros, si usted quiere.

Gabriela cruzó una pierna y dijo:

—Y le podemos escribir la contestación también.

—También, también... No se me había ocurrido —dijo el viejo, abandonándose del todo a las ganas de mentir.

—¿Hace mucho que no lo ve? —preguntó Santiago.

—Tres años.

—¿Siempre en Santa Fe?

—No. Viaja al Chaco en el invierno. A Santa Fe va en febrero.

- ¿Y por qué no viene?  
—Está juntando plata para llevarme.  
—Lo debe querer mucho —exclamó Gabriela.  
—¡Ah, sí! Somos muy compañeros —dijo el viejo, comenzando a sorber la comida lentamente—. Era muy travieso —agregó levantando la cabeza—. También tenía esta clase de apuros que ahora tienen ustedes. ¿Qué fueron? ¿Gallinas?  
—No, otra cosa —contestó Santiago.  
—¿Plata?  
Santiago no contestó.  
—¿Era plata? —volvió a preguntar Silvestre—. Si es eso, no quiero saber nada.  
—No. No era plata —se apresuró a responder Gabriela.  
—¿Entonces?  
—¿Promete no decirselo a nadie?  
El viejo se chupó las mejillas. Pensó un rato y luego dijo:  
—Solamente se lo diré a dos amigos que yo tengo.  
—Entonces, no.  
—No se aflija. Ellos no van a poder contárselo a nadie. Como viven en la cáscara...  
—¿En la cáscara?  
—En la cáscara que yo tengo.  
Santiago se acordó de la broma que le hiciera el viejo mientras cavaba el pozo.  
—No se burle...  
—Usted tampoco cree —protestó el viejo. Luego agregó con tristeza—: Igual que los otros.  
—¿Que no creo qué cosa?  
—Que Esteban Juárez y Antonio Páez viven en la cáscara.  
—No entiendo. ¿Cuál es la cáscara?  
El viejo comenzó a masticar palabras, abriéndose paso entre una maraña de razones.  
—Yo tampoco sabía que desde hacía un tiempo vivían allí dentro. Un día me di cuenta que me habían brotado voces de golpe como brotan las semillas de alpiste cuando están en el agua.  
—¿Las voces?  
Gabriela se acercó a Santiago. Tenía necesidad de tocarlo. Apoyó su brazo en el brazo del niño.  
—Así fue —continuó el viejo—. Fue cuando...  
Se acordó del juez. La vergüenza lo hizo detener. Iba ya a contarle todo.  
—...fue cuando hice un viaje. Por el camino comencé a conversar con alguien. Era mi amigo Esteban Juárez. Me hablaba desde adentro, desde la cáscara.



cara. Había muerto hacía mucho. Pero entonces comenzó a hablarme. No era un aparecido. Los aparecidos dan miedo, espantan. El me habló con cariño como si nada hubiera pasado.

Gabriela se apretó más al cuerpo del niño. El viejo siguió:

—Me dio muchos consejos. Me contó que con él estaba también Antonio Páez.

—¿Eran dos? —preguntó Gabriela.

—Sí. Eran ellos dos. Me convidaron después para ir a vivir al monte. Allí había estado trabajando Páez. Allí había muerto. Pero nos fue mal. Juárez una noche tomó de más y quiso pelear con los otros hachadores. Por eso me tuve que venir, para cuidarlo.

—¿Y usted conversa con ellos? —preguntó Santiago.

—Sí.

—¿Cuándo?

—A cada rato.

—¿Y cómo los oye?

—Aquí en el pecho.

—¿A ver? Pregúnteles algo ahora.

Gabriela se desprendió del brazo de Santiago, pero le tomó la mano.

—Páez —dijo el viejo con voz cariñosa—. *¿Estás ahí...? Sí, soy yo... No sé...*

—¿Qué dice? —preguntó Gabriela.

—Qué quiero.

—Contéstele —agregó el niño.

—*Era para saber si estabas... Nada más... No... No me molestó...*

Santiago se arrimó al viejo.

—¿Me deja oír? Quizá yo también pueda escuchar a sus amigos.

—Bueno —respondió Silvestre.

El niño se arrodilló. Con todo cuidado puso el oído en el pecho de Silvestre. Allá dentro, el corazón del viejo golpeaba como un animal ciego que cava su madriguera en una tierra dura.

—No escucho nada —dijo después de un momento. El viejo lo miró extrañado.

—No puede ser. Si me está hablando ahora.

—¿Y qué le dice?

—Me pregunta cómo se llaman ustedes.

—Dígale que Santiago y Gabriela —dijo la niña. Santiago se quedó pensativo. Escuchaba todavía en el oído el duro golpear de la sangre.



—Ahora Páez me pregunta qué les anda sucediendo.

—¿Le decimos, Santiago? —preguntó la niña.

Santiago dudaba:

“Me estará mintiendo... ¿No será una broma como la de recién, cuando estaba en el pozo...? No parece... Aunque viendo bien, podría aprovecharse de nosotros, sabiendo lo que hicimos...”

De una idea saltó a otra, y de ésta a otra. Gabriela volvió a decir:

—¿Se lo decimos?

—Sí... Sí... —le contestó sin saber lo que decía.

Se miraba ya en poder del viejo, que le obligaba quién sabe a qué cosas.

—Juárez pregunta también qué les ocurre —dijo nuevamente Silvestre.

Santiago volvió a pensar:

*¿Será posible?... No... No creo... Parece bueno... Tiene un hijo... Ha de tener buenos sentimientos... No lo creo capaz...*

Regresó nuevamente saltando de idea en idea. Antes de comenzar el relato dijo:

—Está bien, pero no se lo diga a nadie más que a sus amigos.

Luego contó todo. A veces se atropellaba no encontrando palabras para explicarse bien. Tenía miedo de olvidar algo.

Antes de decir cómo había robado las llaves de la cómoda, se corrió en el asiento. Cuando repitió las palabras del viajero, Silvestre bajó los ojos. Luego se tomó la cabeza entre las manos. Al llegar a lo que Gabriela había oído de la tía, volvió a mirar al niño. Tenía los ojos llenos de tristeza.

Santiago terminó su relato:

—Eso era lo que queríamos preguntarle. Usted, como ha visto tanto, nos podrá decir si es cierto.

—Yo... —balbuceó el viejo—. No lo había pensado antes. Siempre creí que todo era como me lo habían enseñado. Como ustedes creían antes... Algunas cosas, no... Pero más o menos lo mismo.

Gabriela dijo:

—¿Por qué no le pregunta a Páez y a Juárez? Ellos quizá puedan decirnos algo.

El viejo advirtió:

—Es verdad... Tiene razón...

Cerró los ojos como si quisiera recobrar de la memoria palabras borrosas.

—Páez..., ¿has oído...? Sí... ¿No nos podrías ayudar...?

Aguardó un momento en silencio.

—¿Qué dice ahora? —preguntó Gabriela.

—El no sabe nada tampoco. Pero le va a preguntar a Juárez.

Nuevamente cerró los ojos. Esta vez como si escuchara una música.

—¿Sabes algo, Juárez? —preguntó—. *No, eso yo también lo sé... Sí... Ellos también... Pero el libro dice otra cosa... ¿No es verdad?* —añadió, volviéndose a los niños.

—Sí, sí —contestaron los dos, sin saber cuál había sido la pregunta.

El viejo prosiguió:

—*Es claro... Si fuera como dices no habría cuestión... Uno haría lo que quisiera con tal de andar bien... ¿Y Páez...? Pregúntale...*

El viejo esperó la respuesta un largo rato. Se encogió de hombros como diciendo "qué me importa" y arrugó la frente.

—*¿Y quién se lo dijo?* —prosiguió—. *Puede ser... No digo que no... Todo puede ser... ¿Pero cómo lo sabe...? ¿En dónde...? Sí. En San Ramón. Eso oí.*

Los niños seguían los gestos del viejo con la cabeza. La curiosidad los ataba con su hilo fino a los ademanes de Silvestre. Gabriela dejó de mirar un momento al viejo y se fijó en Santiago. Este abrió la boca como si fuera a pronunciar una letra interminable.

Silvestre se calló.

—¿Y...? —preguntó el niño.

—También sabe lo mismo que ustedes y que yo. Sin embargo dice que lo del cielo se lo contaron en otra forma.

—¿En qué forma?

—Le dijeron que cuando muere la gente los buenos van al cielo. Las puertas del cielo son como dos grandes gotas de agua de lágrimas. Entre las dos, solo hay un lugar muy estrecho. Los que no son buenos no pasan; se quedan afuera para siempre. Quedarse afuera, le parece a él que es el infierno. Así cree que le dijeron. Por las noches, los ojos de los que no han podido entrar, brillan de envidia... Esas son las estrellas...

—¿Ese es el infierno? —dijo Gabriela.

—Eso dice Páez.

—Pregúntele más. Será mejor.

—Páez—preguntó el viejo— *¿Entonces el infierno...?*

—Si es con fuego, dígame —lo interrumpió la niña.

—No lo molestes —protestó Santiago.

Silvestre esperó unos instantes.

—Dice que no sabe... Eso es todo lo que sabe...

Santiago no se conformó. Un ratón de dientes muy inos lo roía.

—Y ellos, ¿cómo es que han ido a parar a la cámara? Si no pudieron entrar, ¿es que no fueron buenos? ¿Por qué se quedaron afuera? Pregúnteles...

—No —dijo el viejo con temor—. No puede ser...

—Pregúnteles —insistió el niño.

—No puede ser... Le preguntaré: *Páez, ¿cómo es que ustedes están ahí?*

Gabriela se sentó sobre la otra pierna.

—Tampoco sabe —contestó con tristeza el viejo después de esperar un rato.

—¿Se habrán caído? —dijo la niña.

—Quizá.

—Pregúntele a Juárez.

—Quizá —dijo el viejo abriendo los ojos—. Espere, le voy a decir.

El viejo se encogió y cerró los ojos.

—Juárez —dijo— *¿No se acuerdan si estuvieron allá? ¿Cómo...? ¿En qué mes...? No... Juárez no se acuerda* —les explicó a los niños, abriendo los ojos.

—Vuelva a preguntarle. Que hagan memoria.

—Espere: Juárez me está avisando de algo.

Se llevó la mano al oído.

—¿Cómo...? *¿En la Reducción? ¿En un árbol...? ¿Y...? ¿Qué, muchachos...? ¿Nada más...? Eso lo sé yo también...*

Lleno de tristeza el viejo miró de nuevo a los niños.

—¿Qué le dijo? —preguntó Santiago.

—Nada.

—¿Cómo, nada? Algo le estuvo contando.

—Sí. De un santo que se apareció en la Reducción. Yo también me acuerdo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho. Después de una tormenta. Un rayo partió una rama muy alta de un laurel. Un vecino se fijó en un hueco quemado, allá arriba. Había algo como una figura. Un capataz dijo que se parecía al San Antonio que había en la capilla del ingenio. Otra mujer lo encontró parecido a San Roque.

—¿Estaba muy alto? —preguntó la niña.

—Sí. Muy alto. Había que hacer fuerza con los ojos para poder divisarlo apenas.

—¿Era...?

Gabriela no se atrevió a preguntar.

—A quién sabe quién se le ocurrió decir: ¿No será Dios?

—¿Y era?

Gabriela se sentó en el suelo.

—No.

—¿Entonces?

—Era un nido de pupas. Un muchacho subió con un gancho y sacó los pichones muertos.

Como una ceniza espesa, la respuesta apagó la curiosidad de los niños. Durante un largo rato, nadie dijo nada.

Gabriela levantó la cabeza. Tenía los ojos brillantes.

—Ahora sé —dijo—. Son ellos.

—¿Quiénes?

—Las estrellas que vi caer hace mucho.

—¿Hace mucho?

—Sí. Dos o tres meses.

—¿Dos o tres meses...? Espere... Voy a sacar las cuentas...

El viejo movió los labios. Contó con los dedos, primero hacia adelante y luego hacia atrás...

—¿Sabe que tiene razón? —dijo—. ¿Sabe que tiene razón? —volvió a gritar—. ¡Son ellos! ¡Son ellos! ¡Claro, y los tontos no saben! ¡Se han caído! ¡Se han caído y no saben! ¡Es verdad! ¡Páez! ¡Antonio! —gritó entusiasmado— ¡Eran ustedes! ¿Oyen? ¡Eran ustedes!

Luego se volvió y dijo, suspirando:

—¡Tenía un miedo que no fuera verdad!

8

Sin embargo Santiago no estaba conforme. El sol llegó hasta los pies de Gabriela y se los lamió. Luego le subió por las piernas hasta las rodillas. El viejo vació el tarro de comida. Después sacó la cabeza fuera de la enramada y miró el cielo.

—Ya está bajando el sol —dijo—. Dentro de un rato iremos a pescar.

La gallina de un vecino entró despavorida en el patio y espantó con sus gritos a los tordos posados sobre un sauce seco. Por detrás llegó un gallo. Bajo unas plantas de afatas le dio alcance. Con

dos fuertes picotazos la dobló en tierra y la cubrió agitando las alas a ras del suelo. Después se alejó encrespadas las plumas, como si saboreara su hazaña frente a otros gallos imaginarios.

Silvestre entró en el rancho y salió con una red y una caña.

—Esto es para usted —le dijo a Santiago, enseñándole la red.

—¿Para mí?

—Sí, para que pesque con ella. Yo pescaré con la fija. Los bagres comenzaron desde ayer a aparecer en el río.

—Pero si yo no sé...

—No se aflija. En un momento aprenderá.

El viejo desplegó la red al sol y examinó las mallas. La sombra de los hilos le tatuó la cara y las manos con extrañas figuras.

—Es para mojarra grandes —dijo—. La compré a un peón santiagueño el jueves.

El viejo prosiguió contando cómo había comprado la red. Tejía con las manos y los hilos un enjambre de ademanes.

Santiago pensó. No encontraba una solución. La explicación que Gabriela y el viejo se habían dado no le conformaba del todo.

El viejo terminó su relato.

—¿Vamos? —preguntó.

—Bueno —contestó la niña—. Por donde usted diga.

El viejo se puso el sombrero. Arrolló la red y se la echó al hombro. Salió. Gabriela tuvo que apurar el paso para poder alcanzarle. Santiago se retrasó. Seguía pensando en Juárez y en Antonio Páez, en la cáscara, en el viejo, en sus palabras. Todo le parecía tan extraño. Se dio cuenta que él y Gabriela habían llegado a una encrucijada de muchos caminos; cualquiera de ellos los traería de vuelta a un mismo lugar.

El viejo y la niña se adelantaron aún más. En el cielo dos o tres nubes solitarias proseguían rezagadas su interminable viaje hacia el oeste. Santiago las siguió un instante. El monte de improviso le cerró el paso. Recordó las bandadas de pájaros que por las tardes pasaban como si desde allí una fuerza desconocida los atrajera. Pensó en el sol, en el sol rabioso del mediodía a quien humillaban, ordenando su regreso, en las tormentas de verano, en las crecientes que bajaban del monte arrastrando troncos y haciendo retumbar las piedras contra las



piedras del fondo. Las ramas se retorcían luchando por zafarse del agua espesa que las aprisionaba. Estiraban sus manos y sus uñas para aferrarse a cualquier cosa que hubiera en la orilla. Animales muertos, árboles, piedras, ramas. Después el silencio. El río retornaba a su humildad, a su paciencia de todos los días como si nada hubiese pasado.

¿Qué habrá allá?—pensó el niño—. ¿Quién es el que ordena regresar a los pájaros? ¿Quién humilla al sol?

Sintió que las sienes le latían.

¿Quién?... ¿Quién?... ¿Quién?...

Pasó la mano por los ojos.

¿Estaba todo abandonado?... No... Alguien había. Alguien había...

—¿Qué hay en el cerro? —preguntó en voz alta.

—Arboles —le respondió el viejo.

El niño tuvo la sensación de haber sido descubierto.

—No quise decir eso —balbuceó—. Más allá.

—Está Catamarca.

—¿Y más allá?

El viejo vaciló.

—Más allá... Más allá... No sé.

—Otros pueblos —respondió Gabriela.

Santiago no preguntó más. Prosiguieron caminando. Silvestre comenzó de nuevo a contar algo.

—Antonio Páez siempre fue muy bueno. Casi un niño. Jamás se enojaba.

—¿Usted lo quiere mucho? —preguntó Gabriela.

—Mientras estuvieron ausentes los eché tanto de menos... Nunca me acostumbraba a la idea de que habían muerto.

—¿Ahora estará contento?

—¡Oh, ya lo creo!

Santiago les dió alcance.

—¿De qué hablan?

—De nada. Le contaba cómo son mis compañeros.

—¿Cómo son?

—Muy buenos... muy buenos...

—¿Cuál de ellos? ¿Páez o el otro?

—Páez, quizá; aunque en verdad no sabría decir cuál es más.

Se sonrió levemente.

—Además si lo digo —agregó— puede que alguno de los dos se resienta. Me podrían dejar solo de nuevo.



A lo lejos rebuznó un burro, dando rienda suelta a su áspero y contenido deseo. El alarido fue decreciendo hasta apagarse en una mansa resignación.

—Eso sí —continuó el viejo—, Páez sabía muchas más cosas que Juárez.

—¿Como ser?

—Y... componer animales, cavar acequias, tocar a guitarra. Era algo poeta. Sabía muchos cantares. Jnos del tiempo de la peste y otros sobre Cristóbal Sánchez.

—¿Cristóbal Sánchez?

—Sí. Uno que fusilaron por cuatrero, dicen, antes de la peste. ¿Quieren escuchar algunos? —preguntó volviendo la cabeza.

—Bueno.

—¿Cuál?

—Me da lo mismo —dijo Santiago.

—Uno del tiempo de la peste —pidió Gabriela. El viejo hizo memoria mordiéndose los labios.

—No tengo buen oído. La música no saldrá muy pareja.

—No importa —respondió la niña.

El viejo compuso la garganta carraspeando. Escuchó.

Quando el silencio comienza  
también comienza el olvido.  
La muerte con su vellón  
apagará tus sentidos.

Levantó los ojos.

—Este es del tiempo de la peste —dijo.

—Siga —le respondió Gabriela.

Harta sed tendrán tus ojos  
de verdes y de amarillos.  
Con su espesa oscuridad  
la tierra come su brillo.

Murmullos de agua vertientes  
querrán sentir los oídos.  
La sordera de la tierra  
traga todos los sonidos.

El viejo se detuvo.

—No me acuerdo bien cómo sigue —dijo.

Voivió a hacer memoria:

El herrumbre de la tierra  
come todos los sentidos...

—No... no es así —se corrigió.  
Gabriela esperaba. El viejo dijo:

La frente rota tendrás.  
No la podrás enjugar.  
En vano querrás hablar  
una palabra decir.  
Garganta no has de tener  
ni lengua ni paladar.

—No, no... —se corrigió—. Eso es de otra cosa.

Gabriela dijo:

—Pregúntele a Páez. El debe saber.

—Tiene razón —le respondió el viejo.

Se detuvo. Unos gorriones que comían en el camino, levantaron vuelo.

—*¿Cómo sigue el cantar, Páez?* —preguntó el viejo poniéndose una mano en el pecho—. *Ese... Sí, ese... ¿Tampoco te acuerdas?... ¿Y cuál, entonces?...*

Se volvió a los niños y dijo:

—A esos dos también los ha olvidado. Pero sabe otro. *¿En dónde?* —dijo interrumpiéndose—. *¿En El Manantial?*

Se llevó la mano a la boca. Luego agregó:

—*Sí. Algo me acuerdo yo también...*

Volviéndose a los niños agregó:

—Se acuerda de una glosa que escuchó en El Manantial hace mucho. Yo lo ayudaré, en lo que él no se acuerde.

Volvió a componer la garganta:

El día menos pensado,  
has de desaparecer  
de este mundo en el que vives  
y en polvo te has de volver.

—Este es el principio —dijo a Gabriela. Agregó luego—: Es un poco largo.

Reiteradas ocasiones  
nos enseña la experiencia  
que somos una apariencia  
como sombras o visiones  
como sueños o ilusiones  
como el arco iris formado  
como el verde y colorado  
que brilla y se pierde allí,

esto ha de pasarte a ti  
el día menos pensado.

Se detuvo.

—Esperen un momento. Me olvidé cómo sigue.

—Se llevó un dedo a la frente.

—Ah, sí —dijo—. Ahora ya sé.

Prosiguió cantando:

Muriendo nos han de llevar  
los intereses que ves,  
porque lo que del mundo es,  
en el mundo ha de quedar,  
que así te ha de suceder,  
y no tienes que dudar  
al fin ya no te han de ver  
los que te ven al presente,  
porque ya precisamente  
has de desaparecer.

—¿Desaparecer? —preguntó Gabriela.

—Sí. Desaparecer.

—Siga.

El viejo quiso reanudar su canto.

—¿Sabe que no me acuerdo? —dijo—. Espere,  
le preguntaré a Páez.

Se detuvo y cerró los ojos.

—*¿Cómo sigue, Páez?... "Pensando solo en  
vivir..." ¿Y qué otra cosa más? ¡Ah, sí! Ahora  
ya me acuerdo.*

Abrió los ojos.

—Ya sé —le dijo a la niña.

Prosiguió su canto:

Pensando solo en vivir  
te afanas en trabajar,  
Al fin todo has de dejar,  
cuando te toque morir  
de nada te han de servir,  
bienes que no has de poseer.  
Al fin todo has de perder,  
pobre te han de sepultar,  
allí tapado has de estar  
y en polvo te has de volver.

La última nota de la canción quedó en el aire  
como un zumo agrio. Después de un momento Ga-  
briela dijo:

—¿Es triste, verdad?

—Sí. Muy triste —le respondió el viejo—. No podía ser menos. La gente entonces estaba muy apenada.

Santiago preguntó:

—¿Quién hizo esos versos?

—Nadie sabe. El que los hizo posiblemente murió también enfermo de la peste.

—¿Qué fue la peste? —preguntó Gabriela.

—Una gran mortandad. Fue el tiempo del olvido, como decía mi hermana.

—¿Cuándo empezó?

—Nadie se acuerda. Creo que un viernes, después que mataron a Cristóbal Sánchez.

—¿Usted lo vio?

—No. Me lo contó Juárez. Yo no estaba aquí por entonces.

—¿Por qué lo mataron a Sánchez? —preguntó Santiago.

—Por cuatrero —dijeron algunos—. Pero Juárez sabe que no fue por eso.

—¿Por qué fue?

—Nunca me lo quiso decir. Me cuenta que antes de morir, Sánchez dijo: "Después vendrán todos ustedes. De mí se acordarán los pobres, ¿pero de ustedes?"

—¿Entonces?

—Cuando murieron los primeros, los más viejos se acordaron de las palabras de Sánchez. "Es un castigo de Dios" dijeron mientras acariciaban las cabezas de los niños. Fue un viernes. En la casa de Juárez no quedaron más que su hermana Tránsito y una vieja.

—¿Y cómo terminó?

—Nadie sabe. Como empezó.

—¿Murieron muchos? —preguntó Gabriela.

—Muchos. A algunos los encontraron muertos al borde de los ríos y de los caminos, como si hubieran querido escapar por ellos. De los que mataron a Sánchez no quedó ninguno. Ni aun el sargento que a última hora le tuvo compasión. De entonces es también otro cantar que termina diciendo: "Desenterró las cenizas, a todo llorar el viento".

El camino se llenó de arena. La marcha se hizo lenta. Un desgano fatigoso invadió a Gabriela.

Santiago recordó los versos del viejo: "Desenterró las cenizas, a todo llorar el viento".

El camino se puso más pesado. No hablaron has-

la llegar a unos álamos. Santiago se retrasó. La duda volvió a invadirlo.

—No puede ser —dijo en voz alta—. No puede ser —volvió a decir.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Gabriela.

—Lo que dijeron Páez y Juárez. No creo lo que han dicho.

—¿Por qué? —preguntó el viejo, asustado.

—Usted dijo que eran muy buenos en vida.

—Y lo fueron.

—Si se cayeron, era porque estaban afuera. Si estaban afuera, era porque no fueron buenos. ¿Es así?

El viejo pensó unos instantes. Se volvió enojado.

—¿Duda de mi palabra? Dije que eran buenos y eran buenos. ¡Si lo sabré yo!

—Entonces, ¿por qué estaban afuera? ¿No dijo usted que los buenos no pueden salir, ni los malos entrar? Si no es así que lo digan. ¿O han sido malos?...

—No... Eso no... —dijo el viejo.

Gabriela le suplicó.

—Pregúnteles mejor. Puede ser que ahora recuerden algo más.

—¿O nos está mintiendo? ¿Es verdad eso de la cáscara? —dijo Santiago.

El viejo lo miró lleno de tristeza.

—¿Cómo cree que voy a mentir? —protestó—. Tan luego tratándose de Páez y de Juárez.

La sinceridad del viejo hizo vacilar a Santiago.

—Entonces pregúnteles —dijo—. Quizá habrán hecho algo que no recuerdan. Quizá ellos mientan.

—No, no... —respondió Silvestre—. Eso no. A mí nunca me han mentido... Eso no... Les preguntaré...

El viejo se detuvo. Tapóse los oídos con las manos y cerró los ojos.

—Páez, Juárez —dijo—. *Estoy en un apuro. Tienen que acordarse. ¿Qué les pasó? ¿No ven?... De nuevo no me quieren creer... Nos tendremos que ir de aquí, Páez... Cuando esto estaba comenzando a gustarme... Juárez, ¿por qué están en la cáscara?...*

El viejo ceñía los ojos y se balanceaba de un lado para otro, como dando impulso a sus palabras. Quedóse en silencio un rato. Luego abrió los ojos, sacó las manos de los oídos y dijo lentamente:

—No se acuerdan... No se acuerdan nada...



Santiago tuvo la sensación de que habían estado llamando a la puerta de una casa vacía.

—No es posible —dijo.

Se sentó al borde del camino.

—No es posible. Estamos como antes, otra vez.

Gabriela se acercó lentamente y se sentó a su lado.

—No importa —dijo—. Ya sabremos. Tengamos paciencia.

El viejo los miraba con los ojos húmedos.

Hacia el monte pasó una bandada de pájaros, gritando su grito viajero, como un deseo desgarrador.

Silvestre recogió la caña y dijo con desgano:

—Sigamos... Ya falta poco...

9

Volvieron a reanudar la marcha. Santiago daba vueltas en torno a los mismos pensamientos sin lograr una salida. Silvestre tenía miedo que las voces de sus amigos se apagasen para siempre. No quería volver a estar solo como antes. Hasta entonces, estuvo seguro de sus cosas. Era como una barranca, asentada, firme. Ahora, un agua ácida, había conseguido filtrarse y lo desmoronaba lentamente, metiéndose por la grieta enorme que las preguntas de Santiago le habían abierto en el costado.

Al doblar un recodo del camino, el murmullo del río les llenó las orejas de una espuma alegre y monótona. Un momento después estaban en sus orillas. Pero tampoco entonces dijeron palabra alguna.

Santiago dejó la red en el suelo. El viejo la recogió y dejó su caña. Desvistióse lentamente detrás de unas matas, quedándose nada más que con la camisa.

Se internó en el río y comenzó a pescar. El chasquido de la red sonaba a astilla quebrada, a rama que se desgaja. Los niños se entretuvieron en seguir con la vista los pedazos de espuma que pasaban, hasta ver cómo se deshacían de tanto bailar en los remolinos.

Silvestre tiró y recogió la red un largo rato. Después se acercó hasta donde estaban los niños y dejó sobre la playa doce pescados. Algunos salta-

con y se debatieron unos instantes todavía, como queriendo librarse del seco ardor de la arena pegado en sus escamas. Cansados se abandonaron a la lenta muerte del aire. Sus agallas, sin embargo, latieron un largo rato. Después se apagaron.

El viejo cambió la red por la fija. Sin decir palabra volvió a internarse en el río. A la mitad, se quitó la camisa y se la ató por las mangas a su cintura.

Santiago se incorporó, tomó la red y siguió al viejo. Debajo del agua, la frialdad de la arena le aprisionaba los pies impidiéndole caminar. Era otro río, más pesado, lomo resbaloso de lagarto que arrastraba su pereza empujado desde arriba por el agua ligera.

Silvestre se dió vuelta.

—¡Quédese en la orilla! —gritó—. ¡No haga ruido! ¡Espantará a los bagres!

Los bagres remontaban el río en parejas, trazando surcos finos y paralelos en el agua.

Contra la barranca, el viejo hundió la tacuara en la piel barrosa del río. Santiago decidió probar suerte también. Se internó más. El agua le envolvió las rodillas. Armó la red, la balanceó dos veces y la lanzó. Las mallas se abrieron como los blancos hongos de las maderas viejas. El áspero cuero del río sonó con fuerza.

El viejo al sentir el ruido se incorporó y arreglándose la camisa en la cintura, gritó:

—¡Idiota! ¡Ha espantado los bagres!

Santiago se detuvo. Comprendió el enojo de Silvestre. Recogió de mala gana la red y la fue arrastrando hasta sacarla a la orilla. Allí se tumbó de espaldas en la arena dejando los pies dentro del agua.

El sol comenzaba a hundirse como un barco en el verde azulado de los montes. El río traía por momentos golpes de agua fría y de agua tibia.

El niño abrió los ojos y miró al cielo. Sintió que el vacío lo apretaba de espaldas contra la tierra. Quiso moverse, pero no pudo.

—¿Dónde terminará el cielo?

Gabriela también de espaldas tenía los ojos fijos en la distancia.

—En ninguna parte —le respondió ella.

—No puede ser.

En la otra orilla, Silvestre seguía hincando el cuero barroso del río con su tacuara.

Una rana comenzó a cantar entre los cañaverales vecinos.

Gabriela preguntó:

—¿A qué se parece?

—No sé...

—Suenan como si sacudieran una botella llena de piedras.

Santiago volvió a recordar a Juárez y a Páez. Luego de unos instantes se dio vuelta y miró a Gabriela. La niña seguía una nube con los ojos.

Se incorporó y arrastrándose en la arena, llegó hasta donde ella estaba. Sin decir nada apoyó la cabeza en el vientre de la niña. Esta, asustada, quiso levantarse.

—¿Qué estás por hacer? —preguntó.

—Nada... Nada... Quédate quieta.

La niña volvió a recostarse. Buscó la nube, pero ésta ya se había deshecho en el cielo.

Santiago se volvió sobre un costado y apoyó su oído. Las entrañas de Gabriela le sonaron con ese sonido resbaloso que tienen los jugos y tejidos. Sin querer recordó el latir de las agallas de los peces, el acezar del primer pájaro herido en el pecho que cazó con una honda. La rana dejó de latir en el cañaveral. Se incorporó de golpe. Tuvo miedo que aquello que sonaba dentro de Gabriela pudiera detenerse también.

—Vamos —dijo—. Se hace tarde.

—¿Nos echarán de menos?

—Seguramente.

Se levantaron. Gabriela gritó:

—¡Don Silvestre! ¡Ya nos vamos!

El viejo se hizo el que no oía y prosiguió empeñado en su paciencia.

—¡Don Silvestre! —volvió a gritar la niña—. ¡Ya nos vamos!

El viejo se volvió.

—¿Conocen el camino? —dijo.

—¡Sí!

—Pueden llevarse algunos pescados.

—Mañana volveremos. Si es que nos dejan.

Santiago recogió sus zapatos. Gabriela levantó cinco pescados. En una rama de suncho los ensartó por las agallas. Estaban duros, con los ojos grandes y fríos. Las manos se le llenaron de escama y de arena.

Emprendieron el regreso por el atajo. Desembarcaron en el callejón municipal. Un buen trecho caminaron con la vista fija en el suelo. Veían pasa

as piedras, los charcos de agua, las hormigas, sin decir nada.

—¿Por qué vas mudo? —dijo la niña.

—No tengo ganas de hablar.

—¿Vuelves a acordarte de... de eso?

—No te interesa.

—No pienses más... ¿Tienes miedo?

—No.

—¿Entonces?

—Déjame en paz. No quiero hablar y basta.

—Tienes miedo... Se te conoce...

—¿Y eso, qué?

—Yo también tengo algo de miedo...

—Mejor...

—¿Sabes? Me gustaría enterarme de lo que estás pensando ahora.

—No te importa.

—Dije que me gustaría...

La niña se agachó y prendió la hebilla de uno de sus zapatos. Santiago se quedó esperándola.

—Ya está. Sigamos...

Las copas de los árboles cercanos al camino se cargaron de gorriones que piaban desesperados despidiéndose de la luz, como si ésta nunca fuera a volver.

—¿Será verdad lo que el viejo dice de sus amigos? —prosiguió la niña.

—No sé.

—¿Estarán dentro?

—No sé.

—¿Qué será la cáscara? Todavía no alcanzo a comprender...

—Yo tampoco.

—¿Y si fuera verdad?... Pero no... No saben contestar a muchas de nuestras preguntas. Por ejemplo: ¿Cómo es que fueron a parar allí?

Le tomó el brazo.

—Santiago. El viejo no nos podrá ayudar en lo que buscamos. Sus amigos tampoco. Pero no importa. Veremos en otro lado. Preguntaremos a otras personas. Ya saldremos de la duda...

—¿Te quieres callar?

—No te enojés. Yo decía... Es que pienso... que quizá... tal vez... nunca podamos saber nada... Que estamos buscando inútilmente... algo sin sentido... Por eso tengo miedo... No te enojés...

Santiago se volvió.

—Si sigues hablando te dejo sola.

La niña decidió callarse, porque la noche había crecido de pronto.

Los gorriones habían enmudecido. A lo lejos las ventanas de las casas brillaban temblorosas, confundiendo con las luciérnagas que volaban por entre los pastos altos.

Gabriela apretó el paso y puso su mano sobre el hombro de Santiago. Este sintió que un olor dulce, a hierba y a pescado fresco le traía el aire de la noche. Pero no se dio cuenta que aquel olor salía de las manos de Gabriela.

Dos cuadras marcharon escuchando el ruido de los zapatos en la arena.

Un enorme ceibo estiraba sus ramas sobre el camino y hacía llover de rato en rato sus últimas hojas.

—Gabriela —dijo el niño, deteniéndose—. ¿Tú crees que cuando las gentes mueren sus voces se esconden en el pecho de las personas a quienes más quisieron?

—¿Por qué me lo preguntas?

El niño vaciló.

—Es una idea —dijo—. Nada más que una idea... No sé... No tiene importancia.

Luego sacudió la cabeza y reanudó la marcha.

10

Al llegar a la casa, el abuelo salió a recibirlos. Sin decir nada, los tomó del brazo y los puso frente al reloj del comedor.

—¿Qué hora es? —les preguntó.

—Las siete y media —dijo Gabriela.

—¿Desde qué hora faltan de la casa?

—Desde la una. No recuerdo bien —dijo Santiago.

—Bien. Supongamos que sea desde la una. ¿Cuántas horas hay entre la una y las siete y media?

—Seis y media, abuelo —dijo la niña.

—¿Les parece poco? ¿No tenían nada que hacer en la casa?

Los dos enmudecieron y bajaron la vista. Gabriela cruzó las manos sobre la falda.

—Contesten, les digo. ¿Tenían o no qué hacer en casa?



—Si abuelo. Si teníamos —contestó Gabriela.

—¿Entonces?... ¿Dónde estuvieron?

—Nos fuimos a comer naranjas —dijo Santiago.

—¡Mienten! —gritó el abuelo—. ¡Mienten! Alarado los vio con el viejo que viene a hachar leña. Iban por el camino del río.

—Si... Fuimos a comer naranjas... Lo encontramos. Nos convidó a pescar... y fuimos.

—No hicimos nada malo —balbuceó la niña.

El abuelo la miró y dijo:

—¿Y usted cree que todavía tiene edad para andar haciendo cosas de muchachos? ¿Cuántos años tiene?

—Doce, abuelo.

—Dentro de poco será una señorita. A los doce años su abuela, era ya una señorita y no andaba repada a los árboles, ni metida en los cañaverales.

—Piensa seguir así?

—No, abuelo.

Dándose vuelta, el anciano le dijo a Santiago:

—¿Y usted? ¿No quedó en que ayudaría esta tarde a limpiar los muebles?

—Sí, abuelo.

—Entonces, ¿por qué se fue?

El niño no contestó.

—Conteste, le digo —insistió el anciano.

Santiago se mordió los labios.

—Muy bien. Desde mañana vendrá conmigo. Trabajaré a mi lado en el negocio. Ahora, los dos a la cocina. La abuela los está necesitando.

En la cocina, la abuela los recibió protestando por su falta de cariño. Secaba los platos para la cena. Con un trapo los repasaba y los iba amontonando sobre una pila, a la derecha.

—Santiago —dijo—. Hoy te olvidaste de traer el maíz para las gallinas. No tuve qué echarles a las pobres. Estarán temblando de hambre.

Se volvió. De una pequeña soga estirada sobre el fogón, sacó otro repasador y continuó su tarea y su letanía:

—Desde hace días han comenzado a portarse mal de nuevo...

Con el mismo tono de voz rezongó sus sufrimientos, sus achaques, sus sacrificios, sus esperanzas. Santiago los escuchó mirando los tirantes del techo. Sabía de memoria sus reproches, lo mismo que aquellos otros que la anciana recitaba en caso de que se enfermaran, cuando rompían algún objeto, o cuando llegaban tarde de los mandados.

—...Ya no son los niños juiciosos de antes —prosiguió—. Santiago es el principal culpable de que su hermana haga cosas de muchacho. El abuelo ha dicho que un día de estos, le cambiará las polleras por un par de pantalones...

La abuela levantó la pila de platos. Antes de salir recomendó a Gabriela:

—Vigila la leche. No sea que al hervir rebalse.

Salió balancéandose como una lavandera cargada de ropa. En cuanto quedaron solos, Santiago preguntó:

—¿Volveremos?

—¿Dónde?

—¿A la casa del viejo?

—No.

—¿Por...?

—¿No has oído lo que dijo la abuela?

—¿Serás tan tonta en creerlo?

—¿No conoces al abuelo todavía? Es capaz de cumplir lo que promete. Yo no vuelvo.

—Tengo figuras nuevas...

Santiago ronroneó blandamente como un gato.

—Ya no las junto.

—Son en colores...

—No tengo interés.

—Entonces mi cartera de hombre...

—Para qué la quiero. ¿Soy acaso un hombre?

El niño cambió de actitud.

—Entonces cuento lo del florero —dijo mordiendo lentamente las palabras.

—No me importa tampoco. La abuela ya sabe. Le dije que había perdido la plata del almacén. Me dió de nuevo para pagarla.

—¿Vienes conmigo?

—No.

—Entonces...

—Ahí viene la abuela. Espérate...

Llegó la anciana. Colgó el repasador en la soga dijo:

—El abuelo los quiere hablar.

—¿Qué querrá?

—Me dijo que los llamara. Vayan.

Santiago pensó: *¿Qué se le habrá ocurrido ahora?*

Cruzaron el patio. Antes de entrar en el comedor Santiago dijo a la niña:

—¿Después hablaremos de eso, me entiendes?

—Sí.

El abuelo se quitó los anteojos y cerró el libro dejando un dedo dentro de la página que leía.

—¿Qué más hicieron esta tarde con el viejo?

—Fuimos a pescar —dijo Gabriela—. Ya se lo explicamos.

—¿Nada más? Vuelvo a repetirles que no quiero verlos más cerca de él. ¿Comprenden?

—Sí, abuelo.

—Ustedes no saben, pero yo tengo mis razones para prohibírselo. El viejo está algo enfermo de la cabeza. No hay que fiarse mucho. Hasta ahora anduvo bien. Se mostró muy pacífico. Pero ¿si un día cambia? ¿Si le da un ataque de furia? ¿Recuerdan al loco que hace dos meses trajeron a la comisaría?

—¿Cuál? ¿El de los Rojos?

—Sí. El de los Rojos. Era también como éste, un pobre enfermo que no hacía mal a nadie. Lo pasaba sentado en una silla a la puerta de la casa viendo como las gentes iban y venían. Un día amaneció furioso. Quiso matar con un fierro a una de las niñas. Tuvieron que atarlo para poder traerlo hasta aquí. Esa noche no pudimos dormir con los gritos. ¿Recuerdan?

—Sí, abuelo...

—¿Me entienden ahora por qué no quiero que vuelvan a encontrarse más con el viejo?

—Sí, abuelo.

—Ahora vayan. Sigán ayudando a la abuela.

La abuela no estaba en la cocina. En el fondo, el ruido de la bomba les indicó que sacaba agua del pozo para lavar los platos luego de la cena.

—¿Le creerás al abuelo? —preguntó Santiago.

—Sí.

—Yo no.

—¿Entonces sigues creyendo que lo que dijo el viejo es verdad?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—No es nada más que un mentiroso.

—¿Un mentiroso?

—Sí, un mentiroso.

—No me parece.

—¿Le viste los ojos?

—¿Qué tiene?

—Le brillan cuando habla con Páez y Juárez.

—Hace eso para impresionarnos.

—No. Es sincero. Tiembla cuando habla con ellos.

—¿Tiembla? Cualquiera puede simular eso.

—Pero no en esa forma.

Santiago comenzó a descascarar un pedazo de revoque viejo.

—Cuando ellos le dijeron que no podían acordarse dónde habían estado, poco faltó para que llorara. Lo vi bien —prosiguió la niña.

El niño se encogió de hombros. Gabriela terminó:

—El viejo dice lo que siente. Está loco. En eso el abuelo tiene toda la razón. No quiero volver.

Santiago terminó de descascarar el trozo de revoque. Luego dijo pausadamente.

—Diré otra cosa.

—No sé qué podrá ser...

—Claro que lo sabes.

La niña hizo memoria.

—¿Iremos?

—No sé. Pero no creo que haya hecho nada malo.

—¿Iremos?

Gabriela volvió a pensar.

—Yo sé que luego te pesará —agregó Santiago.

La niña se resignó.

—¿Cuándo?—preguntó.

—Mañana... Pasado mañana... Cuando podamos escaparnos de nuevo... Ahora la abuela nos vigilará más de cerca.

Gabriela reflexionó:

—Está bien, pero...

Arrastrando el tacho de agua, la abuela apareció en el marco de la puerta.

—¡Santiago! ¡Niña! A ver si me ayudan a levantarlo —dijo.

Santiago tomó una manija. Gabriela la otra. La abuela ayudó con sus quejidos. Entre los tres lo levantaron hasta el fogón.

—¿Seco los cubiertos? —dijo la niña.

La anciana se secó la frente con la manga.

—Santiago —dijo al muchacho—. Desahoga la hornalla.

Dirigiéndose a Gabriela le respondió:

—Bueno, pero antes repásalos.

Sacó un rollo de piolines de su bolsillo. Abrió el cajón de la mesa y lo dejó caer adentro.

—Después se lavan las manos y vienen a la mesa —dijo saliendo con su paso menudo en dirección al comedor.

Santiago tomó una pala y comenzó a remover las cenizas de la hornalla. Las fue sacando con cuidado y volcándolas en el cajón de desperdicios.

- ¿Ya no te acuerdas más de lo que buscábamos?  
—Todavía.  
—¿Entonces para qué ir al viejo?  
—No voy a ir por eso.  
—¿Por qué...?  
—Quieres que de nuevo te repita que voy a divertirme.  
—Entonces no te hago falta. Déjame. Si fuera por lo otro te ayudaría.  
—No hay caso. Me has prometido venir y tienes que venir.  
—¿No te interesa lo otro? —volvió a insistir la niña.  
—¿Quién ha dicho?  
—Cómo cambias de parecer con tanta facilidad a veces...  
—No, señor.  
—¿Entonces, cómo harás? ¿A dónde piensas ir ahora?  
—Tengo mis planes.  
—¿No me dirás nada?  
—No. Hasta que esté bien seguro. No quiero que nos pase lo que nos pasó con el viejo. Después dices que yo tengo la culpa.  
—¿Ni un poco me dirás?  
La abuela gritó desde el comedor:  
—¡A lavarse! Terminen pronto. Ya voy a sacar la comida.

Gabriela volvió a tomar los cubiertos y salió rápidamente. Santiago terminó de escarbar en la hornalla. Al quedar de nuevo solo, los pensamientos volvieron con sus voces punzantes como las semillas de los cardos. En alguna parte le dolía algo, una lлага, una herida. No podía olvidar a los amigos de Silvestre. Las palabras del ángel le rondaban con sus uñas, descascarándolo, como si fuera la argamasa del revoque, o la costra resinosa de un árbol.

Al día siguiente Silvestre no vino a hachar leña. El viernes tampoco. Los niños estuvieron ocupados durante toda la semana y no pudieron salir. El sábado el abuelo dijo:

- ¿Qué le sucederá al viejo que no viene?



—Tendrá otro trabajo, seguramente —le contestó la abuela.

—¿O estará enojado?

—Quién sabe. Es tan raro...

—A mí nunca me gustó.

—A mí tampoco.

La abuela preguntó a Santiago que jugaba sobre la mesa con unas cuentas de madera:

—¿Ustedes no le hicieron nada?

—¿Nosotros?

—Sí. Ustedes.

—No, abuela.

—No, abuela —respondió también Gabriela, dejando las tijeras y las figuras que acababa de recortar.

—Estos viejos siempre tienen algo —comentó el abuelo.

—Son ociosos. Les gusta quedarse con lo ajeno...

—dijo la abuela.

—Cuando era chico, había en casa uno como éste —comenzó a contar el anciano—. Nadie supo de dónde salió. Cuando le preguntábamos, se reía. Mostraba su único diente y decía: *No ha de ser de debajo de un ladrillo.*

—¿Qué se hizo? —preguntó la abuela.

Los niños levantaron la cabeza. Esperaron el final con atención.

—Así como vino se fue —le contestó el abuelo—. Nadie supo más de su vida.

Sorprendidos por el inesperado fin de la historia, los niños volvieron a sus tareas. Santiago enhebró las cuentas. Gabriela prosiguió pegando figuras.

El domingo después del almuerzo lograron escaparse. La abuela se acostó a dormir la siesta. El abuelo había salido al campo.

—¿Vendremos temprano? —preguntó Gabriela.

—Sí. No te aflijas.

—No quiero que el abuelo cumpla lo que me ha prometido.

—Disparates.

—¿Vendremos?

—Sí, hombre. Sí.

—Es que primero dices una cosa y luego haces lo que se te ocurre.

La siesta derramaba su modorra sobre las casas, como un vaho tibio. En algunas los hombres terminaban su almuerzo. En otras recién se sentaban a la mesa.

Los niños cruzaron un cerco lleno de malhojas. En alguna parte una mujer lavaba ropa golpeándola sobre la batea de madera mientras cantaba.

—Santiago —dijo la niña.

—¿Otra vez con lo mismo?

—No. No. Quería decirte que tal vez lo que el viejo siente, no es otra cosa que los efectos del vino.

—¿Del vino? Si no toma. Cuando me arrodillé para oír la voz de Páez y de Juárez, olía a sudor, nada más que a sudor.

—El abuelo dijo...

—¿Contaste algo?

—No. Lo dijo conversando con la abuela.

—¿Qué dijo?

—Recordaba haberlo oído hablar solo.

—No tiene importancia.

La mujer que lavaba dejó de cantar y comenzó a pelear a gritos con otra.

—¿No vamos al rancho del viejo?

—No. Me dijeron que está pelando caña en la finca de los Vázquez. ¿Te dije?

—Sí. Ayer.

—El jueves comenzaron a voltear.

—Será difícil encontrarlo entre tantos peones.

—No. Está en los tablones del oeste.

—¿Cómo sabes?

—Ortiz lo vio ayer.

Llegaron a un alambrado. Santiago pasó primero. Luego levantó los alambres para que pasara la niña. Cruzaron la acequia. Encontraron el camino luego de atravesar los surcos. Siguieron hasta la tranquera de un nuevo cerco lleno de cañas. Los peones volteaban y pelaban. Los carros las sacaban al camino.

—Aquí es —dijo Santiago.

Preguntaron a dos o tres peones, pero éstos no lo conocían.

—El capataz puede saber —dijo uno de ellos—. Ahí viene.

—¿Qué cosa? —preguntó el hombre acercándose.

—Preguntan por un tal Silvestre.

—¿Silvestre... Silvestre...?

Trató de recordar el nombre y el rostro.

—¿Trabaja aquí?

—Así me han dicho —respondió Santiago.

—¿Qué señas tiene?

—Es un viejo. Tiene un pantalón gris con dos remiendos cerca de las rodillas. Camina encorvado.

—Puede ser. Quizá éste puede ser.

Sacó una libreta y con el índice recorrió la lista de nombres.

—“José Hurtado... Rafael Machado... Jacinto Cerón... Silvestre Paredes...” ¿Será éste? Este es el único Silvestre de la lista.

—Debe ser —dijo el niño.

—Hoy no ha venido a trabajar.

—Qué raro —comentó Santiago.

Después de pensar un momento, agregó:

—De todos modos gracias y disculpe la molestia.

Para acortar camino regresaron por el bajo. Gabriela se entretenía cortando las espigas del pasto duro. Las desgranaba entre los dedos, dejando caer las semillas una a una. Cuando se le terminaban, cortaba otra espiga. Al entrar en una calle se dio cuenta que marchaban en dirección opuesta a la de la casa.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A la casa del viejo.

—Me prometiste que estaríamos de vuelta temprano.

—Estaremos. Primero quiero ver qué le pasa al viejo.

Apretaron el paso. Gabriela dejó de cortar las semillas. Se limpió las manos en la falda. Las dos últimas cuadras las hicieron casi corriendo.

Antes de entrar al rancho, se detuvieron en la puerta. Santiago llamó con las manos, pero no respondió nadie.

—¡Don Silvestre! —gritó la niña.

El montón de barro que habían sacado del pozo estaba ya endurecido y reseco por el sol. Junto a la puerta, continuaba apoyada la pala. Un poco más lejos estaba el tacho y la piola. En las ramas bajas del sauce seco, se balanceaba la red apenas movida por el viento.

—¿Entramos? —preguntó Gabriela.

—Primero miremos por la enramada.

Un papel arrugado cruzó el patio de tierra, empujado por el viento, dando tumbos.

—Entremos —volvió a decir Gabriela.

Santiago no le respondió. Dieron una vuelta alrededor de la casa. De rato en rato llamaba a media voz:

—¡Don Silvestre! ¡Don Silvestre!

—¿Habrás vuelto al ingenio? —preguntó la niña.

—No —le respondió Santiago, rechazando la idea—. ¿A qué va a volver?

—El hijo puede haber regresado de Santa Fe.

—En tal caso nos habría dicho.

Santiago se agachó y penetró bajo la enramada. El fuego estaba apagado, las cenizas frías.

—Será mejor que veamos en el cuarto. Puede ser que nos haya dejado un papel.

—Dijo que no sabía escribir —respondió Gabriela.

—Bueno. Cualquiera otra cosa. Miremos.

Se detuvieron ante la puerta. Santiago quiso entrar, pero tuvo miedo, el mismo miedo que sintió aquella tarde cuando robó el libro.

—¿Entramos? —preguntó Gabriela—. Quizá esté dormido o enfermo.

—¿Enfermo? No. No puede ser —le respondió Santiago, rechazando la idea.

Santiago se encogió al pasar el dintel. Tenía miedo que algo se desprendiera desde arriba o cayera sobre sus espaldas.

—¿Don Silvestre? —preguntó.

No obtuvo respuesta.

—¿Don Silvestre? —volvió a decir, con más fuerza.

En un rincón había unas bolsas viejas y un jergón. Santiago se acercó y las miró un rato. Luego tiró de ellas; la cara del viejo apareció entre unos papeles de diarios.

Santiago dio vuelta la cara y se encontró con los ojos de Gabriela que preguntaban.

—¿Qué es? —dijo la niña.

—Está muerto —le respondió Santiago incorporándose.

—¿Muerto?

—Sí.

Salieron. Sin decir nada, caminaron las seis cuerdas hasta el arroyo. Allí se sentaron sobre las piedras a descansar y a ver correr el agua.

—Se estaba riendo —dijo el niño con la vista fija en el suelo.

—¿Quién?

—El viejo. Se estaba riendo. Mostraba los dientes. Parecía muy contento.

—¿Habría logrado enterarse de la verdad?

—No sé.

—¿Y cómo sería?

—No puedo imaginarme.

—¿Estará con Páez y con Juárez?

La niña volvió la cabeza.

—No quiero pensar —dijo—. Se me ocurren tantas cosas...

El niño, con los ojos abiertos, siguió mirando pa-

sar la corriente. El agua trajo una hoja seca, luego una astilla, una cáscara de naranja, un pedazo de corcho. Santiago no las vio. Levantóse lentamente y se recostó sobre la hierba húmeda de la orilla. Cortó unas hojas y las mordió. El sabor amargo de ellas lo hizo escupir.

Al darse vuelta su brazo tropezó con una rama. Se fijó. Era una planta. La pisada la había tronchado, pero ella no se resignaba a morir. Al lado del tronco ya seco, un gajo tierno reventaba su impulso verde y pujante. Santiago miró el muñón seco. Un reguero de hormigas subía y bajaba en afanosa búsqueda. Una abeja llegó volando, dio vueltas sobre la cabeza del niño primero, después sobre la de la niña. En el aire sembró su zumbido como un polen, y volvió a irse.

Santiago se incorporó. Llevóse las manos al pecho y dijo sin dejar de mirar el agua:

—¡Gabriela!

—¿Qué quieres? —le respondió la niña, que deshilvanaba el ruedo descosido de su falda.

—¡Gabriela...!

—¿Qué te ocurre?

La niña se llegó hasta donde estaba. Santiago le volvió la espalda.

—Gabriela —dijo con los ojos abiertos, muy abiertos—. Yo también tengo una cáscara... Todos tenemos una cáscara...

—¿Una...?

—Sí. Una cáscara... Me acaban de brotar voces, como dijo el viejo que a él le brotaron.

La niña retrocedió.

—Gabriela —continuó diciendo Santiago—. De pronto... sin que me diera cuenta, me han brotado. El viejo dijo que eran como las semillas del alpiste en el agua... Bueno... Así es...

La niña no sabía qué responder. Santiago continuó:

—Las palabras no tienen sonidos. Pero las oigo, Gabriela... las oigo... Ahora crecen como una planta maravillosa.

—¿Será don Silvestre? —dijo la niña venciendo su temor.

—Silvestre... No. No es Silvestre.

—¿Entonces...?

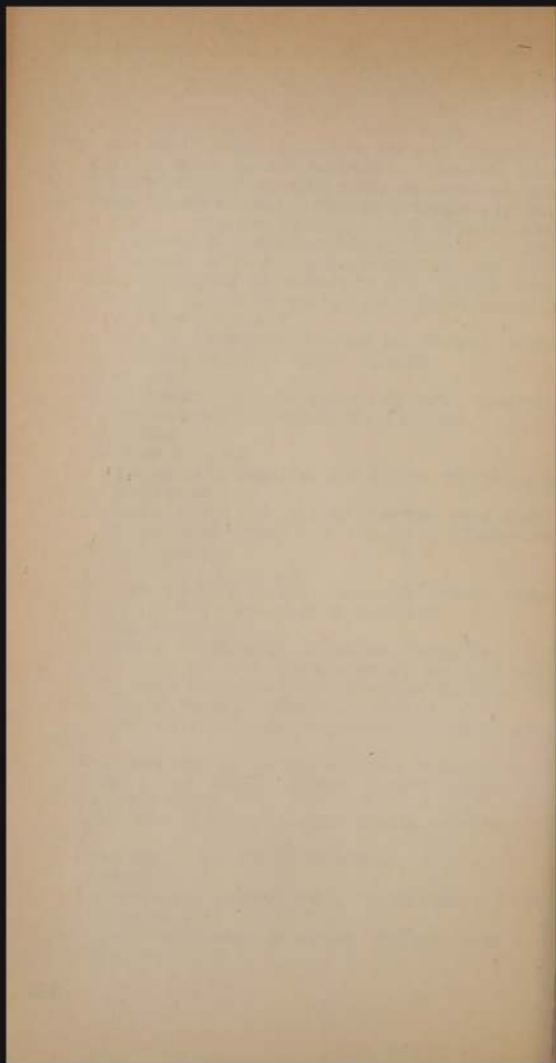
—Tampoco es Antonio Páez, ni Esteban Juárez.

—¿Entonces...?

La niña vaciló unos instantes. Agregó luego con desconfianza:



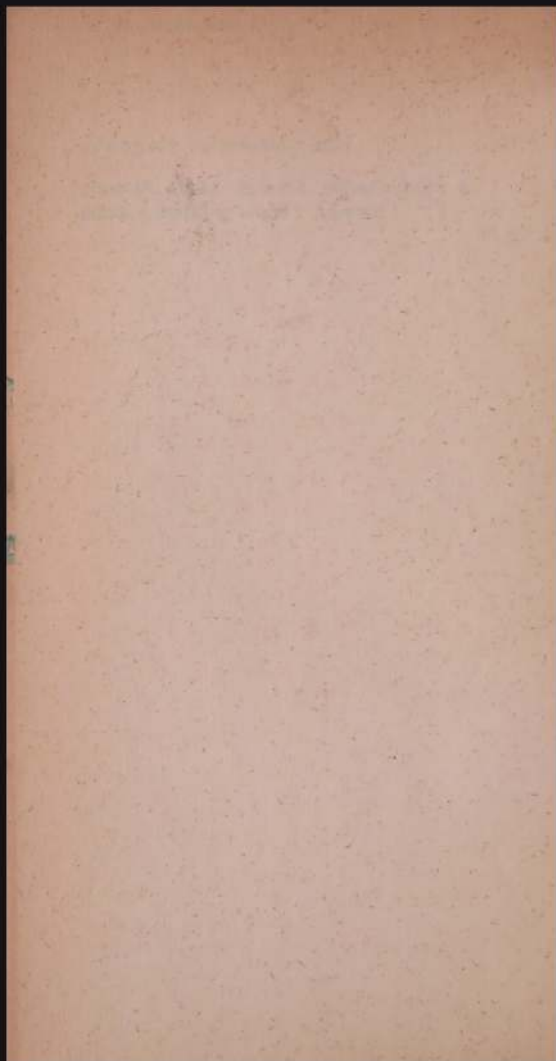
- ¿No me mientes?
- No, es verdad. Es verdad. Todo pasa tal como dijo el viejo.
- ¿Cuántas voces son?
- Una sola.
- Y... ¿qué dice?
- Espera... dice... dice... *¿Has visto? Yo tampoco sé nada... Yo tampoco sé nada... Pero no hay que tener miedo... Hay que seguir buscando... Hay que seguir buscando... Algún día lo sabremos todo...*



Los médanos ciegos

*A la memoria de mi padre.*

*A Nelly García Álvarez, Lucía Piossek,  
Hernán Lucchi y Emilio Estiú*



La sensación de que algo faltaba en la pieza hizo al Riojano despertar e incorporarse violentamente.

"¿Cuánto habré dormido?" —se preguntó.

Sentía que no había pasado mucho tiempo.

Esperó unos instantes y se dejó caer de la cama entamente. Se acercó a la de González y en la oscuridad palpó las colchas con cuidado. Allí no había nadie. Volvió a su cama. El frío de la tierra húmeda le acalambraaba los dedos de los pies. Buscó a tientas las zapatillas y se las calzó, sentándose luego en el borde de la cama.

"¿Dónde se habrá metido?" —pensó, peinándose lentamente con los dedos el cabello lacio y cerduo que le caía sobre la frente.

Afuera, el viento silbaba en las ramas de los árboles y en los alambrados con un aullido que a veces parecía de dolor y, a veces, salvaje alegría.

"Tres semanas" —se dijo con rabia y escupió.

La luna brillaba con fuerza sobre un cielo duro. Hacía cinco meses que no llovía. El día que llegaron al valle comenzó a soplar el viento; venía al amanecer y a la oración se apagaba. Entonces, con el calor y la sequedad de la atmósfera, la noche se aplastaba sobre la tierra.

A veces el viento se detenía, pero era por un momento. Parecía que se daba un respiro o que cargaba su viejo pulmón de ráfagas, arena fina y remolinos para lanzarlas luego con fuerza sobre los ranchos.

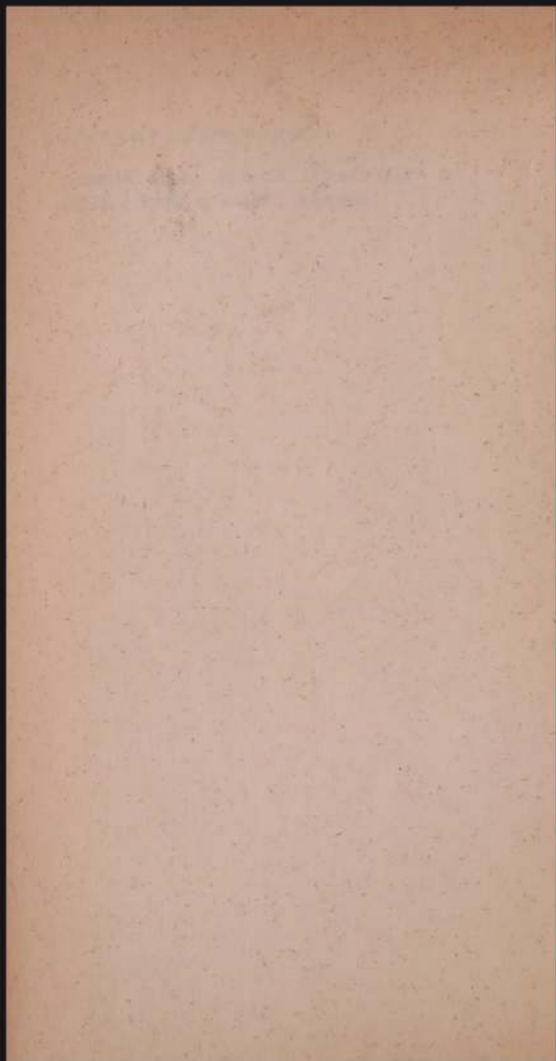
"¿Cuánto habré dormido?" —volvió a preguntarse el Riojano.

Se incorporó de nuevo y comenzó a caminar. Antes de llegar a la pieza donde dormían el carpintero y su mujer, se detuvo a escuchar. Entre sueños, el carpintero barbotaba palabras pulposas. La mujer, en cambio, dormía con placidez gozando todo el peso de su cuerpo.

El carpintero dejó escapar un largo gorgoteo y se calló.

El Riojano pensó en su amigo, en alguna chinita de algún rancho cercano y en una puerta abierta





La sensación de que algo faltaba en la pieza hizo al Riojano despertar e incorporarse violentamente.

"¿Cuánto habré dormido?" —se preguntó.

Sentía que no había pasado mucho tiempo.

Esperó unos instantes y se dejó caer de la cama lentamente. Se acercó a la de González y en la oscuridad palpó las colchas con cuidado. Allí no había nadie. Volvió a su cama. El frío de la tierra húmeda le acalambraba los dedos de los pies. Buscó a tientas las zapatillas y se las calzó, sentándose luego en el borde la cama.

"¿Dónde se habrá metido?" —pensó, peinándose lentamente con los dedos el cabello lacio y cerduo que le caía sobre la frente.

Afuera, el viento silbaba en las ramas de los árboles y en los alambrados con un aullido que a veces parecía de dolor y, a veces, salvaje alegría. "Tres semanas" —se dijo con rabia y escupió.

La luna brillaba con fuerza sobre un cielo duro. Hacía cinco meses que no llovía. El día que llegaron al valle comenzó a soplar el viento; venía al amanecer y a la oración se apagaba. Entonces, con el calor y la sequedad de la atmósfera, la noche se aplastaba sobre la tierra.

A veces el viento se detenía, pero era por un momento. Parecía que se daba un respiro o que cargaba su viejo pulmón de ráfagas, arena fina y remolinos para lanzarlas luego con fuerza sobre los ranchos.

"¿Cuánto habré dormido?" —volvió a preguntarse el Riojano.

Se incorporó de nuevo y comenzó a caminar. Antes de llegar a la pieza donde dormían el carpintero y su mujer, se detuvo a escuchar. Entre sueños, el carpintero barbotaba palabras pulposas. La mujer, en cambio, dormía con placidez gozando todo el peso de su cuerpo.

El carpintero dejó escapar un largo gorgoteo y se calló.

El Riojano pensó en su amigo, en alguna chinita de algún rancho cercano y en una puerta abierta

o fácil de abrir. Se mordió los labios. Era necesario que se quedaran quietos por una larga temporada, hasta que la policía se olvidara de ellos y del muerto. Pero este González no podía con su genio. Su labia lo iba a perder algún día. No podía con las palabras. Cuando se largaba a hablar todo lo que decía parecía verdad.

Las gentes se dejaban llevar blandamente sin oponer resistencia mientras la historia se encadenaba. El asombro brotaba de las bocas como un vaho. Cuando hacía una pausa lo miraba. El bajaba los ojos y arqueaba una ceja. Era su aplauso. El relato seguía más brillante hasta terminar en voz baja, casi siempre en una desgracia, dejando tras de sí un leve viento de tristeza. Entonces él comenzaba a operar y a cosechar lo que su amigo había sembrado, porque era incapaz de aprovechar las circunstancias que creaba. Eso quedaba a su cargo. Trabajaban complementándose el uno al otro. Desgraciadamente, la última vez las cosas no anduvieron como las habían planeado. No era un asesino, pero los nervios, los malditos nervios, le hicieron apretar el gatillo. Ahora tenían que quedarse quietos hasta que la policía los olvidara, pero este González no podía con su genio.

Mientras pensaba entró en la galería. Le parecía que el silencio brotaba detrás de cada paso suyo como un rastro negro y viscoso. Llegó hasta el final tratando de descubrir algo. Un vago presentimiento comenzaba a mortificarlo.

Se detuvo. Recordó la llegada al valle, al pueblo y a la casa del carpintero. El viento ya hacía tiempo que soplaba. Cuando llamaron a la puerta el niño asomó su cara de animal cuevero por una hendidura de las tablas y desapareció. Al rato escucharon un chancleteo sobre el piso de tierra y la puerta se abrió. La mujer del carpintero les preguntó áspidamente:

—¿Qué quieren?

Pegado a las faldas de la madre, el niño asomaba la cabeza. Como otras veces, González se encargó del discurso. Pidió alojamiento, contó una historia triste, dijo que iban a pasar la noche, esa noche solamente, y que luego se irían. La mujer se volvió vacilante, dejando la puerta entreabierta. Con el pie, la abrió aún más para mirar. En la galería trabajaba el carpintero. El cepillo iba y venía silbando un susurro de aire viejo y cuerda desflecada. A su alrededor,

las virtudes salpicaban la tierra negra con raspaduras de oro. Cuando llegó la mujer, el carpintero detuvo la herramienta como si la paciencia se le afinara, afirmó el pulso y pasó rozando levemente una de las molduras. Después suspiró, miró complacido lo que había hecho y volvió la cabeza para escuchar lo que su mujer iba a decirle.

Al recordar, el Riojano movió la cabeza. Los pensamientos lo habían detenido justo al final de la galería. La luna iluminaba el patio con una luz brillante y dura. Paseó la mirada a su alrededor: una capa lechosa se extendía sobre las cosas sedientas y aletargadas. Se miró los pies hasta los cuales le llegaba la luz de la luna contenida apenas por la sombra del alero. Luego sintió como si ella, de un momento a otro, fuera a cobrar vida y se echara a andar con su viscosidad lenta, subiéndole por las piernas hasta el pecho, hasta la boca, y mostrara lo que era él verdaderamente y no lo que las pobres gentes del valle creían.

Para vencer el miedo se rió de sus pensamientos y siguió andando. Comenzó a cruzar el patio y llegó hasta el naranjo. Se detuvo. Aquella inactividad lo estaba enervando. Era cierto que nadie pensaría en buscarlos allí. Además, si el carpintero o la mujer comenzaban a sospechar, tenía a su lado a González quien, con sus cuentos, podría entretenerlos hasta el día del juicio final. Sospechaba que a su amigo le estaba gustando la vida del valle, sobre todo porque siempre tenía público a mano. Pero para él se habían hecho otras cosas. No veía la hora de salir de esa cueva, de librarse de esas gentes, peores que el viento que no dejaba de soplar y de la falta de agua. Sí. Todos los días las mismas cosas: a la mañana el ruido del carpintero con sus maderas; la mujer trajinando en la cocina. Después del mediodía una larga siesta. Al atardecer los mismos ruidos de cepillos y clavos; la mujer se sentaba en una hamaca de mimbre, a bordar con su bastidor una funda de lienzo, entre largas puntadas y bostezos; el chico se entretenía en regar la galería, las plantas de geranio o en hacerle burlas al loro que en su anillo iba y venía chillando. A la oración las cosas comenzaban a empalidecer en forma extraña; el cielo recorataba las figuras de los árboles, el viento se detenía de pronto, las cosas se teñían de un color lila y parecía que iban a evaporarse de un momento a otro. De los algarrobos vecinos se levantaba el hervor de

las chicharras; el aire se llenaba de innumerables burbujas que cantaban un son arenoso; de rato en rato, si se fijaba la atención, algunas nuevas se encendían y llevaban al coro su murmullo árido hasta desaparecer absorbidas por la monotonía del canto; otras, se apagaban bruscamente, como una luciérnaga en el aire.

Esa hora le daba escalofríos; presentía que estaba en presencia de algo inminente y su desasosiego no cesaba hasta muy entrada la noche.

Por eso odiaba el lugar: el viento, la arena, las gentes idiotas que hacían rueda a González para escuchar sus cuentos estúpidos, la bondad del carpintero y el niño, ese huraño, siempre escondiéndose en las polleras de la madre.

Hizo un gesto y reanudó su camino en dirección al callejón. Antes de llegar al portón se detuvo. Un murmullo de voces cuchicheaba indefinidamente en las sombras, detrás de la piedra grande, haciendo un ruido de papeles viejos y hojas secas.

Se agachó y avanzó con cuidado.

Las voces se hicieron más claras. Al fin distinguió la de González.

De pronto la voz del niño interrumpió lo que su amigo estaba contando:

—¿Y hablan?

—Ya lo creo —dijo González—. Nada más que hay que saber escuchar. Si uno pone el oído en el tronco, primero se escucha como un murmullo, luego, cuando el oído se acostumbra, se puede comprender.

El chico calló como si dudara. González se apresuró a decir:

—Es verdad... es verdad... A mí me lo enseñó un gitano hace tiempo. Cuesta trabajo escuchar; es necesario que se haga tu amigo. Pero cuando él habla...

El Riojano se estiró para escuchar mejor. Inesperadamente vio todo claro y sintió un aliento frío que le respiraba en la nuca. Pasada la primera impresión comenzó a arrastrarse de vuelta.

Antes de alejarse escuchó todavía la voz del niño que preguntaba con insistencia:

—¿Y yo podré escuchar lo que dice...? ¿Me podré hacer su amigo?



Las mujeres, al encontrarse en la calle, miraban primero como al descuido y, levantando sus rebozos, susurraban la noticia a sus comadres.

Algunas creían que ello significaba el fin de todo. Otras opinaban que era el comienzo de algo extraordinario. La maravilla encendía los ojos de las buenas mujeres con un destello de abalorio.

Antiguas fuerzas volvían desde lo desconocido a dar muestras de vida. Había entonces que hacer señales, llamar la atención por todos los medios posibles para que no pasaran de largo.

Se agruparon en casa del carpintero, como naufragos, pero esta vez no era para llevar su silenciosa pesadumbre.

La iglesia fue quedando vacía. A los oficios cada vez iba menos gente. Una tarde las puertas se abrieron en vano. En la pequeña nave, los pasos del párroco sonaron huecos. Algo había abandonado a la iglesia, algo había hecho que los santos en las hornacinas volvieran a tener los ojos de palo, velados y muertos, y el ademán inútil.

La intriga del párroco se transformó en alarma. La gente le rehuía al encontrarlo por los callejones. Cruzaban, compraban algo apresuradamente o recogían aquello que, sin saber cómo, se les había caído de las manos.

A la culpa le nacieron ojos. Se arrebujaaba tras las mantas y los rebozos de las mujeres, miraba por las ventanas entreabiertas o se escondía furtivamente en los rincones.

La alarma del párroco se transformó en impotencia. Un día cerró el paso a uno de los vecinos:

—¡Adiós, Pacheco...! Me estaba olvidando de tu cara...

El tono era zumbón como la sonrisa.

—¡Hace tanto que faltas a la iglesia...!

Agitó los brazos para demostrar su alegría.

Pacheco se encogió de hombros y ciñó los músculos de la espalda como si lo fuesen a golpear con un palo.

—Y... —dijo Pacheco, cambiando la cara.

El párroco cambió bruscamente de tono:

—No hay que perder la fe... Jamás hay que desconfiar de la Misericordia Divina...

Y desgranó el sermón que había preparado para

el domingo y que no pudiera decir por falta de fieles. Mientras hablaba buscaba la cara huidiza de Pacheco. Este se aferraba a su "Y..." y la defendía con rencor, como si se tratara de una moneda mal habida.

El cura comprendió que todo era en vano. Suspiró.

Pacheco no esperó el final de los consejos y se escabulló echándose el sombrero sobre los ojos. El párroco se encogió de hombros y siguió su camino, pensativo. Con la vista fue siguiendo los rastros de un perro sediento, durante un largo rato.

Lo mismo ocurrió al día siguiente con María La Tuerta y la viuda del albañil. La viuda del albañil se defendió arrebatándole la palabra y contando las últimas enfermedades y los remedios posibles. Luego se fue arrastrando, sus grandes zapatos por entre las lajas.

El cura volvió a la casa parroquial, preocupado. Antes de cruzar la plaza reflexionó:

"Acaso el único cristiano de todo el valle sea yo..."

Negó con la cabeza y reanudó su marcha.

"No debo ser injusto —prosiguió mientras caminaba—. Pero es desalentador..."

Cruzó una calle.

"Cuido la religión como un candelabro de plata... Todos los días me esmero para que esté limpio, pulido, brillante... Pero siempre aparece una mancha nueva y hay que comenzar otra vez..."

Ya estaba viejo. Cada año sentía más la fatiga y la desazón. Hacía todo lo que estaba en sus manos para que las supersticiones desaparecieran. Pero cuando menos lo esperaba, afloraban otra vez y manchaban su candelabro brillante, pulido...

Había empleado la persuasión, la bondad. La bondad convence mucho más que cualquier razonamiento. Así pensaba cuando salió del seminario. Luego de cinco años de trabajo se dijo: "No. Es necesario emplear la razón y la bondad en igual dosis..."

Crejó haber logrado algo. Pero las manchas volvían a aparecer. Despertaban lentamente y se extendían, venciendo la modorra en que estaban sumidas.

"Ya estoy viejo" —se dijo mirando las arrugas

de la mano—. “No puedo cumplir mis obligaciones como antes...”

Se dejó abatir por una bocanada de desilusión.

“Pediré al señor obispo que me reemplace...”

Luego reaccionó. No era posible darse por vencido; debía luchar hasta el fin, hasta que su candelabro de plata estuviese pulido de nuevo y esta vez para siempre.

“Pero... ¿valdría la pena?”

La desazón lo invadió otra vez. Volvió a acordarse de sus años de seminario, de los propósitos que hizo cuando recibió las órdenes y llegó al valle para hacerse cargo de su parroquia. ¡Todo tan lejano...! Apenas le pertenecía. Ahora, se sorprendía chocheando. Estaba cansado. Una grieta aquí... luego otra más allá... “Se tapaba ésta... se abría aquélla... La sequía había abierto un boquete, un boquete inmenso por donde se le escapaba el trabajo de más de cuatro años.

Una piedra de color le llamó la atención. Se agachó a recogerla. Era su manía. Coleccionar piedras de colores.

La contempló un instante, le pareció muy rara y la guardó en el bolsillo.

“Esta pobre gente no tiene la culpa... Es la sangre, como muchos dicen por ahí. Algo que duerme en la sangre y se despierta al llamado de la naturaleza... No hacen sino responder a un viejo llamado...”

Volvió a detenerse...

“Acaso la sangre sea el medio natural donde reposan aletargadas las supersticiones...”

Sacudió la cabeza.

“No es posible —se dijo— soy injusto...”

Nuevamente quedó pensativo.

“Pero, ¿será posible...?”

Viejas palabras que solía leer en su juventud se agolparon en las sienas en un remolino de latidos. ¿Quién las dijo...? Un padre de la Iglesia, quizá... Ya recordaba...

Entrecerró los ojos y las palabras de San Agustín le vinieron a la boca como un regusto. Tuvo que decirlas en voz alta:

...“Muchos pecadores, deseando volver a ti, Señor, y no pudiendo lograrlo por sí solos, se valieron de los espíritus malignos. Vencidos del deseo de tener apariciones o visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones... Como os busca-

ban llenos de orgullo, presentaban con arrogancia su pecho en lugar de humillarlo... Así, solo pudieron atraer a las potestades rebeldes del aire... Entre ellas no había sino aquel demonio que, transformándose, se presentaba como el ángel de la luz..."

"El ángel de la luz... El ángel de la luz..." —murmuró.

Abrió los ojos como si comprendiera todo. Cerró los puños y en voz alta dijo:

—No puedo permitir que esto suceda entre mis gentes... La fuerza... La fuerza... Si la bondad y las razones no me bastan, emplearé la fuerza.

Se apretó el sombrero y apresurando el paso abrió la puerta de la casa parroquial.

El viejo sacristán, en cambio, fue más explícito:

—En casa del carpintero pasa algo —dijo como al descuido.

El párroco leía el breviario y no prestó atención. El sacristán dobló la manga de un roquete:

—Se juntan a rezar —insistió.

—¿Ah, sí...? —dijo el párroco mecánicamente, mientras seguía la lectura del libro.

El sacristán arregló una estola. Se produjo un silencio.

—Se juntan a rezar —volvió a decir, después de un rato, sin levantar la vista.

El párroco bajó el libro:

—¿A rezar...?

—A rezar y a otras cosas...

—¿Qué cosas?

El cura cerró el libro con violencia y miró al sacristán por sobre los anteojos. Este tartamudeó:

—Muy bien no sé, padre... Lo supe de pasada...

—No importa. Decime lo que sepás...

Apoyó las manos en las rodillas e inclinó el cuerpo hacia delante como si se preparara a escuchar una confesión.

—Bueno... —tartamudeó el sacristán— el hijo del carpintero...

El cura se acarició la barbilla.

—Dicen que habla...

El sacristán estaba al borde de decirlo todo. Tí-tubeó unos instantes. Luego cerró los ojos y se dejó resbalar...

—Habla...

—¿Quién dice? ¿Con quién habla...?

—Unos piensan que con Dios... Otros dicen que es San Isidro.

El cura se echó hacia atrás, pensativo. Frunció el ceño. El sacristán se detuvo esperando.

—Vamos, continuá —dijo el cura saliendo de sus pensamientos—. ¿Qué es lo que habla el chico del carpintero con San Isidro, o con quién sea...? No temás...

—Y... según dicen... habla del agua.

—¿Qué dice del agua...?

—El chico dice que sabe dónde nace y dónde se cria el agua.

El párroco movió la cabeza pensativo.

—Y... ¿dónde habla con San Isidro...?

—Allí mismo... En el fondo de su casa. El muchacho pone el oído en un naranjo viejo y siente las palabras que suben por el tronco.

—¿Fuiste allí...?

La pregunta tomó desprevenido al sacristán.

—Sí... Sí... Es decir, no. Me lo contó Cirilo... Cirilo piensa que la voz del naranjo no es ni de Dios ni de San Isidro...

Comenzó a hablar apresuradamente.

—Y Cirilo, ¿de quién cree que es la voz...?

El sacristán pensó un momento:

—Bueno... pero no hay que hacerle caso... Cirilo es un tonto... Cree que es la madre del agua.

—¿Y vos...?

El cura se incorporó en la silla.

—San Isidro, padre... —tartamudeó—. San Isidro...

El cura sonrió, mostrando los dientes finos, regocijado como si hubiese logrado atrapar un insecto con una aguja clavándolo en un alfilerero.

El sacristán permaneció callado, sin saber qué decir. Luego se puso rojo. Solo atinó a sacar el pañuelo y a sonarse fuertemente la nariz.

3

A las seis de la tarde de aquel domingo, la campana de la iglesia volvió a llamar inútilmente para la novena. A la siesta tampoco vinieron los niños a la doctrina.

Después del último repique, el párroco esperó me-



día hora. Pero nadie llegó. Entonces tomó el sombrero y levantó el breviario para ir leyendo por el camino como era su costumbre. Antes de salir habló con el sacristán:

—No te olvides de cortar los pabilos. Esta mañana humeaban mucho las velas del costado izquierdo...

En la calle corría el viento, que lo empujaba obligándolo a caminar a empellones. La sotana se le pegaba en las rodillas con fuerza, como un alga. Apretó el breviario en la mano y forzó el paso.

Antes de llegar a la casa del carpintero debió esconderse de tres mujeres que marchaban apresuradas. Se metió en un baldío hasta que entraron en la casa.

En lugar de dirigirse por el callejón, lo hizo por el patio de atrás y caminó cuidadosamente hasta una de las ventanas. Estaba entreabierta. Por la hendidura se escapaban voces.

Pegado a la pared, se acercó con cuidado para observar mejor. El niño estaba sentado en medio de un corro de vecinos. A su lado, González le sostenía la frente y de tanto en tanto le secaba el sudor con un pañuelo.

Una vieja comenzó a rezar. La voz sonaba herrumbrosa. Las paredes de cal, blancas e impasibles, devolvían la voz más muerta todavía:

"Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...!"

Las mujeres respondieron a coro:

—¡Libranos, Señor, de todo mal...!"

La vieja repitió varias veces el estribillo. Las vecinas acentuaban casi con fiereza la primera sílaba del "¡Libranos...!" y disolvían el resto en un abandonado murmullo.

Había cierta indiferencia por el sentido de las palabras. Tantas veces dichas, a través de tanto tiempo, ya no tenían el brillo ni el poder de evocar imágenes que tienen todas las palabras nuevas. El sonido estaba gastado, las palabras muertas, opacas, como vidrios empañados o bronces duros.

"¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...!"

Desde niños las habían aprendido a repetir, las habían repetido y oído cientos de veces. Los cientos fueron comidos por los miles. Ahora ya habían perdido la cuenta, y no importaban.

—¡Libranos, Señor... de todo mal...!"

Lo único que conservaban era la fuerza que siempre ponían al decir las.

Era una fuerza terca, como la de una mula. Al fin, era lo único a lo cual podían aferrarse aunque su eficacia fuera dudosa. Tan solo eso habían heredado de los viejos. Lo desconocido podía ser vencido juntando con paciencia ese mosto rencoroso de las palabras sin sentido.

Cada generación debía aportar un poco, como un breve afluente. Alguna vez, en un futuro lejano, quizá podrían romper el pecho viscoso del misterio.

Sin embargo, el pecho no hacía otra cosa que ceder lentamente. Nadie sabía hasta cuándo, pero empujaban tercios y ásperos, como las mulas viejas de los malacates...

"¡Libranos, Señor... de todo mal...!"

En medio del murmullo flotaba el acento inicial. El acento tenía el mismo impulso empecinado de los hombres cuando empujan las vigas para subirlas a los techos de las casas nuevas.

En medio de una pausa, una mujer suspiró. El corro rápidamente envolvió a la rezagada y la arrastró a la deriva, corriente abajo.

El párroco cambió de posición para observar el otro lado.

Las mujeres estaban todas cubiertas. Las más viejas llevaban mantas negras; las más jóvenes, algunos rebozos livianos; otras trataban de cubrirse con un pequeño tul o un pañuelo y se ayudaban con las manos, como si defendieran la cabeza de la ira de lo sagrado. La ira de lo sagrado era algo así como un aire fino y cernido que llovía lentamente desde lo alto y lo contaminaba todo. Había que librar la cabeza a toda costa de esa garúa ponzoñosa.

De improviso, las letanias terminaron. Dos viejas ciegas, que estaban en un rincón, se consultaron tanteándose las rodillas con las manos.

Cerca de la puerta estaba una mujer con un niño en brazos.

Las paredes tenían estampas de santos, muchas de ellas recortadas de diarios o revistas viejas.

Un silencio repentino se abrió.

González dijo lentamente, casi en un susurro:

—Cristóbal... ¿dónde está el agua...?

Los ojos del corro se abrieron desmesurados. Algunos se inclinaron hacia adelante como sobre un brocal. González volvió a repetir:

—Cristóbal, ¿dónde está el agua ahora...?

El niño abrió los ojos y se incorporó con dificultad. Los labios le temblaban. Se llevó la mano a la cara. Trataba de quitarse algo que le impedía ver. Le apartó las manos suavemente e insistió:

—Cristóbal, todos queremos saber dónde está el agua... ¿Falta mucho para que venga...? ¿Me escuchás...? ¿Qué dice el naranjo...? ¿Me escuchás, Cristóbal...?

Le secó el sudor. Cristóbal trató de balbucir algo. Señaló hacia la puerta. Algunos se incorporaron, pero González los detuvo con un ademán.

El niño sonrió. Tenía los ojos brillantes:

—El agua... el agua... —dijo con alegría.

Se levantó un murmullo. González volvió a hacer señas para que guardaran silencio.

El niño respiró agitado. Al principio algunas palabras fueron como un burbujeo. Luego adquirieron forma. Las desgranó lentamente, con una rara satisfacción, maravillado como si estuviese jugando con grandes arcos de varillas livianas.

—“El agua... El agua...”

—¿Dónde está el agua ahora...?

González se inclinó.

—El agua está al otro lado del mundo...

—¿Muy lejos...?

—Lejos... Muy lejos...

—¿Vendrá...? ¿Cuándo vendrá...?

—Vendrá... vendrá... Está hecha de plata. Con esa voz me habla. Con la voz con que hace los remolinos y las burbujas.

Un viejo se levantó impulsado por la curiosidad.

—¿Podemos sembrar ya? —preguntó.

Se dirigió a González:

—Preguntelé si vendrá pronto...

González volvió a inclinarse:

—Cristóbal, ¿falta mucho para que vuelva el agua...?

El niño no respondió. Volvió a sonreír regocijado y trató de desprenderse de las manos de González.

—Cristóbal...

—El agua, el agua... —repitió el niño con los ojos iluminados— está hecha con racimos que se deshacen como las uvas. Tiene la carne blanca, por eso no se la escucha cuando corre por la greda. Debajo de la tierra tiene una casa verde... inmensa... llena de arcos de mimbrres, ramas de sauces y hojas frescas... Allí fabrica el verde para las

ranas y las lagartijas... el barro para las anguilas... y la sombra para que puedan respirar las iguanas...

La voz del niño se deslizaba ahora suavemente, llena de murmullos secretos, con una frescura y una cadencia que amodorraba.

La gente se dejaba llevar arrastrada por las palabras. Había en el aire cierto deleite, como si todos estuviesen metiendo las manos en un gran charco de agua fresca, luego de haber trabajado mucho.

Pacheco consiguió vencer el sopor y se incorporó con fastidio:

—Queremos saber si falta mucho... Hay que sembrar —dijo.

Se dirigió a González:

—Preguntáale eso.

González lo hizo callar poniendo el dedo sobre los labios. Luego se apoyó en el hombro del niño y lo llamó:

—Cristóbal, ¿cuándo vendrá el agua...? ¿Qué dice el naranjo...?

La viuda del albañil protestó:

—Dejen que el niño diga lo que sepa.

Cerca de la puerta alguien preguntó:

—Queremos saber quién es el que habla... ¿Es San Isidro...? Preguntelé si es San Isidro...

El chico se detuvo sobresaltado. Se llevó las manos a la cabeza. González se apresuró a tomarlo de un brazo y lo hizo sentar. La gente comenzó a arremolinarse.

González protestó:

—Les he dicho que no hablen... En cuanto lo asustan enmudece...

Sacó el pañuelo y lo pasó por la frente de Cristóbal. Este volvió a levantar los ojos. El brillo se había apagado. Miraba vagamente como si nada de lo que lo rodeaba le interesara.

El párroco se fijó en un rincón. La gente comenzaba a formar pequeños grupos. Apoyado sobre una cómoda, el Riojano fumaba pacientemente. Sonreía satisfecho. Parecía que junto con el humo abandonaba una infinidad de pensamientos inútiles.

El cura sintió voces cerca de la ventana. Se apartó ligeramente y se deslizó por la pared. Antes de dirigirse a la calle, se detuvo a escuchar.

Las letanías comenzaban de nuevo. Un murmullo

espeso, como el zumbido de un colmenar hambriento, se dejó oír:

—“San Isidro Labrador,  
Venga el agua, tape el sol.  
Piel de rana,  
flor de iguana,  
barro de anguila,  
San Isidro Labrador.  
Venga el agua, tape el sol...”

El párroco se encogió de hombros e hizo un gesto como si fuese a escupir. Pero no escupió. En cambio dijo:

—¡El ángel de la luz...!

Y se perdió en el callejón disputándole la sotana al viento, que se la lamía con su lengua negra y rabiosa. Era de noche.

4

El comisario quiso decir algo, pero el párroco lo interrumpió con violencia, agitando un dedo delante de sus ojos:

—No, señor... No pasará nada... Usted cumple con la ley...

El comisario se defendió dolorosamente:

—Ya sé, padre... Pero es que...

El cura respiró fuertemente levantando las aletas de la nariz:

—Esto se sabrá en la ciudad, de todas maneras... y entonces sí que pasará algo...

El comisario aflojó los brazos dándose por vencido y se inclinó sobre el escritorio:

—Bueno —dijo con resignación—, ¿qué quiere usted que yo haga, padre...?

El párroco resopló orgulloso. Se pasó el dorso de la mano por el cuello:

—Usted sabe mejor que yo lo que corresponde hacer en estos casos.

—Mejor será que usted me diga...

El comisario lo miró de reojo. Luego agregó con intención:

—No sea que en la ciudad no les guste lo que yo pienso hacer...

El cura trató de aflojar con los dedos la presión



del cuello almidonado. Se dirigió a la ventana y miró hacia afuera distraído.

—¿No hubo nunca otros casos semejantes? —preguntó.

El comisario movió los ojos.

—Como éste... Creo que no, padre —tartamudeó.

El párroco había fijado la vista en algo de la calle. Sin embargo, no miraba nada en particular. Levantó las cejas y arrugó el entrecejo:

—Cuando yo vine, hace muchos años —dijo pensativo—, había una tal María Martina... ¿No recuerda?... Curandera...

—Yo no estaba aquí —respondió el comisario turbado—. Era oficial en San Pedro...

El cura desarrugó el entrecejo y apretó los labios. Pensó un momento. Luego se volvió bruscamente como si de pronto hubiese recordado que algo importante reclamaba su presencia. Tomó el sombrero de la percha. Antes de abrir la puerta miró fijamente al comisario. Sonrió arrugando los ojos:

—Algunos deben recordar todavía... Pregúntele al sargento... Hace quince o veinte años que presta servicios en esta zona... Además —agregó con un tono zumbón—, los libros tienen más memoria que las personas...

Sonrió nuevamente y luego dio un portazo.

5

Dos días antes que el comisario se decidiera a "tomar medidas", el viento se hizo más intenso. Sobre el horizonte, al sur, casi al ras de las montañas, se levantó una nube de un color gris duro, como piedra, que al atardecer se volvió morada y luego casi de sangre.

Los médanos cercanos al camino, inmóviles durante muchos años, comenzaron a caminar lentamente. Primero invadieron el camino, luego las propiedades de Juan Guerrero. La arena se deslizaba imperceptible, a cada golpe de viento, encrespando sus lomos escamados de pequeñas olas secas, sobre las cuales, como un reptil, parecía deslizarse. Al llegar al tronco del primer árbol que encontró en su camino, el médano lo abrazó rabiosamente y formó en derredor un túmulo. Como no pudo engullirlo,

rebasó el tronco y se metió goloso en los primeros surcos.

Cuando el comisario fue a la casa del carpintero para averiguar lo que ocurría, solo encontró a la mujer en su silla hamaca, con el bastidor en las manos, bordando como siempre, y a José trabajando sus molduras con la gubia.

—¡Buenos días...! —gritó al entrar.

El carpintero dejó su trabajo y se secó el sudor con la manga de la camisa. La mujer se incorporó:

—¿Qué anda haciendo, 'compadre...? —preguntó sacudiendo las hilachas de la falda.

El comisario trató de forzar la voz dándole un tono más familiar:

—Y como siempre, de recorrida...

El carpintero se acercó. Sonreía con un gesto falso:

—¿Alguna novedad...?

El comisario miró vagamente en torno a la pieza. Indiferente, dijo:

—Nada... Ninguna... ¿Qué puede pasar en este valle aburrido a no ser esta seca a la cual ya me voy acostumbrando? Aparte, lo de siempre... Un borracho, unas gallinas perdidas...

La mujer comentó con una risita seca:

—Sí... Sí... Diez días más y tendremos que irnos a vivir a otro lado.

Le acercó una silla para continuar:

—Y es raro... Nunca suele pasar tanto tiempo sin llover...

El comisario se sentó abriendo las piernas. Apoyó un brazo sobre una rodilla y con el cabo del látigo comenzó a golpear lentamente el taco de la bota. El carpintero intervino:

—Mi madre sabía acordarse de la seca del ochenta...

El comisario asintió con la cabeza:

—Pero ésta ya ha durado veinte días más que aquella...

La mujer volvió a sonreír nerviosa. Arrugaba y desarrugaba el delantal. Encontró una hilacha y comenzó a retorcerla.

—¿No quiere servirse algo, compadre? —preguntó.

El comisario estiró la cabeza tratando de mirar a la pieza vecina. La mujer insistió:

—¿No quiere que le sirva algo, compadre...?

Sorprendido, el comisario volvió la cabeza.

—¿Cómo dijo, comadre...?

—Si no desea que le sirva algo...

—No, gracias... Acabo de comer unas cuartas en el almacén de Tula... y están bien asentadas...

Sonrió. El carpintero fue hasta el arcón y comenzó a revolver en el fondo, buscando algo. La mujer se apoyó en la mesa. Durante unos instantes nadie dijo nada. El comisario volvió a estirarse.

—Lo noto preocupado —dijo la mujer saliendo del paso.

—¿Preocupado...?

El comisario arrugó la frente.

—Me parece... no sé... —se disculpó la mujer.

—No... Un poco de sueño quizá... Es la comida... y el vino. A estas horas...

Se incorporó bruscamente y comenzó a pasear dando grandes zancadas en derredor de la mesa. La mujer tomó el respaldo de la silla:

—¿Mucho trabajo...? —volvió a decir nerviosamente.

El comisario se detuvo frente a la ventana y levantó una botella que estaba en el alféizar para mirarla al traspasar.

—No, comadre... Le dije que no —dijo sin volver la vista.

—Es cierto... es cierto —agregó la mujer ensombreciendo el rostro. Sacudió la cabeza como si estuviese contrariada. El comisario dejó la botella:

—Pero... —agregó haciendo una pausa—, dentro de unos días, desgraciadamente, voy a tener mucho trabajo... a pesar mio...

El carpintero sacó la cabeza del arcón. La mujer se puso pálida. Los dos se miraron por sobre el comisario. Este prosiguió:

—Hay cosas que a uno le duele hacer... El deber es el deber...

La voz se le hizo más sombría:

—Un oficial en Loreto tuvo que detener a su propio hermano...

El carpintero tartamudeó moviendo la cabeza con tristeza:

—El deber, es el deber...

Sacando fuerzas de su flaqueza, preguntó la mujer:

—¿Algún crimen, compadre...?

Pensativo y con la vista vaga, el comisario dijo:

—Para mí, no. Para los que saben, sí... Y como no soy juez, no puedo opinar. Tengo que proceder y nada más... Ese es mi oficio...

Tosió como si la saliva lo hubiese ahogado. Fue a decir algo más, pero un impulso lo detuvo. Contrajo los labios y se dio un fuerte golpe en la caña de la bota con el mango del látigo. Luego agregó:

—Es más de la una... Se hace tarde.

Dio la vuelta a la mesa y salió sin despedirse haciendo sonar las espuelas.

Los cascos de la mula resonaron todavía unos instantes hasta perderse comidos por la capa de tierra del camino.

El carpintero y la mujer quedaron mirándose durante un momento. Luego ésta se cubrió la cara y sollozó. El carpintero dejó caer la tapa del arcón con fuerza y se dirigió hasta su mujer.

—Entonces —dijo inquisitivo— ¿tenía razón Pacheco...?

La mujer asintió sin quitarse las manos de la cara.

—Hay que avisar al Riojano... —dijo el carpintero—. El sabrá lo que tenemos que hacer ahora.

Angustada, la mujer lo detuvo de un brazo. Con la voz velada dijo:

—¿No sería mejor que el niño se quedara...? Después que ellos se hayan ido podríamos echarles la culpa.

El carpintero pensó un momento. Estiró los labios y luego dijo:

—Ya veremos... Ahora voy a buscarlos...

Se desprendió de la mano de su mujer y salió al patio. Cruzó el alambrado y se metió en los cercos. Anduvo un rato hasta que comenzó a salir hacia el camino.

Debajo de un chañar estaban recostados el Riojano, González y el niño. Al verlo venir, el Riojano se levantó saliéndole al encuentro.

—¡El comisario se acaba de ir...! ¡Pacheco tenía razón...! —gritó el viejo desde lejos— ¡Es el cura!...

Se detuvo a tomar aliento. El Riojano llegó hasta él.

—Me dio a entender que no quiere hacer nada. Respiró con dificultad. El Riojano se adelantó:

—¿Como dijo Pacheco...? ¿Es el cura...?

El viejo dijo que sí con los ojos.

—No puede ser otro —agregó—. El sargento tampoco quiere... Al contrario...

Pensativo, el Riojano comenzó a acariciarse el bigote. El viejo le buscó la cara:

—¿Qué piensa hacer ahora...? El comisario dijo

que pronto comenzaría a "cumplir con su deber..."

El Riojano seguía acariciándose el bigote. Lentamente dijo con voz descolorida:

—Iremos al rancho de Pacheco...

El carpintero tragó saliva y preguntó con desconfianza:

—¿Con el niño? ¿Y si lo dejaran...? A una criatura nada le pueden hacer... Además, el agua...

El Riojano sonrió con desprecio:

—Por eso mismo —dijo—. La lluvia está cerca. No podemos esperar mucho. Si se llevan al niño, todo habrá sido inútil.

El carpintero se resistía. El Riojano le puso una mano en el hombro:

—Además, tenemos que probarle al cura que es verdad. Si no lloviera, seríamos los primeros en presentarnos al comisario...

El carpintero torció lentamente la cabeza. Se dejó vencer por el argumento:

—Está bien —dijo—. Pero...

El Riojano aumentó la presión de la mano sobre el hombro del viejo:

—No puede ser—agregó con confianza—. No hay peros... Ayer el chico volvió a decir que el agua está muy cerca.

El carpintero se rascó la patilla.

—... bueno —dijo—. ¿Cuándo saldrán...?

—Esta tarde misma... No podemos perder mucho tiempo...

6

A los seis días, el párroco volvió de nuevo a ver al comisario:

—¿Tampoco hoy tiene noticias...?

Sonreía con desconfianza.

—Tampoco, padre...

El párroco estalló:

—Será preciso entonces...

El comisario trató de defenderse:

—Estoy haciendo lo que se puede... ¿Acaso no ve usted?

El tono era respetuoso, excesivamente respetuoso, por momentos irritante.

—Entonces, ¿por qué no detiene al carpintero y su mujer...?

125



El comisario titubeo:

—Este... ellos, en cierto modo, no son culpables... Hay que dar primero con el Riojano y su cómplice... Entonces se podrá saber el grado de culpabilidad de todos y de cada uno...

El párroco guardó silencio. Luego, con cierto brillo de malicia en la mirada, observó:

—¿Acaso no será...?

Sonrió comprensivo. El comisario volvió a la defensiva. La mirada del cura le turbaba. El fastidio le subió por las mejillas. Tuvo que contenerse:

—Usted ve bien, señor cura, pero estoy haciendo todo lo que está al alcance de mi mano... Para mí esto es muy delicado... Me pesaría hacer una injusticia con esta gente...

El cura seguía sonriendo y mostrando sus dientes finos. Se acercó hasta el escritorio con calma, puso las manos sobre la cubierta y se inclinó lentamente. El comisario hizo un gesto de repulsión y se echó hacia atrás. El párroco susurró confidencial, casi como un secreto.

—Ya sabré decirle dónde están... Ya sabré decirle...

Se irguió insolente:

—Desde ese momento —se dijo imperativo—, tendrá un día de plazo para proceder. Si no lo hace, usted sabe mejor que yo lo que ocurrirá.

El comisario levantó los hombros. Sobreponiéndose, el párroco se volvió parsimonioso, recogió el sombrero, abrió la puerta y la cerró suavemente, echando el pestillo antes de salir.

7

Después de haber engullido la propiedad de Juan Guerrero, los médanos comenzaron a tragar la tierra de los Suárez. Allí pareció que una acequia ancha, que cruzaba todo el campo, iba a detenerlos. Pero no fue así. La acequia estaba sin agua. Su cauce fue cegado lentamente. La arena se filtró con paciencia y después comenzó a caminar alegremente por el campo, con sus escamas erizadas por el viento.

El aislamiento del párroco se hizo intolerable. Solo podía hablar con el sacristán y el comisario. Con el primero lo hacía para discutir; en cuanto

al segundo, con su mutismo y su timidez, había que sacarle las palabras a la fuerza, o si no monologar sin esperanzas.

Con el resto del vecindario mantenía una especie de contacto impersonal, por medio de las campanas. Obstinadamente, todos los días mandaba a tocarlas en las horas señaladas para los oficios. El sabía muy bien que, al oír las campanas, las gentes sentían su presencia y su terca vigilia. Las campanas eran, en cierto modo, como el ojo de Dios. Penetraban en todas partes y era imposible escapar a su voz monótona e implacable como un cargo de conciencia.

Dos días antes que los hechos se precipitaran, el párroco leía su breviario en la sacristía, caminando a pasos lentos. El sacristán doblaba y guardaba cuidadosamente los ornamentos, haciendo de vez en cuando un ruido con la garganta.

Inesperadamente, el cura detuvo su paseo y levantó la cabeza:

—Necesito saber dónde están escondidos esos he-rejes...

Tenía vacía la voz, como el que habla con sus propios pensamientos.

Caminó de nuevo, esta vez más lentamente. Casi al llegar a una esquina se detuvo y volvió a decir:

—Todo el vecindario sabe... Estoy seguro que ese comisario también... Sin embargo los apaña... Debo encontrarlos... No puedo abandonarlos a la herejía.

Cerró el libro. Luego agregó con un dejo de tristeza:

—Tan luego a mis años, el Señor decide enviarme esta prueba...

Por un momento se dejó arrastrar por el abatimiento, pero luego se irguió:

—Debe haber algún medio... Debe haber... Tengo que encontrarlos...

El sacristán meneó la cabeza y dijo algo entre dientes. El cura alcanzó a oírlo. Volviéndose bruscamente dijo:

—¿Qué estás murmurando?

—Si yo lo supiera se lo diría, padre.

El párroco hizo un gesto.

—Si lo supieras...

Se detuvo. Levantó las cejas y repitió sonriente.

—¿Por qué no...? ¿Por qué no podés saberlo?

El viejo dobló una estola y encogió los hombros.

—Porque saben quién soy... Me esquivan como a usted, padre...

El párroco se acercó riendo. Le palmeó el hombro, paternal...

—Pero acaso ¿es necesario mi buen Gaspar, que vayas a preguntárselo a la gente?

El sacristán volvió la cabeza y abrió la boca. El cura frunció el ceño como disponiéndose a hablar seriamente:

—¿Cuáles son los amigos más cercanos que tienen esos dos sirvergüenzas? —preguntó.

El sacristán abrió aún más la boca.

—Sí, el Riojano y el otro —insistió el cura ante la pregunta muda del viejo.

El sacristán se llevó un dedo a la frente.

—Es claro... el carpintero y su mujer...

—Fuera de ellos —dijo el párroco con fastidio.

El sacristán hizo correr el dedo de un lado a otro lentamente:

—¿Pacheco? No... Matías. Ese sí... Matías...

—¿Matías?

—El que vive al final del callejón.

El cura sonrió. Luego agachó la cabeza y lentamente, como si estuviese por dar la absolución, fue diciendo:

—Entonces, desde mañana lo seguirás a toda hora. Tratá de que no te vea... Si necesitás mi mula, podés ensillarla.

El sacristán hizo un gesto de angustia:

—Pero qué saco con seguirlo...

El párroco rió. Esperaba la pregunta. Paternalmente volvió a decir:

—Querido Gaspar. Alguien les tiene que llevar la comida. Ese alguien puede ser Matías... Si lo sigues, por supuesto darás con el escondrijo...

Le palmeó el hombro con dulzura.

—Pero es que... —tartamudeó el viejo sacristán.

—¿Alguna duda, mi querido Gaspar?

—Yo estoy viejo —volvió a gemir—. No veo bien... Si me descubren... Usted sabe, padre, cómo es esa gente...

De nuevo el cura apoyó su mano en el hombro y le comenzó a hablar lentamente, pero esta vez con una impaciencia contenida:

—Gaspar... mi buen Gaspar: no solo debemos procurar nuestra propia salvación, sino también la de nuestro prójimo. Si hacés lo contrario, cometés un gravísimo pecado. Estás pecando contra la caridad.

El sacristán trató de defenderse:

—Pero es que, padre...

El cura le cerró el paso con un gesto seco:

—No querrás condenarte, Gaspar, ¿no es cierto...?

Gimiendo, el viejo negó con la cabeza. El cura puso su otra mano sobre el hombro del sacristán y prosiguió:

—Ya lo dijo el apóstol: "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama, está siempre en muerte..."

Luego sonrió burlón:

—Y tú no querrás morirte para toda una eternidad, mi buen Gaspar ¿no es cierto?

El sacristán abrió inmensos los ojos y con un hilo de voz repuso:

—No padre, no...

—Entonces, harás lo que te dije, ¿verdad Gaspar...?

Esta vez la voz del sacristán fue un susurro doloroso.

—Sí padre... Sí...

8

Al día siguiente cesó el viento, pero la nube gris se mantuvo sobre el horizonte. Los médanos detuvieron su marcha a pocos metros de la casa de Flores, los lomos hinchados, como si satisfechos de tanto engullir, hubiesen decidido hacer la digestión durmiendo una larga modorra.

Al anochecer el Riojano llegó a la casa del carpintero en busca de noticias. José lo recibió en la entrada con el farol en la mano. Descendió del caballo y lo ató al poste de la piedra.

—¿Y el niño...? —preguntó el carpintero nervioso.

—Lo dejé comiendo... González lo cuida.

Aflojó la cincha y se echó el sombrero a la nuca. Luego agregó:

—Vengo por agua y comida...

—¿Agua y comida? Si hace más de dos horas salió Matias con la bolsa...

El carpintero y el Riojano comenzaron a caminar lentamente hacia la casa. El viejo se adelantó unos pasos con el farol.

—Entonces —reflexionó el Riojano—, nos cruzamos en el camino.

129

El carpintero se detuvo:

—¿Habrá ido por la quebrada? —dijo titubeando.

—No. Vine por la quebrada...

El viejo se rascó la barba y prosiguió su marcha desgozada.

—Entonces fue por El Alto.

Llegaron a la casa. La mujer los esperaba en la galería.

—¿Y el niño? —preguntó con voz temblorosa. Quiso llorar.

El carpintero la calmó refunfuñando:

—Está bien mujer... está bien...

—¿No le falta nada...?

El viejo la interrumpió con fastidio:

—Te he dicho que está bien... No te preocupés.

Poniéndole la mano en el hombro, el Riojano intervino:

—Tenga confianza... Todo saldrá bien... El niño está sano, muy contento; juega todo el día con González... Cuando se calmen las cosas podrá ir... quizá dentro de unos días.

Miró hacia el cerro y luego agregó:

—El agua no puede demorar... Si llega, bajarán en seguida. No hay peligro...

La mujer trató de contener los sollozos:

—Si yo estuviese allá...

El carpintero protestó, dulcemente:

—Está bien... mujer... está bien... Cuando te ponés cargosa es inútil hacerte ver razones...

La mujer se sonó la nariz ruidosamente con la orilla de la falda y continuó hipando durante un rato.

El Riojano dijo:

—Y... ¿cómo andan las cosas...?

El carpintero hizo un gesto neutro:

—Como ayer... No pueden saber nada todavía...

El cura, furioso... Amenaza al comisario con denunciarlo.

—La gente, ¿qué dice...?

—Decididos...

El viejo reflexionó. Luego hizo un gesto de "qué me importa".

—Bueno —agregó—, es decir, no todos...

El Riojano arrimó una silla y se dejó caer quejándose ruidosamente. Puso cara de comenzar a interesarse por lo que el viejo decía.

—Flores —prosiguió José— anduvo ayer protestando. No le gusta la cara que van tomando las cosas.

Durante un momento el Riojano estuvo pensa-



tivo. La mujer, aunque resignada, sollozaba de vez en cuando.

—¿Y el dinero...? —dijo como si no le importara.

La mujer intervino.

—Solo pudimos juntar trescientos pesos.

—Trescientos cincuenta —le corrigió el carpintero—. Vázquez prometió darnos cincuenta mañana.

El Riojano se restregó los ojos, defendiéndose de la luz del farol.

—¿Los tiene usted?

—Sí... sí —respondió con diligencia el viejo.

El Riojano bostezó.

—Será mejor que me los dé ahora.

Sonrió como si sus palabras no tuvieran importancia.

—Puede suceder cualquier cosa, es mejor que esté prevenido.

La mujer y el carpintero se miraron. El viejo hizo un gesto.

—Dáselos —dijo.

La mujer titubeó.

—Será mejor que esperemos hasta mañana. Esos cincuenta pesos...

Apresurándose el Riojano la interrumpió.

—No importa —dijo—. Es lo mismo...

El carpintero intervino:

—No faltaba más... Si llegase a pasar algo esta noche, no me lo perdonaría nunca.

En voz baja le dijo a la mujer:

—María, entregáale el dinero...

El Riojano estiró las piernas aliviado y se despe rezó encogiendo los brazos.

Luego, tratando de ahogar otro bostezo, dijo:

—Los cincuenta pesos los tiene usted, don José. Así puede ir comprando las cosas que vayan haciendo falta.

La mujer se dirigió al arcón y lo abrió. Durante un rato largo hizo ruido de papeles, vidrios y metales. Luego regresó con la plata, envuelta en un trapo negro. Piadosamente dijo al entregársela:

—Vea que a mi Cristóbal no le falte nada.

Estiró el envoltorio. El Riojano lo tomó metiéndolo luego en el bolsillo del pantalón:

—Descuide... descuide.

Detrás de la voz velada del Riojano, tintineaba una leve nota de regocijo. Poniendo los codos sobre la mesa el carpintero preguntó:

—¿Se vuelve esta noche?

—Después que coma algo.

Volvió los ojos a la mujer:

—Tengo hambre.

La mujer dijo con aflicción:

—Puedo hacerle una tortilla. También hay un poco de queso.

Sonriendo el carpintero trató de disculparse:

—Recién acabamos de comer... como no lo esperábamos...

—Da lo mismo... no soy exigente.

La mujer volvió a la alacena y sacó un plato. Cruzó luego en dirección a la cocina, pero antes de llegar al umbral se detuvo:

—José —dijo prestando atención—, viene gente por el callejón.

El carpintero y el Riojano se incorporaron nerviosamente. Este echó mano a la cintura y palpó la faja por detrás.

—Los perros ladran —repitió la mujer con voz descolorida.

Poniendo la mano en la oreja el carpintero se adelantó a la galería y escuchó.

—Creo... —trató de decir la mujer.

El viejo la hizo callar chistándola fastidiado. Un caballo se detuvo en el portón del fondo. El del Riojano relinchó. Temerosa, la mujer dijo:

—Espero que veás quién anda, viejo...

José pidió el farol y se adelantó por el patio. Dejando los platos sobre la mesa, la mujer siguió al carpintero. A poco andar, éste dio un grito, como si tanteara la oscuridad. Desde el portón le contestaron:

—Soy yo don José, Matías...

El viejo respiró. Desde el marco de la puerta El Riojano sacó la cabeza y preguntó cauteloso:

—¿Quién es?

—Matías —dijo la mujer.

—¿Quién?

—Matías...

El Riojano movió la cabeza comprensivo. Salió al patio. Cercana al portón la luz que lleva el carpintero se hamacaba marcando las sombras que se agrandaban y achicaban al ritmo de sus pasos.

—¿De quién es el caballo? —preguntó Matías mientras ataba las riendas.

—De él —dijo el carpintero señalando hacia la galería.

Matías anudó las riendas y ayudó con un quejido a rematar el nudo.

—Ya me decía —continuó—, fue él, entonces, a quien encontré por el camino. Me siguió un trecho. Cuando le grité, no me hizo caso y se volvió. En el rancho dejó la bolsa con comida y me vine. El niño estaba solo. González había salido...

El Riojano y la mujer llegaron. El Riojano miraba con desconfianza y ceñía los ojos haciendo pantalla con la mano. El viejo levantó más el farol y lo volvió a bajar cuando estuvieron cerca. Sonrió y dijo:

—Ahora estoy tranquilo.

Matias estiró la mano y se la dio a uno por uno.

—No me hizo caso cuando lo llamé, —dijo cuando llegó junto al Riojano.

—¿Yo? —preguntó éste.

—Lo seguí un trecho hasta que comenzó a galopar.

El Riojano torció la cabeza intrigado.

—Puede ser —dijo—. No me acuerdo...

Matias se sacudió la tierra de las mangas...

—Pero no tiene importancia —prosiguió—. Además por El Alto las piedras son tan grandes que impiden ver bien. Y a eso se agrega que ya era de noche...

El Riojano arrugó más la frente:

—¿Por El Alto?

Le quitó el farol al viejo con torpeza y alumbró la cara de Matias. Este parpadeó.

—No vine por El Alto —agregó encarándose algo confuso—. Vine por la quebrada...

Bajó el farol nuevamente.

—Entonces —tartamudeó Matias—, estoy confundido... Mejor dicho, lo confundí...

Los cuatro se dirigieron en silencio hacia la casa. Antes de llegar a la galería, el Riojano volvió a insistir:

—Digamé Matias, usted dice que yo lo seguí un trecho.

Un presentimiento lo paró en seco. Luego él mismo se contestó haciendo chasquear la lengua varias veces:

—Vine rápido. Tenía apuro por llevar el dinero...

—Entonces, ¿quién pudo haber sido...?

La voz de Matias sonó hueca. El Riojano levantó nuevamente el farol y descubrió la cara de éste. Tenía la boca abierta por el estupor. Lo miró fijo y agregó luego bajando el tono de la voz, como si

quisiera contagiarle la duda que a él también comenzaba a invadirle.

—Usted también cree... ¿no es cierto...?

Matias asintió como un sonámbulo:

—Me han seguido...

El carpintero preguntó nervioso:

—¿Quién pudo haber...?

—Todos prometieron no decir nada —intervino la mujer—. Flores... —El viejo se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Tenemos que saber —dijo apretando las mandíbulas.

Luego reflexionó.

—El comisario no puede ser. El sargento tampoco.

—Quién nos dice que no... —dejó escurrir Matias.

El carpintero negó rotundamente:

—Pacheco trajo la noticia esta mañana. Hasta ayer buscaban por el sur. El sargento le había dicho...

Sonrió comprensivo antes de terminar.

El Riojano respiró profundamente:

—De todos modos estaremos en guardia —dijo.

Estiró los dedos de la mano blandamente como un gato que se despereza y entregó el farol al viejo.

Entraron en la casa. La mujer sacó de la alacena un poco de queso y un pedazo de pan y se lo dio al Riojano:

—Para el camino —dijo.

El Riojano agradeció con un murmullo ininteligible. Luego pidió unas alforjas y un pellón. Volviéndose a Matias le dijo:

—En cuanto sepa algo, me avisa...

El carpintero vino con las alforjas y el pellón. El Riojano explicó:

—Ayer perdí un pellón en la cuesta...

Se echó las alforjas al hombro y agregó:

—Tengo que estar en el rancho antes de medianoche...

Volviéron a salir hacia la calle. Por el camino la mujer iba rezando en voz baja. De vez en cuando, la nerviosidad le hacía aflojar una que otra palabra de la oración.

Al llegar, el Riojano aflojó la cincha y puso el pellón. Acomodó la montura y cinchó fuerte, un poco hacia adelante. Se disponía a subir cuando alguien llamó en la casa. El Riojano sacó el pie de los estribos; Matias gritó:

—¿Quién anda...?

—Yo, Pacheco... —contestaron.  
—Acerquesé —dijo el Riojano.  
Pacheco llegó jadeando:  
—Ya saben... ya saben...  
La fatiga lo ahogó. Matías lo tomó de un brazo:  
—¿Qué es lo que saben...?  
Pacheco tragó saliva.  
—Donde están... El rancho...  
La mujer contuvo un grito. Buscó el brazo del viejo, antes de echarse a sollozar.  
—Hay que hacer algo —dijo el carpintero torciéndose las manos.  
Pacheco contuvo la respiración para poder hablar:  
—A la frontera... vayan a la frontera... El sargento dijo que vayan a la frontera...  
Dando un paso el Riojano preguntó sordo:  
—¿Quién fue? ¿Quién fue?  
—El sacristán... Siguió a Matías en la mula del cura... La partida recién saldrá a la madrugada...  
A Matías le reventó en la boca una maldición.  
—No pierda tiempo —dijo el Riojano.  
Este montó a caballo. Dejando de sollozar la mujer dijo:  
—Cuidelo bien al niño... En usted confío... Que Dios lo proteja...  
El Riojano taloneó el caballo. Antes de salir tuvo que agacharse para evitar una rama del naranjo.  
—Dentro de tres días los iré a buscar en la frontera —gritó Matías.  
La mujer lanzó un quejido y se apoyó de nuevo en el brazo del carpintero.  
Todos quedaron escuchando cómo los cascos del caballo sonaban sordamente en la colcha de arena fina, como si chapotearan algo blando y viscoso. Al cabo de un rato, el silencio y la oscuridad se tragaron todo rastro de ruido.

Poco después de la medianoche el Riojano llegó al rancho. Sobre la mesa ardía una vela. Por momentos la llama aguijoneaba el aire, despidiendo un humo negro. Las sombras, en las paredes, y en el techo, bailoteaban como reflejadas por la superficie nerviosa de un charco sucio.



El Riojano tiró el sombrero sobre un cajón y llamó:

—¡González!

No respondió nadie. Dejó las alforjas sobre la mesa y se dirigió a un rincón. Destapó las colchas de uno de los catres. La cabeza del niño apareció sobre la almohada. Dormía plácido, con los cabellos revueltos sobre la frente, como si flotase en un remanso de lentos remolinos.

Miró luego en los otros dos catres. Ambos estaban vacíos. Volvió. Dejó la bolsa sobre la mesa y salió, preocupado, por la puerta oeste. La oscuridad lo detuvo. Se dispuso a gritar de nuevo pero pensó que podía llamar la atención.

Entró en el rancho:

“Si González no vuelve dentro de un momento —se dijo— me llevo al niño y que él se las arregle como pueda”.

Nervioso, comenzó a acomodar las alforjas. Calzó el cuchillo en la faja y dobló varias mantas atándolas con tientos. Se disponía a tomar la bolsa con la comida, cuando sintió un ruido de pisadas. Se dio vuelta lentamente y puso la mano en el cabo.

González, apoyado en el horcón de la entrada, lo miraba con los ojos abiertos.

El Riojano respiró y quitó la mano de la empuñadura.

—¿Dónde estabas...?

—Caminando... afuera...

La voz de González era triste y monótona. El Riojano prosiguió:

—Hay que aprontarse... Nos vamos en seguida... Antes de la madrugada tenemos que ganar la frontera.

González lo seguía mirando como si escuchase sin comprender.

—El cura nos hizo seguir con el sacristán. Ya están sobre aviso. Pacheco trajo la noticia... Casi nos toman desprevenidos... Nos iremos hasta la frontera. Allí haremos unos pesos con el muchacho... Después ya veremos la forma de deshacerlos de él...

El Riojano levantó la cabeza intrigado. Recién cayó en cuenta que sus palabras se perdían. Arrugó el ceño. La desconfianza lo invadió:

—No podemos perder más tiempo —dijo.

González sonrió con una mezcla de amargura y estupidez. Con voz hueca agregó pausadamente:

—No... No nos vamos... El agua ya está cerca... Tenemos que esperar...

El Riojano se quedó inmóvil. Hizo a un lado la bolsa, pero no levantó la cabeza por temor a encontrarse con la mirada de González. Con jovialidad fingida dijo:

—¿Estás loco? Si nos llegan a prender saldrán a relucir muchas cosas... Vamos... no estoy para tonterías... Tenemos que apurarnos...

González volvió a repetir con firmeza:

—No... No nos vamos... El agua está cerca... Pobre gente... Nosotros somos su última esperanza...

El Riojano retrocedió un paso y levantó la cabeza...

"No me gustan sus ojos" —se dijo.

Hizo chasquear la lengua como si estuviese contrariado y agregó persuasivo:

—¡Eso sí que está lindo! Vos inventás el negocio... Me ayudás... Le metés todos los cuentos al muchacho en la cabeza y ahora me decis... ¡Vamos González! Yo no puedo perder más tiempo. Ahí tenés tus cosas...

Trató de avanzar a su encuentro, pero de un salto González corrió hasta el catre donde dormía el niño diciendo:

—Todo es verdad... Todo es verdad... El agua está cerca, muy cerca... Las gentes tienen que creer en algo... Se van a morir.

Esta vez el Riojano dudó antes de darse vuelta. Sentía la desconfianza en la espalda. Sin embargo haciendo un esfuerzo giró lentamente mientras se decía:

"Aquí terminamos la sociedad. Si no querés venir, mala suerte. No pienso dejar el pellejo en la cárcel..."

Mantuvo la cabeza fija, como si mirara a González, pero con los ojos recorrió los objetos que tenía a su alcance. Pensó primero en el cuchillo pero luego desechó la idea.

—González... González... Lo siento pero tengo que llevarme al muchacho...

Comenzó a caminar mientras hablaba. Al llegar al final de la mesa advirtió la botella que sostenía la vela. Luego miró una silla que estaba al alcance de su mano.

"Creo que está enfermo —se dijo—. Trataré de distraerlo con la silla primero. Después, la botella. Será suficiente. Si acaso me fallara, recién tendré

que usar el cuchillo. Así como así, no puedo despacharlo. Me está dando lástima..."

A medida que el Riojano avanzaba, González repetía con insistencia:

—Todo es verdad... No podrá durar mucho la seca... Ayer escuchamos cómo corría el agua bajo la tierra... Me dirás que no es cierto pero yo te digo que es verdad... La gente tiene que creer en algo para poder aguantar...

Había casi un tono de súplica. Las palabras eran dichas con jadeos, entrecortadas. Las respiraba, casi.

—Si Cristóbal se va, ellos creerán que el agua lo va a seguir... ¿Qué van a hacer entonces...? Hay que esperar... hay que esperar... falta muy poco...

El Riojano caminó nuevamente y se apoyó en la silla con una mano, mientras que con la otra se afirmaba en la mesa.

—González... —lo llamó—. ¿Estás enfermo...? ¿Estás borracho...? ¡Lo que decís no puede ser...!

Se pasó la mano por la frente y recién entonces se dio cuenta de que transpiraba.

Volvió a vacilar. Le costaba terminar las cosas de ese modo. Pero ante todo estaba en juego su libertad. Sabía muy bien que no podría vivir sin el aire de los caminos, que no podría vivir sin ejercitar su poder de despertar el miedo amodorrado en el fondo de todo hombre, ser dueño, por ese medio de sus libertades, así como era dueño de la suya. La posesión de "eso", así, en esa forma, lo llenaba de un vértigo, de una embriaguez de la cual vivía y de la cual sacaba siempre sus fuerzas para seguir viviendo, como una planta.

Por un momento pensó utilizar a González como lo hacía siempre. Luego cambió de parecer. González ya no era el mismo. Sentía su hostilidad en el ambiente, como si su voluntad chocase con la tela tensa de un bastidor invisible. González había cortado las amarras y se adhería ahora al niño, con la fuerza ciega e inconsciente de un parásito.

—Será mejor que te vayás solo, a mí no me pueden hacer nada —volvió a decir González.

El Riojano dijo:

—Así será...

Rápidamente levantó la cabeza y de una patada derribó la silla hacia adelante. La oscuridad se tragó las cosas. Esperó unos segundos, luego arrojó la botella en la dirección donde suponía que estaba González. El ruido de los vidrios rotos llenó la os-

curidad de salpicaduras. Esperó tratando de descubrir la respiración de González. El niño se despertó y comenzó a llamar angustiado:

—González... González... ¿Qué pasa...?

El Riojano sacó el cuchillo. De pronto un dolor agudo en el costado le obligó a inclinarse. El cuchillo saltó de sus manos. Se dejó caer a cuatro pies y trató de alejarse del lugar. Su mano chocó con un objeto resbaloso y agudo. Era el gollete de la botella. Pero en ese instante sintió sobre su cabeza el asesar de González. Estiró el brazo y se encontró con sus piernas. Se aferró con fuerzas a ellas hasta que logró derribarlo. Arrastrándolo buscó el cuerpo. Dos manos le apretaban el cuello. Apoyó el gollete en el vientre de González y lo hundió con fuerza. El niño comenzó a llamar. Las manos apretaron aún más. El aire comenzó a faltarle. La cabeza se le llenaba de luces mortificantes. Sentía a través del gollete cómo se rasgaban los hilos de la ropa. Luego la sensación cambió. La punta entró en algo blando, palpitante y comenzó a avanzar sin encontrar resistencia. Las manos se ciñeron aún más. Los ojos comenzaron a dolerle. Una oleada de angustia le hizo hundir el gollete, todo lo que pudo, pero éste no lograba abrir la carne para que la vida surgiera como una miel espesa. Tuvo la sensación de que nunca lo lograría y se abandonó a la corriente pesada que comenzaba a invadirlo.

10

Sobre el catre del niño, la partida encontró a González desangrado. El Riojano tenía el cuello roto. Cristóbal no hacía sino sollozar.

Los cargaron atravesados sobre los animales y descendieron luego por el cerro lentamente. Adelante iba el sargento, luego los dos caballos, llevando los cuerpos y, atrás de todos, el comisario cargando a Cristóbal en sus brazos.

Al llegar a la primera hondonada, el sargento detuvo a su animal, se paró sobre los estribos y miró hacia el oeste, por sobre los cerros:

—¡Qué hay! —gritó el comisario.

—Nada mi comisario. Me pareció ver un relámpago. Pero no...

—Seguí entonces...

139

El sargento se dejó caer sobre la montura con un gesto de desaliento. Cuando llegaron al paso del río, fue el comisario quien esta vez se dio vuelta. Comenzaba a aclarar sobre los cerros; la nube gris se levantaba lentamente. Como una culebra joven, el viento volvía otra vez a retozar entre las piedras levantando nubes de arena.

El comisario apretó los labios y dijo:

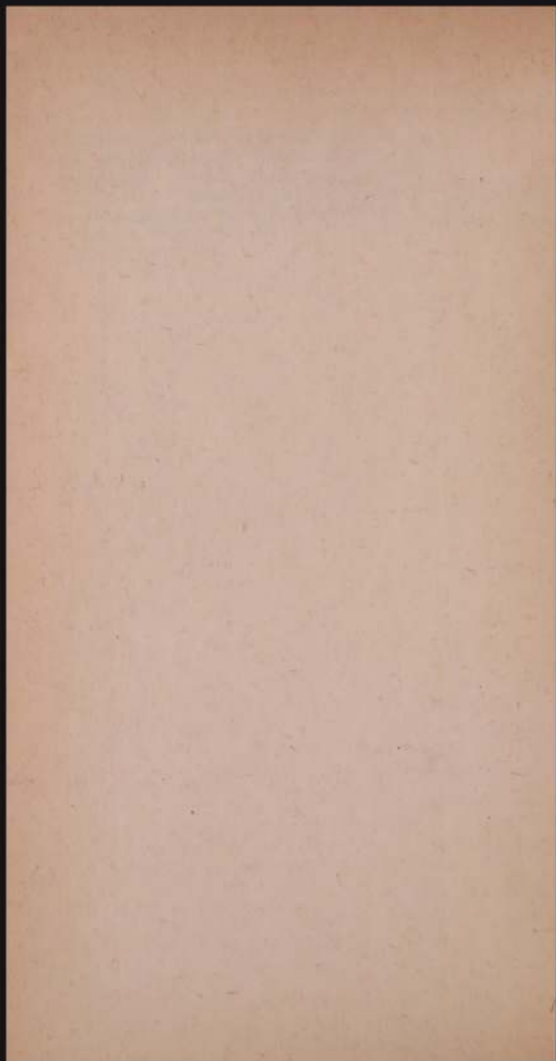
—Vamos...

Taloneó al caballo y lo animó con la rienda para que entrara en el vado muerto. Luego todos se perdieron detrás de las enormes piedras que salpicaban el camino.



## Las puertas del paraíso

*A la amistad de Enrique Anderson  
Imbert, Elisabeth Goguel, Roger La-  
brousse, Giovanni Turin, Jean-Louis  
Hebarre y Claire Staub.  
A mis compañeros de San Juan.*



El invierno está por llegar. El aire se ha puesto duro. Lo siento como una piel invisible encima de mi piel; una piel seca, suave, tensa.

Las huellas de los carros lentamente se van llenando de un polvo fino.

El camino me parece más largo que otras veces. Debo apurar el paso antes de que cierre la noche.

Allá veo que viene uno de los muchachos del maestro de escuela. Viene montado en su petiso doradillo. Voy a cambiarme al otro lado del camino para que no me detenga. Seguramente anduvo cazando cerca de la Quebrada. Me han dicho que allí hay muchas palomas...

Sí. Siento frío... siento frío... El frío me penetra a través de la manta y la oscuridad se cierra cada vez más...

*—¡Buenas tardes, mi hijo!... ¿Cómo?... ¡Ah, sí!... ¡Saludos a su papá y a su mamá...!*

¡Por suerte ya pasó! Va algo apurado... Ya caigo en cuenta: de seguro tiene miedo de que lo tome la noche en el descampado... Le deben haber contado cuentos de aparecidos, de espantos, de almas en penas...

Este frío que me aprieta los huesos... Sí. El aire está más duro y más seco... Ahora es como un cuero, un cuero invisible, un pergamino que no se ve y que contiene todas las cosas del mundo y a medida que se seca las va apretando lentamente... Y a medida que se encoge las hace cambiar de color: azul... rojizo... amatista... morado oscuro...

Después vendrá la oscuridad y las cosas desaparecerán en el aire. O mejor dicho, en el agua negra de la noche, un agua seca y dura que inmoviliza los álamos, el desesperado piar de los gorriones en las copas de los árboles, el silbido de los hilos del telégrafo...

Después todo desaparecerá...

En esta hora, a veces, tengo miedo de quedar pa-

ralizada en medio del campo, sola, sin poder llamar a nadie. Sí. Paralizada, sin poder gritar, ni ver. Únicamente con el oído como una ciega, como si el oído fuese un gran ojo lleno de sed que busca desesperado el ladrido de un perro, el canto de un gallo, o el grito lejano de un borracho...

Ahora veo pasar la hilera de álamos del campo de Sebastián Fernández. La luna se hace más débil.

¿Qué por qué no dejo El Paraíso, o mejor dicho, lo que fue El Paraíso y me voy a vivir con ellos?

Eso quisiera mi hermana. Manuel me lo repitió hoy nuevamente: que dejara todo y que me fuera a vivir con ellos... Discutimos... nos dijimos cosas muy fuertes. El, hasta llegó a insinuar que yo no estaba en el uso total de mis facultades mentales...

No. Yo no he inventado todo eso... Es la verdad... la pura verdad... Lo creo así desde niña, desde que descubrí el manantial ese día que salí a pasear con mi padre por los campos de El Paraíso...

En el ardor de la discusión, Manuel me ha dicho esta tarde, que yo los odiaba a todos ellos.

¿Cómo odiarlos a ellos, y tan luego a los chicos de la Luisita...?

No. No comprenden que tengo que cumplir con mi deber. Que debo quedarme hasta el último. Que *ellos* viven, que están dormidos solamente. Que cuando Su Voluntad ordene que despierten para volver a los huesos y a la carne todos deben estar prontos. *Ella* vive y yo debo cuidarla. En ella están enterrados todos los de mi sangre, hasta los más recientes. Debajo de sus costras todos los nuestros duermen. Sí. Duermen en medio de sus venas de agua, confundiendo sus almas en sus corrientes subterráneas. Es una espera, solamente una espera...

¿Cosas de vieja loca...? Quizá... Pero así lo creo...

¿Qué...? ¿No hay cielo...? ¿No hay purgatorio...? No, lo niego... Pero después de eso que llamamos la muerte, vamos a dormir en su seno. Es una espera. Una breve espera. Debajo de la costra dura de nuestra tierra, de la tierra que ha sido nuestra, entre las corrientes de agua clara, todos juntos circulamos como un gran cuerpo invisible. Sí, debajo de sus costras todos los que en vida tuvimos una misma sangre y aunque el odio nos haya

separado debemos aguardar el llamado de Su Voluntad. Sí. Todos juntos: los que son de nuestra sangre y los que por amor vinieron a nuestra sangre. Por eso la tierra no debe ser vendida ni abandonada a otros que no sean los de nuestra sangre. Porque entonces, todos ellos morirán y no habrán de escuchar Su Llamado...

¿Cosas de vieja loca...? Quizá.

Pero esta idea que me persigue y que es mi verdad, tiene que ser así y no de otra manera. Si no mi vida habría sido inútil, inútil mis sacrificios e inútil también aquella muerte...

¡Dios mío...! Sí. La muerte de Calisto...

¡Pero no puede ser! ¡Es verdad! Las cosas verdaderas nadie nos las enseña. Las conocemos, nos vienen así, de pronto, como un escalofrío, como una presencia, como un presentimiento, como la bocanada de un aire frío que sale de una mata húmeda y nos sorprende en el monte...

Así se apoderó de mí esa verdad en una tarde como la de ahora, al final del otoño. Habíamos recorrido con mi padre casi todo El Paraíso que entonces era inmenso y se extendía desde el cerro hasta el río. Me llevaba en su caballo, apoyada en su regazo. El andar del animal me iba amodorrando. A ratos sentía el olor fuerte de la crin sudada, el olor de las hierbas que comenzaban a despertarse al saber que llegaba la noche y el olor del cuerpo de mi padre, un olor hecho de olor a tabaco y de una flor que siempre llevaba en el ojal.

Al llegar al arroyo detuvo el animal y desmontó. Me tomó en sus brazos y me hizo bajar.

—Vaya a la orilla mi hija —me dijo—. Junte caracoles y piedritas para que juegue a la payana. Yo voy a ajustar la cincha...

Me alejé. El se quedó mirando el campo o la lejanía.

Remonté el arroyo hasta el sauce viejo. Allí comienza a enangostarse. Luego, se hace un hilo de agua y después desaparece bajo unas matas de berros.

El viejo Calisto nos había dicho siempre que no buscáramos el ojo de agua, el nacimiento del arroyo, porque quien lo encontrara podía perder para siempre su alegría. Y ahora me pregunto: ¿Acaso tenía razón...?

No sé si fue curiosidad lo que aquel día me impulsó a buscar el nacimiento del arroyo. Pero tam-



bién fue como un gran deseo, como una gran necesidad...

La mata de berro era de un verde casi negro en la orilla. A medida que se acercaba al centro se hacía más clara, casi amarilla. De pronto, se abrió dejando un pequeño descampado. Desde donde yo estaba no se alcanzaba a ver lo que había en el centro.

Comencé a avanzar. Confieso que por un momento tuve miedo. No. No fue miedo: fue un presentimiento el que me hizo estremecer.

Llegué al fin. El agua dejó de ser tibia. Un frío penetrante me mordió los pies.

Allí, en el centro estaba. Brillante, palpitando con un latido que no alcanzaba a romper la costra delgada del agua de la superficie.

No recuerdo en qué momento caí de rodillas y me acerqué lentamente a ese corazón transparente que latía arrojando grandes y silenciosas bocanadas que luego se diluían entre la arena y las matas de berros tiernos.

Entonces supe, como si esa ráfaga me hubiera soplado en el pecho, que *ella* estaba viva y que estaba viva porque nuestros muertos dormían en sus entrañas. El ojo de agua, su latido, era la señal evidente que todos ellos vivían en el seno de nuestra tierra transformados en algo único, en un solo cuerpo, invisible y delgado que circulaba por entre las viejas raíces, entre las piedras duras y las hojas podridas, lleno de amor... esperando que Su Voluntad ordenara regresar a la carne...

Y entonces comprendí mi destino. Tuve un miedo terrible. A mis espaldas sentí como un chasquido.

Di un grito y me volví. Era mi padre, que, a caballo, había llegado silenciosamente.

—Mi hija —me dijo con una gran dulzura— ¿qué es lo que hace así, de rodillas en medio del agua? Se va a enfermar. Cuando regrese a la casa apróntese a recibir los gritos de su madre.

Se bajó del caballo. Yo tiritaba, pero no de frío.

—¿Tiembla? —me dijo.

Respondí que sí con la cabeza. Me levantó en sus brazos y me puso otra vez sobre la montura. Luego subió de un salto, taloneó al tobiano y se dirigió hacia el sauce viejo.

Antes de llegar, una banda de pájaros huyeron despavoridos de sus ramas retorcidas. Mi padre se santiguó. Yo me apreté contra su pecho...

En esa piedra me voy a sentar un rato. Tengo que tomar aliento. Todavía tengo un rato largo de camino. Seguramente llegaré de noche. No cabe la menor duda. Si al menos pasara alguien que me pudiera acercar. Pero, a estas horas, ¿quién...?

No sé para qué me cuento todas estas cosas de mí vida si ya las sé de memoria.

¿Si volví al nacimiento del arroyo? Muchas veces. Pero en secreto para que no se enterara Calisto, ni mi madre, ni mis hermanas, ni mi hermano Fabián.

Iba —y siempre voy— como a una ceremonia secreta y todas las veces renuevo aquel voto de fidelidad que me prometí la primera vez. Yo sé que los tiempos están próximos y que debo tener paciencia. Cuando llego me descalzo lentamente; me ato el vestido arriba de la cintura y penetro en el agua. Y en el borde de la vertiente, caigo de rodillas. Y no sé por qué, cruzo las manos sobre el pecho.

Siempre voy al atardecer, o de mañana antes que salga el sol.

Al atardecer me quedo de rodillas hasta que me envuelven las tinieblas. Entonces pienso que he muerto, que estoy reunida con ellos en el seno de la gran oscuridad, que yo también circulo por entre las claras venas del agua latiendo con los impulsos de un misterioso corazón.

A la mañana, cuando sale el sol, siento como si me hubiesen devuelto la mirada; como si me extrajesen de la fresca oscuridad en que yazgo, donde está la gran vida y el gran sueño y me entregasen a esa llaga luminosa que son los ojos y arrancándome a un poder mezcla de roces secretos y fresca, por el cual puedo circular confundida, y muda, en medio de una ebriedad sorda como si fuese toda piel...

Si. Soy cristiana. Pero lo que creo y siento, no entraña pecado alguno. Por eso he guardado mi secreto hasta en la confesión. Y solo una vez, estuve tentada de contárselo al cura de Famaillá, pero me contuve y hasta ahora nunca pude explicarme por qué lo hice: fue esa noche cuando comprendí que él no me quería sino que codiciaba El Paraíso y que poseyéndome iba a poder entrar en posesión de mis tierras.

¿Cómo? Si. Me olvidaba. También a mi madre estuve a punto de confesarle mi secreto. Cuando fue atacada por el cólera, en su lecho de agonía, ella abrió muy grandes los ojos en un esfuerzo su-

premo para decirme algo. Quizá presentía que yo le ocultaba algún secreto en el fondo de mi corazón y quería saber que era. Pero la muerte se interpuso entre nosotras con su manotazo espeso y mis palabras apenas si lograron asomarse al brocal de su vida que se iba.

Y nunca más tuve deseos de hablar de esto con nadie. Ni aún con mi padre en los largos paseos a caballo que hacíamos por los campos.

Si. Salíamos al atardecer y volvíamos de noche. Siempre me contaba largas historias: quiénes éramos, de donde veníamos, los nombres de nuestros muertos, hasta los más antiguos cuya sangre tan solo era un doloroso gesto de la memoria empinándose para recordar. Repetía nombres y fechas, nombres y sucesos y cuando no se acordaba los días, los meses o los años balanceaba la cabeza tristemente.

El y el caballo transitaban y subían por una cuesta de años y dolores, de edades y sufrimientos hasta perderse en la memoria que se adelgazaba como un viento débil, como un susurro de hojas, como un dulce sopor.

Hablaba de su padre con un temblor en la voz. Y antes de contarme algo de su abuelo que había peleado con Crisóstomo Alvarez y que después de la batalla de El Manantial se había marchado a Jujuy primero y luego a Bolivia para siempre, hacía una pausa como si estuviera a punto de descubrirse. Por esa rama de la sangre nos venía la propiedad de El Paraíso que la abuela había cuidado hasta su muerte aguardando que el ausente volviera.

También me hablaba del otro abuelo, de su padre, que había peleado junto a Belgrano en el Campo de las Carreras y de un escapulario que encontraron después de la batalla y que mi madre guardaba en el arcón más viejo junto con las puntillas almidonadas, las randas, los deshilados, las flores secas del espliego y alguna cosa de coral.

Todos ellos, salvo unos pocos, estaban enterrados allí. Algunos habían regresado desde muy lejos tan solo para morir, como si respondieran a un llamado irresistible. Dormían en el cementerio, detrás de la capilla vieja que queda al final de nuestra tierra y que ahora está ahogada por los yuyos y las plantas parásitas y se derrumba lentamente como una horrible carie. Están enterrados allí. Y también sus sirvientes, los abuelos de Calisto, por ejemplo, que eran esclavos de la madre de la madre de mi abue-

la y que fueron liberados después que Belgrano entrara en Tucumán.

Eramos tres hermanas y un hermano; Merceditas, Amira, yo y Fabián. De Fabián ahora casi no me acuerdo. Era el menor de todos y murió también con el cólera como murieron mi madre y mi padre. Quedamos tan solo las tres hermanas. Yo era la que más edad tenía: 15 años. Merceditas estaba por cumplir los 12 y Amira no llegaba a los 10.

Todo pasó como en una pesadilla. Aún hoy me recuerdo escuchando el llanto de las dos más niñas.

¿Cómo comenzó esa maldición del cólera?

Había pasado la siesta en aquel día. Mi padre acababa de ensillar su caballo y Tomasa, la mujer que ayudaba a mi madre en los quehaceres de la casa, le servía unos mates en la galería.

Era verano. Hacía un calor sofocante. Mi madre iba y venía por los cuartos, la cocina y la galería con ese suave andar que tenía, sin hacer casi ruido como si se deslizase por caminos invisibles. Vestía una bata blanca y una pollera con pintas negras. Dejaba y traía cosas, sacaba agua del aljibe con un balanceo, con un dulce vaivén como si llevara el compás de una música que ella, sola, escuchaba en su memoria.

Desde el fondo, venía el ruido acompasado de un hacha que cortaba leña; el ruido, a veces, se mezclaba con el cacareo metálico de alguna gallina que acababa de poner un huevo.

Yo bordaba un deshilado en un gran bastidor de mimbre, hamaçándome de vez en cuando, en la vieja silla de Viena. Mercedes me espantaba las moscas con una pantalla de palma.

De pronto, sentimos un caballo en la tranquera. Era un jinete que se inclinaba con dificultad y sacaba la traba del portón. Luego, penosamente, se irguió en la montura.

—¡Adelante! —dijo mi madre dejando sus quehaceres.

El hombre empujó el portón con el caballo y penetró lentamente en el patio de tierra. Era delgado, tenía los ojos hundidos, la barba a medio crecer y llevaba un pañuelo negro atado al cuello.

Se bamboleaba en la montura como si estuviese borracho. Mi padre avanzó hacia el recién llegado. Este, se aferraba a la montura con las dos manos.



Había dejado las riendas sueltas sobre el pescuezo del animal.

Mi padre y el jinete se encontraron.

—¡Buenas tarde, amigo! —dijo mi padre con ese tono de firme llaneza que tenía siempre.

El hombre lo miró con sus ojos cavados. Estiró una mano pálida y sarmentosa y dijo con una voz que no parecía salirle de la garganta.

—¡Agua!...

Se inclinó lentamente hacia adelante y fue resbalando del caballo hasta caer al suelo de rodillas.

Mi padre gritó:

—¡Calisto! ¡Tomasa! ¡Rosario!... ¡Vengan...!

Mi madre dijo:

—¡Ay, Jesús! —y se llevó las manos a la boca.

Calisto y mi padre hicieron entrar al desconocido y lo pusieron en la cama de la Tomasa. Estaba pálido y tenía en la cara un rictus amargo, como si un dolor intenso le abrasara las entrañas. Las manos crispadas apuñaban las solapas de su saco con un movimiento rítmico, como si con ese movimiento fuera posible conjurar el dolor.

Comenzó a vomitar, un vómito negro verdoso y hediondo.

Mi madre dijo:

—¡Llaman al señor cura!

Calisto subió al caballo de mi padre y salió llevándose de las riendas al caballo del desconocido.

El enfermo dejó de vomitar. Había aflojado sus manos y respiraba con dificultad, casi con un ronquido.

Mi padre había hecho salir a mis hermanas de la pieza. Yo me obstiné en quedarme, pero mi madre me hizo una señal con la mirada para que obedeciera.

Antes de salir, recuerdo que vi a mi padre parado junto a la ventana y a mi madre sentada en una silla de totora, en la oscuridad de un rincón, desgranando lentamente las cuentas negras de su rosario.

Después de una hora, volvió Calisto con el cura. Se bajó del caballo, apurado y sudoroso. El párroco también traspiraba y se secaba a cada rato el sudor con un pañuelo a lunares blancos y negros que sacaba y escondía afanosamente en uno de los recovecos del bolsillo de su sotana.

Desde la ventana que daba al cuarto del enfermo, con mis hermanas, oímos pedazos de conver-



sación, ráfagas de palabras. Me acuerdo que mi padre insistió:

—¿Cólera...? ¿Cólera...? ¿Está seguro, padre, de que es cólera...?

Después escuché los sollozos de mi madre.

Entonces nos llamaron. Nos hicieron quitar las ropas y nos pusieron otras limpias. Nos hicieron tomar grandes cantidades de té de menta con pimienta. Tenía un gusto horrible pero Amira, por su gusto de contradecir las cosas siempre, dijo que era sabroso y que le gustaba.

Nos mandaron a vivir en las habitaciones de los sirvientes que quedaban en el fondo.

A la noche, lo supimos, mi padre y Calisto se llevaron cadáver del desconocido en unas angarillas, muy lejos, más allá de la capilla y lo enterraron.

Cuando regresaron comenzaron a quemar cosas: el colchón y la ropa de la cama donde había muerto el desconocido, la montura de su caballo, la ropa que el difunto llevaba y muchas cosas que ya no recuerdo, porque mi memoria se deshace y a veces veo los recuerdos como por entre bocanadas de niebla y humo.

Enterraron también otras cosas, como ser un jarro de plata en el que el desconocido bebiera antes de morir. El crucifijo que mi madre había puesto en los labios del agonizante durante sus últimos estertores, no fue enterrado sino quemado por consejo del señor cura.

Al día siguiente rezamos mucho, no me acuerdo cuanto, pero fueron muchísimas oraciones. Hasta mi padre vino a la rueda donde estábamos todos y en la cual no faltaba nadie. Estábamos de rodillas delante de las imágenes y de las estampas que mi madre tenía, algunas de las cuales aún conservo.

Mientras mi madre rezaba, nos miraba con una angustia creciente. Y también miraba a mi padre como si lo interrogara. Dejaba caer mecánicamente las palabras de la oración y se perdía en sus pensamientos. Luego, volvía en sí, y se lanzaba sobre nosotras despavorida tratando de descubrir en nuestros rostros, en nuestras miradas, algún signo del terrible mal que acaba de llevarse al desconocido.

Todos los atardeceres, a la oración, nos reuníamos a rezar. Aquella noche, al terminar el Segundo Misterio Glorioso, mi madre suspiró, se llevó la mano a la frente, se inclinó en la silla hacia adelante, con suavidad y se fue resbalando muy despacio. La

vieja Tomasa se dio cuenta que iba a caer y acudió a socorrerla. Mi padre la ayudó a tiempo.

Entre los dos la pusieron en cama. Ella abrió grandes los ojos, miró a mi padre y dijo:

—¡Brígido,... las niñas!

Después no la vimos más porque mi padre volvió a recluirmos en las habitaciones del fondo.

Desde la ventana vimos llegar al señor cura traído por Calisto. Luego, nos dimos cuenta que estaban quemando cosas, otra vez, tal como habían hecho con la ropa de cama y con todo lo que había estado cerca del cuerpo del desconocido que había muerto.

Mis hermanas no se daban cuenta de lo que estaba pasando, pero yo sí.

Tomasa no nos dejaba salir de las habitaciones del fondo para nada. Venía a traernos comida y a hacernos rezar. Cuando le preguntábamos qué pasaba, se hacía la enojada.

Yo me daba cuenta de lo que podía pasar, pero para no asustar a mis otras hermanas, no insistía mucho con mis preguntas.

Dos días más tardes, vimos que volvían a quemar colchones, sábanas, colchas y aún más: camas y sillas.

Esa tarde la Tomasa no vino a hacernos rezar. Calisto se encargó de traernos la comida.

Desde ese día, no vimos nunca más a mi padre. Mi hermano cayó enfermo y Calisto se lo llevó a las habitaciones de la casa. A la madrugada me despertaron unos golpes en la ventana. Era Calisto que nos hacía señas para que nos vistiéramos. En el patio, nuevamente, estaban ardiendo cosas.

Los caballos estaban ensillados.

—Nos vamos, niña —dijo Calisto.

—¿A dónde...? —le pregunté.

—Al monte —me respondió.

—Pero... ¿por qué? —grité.

—Tenemos que huir de la peste. Está causando estragos.

—Pero y papá, mamá, la Tomasa y Fabián —grité— como si no supiera nada de lo que había ocurrido.

Calisto bajó los ojos y murmuró sordamente:

—Usted ya sabe, niña. Trate de decírselo a sus hermanas.

Calisto revisó las cinchas de los caballos, ajustó los estribos a la medida de las piernas de cada uno,

nos hizo subir a todas y luego montó de un salto.

—Por el callejón —dijo—. Iremos por el callejón.

Rodeamos la casa para salir por el callejón. Las puertas y ventanas estaban cerradas. Algunas gallinas sueltas, picoteaban bajo el alero. Los perros nos siguieron con las lenguas acezantes y los trotes desganados.

Cuando salimos al callejón, me di vuelta para mirar la casa por última vez. Presentía que quizá no podríamos escapar a la peste.

Calisto se puso al frente para guiarnos. De rato en rato se volvía o se dejaba estar para ver si no necesitábamos algo.

Al pasar frente a la capilla vieja, se quitó el sombrero y se persignó. Cuando llegamos al cementerio se puso muy nervioso y nos hizo apurar el paso de los animales.

Antes de llegar al juzgado de paz, nos encontramos con un carro. El carrero estaba borracho. De pie entre la vara y la caja, se bamboleaba sacudido por los desniveles del camino. Al vernos, furioso, se puso a hacer restallar el látigo por encima de la cabeza de las mulas y a gritar:

—¡Castigo de Dios! ¡Castigo de Dios! ¡No va a quedar nadie! ¡Ni pobres, ni ricos! ¡Todos nos iremos al infierno! ¡Ya no hay ley, ya no hay ley! ¡El Juicio de los Justos y de los Malvados está próximo...!

Nos acercamos al carro. Me incorporé en los estribos para ver qué llevaba. Pero apenas vi que en la caja se amontonaban brazos retorcidos, piernas encogidas y manos crispadas me dejé caer en la montura y taloneé el caballo.

Senti que Calisto, al galope, se ponía a la par nuestra.

—¡A taparse la boca y la nariz, niñas! —nos gritó.

El carrero borracho lanzó una carcajada. Luego, dirigiéndose a nosotros comenzó a gritar de nuevo:

—No hay caso. No se salvarán. Nadie se salvará. Esto no es sino el comienzo. El Juicio de los Justos está comenzando. Nadie... ¡Ni ricos, ni pobres...!

El látigo volvió a estallar, esta vez sobre el lomo de las mulas que apuraron el paso haciendo crujir las maderas viejas y podridas del carro.

Amira lloraba en silencio. Merceditas me miraba aterrorizada como si de pronto hubiese comprendido todo lo que había pasado en casa.

Calisto nos dijo con voz temblorosa:

—No le hagan caso, niñas. ¿No ven que está borracho?

Apuramos los caballos. Pasado un rato, me fui quedando en el camino hasta que Calisto me alcanzó. Este vio lo que estaba haciendo y como no podía demorar su caballo, agachó la cabeza al mismo tiempo que tironeaba hacia adelante el ala de su sombrero.

Me puse a la par y caminamos un rato juntos, en silencio.

Antes de llegar a unas casuarinas, le pregunté:

—¿Y dónde lo has enterrado?

Calisto vaciló.

—En el cementerio, cerca de la capilla vieja —me contestó casi tartamudeando.

—¿Y la Tomasa?

—También...

Desde entonces no hablamos hasta encontrar a un grupo de gentes que venían huyendo de Famaillá.

Eran un hombre, una mujer joven y dos niños, uno de brazos y el otro que ya caminaba pero al cual el padre lo había cargado en hombros para poder andar más rápido.

Nos contaron que el cólera en Famaillá estaba haciendo estragos. El cura había muerto y no había quien administrara los sacramentos. La gente huía a los montes. Pocos voluntarios se ofrecían para enterrar los cadáveres. Los cuerpos quedaban insepultos hasta cerca de una semana y el olor se hacía cada vez más insoportable. Ya no se podía transitar por las calles pues las gentes se caían en las veredas atacadas por la peste.

Calisto saludó a los fugitivos y apuró los caballos con su arreador.

Amira comenzó a llorar en silencio. Yo hubiera querido hacerlo, pero no podía. Algo en mi interior, se había muerto para siempre, algo se había quebrado en forma definitiva.

Pensé que Calisto podía morir y también mis hermanas ser atacadas por el cólera y no tuve miedo de quedarme sola. Tenía una entrañable seguridad de que a mi no podía pasarme nada porque yo esta señalada para una misión: todos podían desaparecer pero yo no; porque yo debía quedarme para velar a los muertos que estaban durmiendo bajo la tierra de El Paraíso; no podía abandonarlos, no los debía abandonar; eran como crisálidas,

como desleídas crisálidas que aguardaban en su sopor, la orden de Su Voluntad.

De ahora en adelante, tenía que cuidar El Paraíso para siempre, hasta que otro de mi sangre viniera a relevarme. Mientras yo viva y vigile, ellos, debajo de la tierra de El Paraíso, vivirán.

Así sentí mi destino en esa madrugada fría, llena de polvo.

Calisto se adelantó para ponerse a la cabeza de las tres, antes de entrar en el monte. Los caballos comenzaron a chapotear una colcha de hojas podridas, plantas pisoteadas y helechos barbudos.

Mis hermanas se distraían viendo desfilar las cosas nuevas; se distraían con el grito repentino de una urraca, con el vuelo de un pájaro, con la aparición de una extraña flor que se balanceaba entre los brazos de un árbol viejo corroído por las plantas parásitas, surgiendo tímidamente como una recién nacida de una cuna hecha de musgos y líquenes babosos.

Cercano el mediodía y después de haber trepado más de tres horas, Calisto gritó:

—¡Alto!

Observó el camino, primero; luego, una picada que se abría a la derecha. Retrocedió unos pasos y de pronto dijo:

—Es por aquí.

Reanudamos la marcha por la picada. Las ramas eran muy bajas y los helechos comenzaban a cerrar el sendero. Hubo un momento en que tuvimos que agacharnos, cubrírnos las caras con las manos y dejar los animales a rienda suelta para protegernos de las ramas.

Bruscamente, los árboles terminaron y comenzó un pasillo de piedra. Miré hacia arriba y vi que un paredón de granito se elevaba como a unos 30 metros. Los caballos asentaban las patas delanteras con cuidado, evitando ponerlas sobre el lomo de los grandes pedregones con los que estaba sembrado el camino.

Finalmente, el pasillo se abrió de improviso y nos descubrió un claro, como una plaza o un anfiteatro. No tenía otra salida o entrada sino aquella por la cual habíamos venido.

Más tarde, descubrimos que por la pared de rocas que daba al sud corría un hilo de agua.

Calisto dio orden de desmontar. Desensillamos los caballos y los dejamos, a medio bozal, atados a unos arrayanes.



—Antes que llegue la noche tenemos que hacer una enramada —nos dijo Calisto.

Buscó un hacha y sacó dos machetes de las alforjas.

—Niñas —nos dijo— tendrán que ayudarme a cortar ramas.

*—Buenas tardes, señora... Bien, señora... ¿Y su hijo? ¿Volvió de Tafi?... ¡Qué lástima...! Hay que tener paciencia. Yo siempre lo he dicho... ¿Cómo?... No sé nada... He sentido decir, pero ya sabe usted como es la gente... ¿Mi hijo?... Está bien... Hace una quincena se quejaba de un poco de reumatismo... Es el tiempo... Seguro que ha de llover... Si... mi hijo de crianza... Hasta pronto, señora... hasta pronto... Ya le avisaremos...*

Es la viuda de Valdez. El marido ha muerto hace muy poco. Tiene un hijo en Tafi y no sabe cómo encontrarlo. La pobre necesita que venga a hacerse cargo de las tareas de su campito. Ella ya no puede más con sus várices... Yo estaba... ¿estaba...? Ah... sí... cuando nos pusimos a cortar ramas en el montecito de arrayanes.

El viejo con el hacha cortó dos horcones y otros palos más delgados. Con el cuchillo cavó los agujeros. Después de la siesta se detuvo un momento para comer algo. Al anochecer ya estaba lista la enramada. Hicimos un fogón cavando algo la tierra y rellenándola luego con piedras chatas que encontramos cerca del hilo de agua.

Comimos a la oración. Cuando terminamos, como Calisto vio que estábamos muy tristes, se puso a contar la historia del *encierro* como él le llamaba al lugar donde habíamos acampado.

Después, cada vez que nos veía preocupadas o recordando, tristes, todo lo que había pasado, nos contaba historias muchas de las cuales, me sospecho, habían sido inventadas por él.

Sí. Aprendí a distinguir la verdad de lo que él inventaba. Cuando imaginaba cosas, hacía largas pausas y entrecerraba los ojos como si el humo invisible de un cigarrillo le molestara y le hiciera arder la vista. Repentinamente tomaba de nuevo el hilo de su relato.

En cambio cuando contaba historias verdaderas, el relato era plácido, casi monótono quizá porque ya sabía todas y cada una de las cosas que iban a

ocurrir. Constantemente decía: "después... después..." como apoyándose en un bastón. Si el final era triste terminaba casi en un murmullo; pero, si era alegre, su voz era firme y el relato se cerraba con un ademán rotundo que le permitía a Calisto mirar orgullosamente a su auditorio, para gozar de la maravilla y del encanto que acababa de despertar y que brillaba aún en los ojos de todas.

Una de sus historias comenzaba cuando un peoncito huye de la montonera de Varela que iba a Salta. Nadie sabe cómo ni cuándo llegó a Famaillá montado en un caballo tobiano, flaco y crinado. Allí se ocupó en la finca de los Lazarte. Sabía hacer de todo: arreglar animales, arar, sembrar. Era taciturno y reservado. No tenía compañías, ni se le conocían mujeres. Era muy cuidadoso de su persona y cuando ganó el primer jornal, se compró ropa nueva. Después, se compró un caballo moro que estaba terminando de domar y que lo enseñaba a su gusto. Después del caballo, vino el apero y un cuchillo; y después desapareció con la hija menor de los Lazarte. Las partidas salieron a campearlo. Buscaron y revolvieron el monte, piedra por piedra y árbol por árbol. Un día, alguien vino con la noticia de que una tambera acababa de aparecer muerta. Otro, denunciaron que unos corderos habían desaparecido. Después fueron unas mantas. Una tarde, el peoncito se presentó de sorpresa en el almacén de los Fernández, cargó las alforjas, vació el cajón del mostrador hasta el último cobre, subió al moro y se perdió en la noche.

El padre de los Lazarte ofrecía cien pesos fuertes al que lo trajera vivo o muerto. Las partidas salían de Famaillá al amanecer y regresaban a la puesta del sol con los caballos reventados. Pero nada. Ni el muchacho, ni la niña, aparecían. Comenzaron a decir que el santiagueño tenía un pacto con el diablo. Después dijeron que era el diablo o un alma en pena que se había robado la muchacha.

Lo mejor de todo esto, era que las partidas no podían descubrir humo en el monte durante el día, ni de noche veían brillar fuego alguno. Hasta los más valientes comenzaron a tener miedo y abandonaron las partidas.

El viejo Lazarte, maldiciendo y gritando, dobló el precio de la recompensa, pero todo fue inútil: uno a uno, los hombres fueron desertando. Lazarte maldecía su edad y el no haber tenido sino hijas

mujeres. Una mañana, sin que nadie lo advirtiera ensilló su caballo y se largó al monte. Lo encontraron al día siguiente, caído al pie de un cebil añejo que tenía el tronco partido por un rayo. El caballo pastaba tranquilamente por las inmediaciones y cuando se llevaron a su dueño en unas angarillas, rígido y frío, y con los ojos abiertos, el animal escapó a los lazos y se largó al monte a pesar de los esfuerzos de los peones.

Amira le preguntó a Calisto:

—¿Y el peoncito? ¿Qué se hizo?

Calisto se levantó, la tomó de la mano y nos pidió que lo siguiéramos. Se dirigió a un costado del encierro, apartó unas malezas y aparecieron los restos podridos de unas maderas.

—Si no se conoce la entrada del encierro —nos dijo— se puede vivir aquí tanto tiempo como vivió la hija de Lazarte.

—¿Y...? —exclamó Mercedes angustiada.

—¿Y...? —repitió Calisto—. Un día, la muchacha apareció en la casa de sus padres. Era madre de tres hijos. La madre y las hermanas la recibieron llorando. Pero ella no contestaba las preguntas. Se fue consumiendo poco a poco de tristeza. Por las tardes se sentaba en una hamaca de mimbre y miraba, como ausente, con dirección al monte. Un día, la encontraron muerta.

—¿Y el hombre...? —dijimos a un mismo tiempo las tres.

—Nada se supo. La hija de Lazarte no abrió jamás su boca para contar lo que había ocurrido. Quizá el único que lo supo fue el cura que confesaba a la pobre de cuando en vez. Las gentes se pusieron a hablar y a suponer: unos dijeron que él se había ido a Bolivia; otros hablaron de que ella lo había muerto para vengarse. Nunca se sabrá. Quizá el monte se lo tragó como se traga a tanta gente. Algún día aparecerá el esqueleto entre unas ramas podridas o alguien descubrirá su calavera en medio de una mata de hongos venenosos, de esos que son blanco con una aureola rosada en los bordes y que siempre suelen crecer donde hay o donde hubo carne podrida...

Pobre Calisto. En sus últimos años, antes de que muriera por el tiro que recibiera de uno de los hombres del Francés, ya la vejez lo hacía desvariar. Un mes antes que se precipitaran las cosas, lo sorprend

de pie, sobre la tierra que acababa de sacar de una zanja. Miraba el horizonte hacia el sur fijamente. De rato en rato, se cubría la cara con las manos como si estuviese rezando o como si lo agobiase un cargo de conciencia. Luego, volvía a mirar el horizonte.

Hacia muchas semanas que no llovía. Estábamos ya en uno de esos meses polvorientos de fines del invierno, cuando la tierra de los caminos que levantan los animales y los carros, se queda detenida a cierta altura como una niebla emponzoñada.

Los animales clamaban por agua. Las gallinas tenían un cacareo que más parecía un jadeo. Los perros se echaban, se levantaban, iban y venían y se tiraban a la sombra de cualquier árbol como si se hundieran en un charco de agua fría.

Después del mediodía los bichos lanzaban unos chasquidos de sed entre las ramas reseca de los árboles que se retorcian sumergidas en la luz sucia de la siesta.

Calisto estuvo de pie sobre el montículo de tierra hasta la caída de la noche. Luego, como una sombra, se escurrió hasta el fogón de la cocina para que las mujeres le dieran algo de comer. Cuando yo llegué, tenía los ojos ensombrecidos. No se puso de pie cuando me vio llegar. Por el contrario siguió rumiando su pesadumbre, mirando como si algo se le hubiese perdido por el suelo.

—¿Qué estamos haciendo, viejo? —le pregunté.

El me esquivó la mirada.

—A las doce no has venido a comer —agregué tratando de ganarme su confianza, pero él fue a sentarse en un rincón.

Una de las mujeres le alcanzó un plato con un poco de guiso.

—Tiene que comer, don Calisto— le dijo.

El viejo la miró fijamente y, como saliendo de sus cavilaciones, le respondió con voz hueca:

—Me estoy poniendo viejo. Ya no sirvo. No tengo las mismas fuerzas de antes cuando podía mandar a las nubes con el pensamiento...

Y volviéndose hacia mí, me dijo:

—Por eso esta seca va a durar mucho más tiempo que las otras.

Le noté un brillo extraño en la mirada. Había perdido ese relámpago imperceptible que él tenía. Y su sonrisa, también carecía de ese aire salvaje y cruel. En cambio, su rostro trasuntaba dulzura, mansedumbre y quizá resignación.



Un día, a la oración, Calisto llegó agitado. Habían pasado tres meses desde que dejáramos la casa.

—En El Paso me han dicho que la peste ha comenzado a ceder —nos gritó agitando las manos—. Mañana bajaré hasta Famaillá y, si es verdad, regresaremos.

Esa noche, no pudimos dormir. Nos mirábamos las caras enrojecidas por las llamas del fogón. Me imaginé que mis hermanas pensaban lo mismo que yo.

—¿Qué habrá pasado? —me atreví a preguntar tímidamente.

Hubo un silencio hondo y acongojante.

Después de un rato Amira se atrevió a preguntar:

—¿Quiénes estarán vivos todavía?

Era una forma de decir: “¿A quiénes no volveremos a ver?”

Me acordé del manantial. La llama del candil me trajo a la memoria su pupila viva que expulsaba el agua a golpes de latidos. Y tuve miedo que hubiera cesado de latir. Hubiera sido terrible. Si por desgracia ello ocurriese, mi misión ya no tendría sentido; todos los que dormían bajo la tierra de El Paraíso estaban perdidos para el Día de los Justos.

Me tranquilicé diciéndome que no era posible. Que las tres íbamos a casarnos muy pronto, que íbamos a tener hijos. Cuando mi hijo fuese mayor y pudiera comprender le contaría todo, le confiaría mi secreto. Ellos, así, no quedarían abandonados y muertos en verdad para siempre.

A la madrugada, despiertas aún, escuchamos los cascos de los caballos que Calisto preparaba en el corral del *encierro*. Me levanté angustiada y fui a su encuentro.

—Podemos volver— me dijo jadeando.

Corrí donde mis hermanas y comenzamos a arreglar nuestras cosas.

Calisto sacó la mula de carga y le puso los fardos y las alforjas. Comimos algo y luego comenzamos a descender lentamente.

Cuando nos alejábamos del *encierro* el miedo me apretaba la garganta. Sentía como si el cerco de piedra nos protegiese de algo misterioso, del dolor y la muerte. Un vago presentimiento me decía que allí podíamos vivir para siempre, que el tiempo estaba detenido. Ahora nos lanzábamos a la incertidumbre de nuevo.

Por el camino traté de recordar los rostros de la gente amiga y de los conocidos, de mis padres, de los otros muertos y de los vivos o mejor dicho de



los que quizá estuviesen vivos y de aquellos de quienes tenía la certeza de que habían muerto.

Pero no los podía recordar con precisión. Los sentía, más bien como una presencia invisible.

Encontramos al ciego Carranza antes de llegar a Famaillá. Por un costado del camino venía picando el suelo con golpes menudos y nerviosos como si estuviese pescando en un remanso barroso y lento.

Al escuchar los pasos de nuestros caballos el ciego se detuvo. Sus ojos lechosos se revolvián en las órbitas y de rato en rato pestañeaba.

—¡Carranza! —le dijo Calisto—. Nos han dicho que la peste ha cedido.

—Así dicen —le contestó el ciego— ¿Quiénes son ustedes?

—Calisto con las hijas de Brígido Madero, de Río Colorado.

—¡Ah! —dijo el ciego bajando la cabeza. —Me han dicho que él y su mujer han muerto. Y también su hijo varón... ¡Pobre gente...! ¡Pobre de nosotros...!

—Vengo con las niñas —agregó Calisto—. Regresamos a El Paraíso y queríamos saber si el cólera ya ha cedido del todo.

—Así dicen —balbuceó el ciego—. Hace unos días que ya no se muere la gente.. Tampoco hay nuevos enfermos... Pero...

El ciego se detuvo. Vacilaba.

—¿Pero...? —lo urgió Calisto.

—Nadie sabe... nadie sabe... —prosiguió sentencioso Carranza—. Es tan traicionera... Dicen que en Monteros todavía hay enfermos... En Simoca se sabe de varios casos...

Hubo un silencio contenido.

—Puede volver... puede volver... —dijo el ciego meneando la cabeza—. Quizá no hayamos pagado todavía los crímenes que cometimos contra los pobres paraguayos... La peste viene del Paraguay donde se pudren miles y miles de inocentes...

En esto tenía que terminar esa guerra... La peste puede volver... puede volver...

El ciego levantó los brazos al cielo.

Calisto dijo:

—¿Entonces será mejor que volvamos al monte?

El ciego bajó los brazos y dijo apesadumbrado:

—Es lo mismo... es lo mismo... Si está escrito que hay que morir lo mismo da en el monte que en

un rincón de la casa. Nadie sabe los designios de Dios... Hay que arrepentirse... hay que arrepentirse de los crímenes que cometimos en el Paraguay.

El ciego Carranza inició de nuevo su camino mordiéndolo tercamente las palabras:

—Hay que arrepentirse... hay que arrepentirse de los crímenes que hemos cometido contra los pobres paraguayos...

Calisto se quedó pensativo mirándolo alejarse.

Luego dijo:

—¡Vamos, niñas!

Dos cuadras antes de llegar a El Paraíso nos salió al encuentro nuestro perro Fideo. Estaba flaco, sucio, y la sarna le había comido una buena mata de pelo en el lomo.

Meneando la cola se nos acercó ladrando.

—¡Fideo...! ¡Fideo...! —gritamos las tres.

El pobre daba saltos y se paraba en las patas traseras. Trataba de repetir las gracias que le habíamos enseñado. Detuvimos los caballos y ya nos íbamos a bajar cuando Calisto nos gritó:

—¡Cuidado, niñas! Está sarnoso. Primero habrá que bañarlo con lejía.

Reanudamos la marcha mientras le hacíamos cariño desde lejos.

Nos detuvimos frente a la casa. Había un aire de desolación, tristeza y abandono que nos dejó acongojadas. La galería estaba llena de hojas y de ramas muertas que el viento había ido acumulando aquí y allá. Una ventana estaba entreabierta.

En las ramas de los árboles del patio no se veía ningún pájaro.

La silla de Viena estaba abandonada bajo el alero. No sé por qué tuve la impresión que se movía imperceptiblemente.

Con el caballo, Calisto empujó el portón de la tranquera y entramos en el patio. Un largo rato nos quedamos todos callados. Luego Calisto dijo lentamente:

—Hay que limpiar...

Descendimos y caminamos en silencio. Al querer subir las gradas de la galería, una telaraña que flotaba en el aire me dio en la boca. Era una telaraña larga y babosa que se retorció en el aire como si estuviese viva. Un golpe de viento me pegó otro poco en una de las mejillas. Era fría, untuosa, viscosa como una piel abandonada de alimaña. Traté de limpiarme pero las hebras se me pegaron a la cara aun

más. Tuve que quitármelas refregándome con la manga de mi bata.

Sin saber cómo me encontré arrinconada junto a una de las ventanas. Levanté los ojos y vi que todas las vigas estaban cubiertas de telarañas, de enormes telarañas que se balanceaban lentas y voluptuosas, que se abandonaban en el aire de la galería como si flotaran en un agua transparente, terriblemente transparente, un agua emponzoñada por un veneno desconocido y sutil.

Calisto empujó una de las puertas y la madera crujió con un quejido que resonó en las oquedades de los muros. Una lluvia fina de carcoma comenzó a caer desde el dintel.

—Tenemos que sahumar todo esto —dijo Calisto retrocediendo con aprensión.

Nos hizo juntar las hojas que había en el patio y en la galería. El trajo algunas ramas secas y otras verdes. En diferentes partes las amontonó y luego les prendió fuego. Luego abrió puertas y ventanas. El humo lo invadió todo; era un humo blanco, lechoso, ácido. Me fijé en las grandes telarañas de las vigas. Comenzaban a retorcerse como si agonizaran entre estertores.

Mi hermana Amira tosió. Corrí hacia ella y una bocanada de humo me dio en los ojos encegueciéndome. Abrí la boca y tragué una bocanada. Tenía un gusto acre a madera pero también a menta.

Anoticiadas de que habíamos llegado, las gentes de los alrededores comenzaron a llegar a El Paraíso.

Las mujeres vestían de negro pues no había quedado casa en donde la muerte no hubiese descargado su golpe fatídico y traicionero.

Mis hermanas y yo, las recibíamos en la galería. Llegaban, saludaban dándonos las manos y las de más confianza nos abrazaban y besaban. Después se sentaban a llorar largamente, suspirando, sollozando para tomar aliento, moviendo la cabeza de un lado para otro.

Pasado un rato se calmaban, se secaban los ojos velados por las lágrimas, el humo de las hogueras volvía a encenderse y la hoguera estallaba devorándose las ropas humildes, los pobres enseres y en ocasiones hasta el mismo rancho. Todo dependía del número de personas señaladas por la peste.

Y quedaban las viudas y los huérfanos, las lágrimas y el recuerdo de los que habían muerto injustamente, lágrimas y recuerdos que habrían de reno-

vase todos los años para el dos de noviembre, o cuando un ángelus sorprendiera al deudo, caminando en medio de los campos, lejos del hogar.

En La Reducción alguien había dicho que el mal estaba escondido en las copas de los naranjos. Algunos pensaban que eran los pájaros; alguien dijo que eran las arañas o extraños insectos de los que todos terminaron hablando pero a los cuales nadie había visto. Sin embargo, podía presentirse la presencia del mal; era siniestra, invisible y daba escalofríos a todo aquel que pasaba cerca de un naranjal.

Para ahuyentar el mal, se hizo humo entre las quintas. Primero, un humo negro y espeso; luego, otro liviano y blanco con madera de quebracho y champas húmedas.

Pero la *presencia* seguía en las copas de los naranjos, posada como un pájaro invisible y maligno.

Y estallaron los incendios en los naranjales. Entre las llamas, los árboles se retorcian como garras y solo cuando todos los árboles fueron quemados la gente se tranquilizó. Pero tan solo fue por un tiempo.

Alguien, entonces, comenzó a sospechar de los perros. Por la forma como miraban con sus ojos tristes, húmedos, siniestros, no había duda; eran ellos los que trasmitían la peste. Sí: en el fondo de los ojos de todos los perros había un brillo maligno; era como si desde el fondo de los ojos de los perros otra criatura mirara el espectáculo de la desolación que dejaba la peste y se regocijara...

Y las gentes comenzaron a dar muerte a los perros, a ahorcarlos, a cazarlos a tiros con escopetas y carabinas para luego enterrar sus cadáveres o quemarlos lejos, muy lejos de los lugares poblados.

Y no faltó alguien que viera cuando se quemaba el cuerpo de un perro, salir entre las llamas y el humo de la hoguera, algo ligero como una sombra, color acero, que se desvanecía en el aire.

Los pocos perros que consiguieron salvarse huyeron al monte. Algunos fueron escondidos por sus dueños aun a costas de sus vidas. Pero el terror llegó a tal punto, que los mismos dueños, finalmente, dieron muerte a los animales que habían escondido.

La persecución se extendió al monte y duró semanas tras semanas. Los perros se hicieron cimarrones y huyeron a la espesura y nunca jamás volvieron a las casas donde, con el pelo erizado y las orejas gachas, presentían la presencia de la muerte.

En casa, Fideo desapareció misteriosamente y solo



apareció cuando nosotros volvimos. Había perdido la cola y de contento movía un muñón.

Era la señal de que el miedo había pasado.

Al día siguiente de nuestra llegada fui al manantial. Me acerqué temblando. El ojo de agua estaba allí, oculto por los berros y las plantas: golpeaba con su corazón transparente sus silenciosos latidos.

Metí la mano en el centro y dejé que la acariciaran las bocanadas frías que surgían del centro de la tierra. Sentí la presencia de todos ellos, de los que *dormían* en el pequeño cementerio al fin de la alameda. Todos estaban allí, al alcance de mi mano, lamíéndome la piel. No. No era un sueño, un fantasma enfermizo creado por el miedo a la soledad, como me dijo Manuel, en la discusión que hoy tuvimos.

Ellos quieren que deje todo y me vaya a vivir con ellos, con los hijos de la Luisita.

Sé que en el fondo piensan que estoy loca, aunque le den vueltas a las palabras. Creen que no es verdad, que no tengo ninguna misión que cumplir.

Sin embargo, puedo asegurar que aquel día, y en muchas otras ocasiones después, he sentido la presencia de *ellos* en el corazón del manantial.

¡Loca, yo...! Porque vivo con el pobre *Niño*, ¡loca yo! No saben que él será el testigo y es parte de la señal que he recibido. Ese día él hablará para dar testimonio.

¿Que todo habrá sido inútil? ¿Inútil...? ¿Inútil...? No... No puede ser...

Si el Francés me dio unos pocos metros de tierra después de haberme quitado El Paraíso, es por algo. ¿Quién me dice si detrás de esa acción no se encuentra la mano de Su Voluntad?

¿Loca yo...?

El agua habrá de volver. Si ahora está seco el manantial, después de lo que ha sucedido, no es más que una prueba que El me envía. El quiere probarme, El quiere saber si soy capaz de ir hasta el fin.

¡Sí! ¡Soy capaz de llegar hasta el fin!

Yo sé que el agua habrá de volver. Yo sé que el *Niño* hablará ese día, el Día de los Justos como decía el ciego Carranza. ¡Yo sé que todo esto es verdad!

¡Tiene que ser verdad! ¡Tiene que ser verdad!

¡Pobre Amira! ¡Pobre Manuel! No comprenden nada. No pueden comprender.

Pero yo soy la culpable, ¡únicamente yo! Jamás debí confiar este secreto a mi hermana. Aunque aho-



ra no sé si fui yo quien se lo confesó o fue ella la que me sorprendió.

¡Pobre Amira! ¡Pobre Manuel! ¡Atado siempre a sus monedas, a sus mercaderías, a su almacén, a sus pequeñas cosas!

Es incapaz de comprender mi verdad. Porque es una verdad y no un sueño.

¡Si fuera un sueño, Dios mío, todo habría sido inútil...!

Cuando pasó el miedo, nos dimos cuenta que faltaban hombres para hacer los trabajos.

Había que arar, pasar las rastras, amontonar los yuyos y prenderles fuego y recién sembrar.

Era mucho. Además de Calisto, solo contaba con tres peones. Le dije que me enseñara a manejar las mulas. Yo iba a hacer el trabajo. Además, era la mayor de todas, una señorita casi.

Calisto se rió:

—¡Tan luego usted, niña! —me dijo.

—Sí. ¡Tan luego yo! —le contesté.

Y me dirigí al corral. Calisto me siguió esperando que desistiera, que hubiera sido tan solo un capricho mío.

Me ayudó a separar una yunta de mulas aradoras que nos había servido de cargueras para ir al monte. Con paciencia me fue mostrando, luego, como se le ponían los arneses y como se ataba la rastra.

Nos fuimos a los cercos y comencé mi tarea. Al principio perdía el equilibrio y me caía de la rastra. Calisto me enseñó como hacer para no perder pie y a esquivar los lomos y los bultos menores como si fuese en una barca y la tierra ondulase movida por olas espesas.

Me costó mucho aprender a caminar por entre los terrenos húmedos. Detrás del arado había que conducir la mancera y no apoyarse en ella. Llevarla de un lado para otro, suavemente cuando la reja se desviaba; al mismo tiempo había que ver la tierra que salía de ella, el tamaño de los terrones para esquivarlos. Con respecto a estos últimos, casi era una cuestión de intuición; llegué a adivinar lo que salía de la reja para poderme mover con facilidad y caminar con soltura detrás del arado. Cuando aprendí esto, las cosas fueron más fáciles. Me recogí el pelo con un pañuelo grande. Me puse un sombrero de paja. A la mañana temprano no era nada. Pero las cosas cambiaban a medida que se acercaba el mediodía.

Después de enseñarme como hacer las esquinas, una vez terminado un surco, Calisto me dejó sola.

Me dejé ir embriagada por una sensación nueva: la de rasgar la tierra, la de sentir como el acero iba partiendo suavemente la costra dura y dejaba al descubierto una entraña suave, húmeda, negra, como de terciopelo, casi aceitosa, palpitando todavía en los gusanos que quedaban al descubierto, en las raíces tiernas y jugosas, en las alimañas partidas por la cuchilla que se retorcian a la luz del sol.

El sonido del acero rasgando la tierra, el sonido aceitoso me llegaba a la mano a través de la manquera. La madera con su sonido secreto me producía un goce secreto.

Entonces pensaba en ellos, en su sueño, en las corrientes que los unía a través de las innumerables venas de agua.

El miedo de la peste volvió inesperadamente. No hubo señales de que el mal hubiera recrudecido sino en la imaginación de algunas gentes. Pero el miedo se propagó como una corriente eléctrica.

Las cosas comenzaron con la llegada de unas familias italianas que habían comprado tierras cerca de Famallá. Eran más de treinta, sin contar los niños. Acababan de labrar la tierra y de sembrar verduras y hortalizas.

Alguien, en alguna casa, cayó con fiebre.

Entonces estalló el miedo y se extendió peor que la peste.

También alguien dijo que el enfermo había comido verduras compradas a los italianos. Se formó una comisión de vecinos para entrevistar a los quinteros y pedirles que arrancaran las verduras que habían hecho renacer la plaga.

Cuando los hombres de la comisión llegaron a las quintas, los padres de las familias italianas salieron a recibirlos. En su media lengua los invitaron a pasar pero la amabilidad se les congeló ante la hostilidad sorda de los miembros de la comisión.

Se pusieron a llorar cuando se enteraron que la gente quería que arrancaran sus sembrados y quemaran las plantas. Algunos se golpeaban las frentes con las manos; otros hacían grandes ademanes y hablaban en su idioma olvidándose que no los entendían. Los hombres de la comisión se pusieron firmes; dieron un plazo a los italianos y se marcharon.

Cuando se cumplió el plazo, volvieron. Pero cuando quisieron atravesar el portón de la entrada de una de las quintas, sonó un tiro de escopeta y uno de los hombres de la comisión cayó por tierra.

La gente volvió con armas, pero ya no había nadie en las casas de los italianos: habían huido.

Entonces, los hombres se pusieron a arrancar las plantas de verduras con las manos hasta que trajeron arados y rastras. Hicieron una parva enorme, la mezclaron con paja seca y luego le prendieron fuego. La paja ardía pero las hojas húmedas de las verduras ahogaban el fuego. La parva se convirtió en un enorme vellón de humo blanco, sofocante y espeso que terminó por apagarse.

En vista que no podían hacer la parva decidieron enterrarla.

Cavaron una zanja profunda y allí fueron echando los restos ennegrecidos. Luego los cubrieron con tierra.

Cuando estaban a punto de marcharse, volvieron a escucharse disparos de escopetas. Los hombres recogieron sus armas y se dirigieron hacia los árboles desde donde habían venido los tiros.

De pronto uno de los italianos salió de entre los árboles gritando en su idioma, como enloquecido, algo que nadie podía entender.

Del grupo de los hombres alguien disparó con un arma. El italiano abrió los brazos y cayó de espaldas.

Se produjo un silencio amenazador. La gente esperó un rato largo porque temían que en los árboles estuvieran apostados otros italianos. Después se acercaron temerosos.

El italiano estaba muerto. No lo quisieron tocar y allí lo dejaron porque uno dijo que podían contaminarse con la peste.

Por la noche, los gringos que merodeaban las casas debieron de enterrarlo porque al día siguiente el cuerpo del italiano ya no estaba donde había quedado tirado.

Vinieron los de la policía y comenzaron a investigar. Pero cuando supieron que las verduras transmitían la plaga, arreglaron las cosas y se fueron.

De pronto, todos se olvidaron de lo que había pasado; el miedo y los deseos de venganza desaparecieron comidos por la curiosidad que despertaba el ingenio nuevo que comenzaron a construir a unos kilómetros al sur de la villa.

Primero levantaron altas murallas de ladrillos. Luego techaron enormes galpones. Finalmente, y con mucha paciencia, fueron haciendo una chimenea tan alta que parecía que iba a perderse en las nubes.

Las maquinarias llegaron cuando todo estuvo concluido. Las trajeron pieza por pieza en carros tira-

dos por tres y cuatro yuntas de bueyes. Los carros se bamboleaban con el peso de los cajones inmensos, de los enormes fierros que hacían crujir las cajas de los carros obligando a los pobres animales a emplearse a fondo.

Pero con el ingenio vino otra desgracia: comenzamos a plantar caña y nos olvidamos de los otros sembrados.

En la codicia y en el egoísmo estuvo el castigo.

Ese verano mi hermana Amira se hizo mujer. Ese verano llegaron más familias de italianos. Pasaron por frente a El Paraíso en sus carros y jardineras, con sus muebles, sus baúles, sus herramientas.

Ese verano terminaron la chimenea del ingenio nuevo y los italianos compraron las tierras que llegaban hasta el pie del monte.

Ese verano, en una de las esquinas de la encrucijada el vendedor ambulante Manuel Mussa hizo una casa de tablas e instaló un almacén; cuando él salía a vender su mercadería por los campos, su mujer, una criolla, atendía el negocio.

Ese verano la gente ya se había olvidado de la peste y se dedicaba a trabajar fuerte. Los parientes del italiano muerto, en cambio, no lo habían olvidado. Consiguieron abogado, viajaron a Tucumán; vino la policía, hizo algunas averiguaciones, borronearon papeles que luego se olvidaron también. Los policías y los abogados de Tucumán visitaron a muchos y preguntaron mucho, pero hubo tantas versiones de lo ocurrido, que los doctores se volvieron y los policías también y las cosas de nuevo fueron diluyéndose en papeles y conversaciones.

Un día Calisto vino con tres carros cargados de cañas plantas que le habían regalado en el ingenio nuevo.

—La vamos a sembrar en los potreros del naciente —me dijo—. Vamos a ver como da la caña en esa tierra. Dicen que en el ingenio nuevo van a pagar mejor que en el ingenio de Lules.

No dije nada. El viejo insistió:

—Con los zapallos, las sandías y el maíz no se gana tanto como con la caña...

No sabía qué contestarle.

—Además —dijo Calisto sonriendo y mostrando el agujero del diente que acababa de perder—, es un trabajo livianito. Se siembra una vez y se cosecha todos los años hasta que la cepa aguante. Cinco me-



ses de trabajo duro en el año y el resto a descansar o a hacer trabajos que son como juegos: desherbar, desaporcar, aporcar...

Me miró con desconfianza y luego insistió:

—El ingenio me regaló la caña y en la administración me dijeron que comprarían toda la que cosechemos...

Ese verano se enfermó mi hermana menor a pesar de que trajimos el farmacéutico de Famaillá que le dio tónicos, bebidas y polvos, la pobre se fue consumiendo lentamente en mis brazos.

Cuando murió tuve miedo de que Amira se pudiera morir también y de quedarme sola. Y comencé a rondarla sin que ella se diera cuenta. De noche me levantaba a verla dormir y me angustiaba si respiraba fuerte, si se destapaba, si se mostraba inquieta.

Me había dado cuenta que era lo único que me quedaba y que ahora solo estaba rodeada de muertos. Y que si ella y yo nos moríamos, los que dormían en la tierra del cementerio viejo detrás de la capilla iban a quedar abandonados para siempre y no podrían escuchar el llamado, ni encontrar el camino cuando el Ángel viniera...

Ese verano comencé a pensar que Amira tenía que casarse y tener hijos a los cuales yo, algún día, pudiera confiarles mi secreto y nuestra misión.

El invierno vino de golpe y la casa se hizo más grande y más vacía.

En setiembre terminaron de instalar la fábrica pero el ingenio decidió moler en el invierno siguiente. La caña que trajo Calisto se dio con fuerza y el viejo luego de consultarme decidió plantar todas las hectáreas que pudo.

En setiembre también supimos que el ingenio nuevo estaba comprando cañas. Por esa época pasó por El Paraíso un hombre llamado Esteban Wiladrich. Vino a comprarnos animales para hacerlos engordar en Salta y pasarlos luego a Bolivia. Era rubio, fuerte y tenía los ojos azules. Me dijeron que era austriaco pero hablaba el castellano sin ningún acento extranjero porque había venido al país siendo muy niño. Al verlo, pensé en Amira.

Cuando se hizo anunciar en casa lo hice pasar a la sala y allí lo tuve esperando. Lo pude observar detenidamente por el espejo de mi consola que reflejaba a su vez el espejo grande de la sala por la puerta entreabierta.

Cuando entré me tendió la mano.



—Hermosas cosas de plata tiene, señora —me dijo. Le agradecí el cumplido con una sonrisa.

Comenzamos a hablar de sus viajes a Bolivia, de animales. Finalmente le di permiso para que recorriera los potreros y viera la hacienda. Luego habríamos del precio. Trajeron un mate pero se disculpó diciéndome que no le gustaba. Le ofrecí una taza de leche caliente.

—Prefiero té —me respondió.

Calisto me había aconsejado que el precio de los animales lo dejara para el último. Entonces le conté que el ingenio iba a comenzar a funcionar muy pronto.

—Es una lástima —agregó sentencioso— porque la caña pronto habrá de cubrir todos los campos. No se verá otra cosa sino caña.

Sonrió, luego de una pausa y agregó luego, con un aire galante:

—Es decir que no podré volver más a esta casa a comprar animales.

Le hablé del buen precio que pensaban pagar por la caña en el ingenio.

—Quizá... quizá... —me dijo—. Pero mi padre que estuvo en Jamaica no se olvidaba de ese maldito cultivo... Es un cultivo, solía decir, que separa a los hombres en dos filas: de un lado los amos y del otro los esclavos...

Se inclinó un poco, sonrió achicando sus ojos azules y susurró:

—Hay que saber, entonces, ponerse del lado de los amos.

Me fijé en sus manos, blancas, cuidadas. En su anular tenía un gran anillo de oro. Hablaba marcando las *eses*, con un dejo de tonada boliviana.

Me puse de pie sorpresivamente.

—Quiero que usted conozca a mi hermana —le dije—. El Paraíso es de las dos y ella también tiene que estar presente cuando hablemos de la venta de los animales.

El se incorporó reprimiendo su sorpresa. Yo llamé a una de las sirvientas y le dije que le dijera a mi hermana que la esperábamos en la sala.

Luego volví a tomar asiento y pausadamente comencé a relatar lo que había pasado con el cólera, la muerte de mis padres y de mi hermano y más tarde la muerte de Mercedes.

Cuando hice una pausa, escuché que decía en voz baja:

—Es una pena.  
En ese momento entró en la sala Amira.

¿Después, qué pasó? No recuerdo bien... Mi memoria me traiciona.

Sí. Durante dos años Wiladrich estuvo yendo y viniendo de Tarija para comprar animales. De vez en cuando nos visitaba. Se sentaba en la sala con mi hermana y yo y nos contaba sus viajes. Con prudencia, al cabo de un rato, me levantaba y los dejaba a los dos solos.

Un día lo noté nervioso. Golpeaba con su fusta en la caña de una de las botas. En cuanto me vio aparecer me disparó:

—Necesito hablar con usted.

Yo lo miré y sin saber que hacer sonrei.

El bajó la vista.

—Esta vez —dijo— no se trata de negocios.

Tenia la voz trémula. Le pedí permiso por un momento. Dejé la sala y fui hasta el cuarto de Amira. Le rogué que no viniera a ver a Wiladrich hasta que yo la llamara. Creo que ella se dio cuenta que el momento había llegado porque temblorosa me preguntó:

—¿Pasa algo...?

—No. Todavía, no —le dije, la besé en una de las mejillas y la abracé sonriendo.

Cuando volví a la sala vi que Wiladrich se paseaba con la cabeza gacha y con las manos a la espalda. Al sentir que abría la puerta se volvió. Estaba pálido. Se apoyó en el respaldo de uno de los sillones.

Sonrei para darle confianza.

—He pensado —me dijo con voz trémula— que ustedes están muy solas.

Me miró a los ojos y yo sostuve su mirada. Bajó la cabeza y agregó sordamente:

—El Paraiso necesita una mano de hombre. Ustedes...

Se detuvo y volvió a mirarme. Descubrí en ese instante en su mirada un brillo acerado, ese brillo que pone la codicia en la mirada. Me estremecí. Había comprendido.

Apenas pude balbucir:

—No sé qué es lo que usted me quiere decir, Wiladrich.

—He pensado —dijo, desarmado, dándose cuenta que yo algo presentía —he pensado que manejar esta finca es algo que dos mujeres...

Le sonrei con desprecio:

—Y usted quiere ayudarnos —agregué intencionalmente.

—Más que eso —me dijo viniendo hacia mí.

Mi actitud de orgullo pareció desarmarlo nuevamente. Se detuvo.

—Por favor, Clemencia —me dijo con un hilo de voz—. Soy yo el que necesita ahora de su ayuda.

Me sorprendió la actitud suplicante.

—No sé en que puedo ayudarlo, Wiladrich —le dije con fingida dureza.

—Usted lo sabe —me dijo—. Al menos así lo creo.

Lancé una falsa carcajada. El se incorporó herido.

—No se ría —me dijo con voz temblorosa, pero yo no supe si por la rabia, el miedo al ridículo que estaba haciendo o por la codicia que yo había adivinado. Para no delatarse optó por apretarse las manos y restregárselas como si tuviese frío.

—Usted bien sabe —me dijo lentamente— que yo a esta casa no solo vengo por negocios...

Bajó la cabeza y agregó lentamente:

—Vengo por usted, Clemencia; vengo por usted. Creí que ya se había dado cuenta.

Me quedé en silencio un largo rato. Luego, dije lentamente pero con firmeza:

—El Paraíso no necesita de nadie más que de nosotras. Creo, Wiladrich, que usted se ha equivocado.

Desde ese día Wiladrich cambió totalmente. Una animosidad, que después se transformó en un rencor contenido fue creciendo entre nosotros. La negociación para la compra de nuestros animales se hizo lenta y finalmente no pudimos llegar a un acuerdo sobre el precio.

Un día Wiladrich cambió inesperadamente. Se volvió amable y hasta afectuoso. Mis temores aumentaron y mi desconfianza se transformó en angustia.

Entonces advertí también que en mi hermana Amira se había operado un cambio. Me evitaba cada vez que podía y se hundía en unos silencios obstinados. Comprendí y vigilé.

Una noche fingí dormir. Apagué el candil y me arropé. No sé cuanto tiempo había pasado, pero cada instante me parecía una eternidad. Sentí ruidos en la galería y me levanté con cuidado. Me deslicé descalza por el corredor que llevaba al fondo cuando vi una figura blanca que se alejaba en dirección al aljibe.

Los perros gruñeron pero al reconocerla se tranquilizaron. Era mi hermana. Les palmeó el lomo y luego los ató. Vi que se alejaba hacia las moreras que estaban al borde de la acequia. La seguí de lejos, ocultándome en las sombras.

Después que atravesó el primer potrero, se dirigió a las parvas de alfalfa.

Me detuve y esperé. En el campo abierto no tenía donde ocultarme.

Al cabo de algunos momentos sentí las pisadas de un caballo. Me dejé caer en la acequia. El jinete pasó muy cerca de donde yo estaba. Hubo un momento en que tuve que contener la respiración; fue cuando el caballo dio un resoplido y se espantó hacia el costado opuesto de donde yo estaba escondida: me sentía agazapada en las sombras. Nervioso largó el paso, pero el jinete lo paró en seco y se volvió. No podía verlo en la oscuridad pero sentí que trataba de descubrir qué era lo que había espantado al caballo.

Tuve que hundirme todo lo que pude en el agua a pesar del frío. Mis dientes comenzaron a chocar unos contra otros y me parecía que el ruido era atronador. Apreté las mandíbulas.

El jinete esperó un momento todavía. Luego taloneó el caballo y partió al galope hacia la capilla vieja. Allí, lejos, en las casas, los perros comenzaron a ladrar.

Sali de la acequia. No pude encontrar la pañoleta que me había echado en los hombros. Seguramente se la llevó el agua. Mi cuerpo, desbocado se largó a tritar. Me senté debajo de una de las moreras y traté de estrujar mi camisón comenzando por el orillo.

Muy poco tiempo después advertí que alguien venía por el camino de las parvas.

Era Amira. Caminaba como borracha balanceando la cabeza de un lado para el otro.

Pasó por mi lado. Esperé que se alejara. Le di tiempo que desatara de nuevo a los perros.

Cuando llegué al aljibe los perros comenzaron a ladrar, pero pronto me olfatearon y vinieron a hacerme cariños. Los tranquilicé.

Ya en mi pieza, me quité el camisón mojado y me quedé desnuda. Pero antes de acostarme no pude resistir la tentación de acercarme al cuarto de mi hermana.

Pasé el corredor y me acerqué a su puerta. En

la oscuridad escuché como un sollozo sofocado y luego una respiración jadeante. Retrocedí.

Entonces me di cuenta de mi desnudez e instintivamente me llevé las manos a los senos.

Dos días después recibí una nueva visita de Wiladrich. Se había vestido con una elegancia agresiva. Llevaba un chaleco de terciopelo negro que hacía resaltar la blancura de su camisa.

Lo hice esperar en la sala más de media hora antes de atenderlo. Cuando entré estaba furioso y masticaba la punta de un cigarro de hojas apagado.

Al verme me hizo una leve reverencia con la cabeza.

—Buenos días —dijo muy quedo.

Le respondí con otro movimiento de cabeza y esperé.

Sonrió con un aire cínico.

—Usted dirá —le dije al fin.

—Usted ya sabe a lo que vengo.

—Me imagino que quiere tratar por un nuevo lote de animales —le respondí apelando a todas mis fuerzas para no dejar traslucir mi estado de ánimo.

—Nada de eso —agregó masticando las palabras. Escupió las hojas de tabaco que tenía en la boca y avanzó hacia mí.

La sonrisa se le borró de los labios. En cambio el odio encendió en sus ojos azules su brillo acerado.

Apreté los labios para no responderle.

El agregó marcando cada una de las sílabas:

—Vengo por su hermana.

Vacíé un poco y respiré hondo para tranquilizarme. Luego, le dije también lentamente:

—No, Wiladrich. Usted no viene por mi hermana. Usted viene por la tierra de El Paraíso, por la mitad de la tierra de El Paraíso que por derecho le toca a mi hermana.

Volvió a sonreír:

—Por las dos cosas —dijo— si usted quiere. Nada más que una, entraña la otra.

Lo miré a los ojos y él sostuvo la mirada, sonriendo, pero esta vez con desprecio como si estuviese convencido de que era yo quien iba a ceder.

—Ni la una, ni la otra —le dije con firmeza.

El reprimió un movimiento de fastidio:

—Tendrá que ser —dijo—. Es inevitable.

Había tal tono de seguridad en su voz, que me hizo vacilar pero me serené y le dije lentamente:



—Sé a lo que se refiere.

Un relámpago de angustia le pasó por el rostro. Pero luego reprimió su sorpresa y volvió a sonreír:

—¿Estuvo en las parvas algunas de estas noches? —me preguntó con cinismo fingido que apenas podía disimular el fastidio que le causaba el haber sido sorprendido en la carta que él creía sería su triunfo.

Mantuve un silencio penetrante, pero que mucho tenía de afirmativo. Al cabo de un rato no pudo contenerse más y gritó,

—Y de todo eso, ¿qué dice?

Serenamente le respondí:

—Vuelvo a repetirle: ¡no!

Avanzó agresivo, pero se contuvo. Sorpresivamente se dio vuelta y salió mascullando algo entre dientes.

Por la ventana lo vi alejarse, subir al caballo y partir al galope. Luego me volví lentamente y abrí la puerta que daba a los dormitorios.

Entonces sorprendí a Amira que, a los pies de la cama estaba sollozando en silencio.

Aunque sentía que me rondaba con su angustia, ese día no hablé una sola palabra con mi hermana.

Por la noche me mantuve vigilante. Antes, conversé con Calisto y le conté todo. Cuando le dije que estaba dispuesta a defender El Paraíso aun con la vida de un hombre, se mordió los labios.

Al anoecer, mi hermana redobló sus afanes por hablar conmigo. Pero yo iba y venía de un lado para otro de la casa haciendo mis quehaceres, como si nada hubiese sucedido y como si yo no supiese nada.

De pronto advertí que Amira había cambiado de actitud; dejó a un lado las lágrimas veladas y las súplicas silenciosas y se sintió tocada en su orgullo. Yo esperaba eso, o que, desarmada, cayera a mis pies pidiéndome perdón, consuelo y ayuda.

Pero al ver su reacción supe en forma clara hasta donde tendríamos que llegar con Calisto.

Después de cenar rezamos el rosario y al final aquella oración que pide por los caminantes, navegantes y agonizantes. Las últimas sílabas las dije lentamente, con intención y agregué: "por los que están en peligro de muerte y de pecado".

Mi hermana me miró desesperadamente tratando de adivinar qué es lo que yo había querido decir

con las nuevas palabras que acababa de agregar a la oración.

Pero bajé los ojos e inicié las letanías de alabanza a la Virgen.

Cuando se apagaron las velas y los sirvientes se retiraron, mi hermana se quedó de pie en el vano de la puerta. Quería hablarme pero su nuevo orgullo se lo impedía.

Pasé a su lado llevándome un candelabro encendido que arrastraba tras de sí la espesa capa de la oscuridad.

En la galería me alcanzó Calisto. Le hice señas que ya sabía y que me aguardara.

Al llegar a mi cuarto me quité el vestido y los zapatos.

Cerré los ojos pero no me dormí. Por el contrario pensaba en todo lo que podía ocurrir y me di cuenta que no tenía miedo. Y también me di cuenta que ocurriera lo que ocurriese no iba a poder sentirme culpable nunca. Mi voluntad ya no era mía; era la voluntad de todos los que estaban enterrados en el cementerio detrás de la capilla vieja. Y esa fue una prueba más de mi misión, de que lo que pensaba no era sólo el producto de mi imaginación. De que yo, verdaderamente, era la elegida.

La presencia de mi hermana en la galería, me sacó de mis pensamientos.

Abrí los ojos. Me dejé caer de la cama y a tientas busqué mi vestido. Luego, me calcé y salí.

Detrás del aljibe, sentí gemir a los perros.

No sé cuanto tiempo pasó, quizá una o dos horas. Al final, escuché la voz de Calisto que me llamaba.

El viejo estaba apoyado en uno de los pilares del aljibe con un farol en la mano.

—La niña Amira acaba de salir y se dirige a las parvas —me dijo.

Me envolví en una manta de lana porque la noche estaba fría y había mucha humedad. El cielo, aunque sin luna, brillaba encendido por miles de estrellas. Tenía esa claridad fantástica de los cielos de invierno cuando está cayendo con saña la helada sobre los campos.

—Apurémonos, niña —me dijo Calisto—. Nos ha de llevar ya como tres cuadras. Tengo escondidos varios hombres cerca de las parvas. El austriaco no

va a poder salir del potrero. —Traía en la mano una escopeta.

Puse una mano en el hombro del viejo y me dejé arrastrar por su paso seguro y resuelto que conocía cualquier camino aun en la oscuridad. A veces, vacilaba o tropezaba con una piedra o se hundía sorprendentemente en un desnivel del camino, pero eso apenas si se traducía en un balanceo del cuerpo.

Nos faltaba apenas unas cuabras para llegar cuando sentimos un tiro y un grito casi al mismo tiempo. Calisto echó a correr con la escopeta lista para disparar. Apenas podía seguirlo.

Alguien nos gritó:

—¡No se muevan!

La voz venía de la noche, de algún lugar vago e impreciso. Yo seguí corriendo y tratando de alcanzar al viejo Calisto.

—¡La estamos encañonando! —dijo con rabia la misma voz—. ¡Deténgase!

Me paré en seco.

Varios jinetes salieron de la oscuridad. Eran peones de Wiladrich y estaban armados. El viejo levantó el farol y alumbró hacia la cara de los recién llegados.

El austriaco montaba uno de los caballos y llevaba a mi hermana en las ancas.

—¡Niña Amira! —alcancé a oír que decía el viejo Calisto—. ¡Piense en lo que está por hacer!

Un latigazo le arrebató al viejo el farol de las manos que, al caer, se apagó dejándonos a todos sumidos en una oscuridad pegajosa.

Escuché como Wiladrich se reía. Los caballos se arremolinaron en rededor nuestro y uno de los peones del austriaco, un boliviano por el acento, dijo:

—Ahí en las parvas les dejamos esos infelices que no sirven para nada. Gallinas habían sido.

Todos se rieron. Wiladrich los hizo callar y gritó:

—¡Vamos...!

Pasaron casi al galope a nuestro lado salpicándonos con la tierra fresca que chapoteaban los cascos de sus caballos.

—¡Hasta mañana, cuñada! —me gritó el austriaco antes de alejarse—. ¡Ya tendrá noticias nuestras dentro de unos días!

El pelotón oscuro de hombres y caballos desapareció entre los bultos que hacia la noche.

Con rabia apreté los puños y me clavé las uñas en la palma de las manos.

Después de unos instantes, le dije al viejo Calisto:

—Vamos hasta las parvas a ver que es lo que pasa con nuestra gente.

En las parvas había un herido. Tenía un tiro en la pierna. El hombre se desangraba, ante la impotencia de los otros que habían sido maniatados por los peones bolivianos de Wiladrich.

Pasaron varios días, una semana, dos y hasta tres. El austriaco no aparecía. Algo me decía que pronto habría de verlo, que seguramente estaba tramando una venganza y que no pararía hasta haberse apoderado, a través de mi hermana, de una parte de El Paraíso.

La espera se hizo obsesión. Cada vez que ladraban los perros o que sentía el crujido de la tranquera del patio me volvía sobresaltada.

Calisto también estaba sobre aviso pero no dejaba traslucir nada en su rostro achinado. Eso sí: fumaba con largas y pacientes bocanadas, sentado en la galería, apoyando la espalda en uno de los pilares. Entrecerraba los ojitos para evitar el humo que dejaba escapar y lo miraba desgranarse lentamente en el aire. A veces me parecía que no era el humo lo que miraba sino que, a través de él, podía ver algo que presentía, algo que a fuerza de desear terriblemente podía visualizar entre la niebla del humo del tabaco. A veces salía de sus silencios dándole un manotón a las volutas y deshaciéndolas como si quisiera corregir lo que soñaba o también como si le espantase lo que veía a través de ellas.

Pasado un mes, una tarde, cuando ya comenzaba la oración, Calisto estaba sentado en la galería, haciendo, distraído, sus pequeñas nubes de humo, cuando, a través de ellas vio que dos jinetes entraban en el patio empujando la tranquera que alguien había dejado entreabierta.

Se puso de pie de un salto y echó mano al cuchillo que llevaba en la faja.

—Queremos ver a tu patrona —dijo uno de los jinetes, un hombrecito vestido de negro y que traía bajo el brazo una cartera negra también. El acompañante era el austriaco.

Por entre los visillos de la ventana yo había

visto la escena. Calisto permaneció inmóvil con la mano en la faja.

—¿Qué es lo que quieren? —les dijo saliendo a la galería.

Calisto se me acercó en afán de protegerme.

El hombrecito abrió la cartera, sacó unos papeles, se caló unos lentes y me dijo:

—El señor Wiladrich, en nombre de su señora, ha iniciado la testamentaria de sus difuntos padres y hermanos muertos durante la epidemia de cólera y posteriormente.

Y me alargó un papel que tenía varios sellos.

El austriaco me miraba largamente. Calisto hizo un ademán.

—¡Quieto, cholo! —le dijo Wiladrich—. Detrás de las casuarinas de la puerta de entrada tengo apostados a mis bolivianos. No quiero que corra sangre delante de mi cuñada.

Sonrió con intención. Luego hizo retroceder el caballo lentamente. El hombrecito vestido de negro lo siguió.

Sin poderme contener, bajé de la galería y escupí la tierra que acababan de pisar los caballos.

El pleito se prolongó casi dos años. Papeles, papeles, papeles; viajes a Tucumán; largas esperas en los tribunales, interminables antesalas en las oficinas de los abogados.

No volví a ver a mi hermana, desde el día en que se marchó. En cambio me encontré varias veces con Wiladrich que siempre exhibía su insolencia agresiva, su sonrisa de triunfo y su codicia al fin saciada que se reflejaba en sus ojos.

El ingenio nuevo se había terminado y las cosechas se hicieron regulares. Y con ellas se iniciaron nuevos padecimientos.

Mi abogado hizo todo lo posible para que en la partición testamentaria de El Paraíso me tocara el cementerio que estaba detrás de la capilla vieja y el manantial. ¡Gracias a Dios que lo pudo conseguir!

Cuando vinieron los peritos partidores a dividir la tierra y entregarle a ella la parte que le correspondía vi a mi hermana por última vez. La acompañaba el austriaco. Estaba más pálida, más delgada, como enferma. La miré fijamente, sin odio, casi con lástima y ella bajó la mirada.

Dos meses más tarde Wiladrich desapareció para siempre. Tres meses después de la desaparición del



austriaco mi hermana vino a verme a El Paraíso. Cuando salí a recibirla, cayó bañada en lágrimas. Se abrazó a mis piernas pidiéndome perdón.

Era casi una sombra, como si el austriaco se hubiera llevado consigo una parte vital de su ser, o como si algo siniestro y mortal le estuviese creciendo en sus entrañas.

Fue ese mismo día que me confesó que el austriaco le había hecho firmar unos papeles dudosos en los que se hablaba de la parte de El Paraíso que por la sucesión le había correspondido.

Más tarde, supimos que Wiladrich había vendido al ingenio, con autorización de su esposa, todas las tierras de ella, para que la fábrica instalara allí, una nueva colonia.

Poco tiempo después mi hermana enfermó. Estuvo luchando entre la vida y la muerte, y ninguno de los remedios que le daban y que traían de la farmacia de Famaillá le hacían bien.

La enfermedad pasó tal como había llegado, sin que nadie supiera su origen, ni tampoco cual fuese la causa de su curación.

Durante su convalecencia estalló una revolución. Ya no me acuerdo cual de ellas, aunque creo que fue una que le hicieron a don Lucas Córdoba.

Los peones de casa vinieron con la noticia que estaban reuniendo gente en secreto para marchar sobre Tucumán. Necesitaban armas y caballos. De arcones y baúles salieron a relucir viejas pistolas, fusiles y hasta algunos trabucos naranjeros de esos que se cargaban por la boca. También, aparecieron algunos viejos sables, tacuaras y más que nada coraje y gritos.

Una tarde pasaron por frente a El Paraíso. Ya no recuerdo si era a comienzos del otoño o a fines de la primavera. Iban hacia el norte, la mayoría dándose ánimo con amenazas, vivas y palabrotas, o golpeando con sus rebenques en los guardamontes. Otros, pasaron callados y pensativos.

Me quedé largo rato en la tranquera que daba al camino. Los últimos pasaron ya envueltos en las primeras sombras. Y me distraje quizá con los ruidos del campo, con los vagos ruidos de la noche que estaba por comenzar. Entonces, me sentí sola y tuve un escalofrío. Era la misma sensación de vértigo que se siente cuando nos asomamos a un pozo muy hondo. El pecho se me apretaba y un sollozo me trepaba por la garganta hasta ahogarse.

El galope de un caballo rezagado, me hizo volver

la cabeza. Un jinete, envuelto en un poncho colorado detuvo su animal casi sobre la tranquera. La tierra que acababa de dejar detrás, llegó inmediatamente empujada por la brisa que se había levantado y nos envolvió a los dos. Cuando pasó la polvareda el hombre se echó el sombrero negro hacia atrás descubriéndose la cara. Si no lo hubiese vuelto a ver jamás y si alguien me preguntase cómo era, solo podría describirles sus ojos azules, profundos, tristes, pero también crueles.

El jinete me preguntó si no había visto pasar gente hacia el norte. Le respondí que sí. Se apretó el sombrero y al mismo tiempo que saludaba, partió sin que le pudiera comprender bien qué es lo que me dijo, algo así como una despedida o un agradecimiento.

Luego cayó la noche.

Una semana después, a la oración, vinieron los peones y sus mujeres a rezar el rosario en casa.

En una mesita, al fondo de la sala, dos velas temblonas iluminaban la imagen de San Isidro Labrador. Yo tenía mi reclinatorio y mi silla de brazos, en medio de la habitación. Las mujeres me rodearon. Los hombres se mantenían apartados, afirmados en las paredes o cerca de las puertas. Los perros no pasaban de los umbrales; algunos dormitaban aburridos por las voces monótonas que se desgranaban como el zumbido de una colmena enferma. Una de las mujeres de los Rodríguez, la más vieja, con voz gangosa, gritaba los misterios y las aves marías.

Hubo un momento en que los perros comenzaron a ponerse inquietos y luego a gruñir. Más allá de la tranquera, se sintieron gritos y voces. Algunos de los hombres salieron a ver que era lo que pasaba, pero volvieron con la noticia que seguramente eran borrachos que regresaban a la nueva colonia del ingenio.

Sin embargo, los perros no estaban tranquilos. Iban y venían y algunos erizaban el lomo. Las mujeres comenzaron a tener miedo.

Al finalizar el rezo, todos me dieron las buenas noches y fueron saliendo uno a uno. Me quedé sola con el viejo Calisto y con dos de las muchachas de la casa. Las mandé a dormir; en la galería me despedí de Calisto y tomando el candil entré en mi cuarto.

Comencé a desabrocharme la bata cuando senti

un quejido. Di un grito. Sobre mi cama estaba tirado un hombre que respiraba con dificultad. Me acerqué lentamente. Era el jinete de los ojos azules.

Se quejaba como en sueños. Cuando levanté el candil por sobre mi cabeza vi que tenía uno de los hombros empapado de sangre.

Sali al patio y llamé a Calisto. Los perros comenzaron a ladrar rabiosamente. Los hice callar pero me obedecieron a desgano y estuvieron gruñendo todo el tiempo.

Cuando vino el viejo, lo llevé hasta mi pieza y sin decirle nada, le mostré el hombre herido que estaba en mi cama.

—¡Santo Dios! ¡Don Lisandro! —dijo Calisto santiguándose. Luego murmuró casi entre dientes: —Quiere decir que han perdido. El gobierno, entonces...

—¿Qué es lo que estás murmurando, viejo? —le pregunté con dureza.

El viejo levantó los hombros y apenas si se atrevió a mascullar.

—La revolución, niña... está perdida...

Y esa noche, por primera vez, oí hablar de los radicales.

A mi hermana Amira le di la noticia con cuidado y la previne para que no hablara con nadie. Ordené asimismo a Calisto que no dijera nada a los peones y a las muchachas que me servían las hice jurar que no dirían ni una palabra.

Desde Famaillá trajeron una vieja para que lo curase. El hombre tenía una herida profunda debajo del hombro. Estaba infectada. La fiebre comenzaba a atormentarlo y a veces se incorporaba de la cama dando gritos. Con los ojos desencajados daba órdenes, maldecía al gobierno y blasfemaba.

La vieja que vino de Famaillá le lavó la herida con cuidado. Había hervido hojas de malva y con ellas hizo luego un emplasto. Además le daba a beber agua de quina.

Luego de una semana, comenzó a mejorarse. A los quince días pudo levantarse y se paseaba por la pieza, fumando, envuelto en un silencio dolorido que a veces sorprendíamos con mi hermana Amira cuando le llevábamos el agua de quina.

Una mañana que le llevé frutas me dijo:

—Aún no les he agradecido. Pero tengo que decirles, además, que al ayudarme se expondrán a muchas cosas.

Me sonreí, turbada. Dejé el plato y salí.

La vieja de Famaillá dejó de venir. Le di unos pesos y ella también me dijo antes de marcharse:

—Niña: usted se está exponiendo demasiado.

La hice prometer de nuevo que no diría nada. Besó los dedos en cruz aceptando el juramento pero agregó:

—No se exponga así. Ese hombre no vale la pena. El gobierno terminará por encontrarlos. ¡Estos mazorqueros no valen la pena! Además, acuérdesse niña que todos los suyos han sido siempre liberales. ¡No hay que traicionar a la sangre!

La vieja se fue y yo me quedé pensativa.

Por la tarde Calisto vino con la noticia que en Famaillá había una partida buscando a Lisandro. El hombre estaba débil todavía para valerse de sus propios medios. Entonces me acordé de nuestro *encierro* en el monte, donde escapamos del cólera con Calisto. Hablé con el negro y no me dijo nada. En silencio ensilló su caballo, una yegua vieja de andar tranquilo y dos mulas de carga. A la noche partieron los dos.

Antes de marcharse Lisandro nos dio las gracias a mí y a Amira. A mí me estrechó la mano y a mi hermana le regaló una medalla de plata con la imagen de la Virgen del Carmen.

A la madrugada llegó la partida a El Paraíso.

Buscaron por todos lados. Me interrogaron e interrogaron a todos los sirvientes y peones. Pero no pudieron encontrar nada, ni una huella pues con Amira habíamos tenido buen cuidado de hacer desaparecer aun lo que pudiera parecer sospechoso.

Antes de marcharse, uno de los hombres de la partida se quedó mirándome como si quisiera sacarme por los ojos la verdad. Me dijo bruscamente:

—Ha hecho una tontería, niña. Es un hombre peligroso y enemigo del gobierno. A usted le va a pesar. Anda por ahí sublevando a las peonadas con eso de las revoluciones y del voto secreto. Solo cuando la peonada se le subleve, como está ocurriendo en algunas fincas de Monteros donde tiene sus reales ese mocito, recién se va a acordar de mí.

Cuando se fueron los de la partida me quedé pensativa. En un primer momento sentí lástima por Lisandro, pero a medida que el tiempo pasaba, esa lástima se convertía en una extraña atracción.

Entonces también comprendí que estaba sola, sola a pesar de los sirvientes, de mi hermana Amira,



de Calisto y de El Paraíso que tanto quería. La soledad comenzó a pesarme como un desasosiego. Luego tomó forma de angustia. A medida que iban pasando los días angustia y soledad se confundían cada vez más.

Una tarde, después de la oración, después de haber rezado el rosario con los peones y sirvientes comprendí que me podía morir y que abandonados, ellos, los que dormían bajo la tierra de El Paraíso iban a morir también, pero de otra muerte más terrible que la mía. Comprendí que era necesario que alguien me continuara, que alguien llevara mi sangre y también junto con la sangre la memoria de todos.

Y la idea de un hijo me asaltó de pronto. Me di cuenta que debía tener un hijo.

Pero también pensé que el padre tendría derecho a vender las tierras de El Paraíso.

Esa noche Calisto volvió del monte con noticias del malherido.

Mientras arreglaba las alforjas, le pedí a Calisto que me llevara. El viejo no levantó la cabeza y siguió en su tarea como si hubiese estado esperando mi pedido.

Ensiló mi yegua, acomodó mis cosas y me ayudó a subir.

Para llegar el monte dimos un rodeo y evitamos así a los viajeros y a las arrias que se dirigían a Tafi por Santa Lucía. Finalmente, entramos en la zona de nuestro *encierro*.

Me parecía que el monte había cambiado los senderos. Nuevos árboles, y los helechos con su nacer y renacer, borraron todas las sendas y habían cegado todas las picadas nuevamente.

Hicimos un alto. Finalmente, a la vuelta de un recodo apareció la entrada. Estaba casi cubierta de enredaderas salvajes que se dejaban caer desde arriba cubriendo la piedra con una siniestra voracidad, como si la quisieran sofocar, para luego ablandarla, deshacerla, podirla.

Calisto silbó largamente. El gorgojo de un pájaro le contestó a lo lejos. Venía desde el *encierro*. El viejo sonrió, sacó el machete, cortó las enredaderas y entramos.

Al llegar a la enramada, que se caía de vieja y de carcomida, el herido nos recibió con el revólver en la mano. Estaba pálido y la barba rubia de varios días, le doraba la cara con una extraña aureo-



la que hacía que sus ojos parecieran más azules todavía.

Al verme hizo un gesto de disgusto.

—La niña Clemencia... —balbuceó Calisto.

—Quiero que me muestre la herida —le dije resuelta. Mi actitud los confundió. Vino hacia nosotros con ademán hosco. Antes, dejó el revólver en el catre que le servía de cama.

Le examiné las vendas. Estaban manchadas y tenían un olor fuerte.

—Ha hecho mal en venir —me dijo—. Ahora usted también está complicada en todo esto.

Desaté las vendas y le lavé la herida.

—¿Quién lo cura? —le pregunté.

—Calisto trae a la mujer que me atendía en su casa una vez por semana —me dijo.

Lo miré extrañada.

—No vendrá más —le dije autoritaria.

—¿Por qué? —me preguntó azorado.

—No es de confiar. Sé lo que le digo.

Lo volví a vendar. La herida, aunque cicatrizada en gran parte, presentaba todavía una zona rebelde que era lo que supuraba. Cuando terminé le dije:

—En casa estuvo la partida que lo buscaba.

—Lo sé —me respondió—. Me lo ha dicho el viejo. Una vez más, tengo que agradecerle, pero sigo pensando que usted se expone demasiado. —Y agregó con rabia y amargura: —No conoce a los del gobierno.

Hubo un silencio largo y embarazoso.

—Voy a quedarme unos días con usted —le dije.

Me miró sorprendido. Luego musitó con un aire de angustia:

—No. Eso no. Ya ha hecho bastante...

Sonreí:

—Ya me dijeron quién es usted. No tengo miedo.

—Estoy seguro que le habrán dicho que somos...

—Exactamente... que quieren degollar a medio mundo —le contesté—. Ahora quiero saber cuál es su verdad.

Todo ese día me quedé en el monte. Después volvimos con Calisto a El Paraíso. Por el camino tuve la sensación de que acababa de huir del *encierro*. Eso me dio vergüenza y rabia al mismo tiempo.

Pasaron varias semanas. Un día Calisto vino con la noticia que el enfermo ya no estaba en el monte. No sabía donde se encontraba. Gente que había

estado en Monteros pensaba que se escondía en unas propiedades que los Valbuenas tenían en Los Sosas o cerca de Santa Catalina. Otros, aseguraban haberlo visto con una partida de peones por el camino que va a Tafi.

En los primeros tiempos no podía dejar de pensar en él, en su sonrisa, en el hondo silencio donde se refugiaba, o mejor dicho donde caía inesperadamente mientras hablaba como abismado por algo sorprendente que veía con los ojos interiores. Yo también me sentía asombrada, sin saber lo que pasaba por su imaginación. Un raro e inevitable vértigo me llevaba hacia él, hacia un mundo interior misterioso el cual me estaba vedado. Vértigo y curiosidad me producían sus silencios repentinos. Y quizá eso sea el amor, vértigo y curiosidad.

Pasaron los meses. Mi hermana Amira recibió la noticia de la muerte de Wiladrich en Jujuy. Lo había asesinado uno de sus peones bolivianos; las causas fueron unos miles de pesos que acababa de ganar el austriaco en una mesa de monte. Le guardó duelo tres meses. El cuarto mes conoció en unas misiones a Manuel que no quiso esperar mucho y vino a pedirme la mano. Se casaron y partieron a Tarija donde él estaba por instalarse con un almacén de ramos generales.

Llegó el mes de mayo y estábamos a punto de comenzar la cosecha. La caña de El Paraíso estaba mejor y más lozana que la caña de las tierras que antes fueron de El Paraíso y que ahora formaban parte de la colonia del ingenio nuevo.

Una mañana un peón pidió hablar conmigo. Traía unas cañas.

—Mire, niña —me dijo.

Con un cuchillo partió uno de los canutos. Adentro la caña estaba negra y seca. En los dedos sarmentosos del peón la pulpa se deshizo en un polvillo ceniciento.

—¿Y esto? —le pregunté angustiada.

—Así están todos los tablonces del sur —me dijo—. Es una plaga, un gusano morado que entra por la raíz, se come las cepas y vacía las cañas.

El peón agregó que le habían dicho que la plaga venía del sur. En varias fincas el gusano hacía estragos. La plaga tomaba una mata de cañas; las plantas se entristecían, luego las hojas se secaban, como si hubiesen sido atacadas por la helada, pero con un color tabaco claro. Si había un poco de

viento los tallos huecos se quebraban y entonces comenzaban a aparecer claros en los surcos como si el campo hubiese sido atacado por una tiña monstruosa. La plaga corría entonces por los islotes, atacando aquí y allá, veleidosamente. Las matas verdes caían una tras otra. Las más fuertes parecían resistir más tiempo pero al fin se derrumbaban con un chasquido seco. Entre las hojas secas y muertas se escuchaba entonces un murmullo siniestro. Los viejos decían que eran los gusanos que abandonaban las plantas vacías para dirigirse a otras vivas y jugosas. Había quienes afirmaban que los ruidos eran de todos los otros bichos, desde ocultos hasta escarabajos y hormigas que abandonaban el cañaveral aterrorizados ante la plaga que con su voracidad amenazaba con dejarlos sin comida.

Algunas peladuras aparecieron en los tablones que estaban cerca del manantial.

Cuando la plaga comenzó a avanzar por aquellos surcos, alguien sugirió que se podía detenerla con el fuego.

El viejo Calisto movió la cabeza, sin esperanzas y con desaliento dijo:

—Quizá... podríamos probar...

En torno a los surcos que estaban vivos todavía machetearon las manchas de plaga y les prendieron fuego. Al atardecer ya podía verse los penachos de fuego aquí y allá. A la madrugada cuando me levanté negras y espesas columnas de humo surgían de los huecos donde estaba arrinconada la enfermedad.

Los dos primeros días pareció que el fuego podía detener la marcha de la plaga. Pero a partir del tercero, las manchas color tabaco claro aparecieron nuevamente en los surcos.

Supimos que en Alto Verde, un colono, desesperado le había puesto fuego a todo su campo de cañas y luego había arado la tierra dejando al aire las cepas para que se secaran y poder así también prenderles fuego.

La opinión no se hizo esperar:

—Habrà que sacar todo y volver a plantar —dijo uno de los peones más viejos.

Las fogatas se apagaron. Quedaron sus manchas negruzcas en los campos, sembradas aquí y allá. Pero la plaga siguió avanzando.

Una mujer se acordó entonces, de una vieja que sabía *curar de palabras* las pestes de los animales y de las plantas. La trajeron. La vieja pidió un

gusano de la plaga que estuviese vivo, un hilo negro y agua hervida en un jarro de plata. Trajeron el gusano. Con sus manos secas y duras lo envolvió en el hilo negro. Después lo sumergió en el agua que hervía en un jarro de plata. Pidió ayuda porque tenía la vista apagada y, apoyada en uno de los muchachones de la casa, se dirigió hasta una de las matas color tabaco claro, enfermas ya por la peste. Con unas ramas de afata, a manera de hisopo, salpicó las plantas enfermas primero; luego hizo lo mismo con las sanas. Finalmente le mostró a las plantas enfermas y sanas el gusano colgado de un hilo negro y dijo unas palabras cerrando los ojos. Después abrió la boca y se tragó el bicho.

La vieja se volvió a donde había venido en una mula tan vieja como ella y como ella medio ciega. Le dieron unos pesos, unas lonjas de charqui y le llenaron las alforjas con maíz, azúcar y tabaco.

Pero la plaga no se detuvo.

Uno de los aradores vino con la noticia:

—El ingenio nuevo ha resuelto no recibir caña apestada.

A la madrugada los perros ladraron furiosamente. Me levanté sobresaltada. Senti voces en el patio. Caísto hacía callar a los animales y luego conversaba con alguien. Me vestí y salí.

Lisandro estaba en la galería. Al verme se adelantó y me tendió la mano.

—Antes no vine a agradecerle —me dijo— porque las cosas no se habían calmado. Ahora, con la plaga de los cañaverales, la gente del gobierno está ocupada.

Sonrió con satisfacción. Lo miré sorprendida. El se dio cuenta y volvió a ponerse serio.

—Yo también he perdido la cosecha —dijo— casi en tono de disculpa.

Angustiada le pregunté:

—¿Y ahora, qué va a pasar?

—¿Ahora...? —dijo pensativo y guardó silencio. Luego sacudió la cabeza y agregó:

—Lo que yo esperaba vino más rápido de lo que yo pensaba.

—¿Lo que usted esperaba? —le pregunté angustiada.

Sonrió con tristeza como si le pesara haber dicho un secreto celosamente guardado.

—Tendremos que vender las tierras al ingenio —dijo con un mohín.

—¿Vender? —le pregunté aterrorizada.

—Al ingenio.. o a uno de sus testafierros...  
—me respondió en un tono burlón que me tranquilizó. Luego se puso serio.

—Si —dijo—. Y ahora fuera de broma. Ellos están esperando una oportunidad como ésta, o como una helada...

Al hablar mordía las palabras con una rabia contenida.

—¡Cómo...! —le grité.

Levantó los hombros haciendo un gesto que nunca supe bien, si era de "qué-me-importa" o de abatimiento.

—Nos dirán que hay que plantar de nuevo, una cepa nueva que resista a esta peste. Pero para replantar hay que tener dinero. Los bancos no nos darán créditos porque ellos están detrás de los bancos...

Se detuvo como buscando una palabra.

—Entonces, ellos, muy generosos, nos ofrecerán anticipos a cuenta de futuras entregas, de futuras cosechas con garantía sobre la tierra. Y esperarán...

Yo nada entendía. Hablaba como si discutiera con un interlocutor invisible al que solo veía en su imaginación.

—¿Esperarán, qué...? —lo interrumpí.

Salió de su mundo interior. Me miró y me respondió lentamente:

—Que no podamos cumplir. Nos irán renovando las hipotecas porque siempre habrá una necesidad. En el campo nunca se sale de necesidades. Se sale de una para entrar en otra. Pero un día habrá una necesidad mayor, como esta plaga de ahora... Entonces...

Volvió a hacer una pausa. Lo miré aterrada.

—Entonces —me dijo sordamente— se quedarán con la tierra.

Ese invierno hubo hambre. Muchos peones se fueron. Yo siempre he sido cristiana y nunca he reclamado a la policía por tres o cuatro peones que se fueron porque sabía que habrían de volver alguna vez. Tampoco hice nada para que me dieran noticias de sus paraderos como han hecho otros dueños de fincas. El que se va, se va y es inútil que que los milicos lo traigan de vuelta, lo estaqueen, lo muelan a palos o lo tengan en el cepo pudriéndose para que así escarmiente y no vuelva a escaparse nunca más.



Tampoco tuve jamás en El Paraíso algo que se pareciera a una proveeduría. Mi gente podía ir a comprar sus cosas donde quisiera y si había plata se les pagaba y si no se esperaba hasta que hubiera. De comer no faltó nunca. Por eso muchos habían entrado a trabajar en El Paraíso cuando vivía mi padre, cuando vivía mi abuelo. Estaban encariñados con el lugar y me sirvieron hasta el último momento, hasta que no pudieron más, hasta que entró el Francés con su gente y cambió las cosas y las costumbres. Sí. Muchos estuvieron hasta el fin y habrían seguido conmigo todo el tiempo si es que el Cielo no hubiese dispuesto las cosas de otra manera. Pero yo sé que todo habrá de cambiar y por lo que estoy pasando ahora, no es nada más que una prueba, como todas las pruebas que El manda para saber si le somos fieles. Por eso espero. Volveré a latir el manantial con su corazón transparente. Volveré a recuperar las tierras hasta el pie del cerro, hasta donde comienza el monte, hasta donde fueron mías y de los míos. Levantaré la casa que ahora está en ruina y será más hermosa que antes. Será esplendorosa porque El lo habrá de disponer así. Y no será más esa tapera que se desmorona como un viejo hormiguero, ocupada por bolsas y herramientas.

Sí. Ese invierno hubo hambre y por eso las gentes comenzaron a huir de las fincas. Matamos todos los pocos animales que quedaban. Casi me quedé sin gallinas y sin vacas. Después vivimos a maíz hervido y a batatas.

Algunos dueños de fincas aceptaron los anticipos que les ofreció el ingenlo nuevo, firmaron los papeles que se les pedía y replantaron las cañas.

Yo en cambio no acepté pensando en lo que le había escuchado a Lisandro. Hice sembrar más maíz y un poco de zapallo pero Calisto me hizo caer en cuenta que no nos iba a alcanzar para toda la gente cuando viniera el próximo invierno.

En agosto vencía el término para el replante. Un mes antes me trajeron la noticia que había un francés que tenía una caña resistente no solamente a esa plaga sino a la helada y a muchas otras pestes. El gringo no fiaba si no era firmando papeles de garantía.

Cuando volvió a verme Lisandro le consulté y me prometió ayuda. Era un lunes y me ofreció dinero para el martes de la otra semana. Me dijo que tenía amigos que podían prestarle dinero y él me lo

cedería sin garantía alguna. Le prometí firmarle cualquier clase de papeles.

—No va a ser necesario —me dijo con un aire misterioso y con un tono lejano de regocijo—. Dentro de muy poco van a cambiar las cosas para todos nosotros... dentro de muy poco...

En algunos cercos sembramos batatas y papas. En otros, tiramos semillas de zapallos tempranos para que comenzaran a madurar con los primeros vientos tibios del norte siempre que las heladas no mataran las guías.

Los hombres y las mujeres, porque no había brazos suficientes, araban la tierra con rabia, la rastrillaban y retiraban las cepas muertas de las cañas plantadas, podridas y deshechas y las amontonaban a la orilla de los cercos para que el sol los secase.

—¡Lindas parvas vamos a hacer! —me dijo con risa forzada Calisto—. ¡Ya verá, niña, cómo arderán las fogatas, como en la Noche de San Juan!

Cuando comenzó a faltar la harina, no amasamos más pan. Cuando se terminaron los pollos y gallinas matamos el último gallo viejo, los niños comenzaron a poner trampas en los cercos para cazar ocultos y conejos. Un día, alguien trajo la noticia que no se encontraban en los campos ni palomas ni perdices. Los hombres se anoticiaron que unas leguas al sud de El Castoral había una vizcachera, pero cuando llegaron solo encontraron las cuevas vacías.

Los perros comenzaron también a sentir el hambre porque ya no podían cazar ningún bicho y les repugnaba la batata hervida. Lo último que sacrificamos fueron unos torunos viejos; dejamos las tamberitas y un torito y las vacas que daban leche para los niños.

Cuando se acabó la carne de vacuno, hubo que comenzar a vigilar a las pollas con crías porque los perros comenzaron a cimarronear y a darles caza. Se las sacó de las matas y se les hizo corralitos de cañizos. A los perros hubo que atarlos de noche y vigilarlos durante el día, porque cada vez se volvían más atrevidos y agresivos.

Entonces comieron un animal apestado y se fueron muriendo uno a uno. Comenzaron por ponerse tristes y tiritar como si tuviesen mucho frío o un ataque de *chucho*. Después les daba diarrea, una diarrea que los iba secando hasta que no tenían fuerza para levantarse ni aun para ladrar, hasta que una madrugada amanecían endurecidos, agarrotados.

dos, con los ojos abiertos y duros como de vidrio pero velados por una niebla.

Sí. Así se murieron todos, Firulete, Don Juan, Campana, El Morocho y los otros chiquitos que servían de juguetes a los niños.

Acordándose del cólera, la gente comenzó a quemarlos en cuanto los encontraba muertos y a los restos, allí no más, los tapaban con tierra sin atreverse a tocarlos.

Cerca de un mediodía, estaba mirando como le echaban tierra a los restos de un perro que acababan de quemar cuando vi que un hombre que montaba en una mula torda, se acercaba a Calisto. Echó pie a tierra y con sigilo se acercó al viejo y le habló al oído.

Calisto se quedó pensativo, como si tratara de acordarse de algo, pero también como si buscara un pretexto o una mentira para salir del paso.

Vi que el hombre insistía y que Calisto, ahora, se defendía agresivo.

En cuanto me acerqué, ambos enmudecieron. El viejo se apresuró a decirme que era un viejo conocido que venía desde La Arcadía en busca de trabajo, que había servido en varias partes y que ahora, a causa de la plaga de los cañaverales se había huido de su finca y de sus patrones.

—¡No queremos nada con gente que ha huido de sus patrones! —gritó repentinamente el viejo como si quisiera adelantarse a lo que yo debía decir. Y comenzó a gritarle que seguro no tenía su libreta de conchabo, que si venía la policía no sabríamos qué decirle, que en El Paraíso éramos todos liberales y que no queríamos tener nada contra el gobierno.

El hombre saludó y se fue, pero no sé por qué, las palabras de Calisto me sonaban a falsas. El viejo se puso a palear y con tal pretexto se fue alejando de mi lado.

Me quedé pensativa no tanto por la actitud del viejo, sino por la insistencia que le demostraba el desconocido cuando le hablaba en voz baja.

Tomé un bastidor y me puse a deshilar en la galería, sentada en mi silla de Viena. Esperé pacientemente que los hombres terminaran de enterrar a los perros muertos.

Por fin, Calisto pasó en dirección a los galpones arrastrando los pies y las herramientas, cansado y sudoroso. Iba a llegar al aljibe cuando me puse de pie y lo llamé. El viejo se sorprendió y vino con

desconfianza. Lo miré fijamente. Trató de decirme algo pero resignado bajó la cabeza.

Entonces le pregunté:

—Ese hombre con el que estabas hablando no quería trabajo. ¿A quién buscaba?

Calisto vaciló, luego dijo con voz ahogada:

—Otra vez andan en busca de Lisandro. Dentro de muy poco habrá elecciones.

Me desperté sobresaltada con ese terror que experimentan los que duermen cuando en sueños tienen la intuición de que hay una presencia humana en la habitación.

Me senté en la cama. Una vaga vislumbre, quizá de las estrellas de un cielo de julio, apenas se filtraba por los postigos entreabiertos.

Instintivamente recogí las mantas y las llevé hasta arriba hasta cubrirme la garganta.

Agucé el oído. Sentí que en alguna parte de la pieza alguien respiraba tratando de no hacer ruido. Pensé por la fuerza de la costumbre que podía ser alguno de los perros pero luego me di cuenta que el último había sido muerto por los peones dos días atrás cuando ya estaba ciego y paralítico por la peste.

La vela estaba apagada y el yesquero se encontraba en alguna parte de la mesa de luz. Mi mano lo buscaba en vano y finalmente terminó por derribar un vaso pero logré asirlo con fuerza antes que rodara al suelo.

Volví a quedarme quieta y, poco a poco, comencé a sentir de nuevo la presencia de alguien en la pieza.

Quise llamar a la vieja Paula que dormía siempre en la pieza de al lado desde que Amira se casó y se fue, pero mi garganta estaba seca, mordida como por una sed muy vieja.

Traté de tranquilizarme diciéndome que no había nadie que todo no era nada más que la impresión que me había quedado de una pesadilla. Pero fue inútil. En la piel sentía cada vez más fuerte la presencia de un ser humano agazapado en las sombras, alguien que esperaba algo de mí. El terror me sacudió con un escalofrío. Comencé a sentir que el sudor me brotaba de la frente, me corría por el cuello y que el corazón me latía no solo en el pecho sino en las sienes y en la garganta.

Hice un esfuerzo sobrehumano para no gritar. La curiosidad pudo más y con un hilo de voz pregunté:

—¿Quién está ahí?



Nadie me contestó y eso me tranquilizó un poco. Pero seguía sintiendo la presencia. Sin embargo, algo me dijo que quien estaba en la pieza me necesitaba.

Esperé un momento. Ahora sentía la presencia como si fuese una angustia.

—¡Por favor! —supliqué nuevamente con la voz estrangulada como si estuviese a punto de sollozar— ¿Quién anda por ahí..?

Entonces sentí que alguien avanzaba. Me eché hacia atrás, hacia el espaldar de la cama llevándome apretadas fuertemente las mantas y las sábanas. Las almohadas me impidieron retroceder. Hice un esfuerzo desesperado para no gritar.

Una voz conocida me dijo:

—¡Soy yo...! ¡No tenga miedo...! ¡Soy Lisandro...! ¡Tengo que hablar con usted...! ¡Es necesario que hable con usted...!

Se quedó hasta la madrugada. A pesar del dolor que me causó, cuando se fue, sentí que todo mi cuerpo se había lanzado a vivir como desbocado. Si. Vivía con todo mi cuerpo, con una suerte de embriaguez. Pero esa embriaguez no podía ahogar un cargo de conciencia que en el fondo no me dejaba gozar totalmente de ese calor que acababa de dejar para siempre en mi cuerpo, en las sábanas, en el aire de la pieza. Sabía desde el fondo de mi conciencia que junto con mi cuerpo le había entregado El Paraíso a Lisandro.

Me levanté cuando estaba avanzada la mañana. A duras penas pude salir del sueño, de un sueño dulce y terrible que me embotaba todo menos el oído. Pero el mío no era un oído real sino otro oído que yacía en el fondo de mi ser, que se permitía escuchar sonidos extraños, voces olvidadas, golpes afelpados. Más que ruidos lo que escuchaba era así como la memoria de los ruidos.

Al momento de despertarme me asaltó una sensación: me sentía sucia. Sentí angustia de lavarme, un impulso incontenible de correr hacia el manantial y bañarme en sus aguas, porque solamente sus aguas podían limpiar la codicia de mi cuerpo. Su codicia estaba pegada a mi piel, a toda mi piel como otra piel invisible que trataba de apoderarse de todo mi cuerpo para destruirlo. Sentí la codicia en mi garganta como una náusea. Cerré la boca, apreté los labios instintivamente porque tuve la sensación de que su codicia podía poseerme entrando por mi boca; por



mi boca su codicia podía instalarse en el fondo de mi cuerpo como un parásito monstruoso, para siempre.

Me vestí apresuradamente. Crucé el patio y me dirigí al camino. Cerca de la tranquera, vi que Calisto venía trayendo una picana en las manos. Al enfrentarme bajó la cabeza y me saludó diciéndome entre dientes:

—No se aleje, niña. Sé que andan gentes merodeando la finca. Son peones escapados de los Aldetes que tratan de huir a Salta.

Hizo una pausa. Luego agregó vacilante:

—Le digo porque anoche sentí pisadas de caballos y esta mañana había huellas en el patio.

No le respondí. Cuando el viejo levantó la cabeza había una pregunta muda flotando en el aire pero a la cual yo no podía responder.

Con voz sorda le dije:

—No tengas miedo, viejo. Sé defenderme. Ya no soy una niña.

Y apuré el paso hacia la tranquera que llevaba al camino del manantial.

Por el camino fui pensando en lo que había ocurrido la noche anterior. Sobre todo en las palabras de Lisandro: "No le compres caña planta al Francés. Es una trampa. No planten cañas; ahí está el peligro. ¡La caña es una maldición! Plantando cañas estaremos siempre en manos del ingenio. Ahora está comprando toda la tierra que puede no importa de quien fuere y donde esté ubicada. Bastará que no le podamos pagar los anticipos por cualquier motivo para que se quede con nuestras fincas... Pero las cosas habrán de cambiar... ¡habrán de cambiar!".

El y sus ideas. Es verdad que las cosas cambiaron después, pero en otro sentido. Sin embargo ya era tarde: él ya no estaba y yo ya no tenía fuerzas para luchar; las que me quedan ahora, solo me alcanzan para esperar que Su Voluntad decida perdonarme; lo sabré cuando el manantial vuelva a brotar y me avise que ellos siguen dormidos esperando la resurrección de la carne, que todo no ha sido una ilusión mía, una ilusión de una loca sino por el contrario, la verdad. Cuando vuelva el agua será la señal que yo habré de recuperar la tierra, todas las tierras, donde ellos están enterrados. ¡Porque me he pasado toda la vida esperando que ello ocurra...!

A pesar del frío esa mañana me desnudé después de haber permanecido a la orilla del manantial mi-

rando como el agua brotaba en bocanadas palpitantes de la vena escondida entre las matas de berro y la arena.

Hubo un momento en que, de tanto mirar el manantial el ritmo del latido me fue adormeciendo. Llegó un momento en que no supe por qué, pero me puse de pie, me quité los vestidos y entré en el agua lentamente. Caminé hacia donde el manantial se convertía en arroyo. Sentí como el frío del agua me apretaba los tobillos primero, me mordía las piernas y los muslos luego y se introducía como una hoja de acero entre mis caderas, subía hasta el vientre y me mordía los senos con rabia. Tuve que encogerme para que el agua me cubriera toda y me lavara de su deseo de la noche anterior que todavía lo sentía pegado en mi piel. El agua fría mordería su costura maligna y la arrancaría lentamente llevándosela aguas abajo, lejos de mí.

Cuando me di cuenta, estaba lejos del manantial y de donde había dejado mi ropa. Me sentí limpia pero al mismo tiempo tuve miedo de que alguien pudiera mirarme y emponzoñarme con su codicia.

Volvi lentamente, luchando contra la pesadez del agua y fui saliendo de ella, despojándome lentamente como de un manto de espinas frías.

Comencé a vestirme. El miedo nuevamente me tocó en los hombros. Me volví y miré hacia unas plantas de totora que crecían a la orilla de donde me había estado bañando. En un relámpago creí ver un rostro que me miraba por entre las hojas. Era una cara siniestra con unos ojos ávidos y desesperados.

Desesperada, terminé de vestirme dando la espalda a las matas donde me pareció que estaba el que me miraba y comencé a caminar lentamente tratando de alejarme del lugar, hacia uno de los callejones que me sacaban de los cañaverales y me llevaban a la casa de uno de los peones de confianza.

De rato en rato me volvía para ver si alguien me seguía. Me sentía vigilada, primero desde el total y luego desde los cañaverales.

Antes de llegar al callejón tenía que pasar por unos tablones de cañas.

Cuando estuve frente a ellos sentí un ruido de tallos quebrados y de malhojas pisadas y frente a mí surgió un hombre barbudo, cubierta la frente con un pañuelo sucio a la manera que usan los domadores para que el pelo no se les venga sobre la frente. Tenía un cuchillo en una mano y en la otra

llevaba una bolsa. Vi como se sonreía pero también vi en sus ojos la desesperación del deseo.

A mi derecha crujieron otras plantas. Me di vuelta y me encontré con otro hombre, más joven que el anterior que también me miraba con codicia.

No sé por qué el terror me impulsó a regresar al manantial. Algo oscuro, en mi conciencia, me decía que allí podía encontrar protección.

Ciega y aterrorizada me volví. Iba a echar a correr cuando dos brazos me apretaron de atrás, con fuerza, a la altura de los codos, inmovilizándome.

Levanté la cabeza para gritar y una boca desdentada me echó en la cara un aliento a tabaco, a vino y también un gruñido de alegría.

—¡Condorí...! ¡Lorenzo! —sentí que gritaba el hombre que me tenía apresada por los codos. —¡Ya la tengo...! ¡Ya la tengo...!

Traté de gritar pero no pude. Comencé a revolverme inútilmente en los brazos que me apretaban cada vez más. Entonces sentí que comenzaban a arrastrarme hacia atrás.

"Me llevan al cañaveral", pensé. Y recién pude gritar llamando al viejo Calisto, a las mujeres de la casa, a dos o tres peones de confianza.

Sentí que el hombre se apuraba en llegar hasta los tablones. Vino otro de los tres y me metió un trapo en la boca, un trapo sucio que apenas me dejaba respirar y que tenía un gusto fuerte, como a pelo quemado.

Al cabo de un momento, sentí que unas manos comenzaban a desprender el vestido. Di unas patadas hacia atrás y en una de ellas perdí un zapato. Con el que me quedaba comencé a golpear en el filo de la pierna del hombre que me sostenía de atrás. Sentí, a través de su cuerpo y de sus manos como se estremecía de dolor.

Los brazos bajaron más y apretaron más fuerte mi cintura. La presión comenzaba a asfixiarme y dejé de darle patadas. El hombre que me sostenía siguió arrastrándome hasta que vi pasar las cañas de un primero, luego de un segundo y de un tercer surco. Al fin desembocamos en un claro.

El tercer hombre, el más joven, estaba clavando unas estacas en el suelo, golpeándolas con una piedra.

El hombre que me sostenía de atrás, se echó sobre mí, lentamente y fuimos cayendo lentamente sobre un montón de malhojas. Sentí que me ataban algo a un tobillo y luego en el otro y que me estiraban las piernas, primero una hacia la izquierda y otra

hacia la derecha, bien separadas hasta el límite que podía dar mi pollera.

De pronto el hombre que me sostenía se hizo a un lado y se puso de pie de un salto. El otro, que había estado atando las estacas se me echó encima. Antes que éste me cayera traté de incorporarme. Como en un relámpago vi que me había atado las piernas, separándomelas, de las dos estacas. No podía moverme y los tobillos comenzaron a dolerme.

Me tomaron las manos y me las extendieron en el suelo. Sentí un dolor en una de las muñecas y vi que uno de los hombres me la pisaba con una bota mugrienta.

Sentí la mano del que estaba sobre mí trabajando afanosamente para levantarme la pollera y luego para destrozarme la ropa interior. Lo sentía jadear por el deseo, como un animal herido. El trapo que tenía metido por la fuerza en la boca casi no me dejaba respirar. Volví la cara para evitar el olor nauseabundo del hombre que estaba sobre mí, para desprenderme de su jadeo que me lastimaba los oídos y sobre todo para no ver su cara que presentía horrible y descompuesta.

Uno a uno entraron en mí. Cuando el último vino hacia mí sentí que me desvanecía. Abrí los ojos desesperada porque sentía que me abandonaban las fuerzas y vi la cara que había asomado por entre las hojas del totoral, cuando me estaba bañando desnuda.

Comenzó a jadear con su deseo y a babosearme buscándome la boca. Miré de reojo y vi su oreja, una oreja monstruosa, llena de vellos cerdudos que le salían del pabellón.

También, en ese instante pude escupir el trapo que tenía en la boca y no se por qué no grité. En cambio clavé mis dientes en la oreja mugrienta del hombre y apreté con todas mis fuerzas, rabiosamente, tratando de causar tanto o más dolor que el que yo sentía en mis entrañas en esos momentos.

La sangre me llenó la boca con su gusto dulce. En mis dientes sentía como se rasgaba la carne, cómo mis dientes chocaban con algo duro.

El hombre lanzó un grito, un ronquido de bestia malherida y dio un tirón para zafarse. La oreja ensangrentada se escapó de mis dientes como un gusano baboso y caliente.

Sentí un golpe en la frente y comencé a perder mi conciencia. Como en un sueño sentí que habla-



ban entre ellos y que algo tibio y suave me corría por la frente.

Cuando me desperté sentí de nuevo el gusto de la sangre en mi boca. Traté de incorporarme y me miré las piernas y el vientre. No pude más con el asco y me lancé a vomitar, a devolver todo el asco que estaba en mi estómago.

Después me calmé. Me incorporé lentamente, desaté con paciencia los nudos de los tientos que ataban mis tobillos a las estacas, recogí los girones de ropa que estaban desparramados en medio de la malhoja y tambaleándome me dirigí de nuevo hacia el manantial. Sentía necesidad de limpiarme pero de la tierra, de la sangre, de la mugre que los hombres habían dejado en mi cuerpo. Pero no sentía que el deseo se hubiese quedado pegado a mi piel como me había ocurrido con Lisandro.

Sali de los surcos al callejón y comencé a andar. No anduve más de cincuenta metros cuando de nuevo sentí que me iba a desvanecer. Perdía sangre. El suelo se ponía cada vez más blando bajo mis pies, como si estuviese hecho de una arena alucinante.

En ese momento escuché el galope de un caballo a mis espaldas, y me volví pensando que eran ellos que regresaban.

No podía sostenerme más en pie. Lo único que recuerdo es que escuché la voz del viejo Calisto que gritaba,

—¡Dios mío! Niña Clemencia, ¿qué ha sucedido?

Me llevaron a casa. Las mujeres que me curaban se quejaban lloriqueando, maldiciendo y pidiendo justicia al cielo, castigos terribles para los que me habían vejado.

Calisto ordenó que salieran varias comisiones en busca de los tres hombres del cañaveral, pero por más que buscaron y anduvieron regresaron al anochechar con las manos vacías.

Yo permanecía en un sopor extraño. Apenas si veía y oía lo que pasaba a mi alrededor. Mejor dicho, veía las cosas y escuchaba como si todo me viniese desde muy lejos, como si todo estuviese desprendido de la realidad, como si la única realidad que existiera fuese mi conciencia separada del mundo por un cristal invisible que me dejaba ver el mundo y escuchar los sonidos sin que todos ellos se pudieran incorporar definitivamente a mi ser.

No recuerdo cuanto tiempo estuve así. Creo que



fueron cuatro o cinco días. Había perdido hasta la noción del tiempo. De noche los ruidos y las voces se acercaban algo más a mi conciencia pero finalmente terminaban siendo borrados por el sueño del cual emergía al día siguiente con esa sensación de separación y distancia de todo lo que me rodeaba.

Las cosas y las personas se fueron acercando lentamente y terminaron por incorporarse a mí una mañana. Al despertar vi que las mujeres estaban al alcance de mi mano, que los cacareos de las gallinas en el patio resonaban dentro de mis oídos, que era yo quien escuchaba el mugido de las vacas en el corral lejano, el relincho de los potros atados en el bramadero en espera de ser domados, el canto de las lavanderas acompañado por el monótono golpetear de la ropa mojada contra la batea de tipa.

Extendí una mano y pude asir un jarro que una de las mujeres me alcanzaba.

Ese día fue un sábado. Al día siguiente, al caer la noche varias mujeres vinieron desde Monteros y entre sollozos y ademanes me lo contaron todo: Tenía que ocurrir. Un extraño presentimiento me lo anunció la madrugada que lo vi partir. Quise caminar hasta el final de la galería para gritarle que se quedase pero un viento se levantó soplándome en la cara un aliento helado, un aliento como de pozo que se destapa después de mucho tiempo, con olor a moho, con olor a viejo. El ya galopaba por entre los álamos carolinos dejando una estela de tierra menuda que no lograba levantarse sino hasta el encuentro del caballo y que luego, vencida, se arrastraba dolorosamente.

Fue un instante, solamente, el que la ráfaga me sopló en la cara su olor de moho viejo, de herrumbre y de tiempo encerrado entre paredes. Un instante en que comprendí que no podía caminar ni moverme porque había una voluntad más fuerte que la mía, una Voluntad que deseaba tanto como yo a Lisandro que se alejaba galopando por entre los álamos del camino.

Las mujeres de Monteros eran parientes de Almirón, uno de los peones. Entraron donde yo estaba, una a una y se sentaron a mi alrededor. La más vieja suspiró y comenzó el relato pero la ahogó un sollozo. La más joven se persignó. Con voz entrecortada, lentamente, fue diciendo su relato, volviendo una y otra vez sobre lo que ya había dicho, haciéndome el elogio a cada rato de su valen-

tía, insultando a los que le habían muerto, señalando la valentía de un amigo que se animó a tapanlo con un poncho rojo —el color de su partido— hasta el atardecer, porque hasta el atardecer estuvo allí tirado y muerto en el atrio de la iglesia y nadie sabe, después que el cura le rezó el responso, quién fue el que se atrevió a cargarlo en un carro y llevarlo hasta su finca de Santa Catalina de la que tanto me había hablado siempre.

Las elecciones habían comenzado muy temprano. La mesa electoral estaba puesta en el atrio que daba a la plaza. Las mujeres entraban y salían del templo. Los que iban a votar por el gobierno se alineaban en la vereda del oeste hasta que fueron muchos porque el presidente del comicio quería hacer ver a las autoridades que Monteros era un pueblo que estaba con el gobierno, un pueblo de gentes agradecidas y no, como decían, un pueblo de mazorqueros sublevados por Lisandro Barrionuevo, caudillo de la chusma, enemigo del orden y del progreso. Lentamente, el presidente y los testigos hacían pasar a los tímidos peones que, con el sombrero en la mano decían que *sí* cuando les preguntaban si votaban por el gobierno. En la esquina del atrio, el comisario repartía monedas de un peso a todos los que habían dicho que *sí*. Los pobres tomaban el dinero, agradecían a la autoridad con un murmullo y desaparecían por las calles. De tanto en tanto, se escuchaban los gritos de los borrachos viviendo a las autoridades.

A la siesta, alguien vino a caballo, a todo galope y rayó el animal cerca de la mesa electoral. Los milicos acudieron, el presidente se puso de pie y echó mano a la cintura. El recién llegado pidió hablar con el comisario. Lo sacó aparte y le habló al oído. Los ojos achinados de la autoridad, porque así me lo describían las mujeres que vinieron a mi pieza y que después me ayudaron a rezar, se achicaron hasta quedar convertidos en dos rayitas. El comisario se tiraba el bigote ralo y sonreía como si presintiera algo que esperaba hacia ya mucho tiempo. El hombre que vino a caballo volvió a montar en su animal y partió a la carrera. Muchos de los presentes, de los que esperaban en las filas para votar grabaron su cara en la memoria. Juran que no eran de Monteros ni tampoco de Simoca. Pero el tiempo irá borrando en el recuerdo la cara del que trajo la noticia, sus gestos y sus

ademanes y a pesar de los juramentos no hubo y ni habrá venganza.

El comisario sacó al presidente de la mesa electoral y le habló aparte. Este palideció pero tuvo que sonreír. Asentía con la cabeza mientras el comisario le hablaba sin ademanos con su sonrisa y entrecerrando sus ojos achinados como si ya estuviese viendo cómo iban a ocurrir las cosas y saboreando su resultado.

Desde entonces el comisario desapareció y el presidente siguió tomando las votaciones a los que esperaban. Pero estaba nervioso, muy nervioso. Miraba a un lado y otro a cada rato como si esperase algo que habría de venir, algo inminente, algo peligroso.

El sol comenzó a caer pasada la siesta y la votación estaba por terminar porque, desde hacía rato, que nadie esperaba en las filas y los pocos que esperaban en la otra eran opositores al gobierno.

Se escuchó un tropel de caballos. Eran seis o siete caballos y venían a la carrera. Los jinetes los montaban silenciosos a pesar de que era día de elecciones. Llegaron, pues sin dar un grito. En la esquina de las Zorrosas detuvieron sus monturas. Lisandro se desprendió del grupo. Llegó hasta el atrio y preguntó por el presidente de la mesa electoral. El hombre temblaba. Se puso de pie, dio un paso atrás y derribó la silla. Los otros, los fiscales, huyeron por la casa parroquial. Y algunos curiosos se metieron en la puerta de la iglesia.

Con el rebenque, Lisandro hizo volar los papeles que estaban en la mesa y luego la derribó. Después escupió en la cara al presidente que estaba apoyado en la pared temblando y gritó:

—¡Viva el doctor Hipólito Irigoyen!

Y bajó del atrio lentamente para subir en su caballo.

Apenas había calzado la bota de su pie izquierdo en el estribo cuando se escuchó un disparo desde la esquina que estaba enfrente de la esquina de la casa de las Zorrosas. Lisandro soltó el borrén de su montura y cayó hacia atrás.

El caballo, espantado, dio una vuelta sobre sí mismo y luego se lanzó a toda carrera. El cuerpo de Lisandro fue arrastrado algunos metros, no más, porque la bota se zafó del estribo.

Cuando llegaron los milicos ya estaba muerto.

Entonces estallaron gritos de vivas al gobierno en los dos campanarios de la iglesia. Eran otros solda-

dos que estaban apostados con sus armas por si hubieran fallado los que estaban escondidos en los tejados de la esquina que estaba frente a la esquina de las Zorrosas.

El presidente seguía apoyado en la pared, temblando, y solo dejó de temblar cuando vio que el comisario se dirigía hacia el cuerpo de Lisandro, revólver en mano, lo daba vuelta con el pie y después de un momento gritaba:

—¡Está muerto!

Entonces, y solo entonces, el presidente de la mesa electoral consiguió desprenderse de la pared. Sacó un pañuelo y se secó el sudor que le empapaba la cara y el cuello.

Las gentes que salían tímidamente de las casas se agolparon en las esquinas primero. Luego se atrevieron a llegar hasta el cadáver. El comisario se reía y gritaba en contra de los *mazorqueros*, de los radicales hasta que se cansó y se fue.

Entonces, y las mujeres no recordaban quién fue, alguien trajo un poncho rojo para cubrir el cuerpo de Lisandro hasta que llegara el carro que habían ido a buscar y que se lo llevó finalmente para enterrarlo en su finca de Santa Catalina.

Dos semanas después sentí al niño en mis entrañas.

La primera noche que me di cuenta que en mi vientre llevaba otra vida, fui presa de la angustia.

“¿De quién sería?”, me preguntaba. “¿De él? ¿O de los hombres que me habían forzado en el cañaveral?”

¡Ah! Nadie sabe como he vivido todo ese tiempo del embarazo: era una mezcla de ternura y asco, de piedad y odio, de alegría infinita y de tristeza. Me repetía a mí misma a cada rato que sería varón, que iba a ayudarme a manejar El Paraíso, que sería el encargado de continuar con mi fe en ellos los que dormían bajo la tierra blanda detrás de la capilla.

Estas ideas me ayudaban a borrar las imágenes de lo que había ocurrido en el cañaveral. Es más: cuando me asaltaba la duda de si el niño sería hijo de Lisandro o de alguno de los desalmados, me forzaba a pensar que mi hijo iba a tomar en sus manos todo el trabajo y el recuerdo de mis muertos e iba a continuar con todo cuando ya a mí me faltaran las fuerzas.

De noche soñaba al niño con el mismo rostro de



Lisandro, montado en un caballo peruano de patas negras. Sentado en la silla con mucha elegancia, iba por los caminos mientras el animal tamborileaba con sus cascos acerados las duras piedras dejando tras de sí una estela, un leve humo de tierra. El caballo y el jinete pasaban con gallardía despertando con sus ruidos a la modorra de la siesta. Pasaba a mi lado y me miraba con sus ojos azules, con esos mismos ojos celestes-agua, profundos, que tenía. Me miraba y sonreía apenas y me saludaba tocándose con disimulo el ala del sombrero, de un inmenso sombrero negro, como si tuviese miedo o vergüenza de mi.

Al despertar, a pesar de la angustia y de la tristeza que la humillación del sueño me producía, estaba contenta porque sabía que el sueño era una prueba de que el niño que iba a nacer era hijo de Lisandro y no de alguno de los tres malvados que me habían gozado en el cañaverál.

También, algunas noches, soñé que el niño me levantaba en sus brazos; que yo era vieja, muy vieja, y que casi no podía valerme por mí misma. Entonces, él me tomaba en sus brazos primero y luego me levantaba con una sola mano hacia lo alto desde donde yo podía ver los campos, el cielo, las nubes y los picos del Nuñorco, las golondrinas del otoño revoloteando entre las ráfagas frías, temerosas antes de partir. Y escuchaba los ruidos lejanos: golpes de hachas sobre troncos, algún martillo cantando su obstinación contra un hierro, una voz destemplada de mujer que lavaba o el llanto desgarrador de una criatura. Y ese llanto de criatura me despertaba con los labios resecaos, con la boca y la garganta reseca por la angustia. Me palpaba el vientre y al sentirlo que todavía estaba allí dentro me tranquilizaba.

Día a día, al despertarme comprobaba que su cuerpo había crecido un poco más dentro de mi cuerpo. Se movía. La primera noche que lo sentí moverse soñé que yo era un manantial, que yo era el agua del manantial y que nadaba en mi corriente tibia, ciego, lleno de gozo, pujando por salir a la superficie para mirar el sol con sus ojos claros, celestes como el agua. Y yo lo atrapaba en mi corriente para que no subiera, para que no viera la luz porque temía que podía huir para siempre en su caballo peruano de patas negras, perdiéndose por el camino de los álamos, dejando una estela de tie-



rra y haciendo sonar como caracoles destrozados las piedras del camino.

Un día me di cuenta que al pasar, las mujeres de la casa se habían quedado mirándome. No podía disimular más mi estado, ni aún poniéndome las batas más sueltas que tenía, ni tapándome con pañoletas y rebozos.

Tenía que partir. Hablé con Calisto y a la mañana siguiente partimos con la vieja Rosario hacia el monte, hacia el *encierro*.

El monte, como cuando niña, volvió a ser una larga espera. Pero también fue el miedo, el miedo a la muerte que podía llegar junto con el niño. Cuando el cólera la muerte estaba fuera de mí, en cualquier parte; acechaba invisible entre los árboles, agazapada en una encrucijada, a la orilla de un río para caer sobre cualquiera sin razón, caprichosa y sin ley.

En cambio, ahora, la muerte se alojaba en mis entrañas junto con el niño y quizá junto con él crecía día a día.

A medida que pasaba el tiempo el miedo de la muerte que podía llevar en mi vientre reemplazó a la angustia que sentía por saber quién era el padre del niño: Lisandro o alguno de los forajidos que me poseyeron entre la malhoja podrida.

A veces me asaltaba la alegría y me dejaba llevar por ella pensando que El Paraíso iba a tener un nuevo dueño. Pero de pronto me paralizaba la idea que lo que yo llevaba en mis venas no era un niño sino la muerte. Yo la alimentaba con mis venas y ella crecía allá en mi profundidad dentro de algunos meses, dentro de algunas semanas, dentro de algunos días podía destruirme para siempre.

Sí. Cada día que pasaba podía ser un día hacia la muerte, hacia la nada y el olvido y también hacia la muerte y el olvido de los que dormían esperando Su llamado, en la tierra negra y húmeda de El Paraíso.

En mi vientre, día a día, crecía el niño y también el demonio que me habitaba.

Resistí con todas mis fuerzas esa idea de la muerte que me invadía cada vez con mayor persistencia; sobre todo al anochecer me obsesionaba, al anochecer cuando todo, los árboles, las plantas, los animales, los pájaros y las montañas se hundían lentamente en el agua viscosa de la noche, para siempre, para toda la eternidad y allá arriba, en

el cielo solo quedan brillando las estrellas como una nostalgia, un pálido reflejo de la luz y de la fiesta que era el mundo encendido por el sol.

Calisto no se quedó con nosotras. Iba y venía todos los fines de semana trayéndonos comida, provisiones y noticias. Nos contaba que muchos patrones y dueños de fincas ya habían aceptado las condiciones del ingenio: fuertes adelantos de dinero a cuenta de las futuras cosechas; los adelantos serían para comprar las cañas-plantas para plantar.

Me acordé de lo que me había dicho Lisandro. Calisto nos enteró que en nuestra finca casi no quedaban peones. Casi todos nos habían abandonado. Algunos habían salido de la provincia. Otros trabajaban en las fincas vecinas que habían comenzado a replantar sus cañas. En El Paraíso ahora vivían seis o siete familias, las de los más fieles, las de los más viejos. No había dinero para comprar ropas y casi todos andaban descalzos. Es cierto que en el campo nadie se muere de hambre tirando aquí y allá un poco de semillas de maíz, de zapallos o sembrando unas guías de batatas.

Calisto, mientras enumeraba los sufrimientos de nuestra gente, bajaba la cabeza y apesadumbrado la movía de un lado para el otro.

Todas las semanas traía una nueva noticia. Pero yo me daba cuenta que detrás de todo ello había un ruego, pedido secreto que no se animaba a hacerme por un pudor oculto.

Cuatro semanas antes que naciera el niño no pudo más y después de haberme contado cómo los Beltranes habían enterrado al abuelo envuelto en unos trapos y en chalas de maíz atados con trenzas de totoras porque no había maderas para hacerle un cajón se dio vuelta para no mirarme y me dijo:

—Niña: ¿por qué no pide un anticipo al ingenio como lo están haciendo los otros? Dios aprieta pero no ahorca. Con las cosechas podremos pagar el préstamo. Si no quiere pedirle prestado al ingenio pídaselo al Francés que también dicen que presta plata. Dicen que es muy bueno y que no pide mucho como garantía.

“¿Y por qué no?”, me dije en mi interior. “El no es el ingenio”.

Yo le había prometido a Lisandro que no tomaría plata adelantada del ingenio. Pero el Francés era otra cosa. El Francés no tenía ingenio. Podía cumplir con la promesa y al mismo tiempo podía

salvar a El Paraíso y evitarle sufrimientos a mi gente que se estaba dispersando hacia los cuatro vientos.

—¿Qué dice, niña? —me preguntó el viejo volviéndose curioso al ver mi silencio tan cargado.

Entonces lo miré y sonreí. Después, le dije que sí con la cabeza.

Las dos últimas semanas antes del parto transcurrieron lentamente como si el tiempo se arrastrara perezosamente, como si le costara arribar.

Apenas podía caminar con mi vientre. Iba hasta el arroyo que corría cerca del *encierro* y me sentaba a ver correr el agua, como solía hacerlo en el manantial de El Paraíso. El ver correr el agua me provocaba una suave modorra, me adormecía con los ojos abiertos y su gorgotear entre las piedras cubiertas de musgos, de largas barbas verdes, húmedas y pegajosas, desencadenaba en mi mente las imágenes más extrañas.

Me quedaba en la orilla hasta fatigarme de tanto imaginar cosas. Luego volvía al refugio, lentamente, reconociendo la realidad que me rodeaba, descubriendo el monte y cada una de sus plantas, cada uno de sus pájaros, sorprendiéndome al ver saltar una urraca, azul y oro, entre las matas de un arrayán; o al sentir entre el follaje de helechos el estornudo nervioso de una corzuela curiosa.

En algunas ocasiones, y sobre todo al caer la tarde, me gustaba descubrir los ruidos del monte. Con el oído atento, conteniendo la respiración, escuchaba desde el frotar de las ramas más pequeñas, en las copas de los árboles, el desprenderse y caer de las cortezas podridas por las lluvias, hasta el grito salvaje e imprevisto del loro que desde lo alto sorprende algo que puede ser un peligro para la bandada que come, inocente, dejando caer entre el follaje muerto, una lluvia de semillas, de cáscaras húmedas, de pedacitos de palo produciendo un sonido de papel mordido por miles de ratones traviesos.

A fines de noviembre, con los calores, las lluvias se desatan. A veces llueve un día entero y luego sale el sol. El vapor comienza a crecer como un hongo invisible y se eleva al cielo por entre las ramas, trepando por las escaleras de oro que los rayos del sol fabrican a través de las ramas y ya fuera de la espesura se eleva, no muy alto, hasta que logra formar una nube pequeña y luego otra, más tarde otra que se unen entre sí, y que a su vez se

unen entre sí con otras hasta que incuban el trueno en su vientre de vellón y estopa fría. Y el trueno rueda luego de quebrada en quebrada, de valle en valle hasta confundirse con el del agua que baja entre las piedras del arroyo.

En abril nació el niño y nació muerto. Después del parto estuve casi diez días luchando con la muerte. Solo la vieja Rosario sabe en que forma me aferraba a la vida.

Pasaron muchos días, después que me repuse, hasta que me avisaron de la muerte del niño.

La vieja me lo ocultó celosamente cuanto pudo. En cuanto tuve conciencia y le pregunté por él, me mintió que lo habían llevado a El Paraíso para que allí lo amamantara una mujer que acababa de tener una criatura.

En esos momentos en que recobraba el conocimiento me decía a mí misma con insistencia, que estaba enferma, muy enferma, pero que no debía abandonarme, que debía vivir para que el niño viviera. Así, luego, cuando caía en la inconciencia, mis instintos me defendían de la muerte, con rabia, ciegos y obstinados.

La fiebre cedió lentamente fui recuperando mis fuerzas. Un día vino el viejo Calisto y me dijo que debíamos volver, que la gente, la poca gente que nos quedaba, me estaba esperando para saber qué debía hacer. Había traído una yegua mansa y tranquila, cómoda de montar, que nunca se espantaba y que además era conocedora del monte y de los cerros.

Por el camino, Calisto, comenzó a conversar de cosas viejas y antiguallas, de gentes que él había conocido y que ahora estaban muertas, de viajeros sorprendidos por la tormenta en una cuesta, de jinetes llevados por el golpe de la creciente de un río, de niños muertos por la centella...

El viejo iba adelante, contando las cosas lejanas al compás del trote de su caballo. Enumeraba nombres y parajes con su voz gangosa, como si rezara una letanía, sin volverse, como a propósito para que yo no lo viera.

Al fin, luego de una hora de marcha hizo un largo silencio luego de suspirar. Entonces caí en cuenta que me quería contar algo. El pensamiento de que a mi niño le podía haber pasado algo me golpeó en la frente como un aletazo.



—¡Calisto! —dije tirando las riendas de mi caballo. El viejo continuó todavía un largo trecho.  
—¡Calisto! —le grité desesperada—. ¿Por qué tantas historias? ¡Vos me querés decir algo! ¡Estás tratando de decirme algo!

El viejo detuvo su caballo lentamente. Luego volvió riendas. Vino con la cabeza gacha hasta el lugar donde yo me había detenido; si, con la cabeza gacha y suelta, que le bailoteaba, a cada tranco del caballo, como la de un muñeco desarticulado.

—¡El niño...! —le dije con voz ronca.

El viejo levantó los hombros pero no la cabeza.

—¡Mirame...! —le grité— ¡Decime la verdad!

El viejo levantó la cabeza lentamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Quiso hacer algo así como una sonrisa, una mueca o un gesto y se quedó mirándome con los ojos largos de un perro castigado injustamente.

Luego dijo sin mover los labios:

—¡Niña!: a todo hay que resignarse.

Nos pusimos en marcha después de un hondo silencio. A mí se me habían acabado las fuerzas del todo y apenas si podía mantenerme en la montura.

Por el camino, la vieja Rosario se puso a conversar lentamente y me contó cómo había nacido muerto.

Caminamos un largo rato entre el crujido áspero y monótono del apero con las cinchas y correones.

—¡Rosario! —le grité a la vieja repentinamente, animada por un extraño impulso— ¡La criatura! ¿Qué color tenían los ojos de la criatura?

La vieja me miró como embrutecida. No sabía que contestarme.

—¿Azules...? ¿Negros...? —le pregunté ansiosa.

—La verdad... —dijo la vieja. —¡La verdad... la verdad es... que no me he fijado, niña Clemencia!

Ciega de rabia me puse a la par de la vieja y con el rebenque le crucé la cara de un azote. Luego, lancé el caballo a toda carrera, cuesta abajo, seguida de cerca por Calisto que decía algo entre dientes, una súplica, una maldición o una oración adolorida.

Ahora quiero contar lo que ocurrió aquel día cuando regresé del monte luego de haber perdido a mi hijo.

Quiero contarlo todo minuciosamente para que nadie pueda dudar de que todo ha sido cierto. Para



que nadie pueda decir que estoy mintiendo. Para que todos puedan ver, como yo, que en lo ocurrido está una mano misteriosa, Su Mano, la fuerza de Dios. Porque todo ha sido voluntad de El y solo de El y yo no he sido sino su fiel instrumento.

A pesar de lo que dice mi hermana y de lo que piensa mi cuñado Manuel que me quieren hacer abandonar mi rancho que me han dejado construir en lo que fuera El Paraíso, no estoy loca. Nunca lo estuve. Siempre he gozado de mi sano juicio y ese sano juicio es el que me ha hecho actuar como he actuado. Ese sano juicio me hace esperar, y me da resignación. Y ese sano juicio es el que me ha hecho obedecer las órdenes de Su Voluntad. Porque yo no he sido otra cosa sino una fiel ejecutora de Su Voluntad y cada día lo entiendo mejor. Porque cuando creía que hacía mi vida no estaba sino cumpliendo con Su Palabra. Cuando creía que era mi capricho el que seguía, los hechos han venido a demostrármelo que con mi voluntad no podía cambiar la Suya ni un centímetro y que lo único que podía hacer era plegarme resignadamente a Sus Ordenes que siempre me vinieron por misteriosos conductos, como el hecho que voy a contar a continuación porque aún me queda un testigo, aunque es mudo, pero hablará, como habrá de brotar el agua nuevamente del manantial. El Niño hablará y el agua habrá de surgir nuevamente. Ese día el Ingenio y los nietos del Francés me habrán de devolver las tierras de El Paraíso que me han quitado. Porque yo, por Su Mandato, debo velar a mis muertos que yacen bajo la tierra de lo que fue mi tierra, como ahora lo hago. De otro modo morirían realmente y no como ahora que están simplemente dormidos. Sí. Morirían y no podrían asistir al juicio de los justos que ya está presente, que ya está por llegar y en el cual yo tengo que dar testimonio, mi testimonio porque ésa es la misión que El me ha confiado.

Sigamos: llegué del monte y me recibieron en El Paraíso. Los pocos servidores que quedaban fueron llegando uno a uno con su silencio y su tristeza. Lo sabían todo. No había necesidad de palabras. Puedo recordar, a pesar del tiempo, cada uno de los rostros y cada uno de los nombres: Joaquín Robles y su mujer con sus tres hijos chicos; Antonio Bienvenido Ribero, el viudo, con sus tres hijos ya mozos, uno de los cuales ha muerto haciendo el servicio militar y otro está empleado como maquinista en el ferrocarril; José Pastor Arce, con su mujer que temblaba

de miedo porque estaba preñada, aunque después las cosas anduvieron bien y tuvo una mujercita que se ha casado con el peón de mano de uno de los dueños de la tierra de Sauce Huacho y con el cual ha tenido como siete hijos todos los cuales actualmente viven cerca de Famaillá y algunas veces vienen a Río Colorado; Pedro Miguel Asencio, juntado con una hermana de los Zárate, padre de tres hermosos muchachos de los cuales ninguno se quedó en Río Colorado después que los radicales ganaron las elecciones grandes el año 17; Miguel Bienvenido Calibar, un mataco retacón, muy risueño, casado con una mujer de nombre Tránsito con la que tuvo cinco hijos, dos mujeres y tres varones, ninguno de los cuales se quedó a vivir en El Paraíso después que ocurrieron las cosas con la gente del Francés; Zenón Miguel Aguirre, hijo de uno de los bolivianos que solía ayudar al austriaco Wiladrich a traficar en hacienda, que vivió un tiempo con una de las chinitas de la Finca "Flora" y le hizo cinco varones, uno de los cuales era Zenón Miguel y que después se volvió para su país sin que de él la mujer nunca supiese absolutamente nada; y los tres hermanos Vázquez, cada uno con sus mujeres y con sus hijos, uno llamado El Rigorito (nunca supe por qué), otro de sobrenombre El Duro porque andaba siempre retobado y jamás sonreía por nada del mundo y el tercero que le decían El Firulete porque había aprendido la palabra sin saber qué es lo que significaba y cuando algo le gustaba decía que estaba "firulete" para decir que era lindo.

Sí. Vinieron todos a recibirme, en silencio, como cabía en ese estado. No dijeron una palabra porque no había que hablar con la niña de ciertas cosas; tampoco me podían dar el pésame por miedo a ofenderme o humillarme, porque todos sabían lo que había pasado y por qué había estado ausente en el monte cerca de seis meses. Pero se acercaron tristes y compungidos, con el sombrero en la mano; algunos me miraban a hurtadillas y luego bajaban la cabeza. Las mujeres me abrazaron. Algunas no pudieron contener las lágrimas y lloraron, no ruidosamente y haciendo ademanes como cuando velan a sus muertos sino en silencio, buscando las puntas de sus delantales, de sus rebozos o pañoletas para secarse las lágrimas o para esconder, con disimulo, el dolor reflejado en sus caras.

La siesta había terminado y el sol daba con fuer-

za en el patio, con esa fuerza brillante que tiene momentos antes de comenzar a opacarse de modo que lo ocurrido lo vieron todos.

Dejé las riendas del caballo para recibir los saludos. Alguien me había acomodado la silla hamaca de Viena en la galería y le había puesto almohadones en el respaldo para que estuviera más cómoda.

Calisto había llevado los caballos al abrevadero y luego al galpón para desensillarlos.

Yo subí lentamente las escaleras de la galería y tomé asiento en la silla.

Los que habían venido a recibirme comenzaron a retroceder, dando excusas y saludándome para retirarse de modo que la rueda se iba ampliando lentamente. La vieja Rosario estaba a mi lado. Yo escuchaba, casi amodorrada, las voces de la gente que algo pretextaban para marcharse cuando entre el murmullo de colmena de mis servidores sonó, duro y fuerte, el llanto de un niño, el llanto de una criatura.

Me puse de pie tocada no se por qué impulsos.

Las gentes que me rodeaban se volvieron sorprendidas. Yo bajé las escaleras, desesperada, buscando al niño que lloraba.

Allí, en medio del patio, allí estaba y me miraba y me estraba sus bracitos, sucio de tierra, con una camisita que no llegaba a cubrirle el ombligo, con todas "las vergüenzas al campo", como decíamos entonces. Debía tener, cuando mucho, dos años y su llanto era un llanto de terror y de hambre, de miedo a lo desconocido y desesperación por haber quedado solo entre tantos desconocidos.

Lo tomé en mis manos y lo apreté con todas mis fuerzas. Las gentes se habían apartado, temerosas. Vi, mientras llevaba al niño hacia la casa, que algunas mujeres se persignaban.

Pregunté quién era su madre. Y nadie supo darme una razón. Ninguno de ellos conocía al niño y todos dijeron que era la primera vez que lo veían.

El niño, al calor de mi cuerpo, se había callado y se restregaba los ojos con sus manitas. Las mujeres vinieron, una a una, a reconocerlo pero ninguna supo dar razón, ni nadie lo reconocía.

Me puse a temblar y yo que hasta entonces había soportado con entereza el saludo de mis gentes, tomé al niño entre mis brazos, escondí la cara entre sus carnes y sollocé largamente porque comprendí que con él venía una orden de Su Voluntad. Que El lo había empujado hasta mí y que con él me lle-

gaba el mandato de seguir haciendo cosas como las había estado haciendo hasta ahora.

Y todo eso lo confirmé mucho más tarde, cuando llegado el tiempo de que el niño debía hablar, no lo hizo porque era mudo, porque Su Voluntad le había sellado los labios para siempre, para que los abra cuando se cumpla el tiempo y Sus promesas.

Al verlo solo, desamparado y llorando, dije, no pude reprimir un secreto impulso y lo estreché contra mi corazón. En lo más profundo de mi carne, algo me hacía estremecer, algo ciego, oscuro y animal a lo que no podía resistirme.

Como sonámbula levanté al niño en mis brazos y comencé a caminar lentamente seguida por todos los que estaban en la galería. Dejé la casa y me lancé al camino en busca del manantial. Pronto vi que otros se unían a los que me acompañaban, silenciosos y espantados.

Y allí también nació la confusión porque ellos creyeron otra cosa y a causa de todo eso, más tarde, me abandonaron. Pero también sé que ellos, como yo, esperan que el agua vuelva a brotar. Esa será también su señal, como lo será la mía. Y cuando el agua surja como antes, todos estaremos reunidos y levantaremos la casa de la cual ahora solo queda una tapera; abriremos los surcos pero no sembraremos caña porque la caña forma parte de la maldición: planta rastrera que esconde sus tallos y se desliza chupando los jugos secretamente bajo la tierra; planta rastrera que como el pasto es una planta que no obedece Su Voluntad y por el contrario nos engaña; espejismo endiablado, sus tallos subterráneos son como culebras emponzoñadas y terminarán por perder a todos los que los han plantado. Porque nada se puede hacer contra una planta a la que no se siembra con semillas y que todos los años crece de nuevo después de ser cosechada. Nada se puede hacer con esta planta sino quemarla, extirparla, remover la tierra que la tuvo, curarla con ceniza y guano, con hojas secas de otras plantas nobles, de plantas que levantan sus tallos por el aire, que no se arrastran por las húmedas venas de la tierra, que nacen y mueren todos los años: plantas a las que hay que sembrar, esperar que nazcan que den frutos y que luego se sequen con el aire y con el sol.

Dije que las gentes creyeron que el manantial tenía un poder milagroso y no me entendieron a pesar de que les hablé, de que quise explicarles cuál era Su Voluntad y cuál era mi destino.



Me acompañaron lentamente mirando a su alrededor, con miedo supersticioso, hasta que yo y el niño nos sumergimos en las aguas del manantial, aunque hasta ahora no sé por qué lo hice dado que el niño no era de mi sangre y nadie sabía de dónde había venido y quienes eran sus padres.

Los días pasaron rápidamente después que yo hube firmado los papeles que me pedía el Francés para otorgarme el préstamo que necesitaba para replantar mi caña.

Cuando comenzaron a llegar los carros con las plantas, las gentes, las pocas gentes que quedaban en El Paraíso se pusieron a trabajar, como enajenadas.

Entonces, y solo entonces me di cuenta que el manantial era visitado no solo por los que vivían en mis tierras sino por aquellos que vivían en las fincas vecinas y también por muchos que venían desde lejos atraídos por lo que se contaba de sus aguas.

Gracias a ello, conseguí que muchos me ayudaran en los trabajos; algunos me pidieron la comida, por suerte, porque el dinero del Francés apenas me alcanzaba para lo indispensable de los cultivos.

Sin embargo las gentes fueron aumentando poco a poco y tuve problemas para alimentarlos.

Pensé en prohibir la entrada a El Paraíso pero cuando se lo dije a Calisto el viejo me miró con ojos largos y tristes y me contestó:

—Recuerde, niña, que son pobres. Ellos creen que el agua es santa. Déjelos que crean que el agua es santa si es que ello en algo les ayuda a aliviar sus cargas. No vale la pena, niña...

Todos los días llegaban viajeros, a caballo, en carro o jardíneras, a pie. Vinieron de Santiago, de Catamarca, de Salta y al último hasta de Chile. Levantaban el agua del manantial en botellas, en damajuanas o en vasijas de barro. Se bañaban en la laguna cercana al ojo de agua y se marchaban. Siempre querían dejar algo: una pantalla de palma, un tejido, una randa, a veces una cosita de plata boliviana y hubo quien quiso desprenderse de su sortija de oro labrado.

Con ellos, en ocasiones, traían a sus enfermos: ciegos que buscaban la luz desesperadamente con sus ojos casi blancos; paráliticos que se arrastraban a duras penas; idiotas que movían el cuerpo convulsivamente; mudos que proferían extraños quejidos como gritos de animales acorralados o locos que



movían las manos constantemente y pronunciaban extraños e incomprensibles discursos.

Las mujeres, como siempre, se acercaban a la casa; pedían permiso para hacer cualquier cosa o pedían prestado algo, pero yo sabía que era solo un pretexto para comenzar a contarme la triste historia del enfermo, los sufrimientos, las esperanzas y los desencantos y las costosas o terribles promesas que debían cumplir en caso de que el enfermo sanara.

Algunos solían acampar cerca del manantial. Hacían sus ranchitos con ramas y malhojas, pequeños reparos que apenas si los guarecían del frío y de la lluvia y sus fogones estaban prendidos todo el día y toda la noche.

A veces se los sentía rezar; otras veces, se los sentía cantar; y muchas veces se escuchaba, desde lejos, los gritos de dolor de los enfermos o el llanto de desesperación de las mujeres cuando la muerte cortaba de golpe una esperanza.

Al día siguiente uno de los ranchos quedaba vacío y en los fogones el humo se despenaba con tristeza.

Un atardecer, en la rueda de uno de esos fogones, escuché una zamba cantada por un monterizo. Doblado por su dolor, el hombre, padre de una niña ciega, echaba en la canción toda su esperanza y su rabia. Hablaba de alguien que iba a volver, montado en su caballo peruano, envuelto en el poncho rojo de su partido, para remediar el dolor de los pobres. En cada vuelta del estribillo repetía:

—“Vivan sus ojos celestes,  
aunque la vida me cueste...”

Cuando terminó el cantor le pregunté quién era él, el hombre de los ojos celestes que habría de volver montado en su caballo peruano.

Como avergonzado el cantor bajó los ojos y me respondió:

—Niña: son cosas de pobres. Usted no nos va a entender...

—Yo también soy pobre —le dije con hostilidad.

—¿Usted...? —me preguntó con desconfianza y burla el hombrecito.

Me callé y lo miré tranquilamente. El cantor levantó su cabeza y se encontró con mi mirada. Sorprendido abrió la boca y se quedó como embozado. Luego dijo lentamente, como sonámbulo:

—Don Lisandro, niña... Pero ya no hay esperanzas. Está muerto...

Entonces fui yo quien bajó la cabeza porque tuve miedo de que el hombrecito de la zamba pudiera leer en mis ojos el secreto de mi pena...

Al llegar la primavera, las cañas nuevas que habíamos plantado brotaron con fuerza.

Los campos reverdecieron como si nunca hubiesen estado enfermos.

En mayo nos faltaron brazos para levantar la cosecha y Calisto salió a buscar obreros pero regresó desalentado. En todas las fincas estaban pasando lo mismo.

—Si nos cae una helada —me dijo el viejo pensativo— las cañas se nos harán vinagre.

Alguien vino con la noticia que cerca de Famaillá andaba un contratista. Allá fuimos con el viejo.

Hablamos con un hombrecito que tenía tonada catamarqueña. Nos pedía cinco pesos por cada obrero, nos preguntó cuántos surcos teníamos, para cuál ingenio tiraríamos la caña y si la fábrica nos iba a recibir todas las carradas.

El dinero lo quería en parte adelantado porque tenía que hacer gastos con la gente.

Echamos mano a los últimos pesos y después nos volvimos a El Paraíso.

Una semana después, comenzaron a llegar los carros con las gentes, santiagueños y catamarqueños, que acamparon, primero, al borde del camino y, después, se desparramaron por la propiedad.

El hombrecito de la tonada catamarqueña fue quien los distribuyó convenientemente por los campos. Los fogones funcionaron todo el día y un pedazo de reja, colgada con un alambre de una higuera, servía de campana para llamar a los hombres que trabajaban en los cercos al mediodía y a la oración para comer en el rancho.

La comida la volcábamos en grandes bateas y allí comían con sus cucharas de asta o de madera. Los domingos y los jueves se asaba algún animal viejo o dos tamberas, ya no recuerdo bien.

Algunos santiagueños trajeron carbón en sus carros que luego se largaron a vender por los pueblos vecinos hasta que agotaron las cargas. Parte del dinero lo recibió el hombrecito y parte compraron cosas en los almacenes y los hombres damajuananas de vino.

Otros trajeron en sus carros sus enseres: colchones, ollas, alguna petaca con ropa, pero muy pocas cosas.

Los carros de los contratados más los carros que teníamos en la finca, comenzaron a tirar la caña en el canchón del ingenio.

A fines de mayo comenzaron los fríos.

Sí. Comenzaron los fríos pero ese año no heló.

La caña fue cosechada, pelada, empaquetada en los carros y llevada al ingenio.

Montada en mi yegua, yo recorría los surcos donde mi gente y los santiagueños se afanaban trabajando. Vigilaba la comida que se cocinaba en los tachos y a la noche, antes de rezar el rosario, daba vueltas por los fogones y escuchaba el aire duilzón de una zamba o la picardía zumbona de una chacarrera.

A veces, en una rueda, sorprendía a grandes y chicos, con los ojos desmesurados por el terror escuchar a una vieja que destilaba una vieja historia de muertos que regresaban, de tristes apariciones en los caminos, de madres que visitaban en sueños a sus hijos que estaban de viaje para prevenirlos que acababan de dejar este mundo.

Una de esas noches escuché, en uno de los fogones, una larga glosa sobre la muerte de Lisandro, en la cual los hechos se narraban totalmente diferentes de lo que yo había escuchado a las mujeres testigos de la escena. Su figura aparecía desfigurada por la imaginación de los cantores. Era otra persona distinta de la que conocí y amé, con una grandeza, con una frialdad y un heroísmo de gigante. Su figura con el tiempo ha ido cambiando hasta el punto que hoy, no sé ya si el recuerdo que guardo de Lisandro, como un rescoldo tibio en mi memoria, ha sido verdadero o solo una locura de mi imaginación, un sueño producto de mi soledad, de la sed de ternura que poco a poco me ha ido venciendo.

El niño creció bien ese año, pero no habló. Todavía habrían de pasar dos años más, antes que perdiéramos las esperanzas de que pudiera hablar. Vinieron muchas "médicas" a verlo y me recetaron emplastos, hierbas cocidas y comidas extrañas. Hubo quien creyó que su mudez era consecuencia del frío. Otro dijo que era causada por la luz de la luna. Pero el tiempo pasó y tanto él como yo nos acostumbramos a hablar por señas, como hasta ahora lo hago, como lo hemos hecho siempre. Es un lenguaje inventado por nosotros que el resto de las gentes no comprenden. El pobre se comunica con el mundo a través de mí. Yo soy su intérprete y cuando yo me muera

el pobre quedará librado a sus propias fuerzas y a la crueldad de las gentes que no le tienen paciencia, como no tienen paciencia para todo aquello que no comprenden.

No sé si será cariño o qué clase de fuerza misteriosa la que guía mis manos y mis señas, sus señas y sus manos, para que ambos podamos entendernos. Algo me dice que si solo nos quedáramos con los ojos, con la mirada podríamos hablar y entendernos. Y aun si fuéramos ciegos, la sola presencia de nuestra piel nos bastaría, la vecindad de nosotros únicamente, para poder comunicarnos como nos hemos comunicado muchas veces desde lejos.

Cuando terminó la cosecha, el ingenio me pagó y yo pude pagarle al Francés una parte de lo que le debía. El resto me sirvió para pagar a los peones míos, al contratista y guardé otra parte para comprar más caña planta pues pensamos con el viejo Calisto que debíamos aumentar los surcos y llevarlos hasta el pie del monte donde terminaba El Paraíso.

Pasaron dos o tres años. Las cosas anduvieron bien. Calisto envejeció aún más. Las cañas llegaron hasta la orilla del monte y comenzaron a trepar por las primeras lomas.

Cada año que pasaba tenía que ocupar más gente, salteños, catamarqueños, santiagueños, santamaríanos y hasta un grupo de matacos que el contratista me trajo un año desde Jujuy en unos vagones jaulas del ferrocarril.

Los indios fueron ubicados en los lindes de la propiedad, casi en las estribaciones del monte. Allí hicieron sus huetes y fogones.

El contratista me servía de intermediario aunque tenían un lenguaraz.

En pleno invierno se bañaban desnudos en el estero que el manantial formaba unas cuadras más abajo de donde nacía. Ese año también, varias indias tuvieron familia y me contaron que se bañaron y bañaron a los recién nacidos no bien salieron de estado. Y como los animales, me dijeron, se comían las carnaciones del parto.

Una vez me sorprendió la noche cerca de los huetes de malhojas que ellos hacían para vivir. Habían encendido los fogones y asaban algún animal. Algunos de mis peones contaban que les gustaba comerse a los perros asados. Otros afirmaban que comían cruda la carne de caballo, pero no lo creo porque yo les mandaba bolsas de maíz y trigo y buena provi-



sión de grasa de pella y sal, como así también tajos de charqui y los cuartos de carne de vacuna que les correspondían. Cuando yo decía eso, no faltaba quien me replicaba que la carne y la grasa se la comían cruda y que el catamarqueño vendía el trigo y el maíz en los almacenes de los alrededores.

Dije que la noche me sorprendió cerca de sus huetes. En torno al fuego estaban todos reunidos. Cantaban una extraña canción que la cortaban con gritos guturales, como sollozos. Se acompañaban golpeando rítmicamente con una caja y hacían sonar al compás grandes sonajeros de calabazas. De pronto el más viejo cantó solo en su lengua, cantó como si hiciera burbujas con la boca y el coro lo interrumpió. Todos movían la cabeza de un lado para otro.

Esa noche hablé con Calisto y le conté lo que había visto en los huetes de los indios. El viejo me miró con extrañeza pero guardó silencio.

Dos días después, inspeccionando los surcos me dijo:

—Niña: quiero mostrarle una cosa.

Nos fuimos a caballo hacia el monte. El viejo, durante el camino miraba atentamente las huellas de una senda que se metía por entre un tupido montecito de arrayanes. De pronto un enorme cebil nos cerró el paso. Al pie del árbol había cosas despararradas: restos de comidas, trapos, pedazos de maderas labradas toscamente.

El viejo levantó la cabeza y miró la copa del árbol. Luego me dijo:

—Niña: Mire allá arriba, en aquellas ramas...

Entre dos horquetas, allá arriba, balancéandose por el viento estaba un enorme y monstruoso nido.

—¡Fíjese bien, niña! —insistió el viejo.

Observé con detenimiento. Entre las horquetas habían hecho una especie de cama con palos secos y sobre esa cama estaba el envoltorio del nido hecho de malhoja seca y verde y algunos yuyos trenzados. Era el nido de un pájaro monstruoso.

—Venga niña —insistió Calisto.

Rodeamos el árbol lentamente sin perder de vista el nido gigantesco. Del otro lado el viejo se detuvo bruscamente.

—¡Fíjese, ahora! —me gritó.

Por entre la malhoja del nido se asomaba una mano y un brazo que se balanceaban movidos por el viento que movía toda la copa del árbol y también el siniestro envoltorio.



Yo no podía dejar de mirar.

—¡Dios mío! —dije al fin.

—No se asuste —me dijo el viejo sonriendo tristemente y tratando de calmarme—. Así son las tumbas de estos paganos, entre las ramas de los árboles. Los cantos que escuchó las otras noches, eran para ese muerto que ahora está en ese nido. Los pobres estaban velando a su difunto. Porque también ellos tienen sentimientos.

De pronto, mi mirada se desprendió de las ramas de donde pendían la mano y el brazo. Levanté los ojos y me fijé en el cielo azul, solitario, inmenso, azul, terrible. Allá arriba, en grandes círculos, lentos y perezosos volaban siniestras aves de rapiñas: buitres, caranchos ojotes.

El año de la gran helada fue el año en que el Francés comenzó a construir su propio ingenio.

El hielo cayó de golpe luego de una semana tibia dos días antes del 25 de Mayo.

Casi siempre antes de helar el cielo se nubla, cae una llovizna fina, como un rocío, como un relente casi, que viene del sud y que golpea contra los cerros para caer luego sobre los campos. A la noche el cielo se limpia y el hielo comienza a apretar.

Pero ese día no fue así. A mediodía comenzó a soplar un viento frío que se fue haciendo cada vez más intenso hasta que, al atardecer, se detuvo de golpe.

Cuando las estrellas aparecieron en el cielo ya la helada apretaba con fuerza.

Apenas si habíamos tenido tiempo de comenzar a cosechar los surcos de los cercos del sud y por más que hicimos toda clase de esfuerzos para levantar la mayor cantidad de caña, por la tarde el hielo había perjudicado toda la plantación.

A los dos días, con el sol las plantas comenzaron a fermentar y poco tiempo después en todos los cañaverales había un insoportable olor a vinagre.

El ingenio no quiso recibir más carradas y los carros se volvieron a El Paraíso. Abrimos zanjas a los costados de los caminos y comenzamos, paciente-mente, a enterrar la cosecha. Si así no se hace, como las plantas avinagradas traen mala suerte pueden hacer que el hielo vuelva en la cosecha próxima.

Después de la helada los cañaverales cambiaron su verde luciente por un color tabaco sombrío. En las plantas las hojas se retorcian. Varios días después

cuando el viento las sacudía se desgajaban lentamente con un chasquido siniestro.

Al impulso del viento crujía todo el cañaveral, crujía con un ardor enfermizo, con un ruido de insectos enfermos y moribundos, de insectos prisioneros en una gigantesca tela de araña que mientras aguardan la muerte frotan lujuriosamente sus alas y sus cuerpos para producir un clamor destinado a alguien que no habrá de venir nunca a salvarlos. Parecía que entre las plantas se alojaban millares de insectos moribundos y así las plantas estuvieron sonando varias semanas hasta que el viejo Calisto dio orden de quemar los cercos, cortar los restos y enterrarlos.

Los cañaverales ardieron días y días, semanas tras semanas hasta que solo quedaron en pie algunos tallos retorcidos, obstinados y negros.

Por la noche, podía verse cómo el fuego avanzaba lentamente y subía por los tablones que trepaban las laderas del monte, con una voluptuosidad implacable.

Los santiagueños tuvieron que irse, tristes y desilusionados. Después se marcharon los demás, santamarianos, salteños y jujeños. Por suerte ese año no trajeron indios de Jujuy pues los contratistas habían conseguido más gente en Belén y Andalgalá.

Cuando la tierra fue arrasada por el fuego la gente cortó lo poco que quedó en pie para enterrarlo en las zanjias abiertas a orillas de los cercos y caminos. De esa tierra no habría de brotar nada hasta setiembre. Desde mi caballo veía los manchones negros y blancos, el carbón y la ceniza, como islotes sembrados aquí y allá en medio de los llanos.

Ese año no pude pagar mi deuda al Francés. Fui a verlo con Calisto y con otros cañeros a quienes también había prestado dinero, para pedirle un plazo de un año.

El hombre nos recibió en la puerta de su chalet, un chalet de tejas rojas con las barandas de las galerías pintadas de blanco. La casa se encontraba al fondo de un extraño jardín lleno de árboles sombríos, con sus ramas retorcidas desde las que se dejaban caer extraños helechos, húmedas barbas del monte, orquídeas babosas que luego se derramaban también por los troncos y que las gentes decían que el gringo las había hecho traer desde muy lejos, desde el África, de la China y de islas que tenían nombres de vidrios.

Era un hombre alto, corpulento, con una sonrisa

de desprecio semioculta, con una mirada dura y penetrante; el pelo era color pajizo y tenía la cara sembrada de pecas.

Nos recibió de pie, en las escalinatas de piedras y en ningún momento hizo el menor ademán o la más mínima insinuación de hacernos pasar. Nos escuchó atentamente, primero a mí y luego a otros dos cañeros que por rara coincidencia nos habíamos encontrado.

Después que hablamos, nos miró fijamente:

—Está bien —nos dijo—. Les voy a renovar los papeles y les voy a ampliar el préstamo para que puedan ir tirando este año. Pero con una condición...

Nos miró largamente y después sonrió con una sonrisa filosa:

—Quiero que no tiren más caña para los ingenios a los que hasta ahora han venido tirando. Desde la próxima cosecha, la caña vendrá al canchón de mi ingenio que para entonces estará terminado...

Uno de los cañeros quiso hablar pero él lo interrumpió, tajante:

—O tiran para mi ingenio, o no hay renovación del crédito...

Ese día mismo, firmamos todos los papeles que el Francés escribió con su propia mano. Por uno de ellos nos comprometíamos a entregar toda nuestra caña a su ingenio desde el momento mismo en que estuviera terminado.

Desde ese día, ¡ay!, comenzaron mis penurias y las penurias de muchos plantadores. Largo e interminable sería de contar la forma como el Francés se valió de nosotros y se aprovechó de nuestro trabajo para aumentar sus ganancias, sobre todo desde que su ingenio comenzó a funcionar y desde que, por la obligación firmada, tuvimos que entregarle nuestra caña.

Los encargados de pesar nuestra caña en los cargaderos comenzaban por robarnos el peso. Siempre nuestras carradas tenían de menos. Siempre nos daban certificados adulterados de modo que cuando íbamos a las oficinas a cobrar, una cosa eran nuestros cálculos y otra la realidad que nos mostraban los pagadores.

Después los pagos comenzaron a espaciarse y llegó hasta debernos un año. En ese año el Francés vendía su azúcar y pagaba sus deudas y nosotros

debíamos entretener con promesas a nuestra peonada que ya no creía en nada ni en nadie.

Por ese tiempo fue que el Francés comenzó a comprar las tierras de los plantadores y a ampliar las suyas. Mejor dicho, fue quedándose con las tierras porque sus deudores no le podían pagar los anticipos que les había hecho a cuenta de futuras cosechas o por dinero efectivo adelantado cuando había algún apuro: un enfermo que curar, un muerto que enterrar, un largo viaje por hacer.

Sus campos crecieron y crecieron. Daba a su peonada el mismo trato despótico y duro, y aun peor, que nos daba a nosotros.

Por ese entonces comenzó a circular la historia del "Familiar", ser monstruoso que las gentes indígenas juraban que vivía en los sótanos de la fábrica del Francés. Obedecía solo a su amo. Nadie lo ha visto nunca. Nadie sabía cómo era pero todos juraban y rejuraban que existía. Jamás se había encontrado una huella, una pisada, un rastro de la monstruosa criatura, pero todos afirmaban que vivía, que se alimentaba con los desperdicios que a veces el Francés solía comprar en las fincas vecinas. Unos decían que era un animal que se arrastraba. Otros aseguraban que gruñía como un puma. Pero algunos afirmaban que gemía como un niño y los atrevidos deducían de esto último que se trataba de una criatura espantosa engendrada de la unión del Francés con una perra que siempre solía andar con él y a la que un peón dio muerte después de un parto en el que tuvo un solo cachorro, un monstruo extraño que en algo se parecía a una criatura humana. Del peón nadie supo qué se hizo, como así también de muchos otros peones que desaparecieron y que las gentes dijeron que en venganza habían sido arrojados a las fieras.

Apretaba pero no ahorcaba a quienes él no quería ahorcar. Nos iba dando dinero de poco en poco para que pudiéramos salir adelante, para que pagáramos a la peonada, para que comenzáramos la cosecha o para que hiciéramos los cultivos más urgentes: el deshierbe, el desaporque...

Por ese entonces puso una proveeduría y comenzó a pagarnos con mercadería en lugar de dinero. Los vales circularon como plata boliviana. Lo que en otra parte costaba diez, el Francés lo vendía a veinte. Los bolicheros de varias leguas a la redonda fueron expulsados para que las gentes no pudieran comprar sino en la proveeduría.



El Francés era odiado, sí, odiado. Cuando paseaba con su caballo pinto seguido por esa trailla de perros traídos de Europa, bravos y mal enseñados que parecían gozar cuando el viejo los lanzaba en contra de las gentes por el puro gusto de divertirse y verlos correr, las viejas se hacían la señal de la cruz; otras, lo maldecían.

A su paso había siempre puertas que se cerraban. El Francés parecía sentir el odio, lo palpaba como un terciopelo invisible a cuyo tacto se despertaba una voluptuosidad enfermiza.

Por eso cuando intentó apoderarse de El Paraíso y las gentes acudieron a ayudarme, no por mi sino para defender las aguas del manantial, el gringo tuvo que emplear las armas.

Yo sabía que el Francés le echaba el ojo a mis tierras desde hacía mucho tiempo. Lo sabía porque una vez me crucé con él en el camino. Detuvo su caballo y se quedó mirándome largamente, con el sombrero en la mano después de haberme saludado. Sí. Me miraba y sonreía. Turbada, yo no atinaba a seguir mi camino. Tenía los pies trabados por la aflicción y la rabia. El, desde su caballo pintado, seguía mirándome y sonriendo, mirándome de reojo y sonriendo con sus labios finos y crueles. Me miraba con regocijo. Me miraba como si al mirarme a mí estuviese viendo El Paraíso, con sus cañas, con sus lomadas de antes de llegar al cerro, con el agua lenta de su manantial, con la mansedumbre de sus animales y la humildad de sus gentes, humildad que era tan fácil convertir en humillación.

Sentí como si me estuviese desnudando y entonces la rabia pudo más que la vergüenza y el miedo. Apuré el paso, salté una acequia y crucé un alambrado para poder así cortar camino por entre los cañaverales.

El gringo se caló el sombrero y castigó a su animal con un golpe de fusta seco y duro. El pinto se lanzó con fuerza hacia adelante pero el Francés le retuvo la rienda con firmeza obligándolo a soltar un paso menudo y nervioso.

Cuando al final de la cosecha tuvieron que pagarme, no lo hicieron. Ese año tampoco me dieron anticipos para arreglar cuentas con mis gentes.

Un día fui a reclamar en la administración del ingenio. A través de la ventanilla de bronce, que el empleado no se tomó la molestia de levantar como



lo hacia otras veces, me dijeron que no había dinero y que tenían orden de retenerme mis haberes porque yo tenía un préstamo cuyos intereses no había levantado.

Mi indigné y grité. El empleado cerró un postigo de la ventanilla. Abrieron la puerta que separaba el mostrador de las oficinas y de adentro salieron dos hombres que trataron de calmarme. Sin que me diera cuenta me fueron sacando lentamente hasta el patio de la administración. Entonces me tomaron de los brazos y por la fuerza me metieron en el sulky. Uno de ellos fue tirando de las riendas del caballo hasta el portón de salida. Una vez allí, el otro, azotó al animal con un rebenque fino.

Cuando vino el juez de paz yo estaba en los potreros viendo como Calisto y otros peones marcaban unos terneros que ya estaban en edad. Había noticias que andaba gente matreando por las vecindades.

El corazón me dio un golpe cuando Braulio Alfaro me dijo,

—Niña, la busca don Estratón el juez de paz de la villa.

Llegué a casa sin aliento. Me tiré del caballo y en dos zancadas estuve en el comedor que el hombre, nervioso, medía con grandes pasos yendo y viniendo de la ventana del fondo hasta la puerta.

Al verme, el juez de paz se turbó. Luego ensayó una sonrisa pero le salió una mueca. Entonces tuve la certeza de que el Francés se había lanzado a la pelea para quitarme El Paraiso.

Le ofrecí asiento pero el hombre turbado no aceptó. Actuaba como si él fuese el culpable de todo lo que estaba pasando y de lo que iba a pasar.

Comenzo hablándome del tiempo, de la cosecha abundante que íbamos a tener ese año. Pero, evidentemente, tenía el pensamiento puesto en otra cosa. A fuerza de voluntad yo había conseguido serenarme. La agitación de la carrera que había dado a caballo también se fue calmando lentamente hasta que pude decir con firmeza:

—Don Estratón: usted viene por otra cosa.

El hombre me miró primero con ojos de súplica. Estaba desarmado y balbucía palabras ininteligibles. Repentinamente se lanzó a buscar algo en los bolsillos. Desesperado pasó minuciosamente de uno al otro lado hasta que al fin dio con un sobre largo y amarillo.

—Aquí tiene, señorita Clemencia —me dijo con un hilo de voz, como si fuese lo único que podía articular.

Me serené aún más y con voz tranquila le dije:

—Lo estaba esperando. Pero no se aflija... Ese gringo no me va a quitar tan fácilmente El Paraíso.

El juez de paz farfulló algo así como "lo espero..." o "confíe en Dios..."

Tomó el sombrero que había dejado sobre la mesa, me dio la mano sin mirarme y salió a la galería.

Desató el caballo y subió al sulky. Antes de arrancar dio vuelta la cabeza y me gritó:

—¡Véase un buen abogado, niña Clemencia! ¡Véalo al doctor Benicio Pérez!

Jueces, abogados, papeles sellados, firmas, notificaciones y todo ese largo peregrinar que hice ya cuando Wiladrich se quedó con una parte de El Paraíso volví a recorrer de nuevo.

Ya no tenía dinero con qué pagar a los peones ni para el abogado. Sin embargo, éste no se apuraba ni me apuraba y cuando le preguntaba si le hacía falta algo invariablemente me respondía:

—Después arreglaremos, cuando termine el juicio...

El juicio no terminaba nunca. Por el contrario día a día se complicaba más.

Por fin le dije al doctor Benicio Pérez:

—Esto no puede seguir así, doctor. Usted tiene que hacer algo. Me estoy comiendo los últimos animales de la finca. No tengo para levantar la cosecha. Yo y mis peones estamos viviendo a maíz hervido...

El hombre me miró largamente, con tristeza, por encima de sus lentes con armazones de carey. Entonces fue cuando me di cuenta que las cosas no andaban muy bien.

Poniéndome de pie le dije nerviosa:

—Usted me está ocultando algo, doctor.

El se puso a hojear unos papeles. Se había quitado los lentes para que su miopía lo ayudara a no delatarse.

—¡Dígame la verdad! —grité golpeándole el escritorio.

Se pasó la mano por la frente y luego agregó con voz fingidamente calmada:

—Creo que va a tener que arreglar con el gringo...

—¡Arreglar! —grité—. ¡No tengo nada que arreglar!

—Si quiere salvar algo de su tierra que le permitirá seguir viviendo... —dijo con su calmosa tonada correntina.

—Eso quiere decir... —exclamé casi tartamudeando.

El pensó un momento como si buscara las palabras que no hubieran de herirme tanto. Luego dijo:

—Así es señorita... Hemos hecho todo lo posible. El derecho estaba de su parte... Pero usted sabe...

Y comenzó a quejarse de la venalidad de los jueces, de la corruptibilidad de los empleados, de que no teníamos dinero para cambiar o torcer voluntades ni para abrir las puertas. El gringo, en cambio, derramaba plata a raudales porque estaba emperrado en quedarse con El Paraíso...

—¡Nunca! —grité.

El doctor Benicio Pérez, espantado, detuvo su lección.

—¡Nunca! —volví a gritar—. Para que ese gringo sucio se quede con mi tierra tendrá que nacer dos veces...

Impulsada por un presentimiento repentino me acerqué al escritorio:

—¡Doctor Benicio Pérez! —le dije—. ¡Escúcheme!

El hombre dejó el cortapapeles con el cual no hacía más que jugar.

—Si yo me entero —le dije marcando con rabia palabra por palabra— que usted también ha andado en el juego sucio del Francés le aseguro que su cuenta la va a cobrar de otro modo que en dinero...

—¡Señorita! —dijo el hombre poniéndose de pie como si le hubiesen disparado un resorte—. ¡Me extraña que usted me hable así...!

Y se lanzó a recriminarme mi desagrado luego de lo tanto que él había hecho, luego que había puesto tanta plata de su bolsillo, luego de todas las cosas por las que había tenido que pasar...

Sin embargo, no sé por qué, sus palabras me sonaban a huecas. Lo veía como a través de un vidrio accionando sus brazos como un muñequito de cuerda, repitiendo mecánicamente algo que seguro se había aprendido de memoria para cuando llegara el momento, como el que acababa de llegar...

El discurso fue languideciendo, perdiendo convicción a medida que mi rabia iba en aumento y que

se sentía impotente para aplacarla. Finalmente, vencido, dejó caer los brazos al costado del cuerpo para significar que se declaraba vencido.

—Deje pasar el tiempo. Vaya y piense con tranquilidad —me dijo con desaliento fingido—. Después, cuando pasen las cosas se va a dar cuenta cuán injusta ha sido usted conmigo, señorita Clemencia...

No pude más. Las lágrimas me saltaban de los ojos. No quería que el doctor Benicio Pérez me viese llorar. Me di vuelta y antes de salir agregué con la garganta estrangulada:

—¡Ya veremos quién puede más!: yo, o el gringo...

Me acababa de acordar en ese preciso momento del manantial y de que las gentes creían que sus aguas tenían poderes milagrosos.

El juez de paz, al bajarse del sulky golpeó las manos frente a la tranquera. Los peones corrieron a abrirle el portón y el coche, tirado por la yegua vieja y tuerta penetró en el patio lentamente.

El juez de paz fue a detener el animal y el sulky casi sobre la baranda de la galería.

Calisto, que estaba sentado tomando mate, se levantó perezosamente.

—Busco a la señorita Clemencia —dijo el hombre.

—Buenos días, señor juez —dijo el viejo Calisto con un tono socarrón.

El juez de paz se mordió los labios y miró de un lado a otro, con desconfianza. Yo, desde la sala, por el postigo entreabierto, observaba la escena.

El hombre insistió.

—Creo que está ocupada —dijo bruscamente Calisto cambiando de actitud.

El juez de paz tartamudeó:

—Le traigo un oficio. Debo entregárselo en manos propias.

—¿Un oficio? —dijo Calisto extrañado, rascándose graciosamente la cabeza como si la misma curiosidad le estuviese picando el cuero cabelludo—. ¿Un oficio...? —repitió el viejo machaconamente—. ¿Y de qué trata ese tal oficio...?

—Un exhorto... —tartamudeó el juez de paz.

—No entiendo —dijo Calisto echándose el sombrero casi sobre la nuca—. No entiendo...

—Del juez de Tucumán...

—¡Ajá! —dijo Calisto sonriendo—. ¡Se trata del pleito que la niña Clemencia tiene con el gringo!

Vamos a ver —dijo extendiendo las manos para recibir el papel.

El juez se echó hacia atrás.

—El oficio debo entregarlo en las propias manos de la interesada —dijo, recobrando su solemnidad profesional.

Calisto lo miró de arriba a abajo, siempre sonriendo, pero transformando poco a poco su sonrisa en una mueca de crueldad.

—Ya le he dicho que la niña Clemencia está ocupada. No sea desconfiado —insistió el viejo con dureza—. Yo se lo voy a dar en manos propias. Además, no se aflija, no voy a enterarme lo que dice su lindo papel porque nunca aprendí a leer.

—La señorita Clemencia tiene que firmar además un papel —dijo el juez endureciéndose aún más—. Una especie de recibo —agregó sentencioso— en el que da su conformidad y declara haber recibido la notificación.

Calisto estiró su mano rápidamente tratando de apoderarse de la cartera negra que el juez tenía en el pescante. El hombre esquivó el manotazo y levantó el látigo. El caballo se puso nervioso. Entonces me decidí a salir.

—Buenos días, señor juez —le dije.

El viejo, al sentir mi voz se volvió rápidamente.

—No reciba ningún papel, niña —me gritó—. No reciba ningún papel de esta gente.

—¡Es lo mismo! —gritó el juez recobrándose del susto e impulsado por la rabia—. ¡Es lo mismo! ¡Reciba o no reciba la notificación, las cosas no se van a cambiar! ¡Ustedes ya no tienen nada que hacer en El Paraíso! Aquí está el fallo del juez...

Había en las palabras del juez de paz un trasfondo de salvaje alegría que lo regocijaba infinitamente de la humillación que Calisto le acababa de infligir.

El hombre se puso de pie en el pescante y dijo:

—El gringo vendrá cuando quiera a hacerse cargo de las tierras...

Vaciló unos instantes y luego cayó en cuenta hasta dónde lo había llevado su impulso. Miró a Calisto con ojos aterrorizados. Tomó la fusta y castigó al animal desesperadamente. El caballo se lanzó hacia adelante pero al ver que la galería le cerraba el paso dobló bruscamente las varas del sulky, primero a la izquierda y luego a la derecha haciendo crujir la caja del coche.

Al fin, el juez de paz consiguió enderezar el



sulky hacia la tranquera y lanzó al pobre animal en una carrera desesperada y grotesca que hacía bambolear el coche bruscamente.

Como si a último momento se hubiese acordado que tenía que cumplir con su deber entregando el oficio, el juez de paz se volvió, tiró hacia atrás una cartera negra y se perdió en el camino.

Calisto corrió detrás del sulky pero al sentir mis gritos se detuvo. Recogió la cartera y regresó hasta donde yo estaba tratándole de quitar el polvo. Cuando estuvo frente a mí me la extendió en silencio pero luego, en un tono de súplica me dijo:

—No la abra, niña... No la abra...

Si. Vinieron todos a ayudarme, a no dejar que el Francés me arrebatara El Paraíso, a impedir que el gringo se apropiara de la tierra donde estaba el agua que ellos creían "santa". Sabían muy bien que cuando el Francés fuera dueño de mis tierras nadie iba a poder entrar en un cerco, ni mucho menos sacar una gota de agua para llevársela a un enfermo desahuciado, a un moribundo.

Vinieron todos. Desde muy lejos y desde las vecindades. Los parientes hicieron llamar a los parientes. Los vecinos convocaron a los vecinos y los propietarios que tenían deudas con el Francés iguales a la mía, se aprestaron a defender El Paraíso porque así, de algún modo, tenían que defender sus tierras tarde o temprano.

Vinieron la vispera que el gringo llegó con su gente a tomar posesión de mis tierras como mandaba el fallo del juez.

Cuando él y sus gentes llegaron, el pobrerío bloqueaba los callejones. Frente al portón de entrada habían puesto atravesados varios carros y en las zanjias, a los costados del camino había peones que empuñaban viejas escopetas.

El Francés, en su caballo pinto dobló el codo que ahora lleva al camino nacional. Venía con el juez de paz, que poco a poco se rezagaba, con dos o tres milicos de la comisaría de Famaillá, que cuando comenzaron los tiros desaparecieron y con su gente, con sus capataces entre los que había dos salteños desalmados y un correntino famoso por sus andanzas con las mujeres de los ranchos pobres.

Cuando vio los carros atravesados en la tranquera, el gringo frenó su caballo y se quedó pensativo. Luego miró al juez de paz y le hizo señas con la cabeza.

El hombre sacó un pliego de papel del bolsillo, se caló las gafas, taloneó su caballo y se adelantó.  
—¡Señorita Clemencia! —gritó con voz destemplada.

Calisto me hizo señas que no respondiera.

—¡Señorita Clemencia! —volvió a gritar el hombre tomando mayor confianza al ver que no pasaba nada y que iba perdiendo el miedo—. Vengo a poner en posesión de estas tierras al señor Sixto Marques, por orden del juez en lo Civil doctor Alberto Barrera. El señor Marques ha adquirido estas tierras en el remate que de las mismas se ha hecho por la deuda que usted tenía con el señor Fouquet.

—¡Ni un paso! —gritó Calisto, asomando la cabeza por encima de la caja de uno de los carros—. ¡Estamos armados y no vamos a dejar que ese gringo sucio se lleve El Paraíso! ¿A ver, quién es Marques? Un pelado. ¡No sé con qué plata puede comprar las tierras de El Paraíso ese muerto de hambre...!

El juez de paz se refugió en medio de la caballada.

—¡Tenemos órdenes de emplear la fuerza! —gritó uno de los capataces salteños—. También nosotros estamos armados.

—¡Vengan y verán! —gritó Calisto.

Sonó un tiro de escopeta porque la gente que había venido a defender El Paraíso estaba armada con una que otra escopeta vieja, uno o dos revólveres y todo el resto con machetes y cuchillos de pelar cañas.

El tiro hizo arremolinar los caballos de la gente del Francés pero el gringo sostuvo el suyo con firmeza al mantenerle las riendas cortas. Miraba fijamente hacia donde estaban los carros atravesados y se mordía el labio.

La gente quiso avanzar pero él los contuvo. Le habló al oído a uno de sus capataces salteños y éste gritó:

—¡Al camino!

Las gentes se volvieron como a desgano, lentamente.

El Francés se quedó inmóvil un rato largo, como si esperara que algo sucediera que hiciera cambiar las cosas o que alguno de los nuestros saliera de detrás de los carros.

Impotente y rabioso tiró, luego, las riendas de su pinto, le clavó las espuelas y se alejó sin soltarle mucha rienda.

El caballo lanzó un galope cortón y repicado.

Por grupos, la gente se fue apostando cada doscientos metros en los linderos de la finca.

Donde no hubo mayor vigilancia fue del lado que El Paraíso daba al monte. Allí solo se apostaron algunos peones en las picadas y caminitos de vacas porque en otros lados el matorral era muy espeso.

Y eso fue un error porque allí se colaron los hombres del Francés.

Por las noches, en los apostaderos se veía cómo las fogatas reverberaban cual estrellas rojizas. Al verlas, desde la galería, sabía que en cada una de ellas había quien vigilaba, despierta, con las armas en las manos. Entonces me tranquilizaba y me iba a dormir.

El día que entraron los hombres del Francés en El Paraíso lo hicieron de uno en uno y por el lado que la finca da al monte y a los Aguirres. Habían abierto un camino a fuerza de machete por entre los espinillos, arrayanes y helechos gigantes y se habían descolgado como gatos. Eran doce o quince y andaban a pie pues habían dejado los caballos lejos para poder abrir la picada.

Un santiagueño de apellido García había sorprendido a los intrusos que trataban de ganar las casas por entre los cañaverales altos.

Cuando llegó la noticia yo estaba durmiendo. Era de madrugada y la gente comenzó a arremolinar en el patio.

La vieja Rosario fue a despertarme. Calisto ya había tomado las provisiones del caso y con un grupo de hombres armados se alistaba para partir.

—Venga, niña —me dijo—. Vamos a sacar a esas comadreas de las cuevas. Venga pero quédese a distancia porque de seguro va a haber tiros.

Monté en mi yegua y acompañé a la partida.

Cuando llegamos a los tablones de cañas en los que, según García se habían refugiado los hombres del Francés, la gente los rodeó lentamente. Algunos echaron pie a tierra y dejaron los caballos atados en los ramos altos de afata. Luego avanzaron despaciosos y cautos, con el oído atento.

Solamente se escuchaba el siseo de las cañas movidas por el viento o el ruido de la malhoja al ser pisada por los que avanzaban.

Calisto vino hasta la entrada de uno de los surcos y miró.

—¡Salgan, hijos de puta! —gritó—. ¡Están ro-

deados! ¡Salgan porque los vamos a cocinar a tiros!

El silencio se hizo más hondo.

Repentinamente se escuchó un ruido de tallos quebrados y de hojas secas removidas. Las gentes remontaron los gatillos. Una pareja de ocultos salió de entre los surcos y al ver a la gente se volvió a hundir en el túnel verde. Los hombres que tenían las escopetas remontadas se rieron. Calisto los hizo callar.

—Por allí deben andar —dijo— porque se han espantado los ocultos.

Y volvió a gritar:

—¡Salgan, les digo! Que vamos a quemar las cañas.

Esperó un rato y como vio que nadie se movía hizo señas a un tafinista que montaba en una mula roma. El hombre se acercó. El viejo le habló al oído y éste partió al trote rodeando los tablones de caña.

Al cabo de un rato Calisto gritó:

—¿Ya están todos listos?

Cerca y lejos le contestaron que sí muchas voces.

—Cuando yo les diga —agregó Calisto.

Luego se acercó a uno de los muchachones que iban a pie y le dijo:

—A ver si me juntás un poco de malhoja seca, de la que está al sol y otro poco de la húmeda que está dentro de los surcos. Haceme un montón que comenzaremos a echarles humo a estas comadreja.

Calisto hablaba en voz alta, haciendo grandes ademanes cómicos por si acaso algunos de los de la partida del Francés lo estuviese viendo.

El muchacho, con otros tres hombres, fue y volvió hasta que consiguieron hacer una parvita de malhojas que les llegaba a la cintura. Alguien trajo un tizón y le prendió fuego. Las llamas encendieron rápidamente las hojas secas pero al llegar a las húmedas se ahogaron en un mar de humo blanquecino y pesado que comenzó a arrastrarse por el suelo. Al llegar a la boca del surco el aire lo chupó hacia adentro. El humo comenzó a deslizarse suavemente como un víbora lechosa.

La parvita de malhoja se puso a chisporrotear. En medio de los tablones aparecieron repentinamente manchas de humo.

Calisto gritó de nuevo:

—¡Salgan, bandidos! ¡No ven que van a morir asfixiados! ¡Salgan a defender los pellejos cara a



cara, como hombres, no se escondan como bichos!

Guardó silencio. Solo se escuchaba el chisporroteo de la parvita en cuyo vientre el fuego comenzaba a hacer reventar las ramitas y canutos con jugo, como así también los parásitos.

El viento se metió a soplar con más fuerza y el ruido de las hojas altas del cañaveral se confundía ahora con el crepitar del fuego.

En ese momento alguien gritó:

—¡Por aquí están saliendo!

Calisto ordenó a su vez:

—Que nadie se mueva. Cada uno a lo suyo. Pueden que hayan mandado a dos o tres para que sirvan de señuelo y los otros así puedan escapar.

La gente se contuvo aun cuando escuchó que del otro lado de los surcos alguien gritaba:

—¡Aquí tenemos a uno...! ¡Aquí tenemos a uno...!

Calisto lanzó su caballo al galope. Fue y volvió varias veces como si previera una salida de la gente del Francés. Luego se quedó quieto.

Las cañas comenzaron a moverse. Alguien hizo retumbar un tiro de escopeta. Desde el fondo de los surcos se escuchó una carrera. Dos peones de la casa quisieron entrar pero el viejo los contuvo.

—¡Eso es lo que ellos quieren! —gritó—. Que entremos en los surcos para podernos elegir mejor, uno a uno. Pero se van a quedar con las ganas porque aquí nos quedaremos hasta el Día del Juicio Final. ¡El hambre los hará salir ya que el humo no ha podido con estas vizcachas!

Los del otro lado, que habían capturado a uno de los hombres del Francés vinieron trayéndolo. Era un pobre infeliz, barbudo, con ojotas y unos pantalones remendados.

—¿Cuántos son? —le preguntó Calisto.

El hombre se encogió.

—¿Cuántos son, te digo? —le gritó el viejo.

El hombre volvió a encogerse. Calisto le cruzó la espalda de su azote.

El desgraciado estuvo a punto de caer de rodillas pero volvió a enderezarse y escondió la cara.

—¡A ver si el gringo te compra un pellejo nuevo! —le gritó Calisto echándosele encima.

El hombre vio venir el caballo y se hizo a un lado zafándose de las manos de uno de los que lo habían traído.

Calisto pasó rozándolo con su tordillo y le descargó otro latigazo que le envolvió el cuerpo. La



punta del látigo le chicoteó la cara y el hombre lanzó un grito de dolor y se llevó la mano libre a uno de los ojos.

—¡Hablá, te digo! —gritó el viejo haciendo volver su caballo. —¡El gringo no te va a pagar por nuevo! ¿Cuántos son?

El hombre hundió la cabeza en el pecho y esperó la nueva arremetida del viejo.

—¡Al cepo! —gritó Calisto—. ¡Al cepo y que te dé bien el sol! ¡Ya vas a ver lo que es curtirse al sol unos cuantos días mientras los otros se ponen a salvo!

El hombre levantó la cabeza, pero no los ojos. Sordamente dijo:

—Somos catorce. Todos están en el cañaveral.

Calisto taloneó su caballo y se lanzó al galope rodeando al cerco. Regresó por el lado opuesto. Al llegar dijo:

—Traigan tizones. Vamos a incendiar las cañas en veras. Lo que quieren estos es quedarse entre las plantas hasta que oscurezca para luego mandarse a mudar amparados en las sombras y la confusión. Ahora sí que el fuego va a sacar a las vizcachas de sus escondrijos. Ninguno de nosotros haremos el menor ademán de ir a buscarlos en los surcos como ellos quieren. Se entregarán solos.

Luego se volvió y dijo a los que habían traído al hombre:

—Llevenlo para las casas y aténlo en la morera del patio.

El fuego se levantó de los cuatro costados de los tablones. Las cañas, que ya tenían el penacho seco por los primeros frios, aunque no había helado sino muy levemente se retorcían con las llamas. Algunos canutos comenzaron a estallar con el fuego que pasaba lentamente y solo dejaba los palos de las plantas ennegrecidos y secos que apuntaban a un cielo despiadado de agosto, sin un pájaro, sin una nube.

El viejo iba y venía en su caballo. Había dispuesto a los hombres de a pie en las cunetas del callejón frente al cañaveral que se incendiaba.

Los que tenían armas de fuego habían recibido orden de no tirar salvo que el viejo les dijese.

Los hombres de a caballo se agrupaban en las esquinas, listos para actuar.

El fuego seguía lentamente avanzando hacia el centro del plantío. Alguien tosió, de golpe. Calisto

hizo señas, desde su caballo, para que todos estuvieran atentos.

Por entre la humareda un bulto negro salió corriendo, cubriéndose la cara con las manos. Se detuvo en medio del callejón y miró a un lado, primero, y luego hacia el otro. Las gentes que estaban en las cunetas del callejón remontaron los gatillos de sus armas. El hombre al darse cuenta que enfrente tenía gente echó a correr hacia donde estaba Calisto. El viejo taloneó su caballo y lo largó a la carrera yendo al encuentro del que huía.

El hombre se paró en seco al verlo venir, dio vuelta y huyó esta vez hacia el lado contrario. Calisto apuró el caballo. En la mitad del callejón le dio alcance y con un golpe de rienda desvió al animal, apenas, animándolo para que saltara. El caballo levantó las manos en plena carrera y se lanzó hacia adelante y hacia un costado empujando al que corría un poco con el pescuezo y otro poco con el pecho.

El hombre que corría, al recibir el empujón, perdió el equilibrio y cayó en medio de la polvareda.

Calisto frenó al tordillo unos metros más adelante mientras gritaba:

—¡Ya está...! ¡Ya está...!

Los que estaban en la zanja del callejón salieron y se echaron encima del hombre como si hubiesen estado adivinando el pensamiento del viejo.

Calisto gritó:

—¡No todos...! ¡No todos...! ¡Pascual y Juan de Dios únicamente! ¡Los demás vuelvan a sus puestos!

Los hombres obedecieron. En ese preciso momento sonó un tiro en algún lugar de los tabloncillos incendiados y el viejo Calisto se llevó la mano al pecho.

El caballo, al sentir que lo dejaban sin rienda, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. El viejo abrió la boca como para decir algo, estiró una mano como si quisiera asirse de algo, pero solo alcanzó a rasguñar el aire tibio y cayó hacia adelante.

La gente que estaba en los zanjones salió corriendo. Entonces sonaron nuevos disparos.

Los peones desorientados vacilaron entre seguir adelante para auxiliar al viejo o echarse en las zanjas de nuevo.

Otro tiro retumbó y se perdió en los cerros. Esta vez le tocó a un muchacho santamariano que cayó gritando. Se tomaba una pierna y se arrastraba tra-

tando de llegar hasta donde estaban los otros, al borde del callejón. Uno de ellos salió y consiguió arrastrarlo hasta la cuneta. Los otros se lo llevaron luego dentro del cañaveral.

En medio de la confusión tres o cuatro, primero, y después otros tantos salieron corriendo del cañaveral incendiado y cruzando el callejón se metieron en el cañaveral de enfrente.

En el suelo, el viejo Calisto se incorporó lentamente. La perdigonada de la escopeta le había sacado todo el hombro de su colete de cuero de potrillo y la carne ensangrentada le aparecía en medio de los jirones de su camisa.

Como borracho caminó bamboleándose y se llegó hasta donde estaba la gente de a caballo.

Con voz ronca gritó:

—¡Animales! ¡Vuelvan a sus puestos! ¡Todavía queda gente en el cañaveral e intentarán salir...! ¡A los otros, déjenlos...! ¡Tres o cuatro vigilen las espaldas de los que están en las zanjas por si acaso los que han entrado en el cañaveral de enfrente quieren salir a defender a los que están en los tablonnes incendiados!

El viejo Calisto se apretaba el hombro y ceñía los dientes. No quiso que lo llevaran a las casas.

—¡Hijos de puta! —bramó como un toro— ¡Yan a ver!

Se escucharon, nuevamente, varios disparos de escopeta en el cañaveral que ardía. La gente del costado sur comenzó a gritar.

—Ya está —dijo Calisto—. Me parece que el chivo ya cayó en el lazo.

Pidió que lo ayudaran a subir en las ancas de un caballo y se hizo llevar al otro lado de los tablonnes. Por el camino se encontró con que la gente que hacía guardia llevaba a otros tres hombres del Francés. Yo llegué en seguida, con un grupo de gente de a pie. El viejo me había ordenado que no saliera de un hueco que me había hecho hacer en la esquina del callejón y desde donde podía ver todo. Pero mi temor por la herida de Calisto y la curiosidad pudieron más.

Cuando llegué no pude contener un grito:

—¿Qué le pasa, niña? —me preguntó el viejo.

Frente a mí estaba el hombre barbudo que junto con los otros me habían sorprendido y gozado en el cañaveral. No dije nada. Apreté los labios. Calisto comprendió.

—No se aflija, niña Clemencia —me dijo—. Este

animal no va a dañinear nunca más. Le doy mi palabra. Ahora vaya para las casas...

Llamó a uno de los peones que me trajo mi yegua. Monté y me alejé al trote. A mis espaldas el cañaveral se retorcia en medio de las llamas que se levantaban al cielo lamiendo el aire con sus lenguas amarillas.

Me senté en la galería a pensar sobre lo que ocurriría, si era justo que siguiéramos resistiendo, si al fin y al cabo no había que dejar en manos de la Providencia el que las cosas se arreglaran.

También me pregunté si no era la misma Providencia la que me había enviado a toda esa gente que ahora estaba de parte mía defendiendo El Paraíso de los hombres del Francés como si fuera cosa suya.

Me pregunté eso y mucho más. Sacudí la cabeza y deseché la ola de desaliento que comenzaba a invadirme.

—Iremos hasta el fin —me dije en voz alta—. Hasta donde Ella quiera que lleguen las cosas. Hasta donde Su Voluntad desee.

Uno de los peones llegó al patio de la casa a todo galope. Echó pie a tierra y entró en el galpón. Luego saltó y habló con las mujeres. A una de las hijas de Rearte que pasó afanosa le pregunté:

—¿Qué es lo que buscan?

—La marca, niña —me contestó— la marca... el fierro para marcar animales.

—¿Para qué?

—No sé, niña. Don Calisto la manda a pedir.

Llamé al peón y vino el muchacho.

—¿Para qué quiere Don Calisto el fierro de la marca? —le pregunté.

El muchacho se apocó y no sabía qué responderme.

—No sé, niña... No sé... —murmuraba mientras torcia el ala de su sombrero viejo y roto.

—¡Cómo no vas a saber! —le grité impaciente.

El muchacho comenzó a hacer unas rayas en la tierra fresca del patio con sus ojotas. Luego me confesó muy bajito:

—Don Calisto dice que lo va a marcar con el fierro de las vacas a uno de los hombres del Francés, niña... Al barbudo... al que pillamos al último...

Después bajó la voz y dijo lentamente:



—Dice que lo va a marcar para que nunca más vuelva a gozar de una mujer...

Esa mañana el niño amaneció agitado. Lo encontraron llorando en un rincón y no lo pudieron hacer callar. Corría de un lado para el otro moviendo sus manitos.

Cuando me lo trajeron se subió a mi regazo arrebuñándose en él como si quisiera escapar a un peligro inminente.

Lo tomé en mis manos y traté de calmarlo pero luego de mirarme un largo rato con sus ojos negros y profundos, en el fondo de los cuales estaba el secreto que yo trataba inútilmente de develar, volvió a esconderse en mi regazo.

Por esto que ocurrió, digo y declaro que el niño presentía lo que iba a ocurrir. El lo sabía, pero la Suprema Voluntad le había sellado los labios porque así estaba en sus designios, porque así era necesario.

Por eso es que también, a pesar de todo, confío en que las cosas se habrán de mudar y no pienso como mi hermana y mi cuñado Manuel que he seguido durante toda mi vida una idea inútil, las huellas de un sueño loco que me ha ido devorando la vida, malgastando la vida inútilmente, que todo ha sido una quimera y solo una quimera.

Así como El existe, y así como Su Voluntad es indudable, así declaro que no he perseguido una ilusión o un sueño. Que el agua habrá de volver al manantial y que yo me quedaré hasta el fin de mis días a cuidar a mis muertos que aguardan la resurrección de la carne. Pero antes me será devuelto El Paraíso tal como lo recibí de mis padres, tal como lo cuidó el viejo Calisto hasta sus últimos días, con todo lo que tenía desde la falda del monte hasta la orilla del río, con sus árboles, sus sembrados, sus vacas y caballos, con todos los animales y bestias de sus montes, sus loros y caranchos, sus chalchaleros y palomas, con todos los pájaros que vuelan por entre las ramas, por encima de los árboles y allá arriba entre las nubes. Todo me habrá de ser devuelto, porque así habrá de ser Su Suprema Voluntad, antes que llegue el día del Juicio de los Justos. Así será.

El viejo Calisto tenía la herida en mal estado, en muy mal estado. A pesar de los cuidados de las mujeres la carne se le infeccionó y le subió la fiebre. La herida del hombro le supuraba en abundancia y al



quinto día, dos días antes de que ocurrieran las cosas que luego habré de contar, comenzó a delirar, a dar gritos y órdenes contra las gentes del Francés que ya venían a asaltarnos, según él decía.

En su delirio ordenaba finalmente quemar la casa. Me gritaba que nos fuéramos al monte como cuando el cólera, como cuando nació el niño muerto. No había que dejar nada para el gringo, ni un palo en pie, ni una planta, ni un animal. Había que destruir la casa para que nadie, nunca más, pudiera habitarla.

Tres hombres juntos no podían reducirlo para volverlo a la cama cada vez que le daban esos ataques de furor. Tenía los labios llagados por la fiebre y la sed que no se le aplacaba a pesar de toda el agua que le daban las mujeres a cada rato.

La compresas de agua de quina que le ponían en la frente y en el vientre se las retiraban calientes como si hubiesen estado en el fuego.

Al anochecer de un día, cayó en un sopor del cual salía por momentos para barbotar maldiciones y palabras ininteligibles que a veces parecían órdenes y a veces juramentos.

Así se fue apagando hasta que en la madrugada del día en que ocurrieron las cosas lo encontramos muerto. Por eso también declaro, que su muerte lo mismo ha sido obra de su Divina Voluntad porque si la Providencia no hubiese querido no se lo habría llevado al viejo Calisto que me habría defendido y habría defendido El Paraíso hasta el último de la gente del Francés.

Cuando la peonada y los que nos ayudaban se enteraron de la muerte del viejo vinieron a verme. Las mujeres, en la galería lloraban y rezaban. El hervor de los rezos resonaba en la claridad de la mañana como el murmullo de una colmena de insectos rabiosos que preparaban en secreto algún pánal mortífero. Había pena en las mujeres que rezaban pero también había mucha rabia.

A la madrugada lo enterramos en el cementerio de la capilla de la casa, donde están todos mis otros muertos. Al fin y al cabo el viejo Calisto, si no había sido de mi sangre había defendido mi sangre como uno de los míos y merecía estar con sus patrones y esperar junto con ellos la resurrección prometida que estoy segura habrá de venir porque así son Sus Promesas.

Después del entierro vinieron a verme los más viejos para decirme que ellos seguirían conmigo

hasta el fin. Me informaron que habían mantenido las guardias, sobre todo en el manantial para cuidar del "agua santa" y que Lucas Gutiérrez, amigo de Calisto, que había sido soldado en la Guerra del Paraguay y que había peleado con Roca en la pampa, se haría cargo del mando de los hombres.

Cerca del mediodía vino uno de los peoncitos de los Camperos a decirme que fuera porque por la alameda venía una caballada.

Cuando llegué los hombres de la partida estaban frente a los carros atravesados, a una distancia de unos treinta metros.

Uno de los capataces salteños del Francés que montaba un moro peruano se desprendió del grupo y gritó:

—Queremos hablar con misia Clemencia.

—¿Qué es lo que quieren? —les grité.

—Niña, —dijo el hombre— vengo de parte del señor Fouquet para decirle que es inútil que siga empeñada en defender lo que ya no es suyo. ¡El señor Fouquet ha mandado a pedir refuerzos policiales a Tucumán! ¡Y esa gente habrá de estar aquí mañana a más tardar...!

—¡Mentiras...! —le grité— ¡Mentiras...! ¡Si el gringo quiere El Paraíso que venga en persona a tomarlo! ¡De aquí no nos moveremos ni una pulgada!

El hombre movió la cabeza contrariado. Luego dijo como a pesar suyo:

—Niña Clemencia: aquí va a correr sangre. Mejor dicho, ya ha comenzado a correr sangre. ¡Y quien hace correr sangre inútilmente es responsable solo ante Dios!

—¡Ante Dios deberá responder ese gringo descasado! —gritó don Lucas Gutiérrez.

El hombre se retiró apesadumbrado y se mezcló con los otros que lo esperaban. Un momento después la caballada se volvió lentamente por donde habían venido pero fueron a apostarse a la entrada de El Paraíso sobre el camino que ahora le llaman camino nacional.

Allí se quedaron, desmontaron, trajeron leña, hicieron fuego y apostaron guardias como nosotros.

—Nos quieren hacer creer que el gobierno va a venir a sacarles las castañas del fuego —dijo don Lucas Gutiérrez—. Qué esperanza... Esperarán hasta que nos descuidemos para después poder agarrarnos por sorpresa... Pero no hemos nacido ayer.

Y don Lucas se puso a dar órdenes y a reforzar las guardias, sobre todo las que daban al monte.

La mañana que ocurrieron las cosas hice ensillar mi yegua y salí a recorrer los puestos que el viejo Calisto había establecido y que don Lucas Gutiérrez había hecho reforzar.

Cuando pasé frente al cementerio de la capilla tuve un escalofrío. Una oleada de viento caliente se levantó y se puso a dar vueltas enloquecida juntando ramitas, hojas secas y polvo. El remolino se lanzó delante de la yegua como si quisiera guiarla. El animal se puso nervioso y comenzó a tiritar. Yo lo calmé diciéndole en voz baja palabras cariñosas. Cuando llegamos a la puerta del cementerio el remolino se detuvo pero siguió bailando frente a la entrada como si me dijese: "¡Aquí es! ¡Aquí es!"

La yegua agachó las orejas. Yo sentí el escalofrío en la espalda al ver que el remolino no terminaba con su baile enloquecido. Entonces di vuelta el animal y me lancé al galope hacia las casas.

Al llegar vi que mucha gente estaba reunida en el patio. Las mujeres lloraban y los hombres discutían acalorados pero en todos los rostros había una huella de pavor.

Casi sobre la galería fui a frenar la yegua. Al verme, los hombres se descubrieron con gravedad y retrocedieron.

—¿Qué pasa? —grité al verles las caras.

Nadie me contestó.

—¿Qué pasa? —volví a gritarles—. ¡Hablen de una vez!

Una de las viejas santamarianas se acercó lentamente y ya a mi lado se dejó caer de rodilla sollozando:

—¡Ya no hay remedio, niña...! ¡Ya no hay remedio...!

—¿Qué pasa...? —dije con un hilo de voz—. ¿Qué pasa...?

Una de las viejas estrangulada por los sollozos se arrojó a mis pies y me tomó el ruedo de la falda.

—¡El ojo de agua se ha secado...! —me dijo y estalló en llanto.

—¿Cómo...? —grité desesperada.

—¡El manantial se ha secado, niña! —me dijo otra de las mujeres.

Uno de los muchachones se acercó respetuoso y sombrío.

—Doña Tomasa encontró esta mañana seco el manantial, niña —me dijo.

—¡Vamos! —grité—. ¡Vamos todos!

Monté en la yegua y me disponía a partir cuando me detuvo la actitud siniestra de toda mi gente.

—¿Qué pasa ahora? —dije entre extrañada y colérica.

—Nosotros no vamos, niña —me dijo un santamariano—. De allí venimos. Está seco. Alguien nos ha hecho el mal... No es prudente que vaya... El lugar ya no es el mismo... Ahora es peligroso.

Reflexioné un instante. Luego dije en voz alta:

—¡No puede ser... no puede ser...! —y castigando el animal lo lancé a toda carrera hacia el callejón.

Atravesé los campos a toda rienda, salté zanjas y recién fui a detener la yegua frente al totoral. El animal tiritaba de cansancio y de los nervios. Lentamente me fui arrimando. Poco antes de llegar a la orilla un tero gritó a lo lejos y la pareja le respondió con una carcajada de burla más lejos aún, como si fuese un eco burlón.

Me dejé caer de mi cabalgadura, solté las riendas y comencé a caminar lentamente, como una sonámbula. Cuando llegué a la orilla vi que el agua había desaparecido. La greda del fondo comenzaba a agrietarse. Hacia dos días, quizá, que el manantial se había secado.

Lentamente llegué hasta donde estaba el ojo de agua. Ahora era una masa informe de barro arenoso pisoteada por animales sedientos que habían escarbado en busca del agua ausente.

Me quedé pensando, con los ojos fijos. Las ideas, las imágenes me pasaban por la cabeza en desorden, algunas revueltas, otras confusas. Me di cuenta que no tenía lágrimas para llorar y que no habría de llorar, que no podría llorar nunca más en mi vida.

No sé cuanto tiempo estuve así. Me volví lentamente y busqué a la yegua que pastaba a rienda suelta. Al verme llegar me esquivó. A medida que me acercaba, el animal resoplaba y me huía. Tuve que calmarla con palabras cariñosas y recién me dejó llegar hasta donde estaban caídas las riendas.

Subí y la dejé que soltara el paso. El animal tomó el rumbo de la querencia. A medida que íbamos llegando a las casas me fue invadiendo una sensación extraña que al principio fue como un presentimiento. Me sentía sola, terriblemente sola. Me sentía desvalida y abandonada, sin nadie que me defen-



diera. Podía ser violada impunemente por alguien mucho más terrible y poderoso que el barbudo y sus compañeros, por alguien que no deseaba mi carne sino algo más oscuro y profundo que me habitaba. Sí. Estaba sola bajo el cielo, entre los árboles, entre las cañas que siseaban dulcemente con el viento, que se frotaban entre ellas con un ardor secreto. Estaba sola y nadie podía venir en mi ayuda por más que lanzara el grito más desgarrador desde lo más profundo de mis entrañas.

La sensación de soledad se fue haciendo cada vez más real a medida que me aproximaba a la casa. Los ranchos de los peones estaban vacíos. En uno de ellos llamé y nadie me respondió. El fuego de los fogones estaba todavía encendido pero no había ni perros, ni gallinas, ni niños, ni enseres, ni camas: nada. Y así en todas las casas. Solo en uno de ellos encontré una olla pequeña que en el fuego se agotaba en su hervor.

En mi casa tampoco había nadie. Di vueltas. Fui hasta los galpones, por las galerías hasta la cocina. Entré en las habitaciones, llamé a las viejas, a la vieja Rosario y a las chinitas. Cuando salí a la galería nuevamente, el niño estaba esperándome al final de uno de los extremos. Me miraba con sus grandes ojos negros, espantados y tristes al mismo tiempo. De pronto me extendió los brazos y corrió hacia mí, se subió en mi regazo y se acurrucó en mi pecho como un animal herido, como un cachorro muerto de frío y de soledad y comenzó a sollozar con su voz ronca.

Juntos nos quedamos así, largo rato, hasta que el ruido de una caballada nos despertó del letargo en que ambos habíamos caído.

Me puse de pie con el niño en brazos. Frente al portón de la tranquera está el Francés con un grupo de hombres a caballo. Uno de ellos abrió la traba y todos entraron lentamente hasta llegar a la galería.

Lentamente bajé los escalones y les hice frente.

El grupo se abrió en abanico. Algunos de los capataces salteños echaron pie a tierra con los revólveres en la mano.

—No hay nadie —les dije.

—Preferimos comprobarlo nosotros mismos —me dijo el capataz correntino.

El Francés me miraba con sus ojos penetrantes y fríos. De pronto taloneó su caballo y llegó hasta donde yo estaba:

—He resuelto... —comenzó a decir pero luego se corrigió: —El señor Marques ha resuelto, como un



acto de generosidad que una vez más demuestra las prendas de caballero que lo adornan, cederle un pedazo de esta tierra que ha sido suya y de sus mayores para que usted viva en ella hasta el fin de sus días...

Su mirada tuvo una ráfaga de crueldad. Duró tan solo un segundo. Después la cara del gringo volvió a su inmovilidad de siempre.

Tuve un impulso pero me contuve. El niño se apretó contra mi pecho. Eso me desarmó. Caí de rodillas gritando:

—¡Déjeme velar a mis muertos! ¡Déjeme velar a mis muertos!

Todo el orgullo me había abandonado. Me sentía desvalida y recién me daba cuenta lo que iba a ser mi soledad y mi espera.

El Francés siguió impávido.

Bajé los escalones lentamente y caminé hacia la alameda. Habría andado unos cincuenta pasos cuando uno de los capataces salteños del Francés me alcanzó y me detuvo:

—El señor Fouquet dice, señorita Clemencia, que puede quedarse en la casa hasta que le haga construir otra cerca de la capilla como usted quiere...

El invierno está por llegar de nuevo. Lo siento como una piel invisible encima de mi piel; una piel seca y tensa. El frío comienza a apretarme los huesos. El aire está duro, mucho más duro cada día... Ahora es como un cuero invisible que lentamente va apretando las cosas, todas las cosas del mundo, a medida que se seca...

Ha pasado mucho tiempo, mucho tiempo... Mi tiempo ha sido un gran lienzo y hebra por hebra lo he ido deshilando. Ahora está pequeño. Apenas si cabe en mi mano...

Pero aguardo por que sé que soy la elegida. Debo cuidar la tierra y mis muertos hasta que Su Voluntad se manifieste de nuevo... Debo quedarme aquí hasta que todo termine porque Dios ha querido que yo sea la última de todos...

Los días han pasado, es verdad. Mi hermana con su marido volvieron de Bolivia. Sus hijos se casaron y tuvieron hijos. Los hijos murieron y ahora no están enterrados en las tierras de El Paraíso sino en otras tierras lejanas... Quedan los niños...

Pero todo tiene que ser verdad... tiene que ser verdad... A veces dudo, pero luego renace mi fe... Ni yo misma sé ya de donde saco fuerzas para creer.

Quizá sea porque tengo mis testimonios... Allí está el niño que se ha convertido en un hombre y sigue privado de la palabra... Pero su lengua habrá de soltarse cuando vengan los tiempos y se manifieste Su Voluntad... Esa será una de las señales... Por eso él no me ha abandonado ni me abandona... Por él no he dejado El Paraíso, porque yo tengo que estar aquí ese día para servir de testigo... Sí. Todo tiene que ser verdad... ¡Hay pruebas...! ¡Hay pruebas...! Allí está la vida del Francés... allí está su muerte misteriosa, con un tiro en la espalda... Los hijos del Francés fueron vendiendo todo lentamente: el ingenio, las tierras, menos El Paraíso que ahora no se sabe quién es el dueño... ¡Esa es una prueba! Los hijos del Francés han desaparecido... Dicen que ahora son pobres como cuando su padre vino de Europa... Dicen que viven en Europa... "El Señor da y el Señor quita: ¡Bendito sea el nombre del Señor!"... A mí me queda la misión de esperar, aunque viva miserablemente en un rancho y de la caridad de los míos... La casa del Paraíso que ahora está en ruinas será reconstruida, me la será devuelta cuando venga el día... ¡Hay signos!... ¡Hay signos...! ¡Ya hay signos de todo lo que habrá de suceder...! El agua volverá al manantial y ésa habrá de ser la señal de que Su Voluntad ha comenzado a cumplirse... ¡Así sea...! ¡Así será...!

*La vieja abrió la puerta del rancho miserable. Tres perros flacos y sarnosos salieron a recibirla. En el fondo del rancho se movió un bulto: un hombre barbudo que dormía en uno de los catres se despertó, se levantó lentamente y fue hacia la vieja con algo del cariño animal de los perros.*

*La vieja se sentó en una vieja silla hamaca de Viena destartalada y remendada. El hombre barbudo vino y se sentó a su lado.*

*La vieja comenzó a hamacarse y a canturrear una canción. El hombre barbudo la miró fijamente y sonrió con una sonrisa de gozo. Luego apoyó dulcemente la cabeza en el regazo de la mujer y cerró los ojos.*

*En la oscuridad, que ya lo había invadido todo, la mujer proseguía con su canción y su vaivén como si estuviese adormeciendo a un niño desvalido...*

## INDICE

Los amigos lejanos .....	5
Los médanos ciegos .....	105
Las puertas del paraíso .....	141

Adquirido

Precio

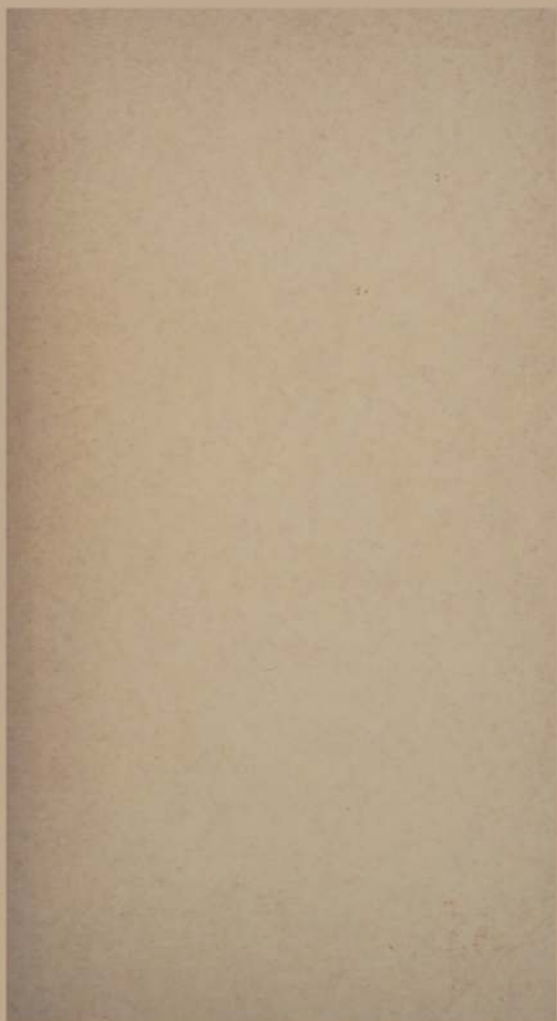
Expus.

*Donación de Prof. Vietes  
Masnik*

*\$1*

*Año 2009*

TERMINOSE DE IMPRIMIR EL  
10 DE MAYO DE 1968,  
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE  
LA COMPANIA GENERAL  
FABRIL FINANCIERA S. A.,  
IRIARTE 2035, BUENOS AIRES.



**Julio Ardiles Gray**

**LAS PUERTAS DEL PARAISO**

Tucumán, donde nació en 1922, fue centro de la labor cultural incesante de Ardiles Gray. Allí, al mismo tiempo que se desempeñó como maestro rural y profesor de literatura en escuelas secundarias, tuvo a su cargo la sección espectáculos del suplemento dominical de *La Gaceta*. En 1943 fundó, junto con Castilla, Galán y Aráoz Anzoátegui, el grupo "La Carpa", cuya labor constituyó un aporte valioso a la cultura del noroeste. Hace algunos años que forma parte del equipo de *Primera Plana*. Poesía, teatro y novela son los géneros abordados por Ardiles Gray, el último con preferencia. De 1948 a 1964 escribió seis novelas. Dos de ellas - *Los amigos lejanos* (1956) y *Los médanos ciegos* (1957) - integran una trilogía con *Las puertas del Paraíso*, hasta ahora inédita, y que forma parte de este volumen precedida por las dos anteriores.

